

Obra protegido por derechos de autor

NIEVES CONCOSTRINA

POLVO ERES II



CON ILUSTRACIONES DE 



Obra protegido por derechos de autor

A Jesús Pozo, a quién sino...

I. DANDO LA NOTA



MANUEL DE FALLA, UN CADÁVER DISPUTADO

(1876-1946)



Manuel de Falla murió de una manera tan discreta como había vivido. Tanto, que se murió mientras dormía, sin hacer ruido, sólo unos días antes de cumplir 70 años. Falla temía que llegara el día de su cumpleaños, 23 de noviembre, porque le podían las supersticiones, y había comprobado que su vida estaba marcada por ciclos de siete años: siete años estuvo en París, siete en Granada, siete en Madrid y ya llevaba siete en Argentina. Efectivamente, Manuel de Falla no sopló las velas aquel 1946. Se cumplió su presagio. Quiso que sus funerales estuvieran alejados de ceremonias solemnes y grandes pompas, pero no se salió con la suya, porque la política se metió por el medio y conseguir sus restos se convirtió en un asunto de Estado. Si hubiera podido, le habría dado a Franco con la batuta en la cabeza.

Manuel de Falla murió en Argentina, un país al que se trasladó cuando

acabó la Guerra Civil porque ya no le gustaba España, la madrugada del 14 de noviembre de 1946. El asesinato de su amigo Federico García Lorca acabó de rematar su enfado. Muchas mentes estrechas nunca lo entendieron, porque Falla era un católico ferviente y no les cuadraba que mirara a Dios dando la espalda a Franco... como si una cosa tuviera que ver con la otra.

Cuando se conoció su muerte en Argentina, se inició una pugna política por sus restos entre los republicanos exiliados y el Gobierno español. Unos querían que su cadáver se quedara en Argentina, puesto que Falla no quería volver a España, y Franco, mientras, empeñado en que regresara aunque fuera con los pies por delante. Ganó Franco por goleada gracias a la asistencia de Juan Domingo Perón, presidente de la República en aquel entonces. Tal y como recogió el profesor de la universidad israelí de Tel Aviv-Raanan Rein en un exhaustivo estudio titulado «La lucha por los restos de Manuel de Falla», el telegrama que envió un alto cargo de la Embajada de España en Argentina al Ministerio de Asuntos Exteriores no tuvo desperdicio: «Frustrados manejos rojos españoles que planeaban apoderarse cadáver maestro Falla».

Manuel de Falla fue embalsamado por el forense español Pedro Ara, el mismo que años después se haría famosísimo por tratar el cadáver de Evita Perón. Ara, agregado cultural del Gobierno español en Argentina, fue uno de los que insistió en que el cuerpo se enviase a España, por ello ofreció a la familia de Falla el embalsamamiento del músico. Mientras unos y otros continuaban su particular pugna política, el maestro dio temporalmente con sus huesos en una tumba de la ciudad argentina de Córdoba, en el Panteón de los Padres Carmelitas del cementerio de San Jerónimo.

Un mes después fue exhumado y trasladado a Buenos Aires, donde se embarcó el féretro con destino a España en el buque de pasajeros *Cabo de Buena Esperanza*. La escala en Canarias ya permitió adivinar lo que le esperaba al músico en Cádiz: eclesiásticos por doquier, representantes del Gobierno local, una orquesta tocando alguna de sus más conocidas composiciones... Los restos de Falla fueron transferidos a un barco de la Marina de Guerra, *El Cañonero*, que tocó puerto gaditano el 9 de enero de 1947, casi dos meses después de la muerte.

Los hermanos del músico intentaron que se cumplieran los deseos de

Falla de tener unos funerales discretos, pero hubiera sido más factible ver peras colgando de un olmo que a Franco usando la discreción en este asunto. El profesor Fernando Sánchez García, durante su discurso de ingreso en la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz, recordó en 1996 el empeño de la hermana de Falla, María del Carmen, de ajustarse a los deseos del maestro. María del Carmen escribió a España a su hermano Germán: «Respecto al cuerpo de Manolo, hay que evitar por cuantos medios puedas todo homenaje político, que siempre le había horrorizado. [...] Yo, recordando lo que él me decía, lo prohibí aquí. Querían llevarle al teatro, pero yo me impuse y me obedecieron. Les dije que el cuerpo de mi hermano únicamente se llevaría a sitio sagrado, así que del hospital se llevó a la catedral, donde fue el funeral, y de allí al Panteón de los Carmelitas, porque él era hermano del Carmen».

Pero los logros de su hermana en Argentina no se repitieron en Cádiz. El pobre músico, que había huido siempre de espectáculos solemnes, fue recibido con ceremonias impresionantes. Salvas de cañones, todo Cádiz ornamentado con colgaduras y crespones, un cortejo fúnebre con el ministro de justicia y el obispo a la cabeza, alcaldes de varias ciudades... en fin, que al cuerpo embalsamado de Falla debió de salirle un sarpullido al comprobar que «aquello» no era su entierro; era una forma de festejar un nuevo triunfo franquista en el que el premio era don Manuel de Falla.

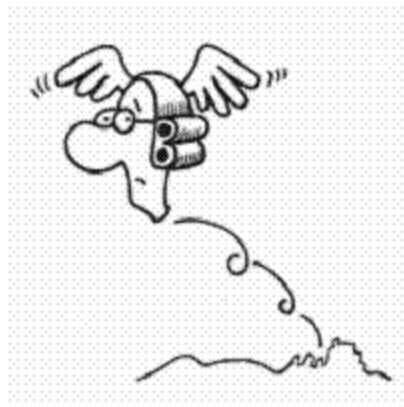
Se ordenó, por decreto, que se cerraran los comercios, que se paralizara la vida de la ciudad y que todo Cádiz participara en la ceremonia. Y tal y como estaban las cosas, a ver quién era el insensato que rechistaba.

A Falla lo dejaron por fin tranquilo en su cripta de la catedral de Cádiz, la tierra donde nació y la tierra que le cubre, pero, como quedó dicho al principio, se quedó con ganas de darle un «batutazo» a alguien. Y allí sigue, «... en esta profundidad de Cádiz, rodeado de peces agitados que le inquietarán el sueño». Lo dijo su amigo Rafael Alberti en *La arboleda perdida*.

La tumba de Manuel de Falla se restauró en 2003, porque su aspecto era lamentable, al igual que se hizo con la de José María Pemán, vecino de sepultura. ¿De qué hablarán? De política, seguro que no.

EL CRÁNEO DE IDA Y VUELTA DE JOSEPH HAYDN

(1732-1809)



Hay pintores que perdieron la cabeza después de muertos. Y filósofos... y escritores... y músicos... El compositor austriaco Franz Joseph Haydn fue uno de ellos, pero al menos se cuenta entre los pocos afortunados que la recuperaron. Eso sí, le costó ciento cincuenta años volver a tenerla sobre los hombros dentro de su blanco y marmóreo sepulcro de la iglesia de Bergkirche, en Eisenstadt (Austria).

Joseph Haydn falleció a principios del siglo XIX, con 77 años. Fue enterrado en un cementerio de Viena, pero en la capital austriaca sólo descansó durante los siguientes diez años, porque en 1820 se decidió su traslado a Eisenstadt.

El músico, sin embargo, guardaba una sorpresa para quienes asistieron a su exhumación. Cuando se abrió el féretro, allí estaba el bueno de Haydn de cuello para abajo, pero su cráneo había desaparecido. Los cacos al menos tuvieron la deferencia de dejar la peluca blanca del músico, una de esas que se llevaban antes con dos rulitos a la altura de las orejas.

La justicia puso manos a la obra para averiguar el paradero de la cabeza, y las investigaciones condujeron hasta un grupo de Viena, seguidor del frenólogo Franz Joseph Gall, que confesó haber robado la cocorota de Haydn tres días después del entierro del compositor, cuando el cerebro aún estaba en buen estado de revista.

Gall era un médico fisiólogo obsesionado por la mente y el cerebro humanos. Creó la frenología, una doctrina psicológica que decía algo así como que mirando en los pliegues del cerebro de alguien se reconocía el carácter y las aptitudes del dueño. Como se suponía que estudiando un cerebro y la corteza que lo albergaba se podían conocer las claves del éxito o el fracaso de su portador, se fue poniendo de moda diseccionar cerebros de famosos, y a los famosos les daba pánico morir porque siempre había alguien dispuesto a robarles la cabeza. Los seguidores de la frenología eran como el *Aquí hay tomate* del siglo XIX. Ellos persiguiendo famosos y los famosos esquivando frenólogos.

La Policía dio con este grupo de cacos-frenólogos, pero no encontró la cabeza del músico. Ahí quedó el asunto, hasta que, en 1895, después de que el cráneo pasara de mano en mano, seguramente haciendo las veces de pisapapeles, la calavera apareció en el laboratorio de un profesor de Anatomía. Cuando este profesor murió, los hijos lo donaron a la Sociedad de Amigos de la Música, y los responsables de esta institución, tras mantener expuesto el cráneo dentro de un frasco de cristal sobre un piano, tuvieron el buen seso de devolver a Haydn lo que era suyo. El autor de la *Sinfonía de los adioses* dijo hola a su testa en 1959. Sobre si tiene o no puesta la peluca, no hay datos.

Seguramente Haydn se hubiera tomado con humor el secuestro de su testa, porque ya lo hizo cuando en Inglaterra se difundió por error la noticia de su muerte en 1778, treinta y un años antes de que se produjera. El encargado de matarle antes de tiempo fue el musicógrafo Charles Burney,

que le incluyó aquel año entre los músicos fallecidos tras fiarse de un diplomático inglés procedente de Austria que así se lo había comunicado. El entuerto, cuentan que con cierta guasa, lo tuvo que enderezar el propio Haydn desde Viena, porque, cuando el compositor supo de su propia muerte, se lamentó de no haber podido dirigir su propio réquiem.

NI RASTRO DE WOLFGANG AMADEUS MOZART

(1756-1791)



Con Mozart nunca se sabe si dar primero la buena o la mala noticia. La buena es que lo único que quedaba de él era su cráneo. La mala, que la noticia buena es mentira.

Vida y obra en Mozart son una contradicción: desgraciado, genial, enfermo, vital, afortunado, mísero... No ha existido cerebro más privilegiado para la música que el de Mozart. Lástima que se perdiera dos siglos y pico atrás, un 5 de diciembre, y lástima también que poco después se despistara el resto del cuerpo.

Wolfgang Amadeus Mozart murió en Viena con sólo 35 años. Era medianoche. Postrado en la cama, se despidió de su familia, se volvió hacia la pared y se largó de este mundo. Su médico le diagnosticó una afección

renal crónica, y se supone que de eso murió, pero hay otras variadas hipótesis contemporáneas que explicarían su muerte: triquinosis por comer carne de cerdo poco hecha, fiebres reumáticas, envenenamiento... y así hasta 140 causas de muerte y 27 enfermedades mentales. Averiguar de qué murió el austriaco es tal pérdida de tiempo, que en diciembre de 2010 la publicación *BMJ (British Medical Journal)* recogió un estudio del médico Lucien R. Karhausen en el que rogaba que se abandonaran de una vez por todas los intentos de descubrir de qué murió Mozart. Todo el embrollo viene por no hacer las cosas como es debido.

Constance, la viuda de Mozart, acosada por las deudas, pidió un simple entierro de tercera clase. Los sesenta florines que dejó el músico no daban para más. El compositor fue trasladado al cementerio de Viena en lo que se llamó «ataúd de ahorro», reutilizable para varios difuntos —todos pobres, evidentemente—. Consistía el ingenio en un féretro que se situaba sobre la sepultura, se le abría el fondo de puertas abatibles y se dejaba caer el cuerpo en la fosa. Entonces la funeraria se llevaba el féretro y este servía para otro pobre muerto. Mejor dicho, para otro muerto pobre.

Mozart fue a dar a una tumba común para dieciséis cuerpos en el cementerio de Saint Marx, donde ahora recuerda la original ubicación una columna truncada abrazada por un angelote rechoncho, pero que en su momento no se identificó con lápida alguna. Su sepultura cayó en el olvido, y cuando se reparó en que allí había sido enterrado un genio, fue demasiado tarde. La tierra se había removido varias veces y los huesos ya no se sabía dónde estaban ni a quién pertenecían.

Lo único que se pudo hacer fue construirle un monumento en el cementerio, pero el monolito fue trasladado más tarde a otro camposanto, al Central de Viena, donde sí están localizados Beethoven, Schubert y la saga de los Strauss. Compañía de altura tiene el monolito, pero Mozart no está con ellos.

Mozart tampoco tuvo suerte en su entierro, registrado el 6 de diciembre, al día siguiente de su muerte. Se desató una furiosa tempestad que acabó dispersando a los pocos amigos que iban a acompañarle. El cortejo fúnebre se quedó a las puertas de la ciudad y Mozart continuó más solo que la una. La descripción que del entierro hace el historiador holandés Henrik Villen van

Loon en su libro *Las artes* lo explica todo: «Sólo un perro, lleno de barro, sucio, se animó a seguir el cortejo hasta el cementerio, y fue, en consecuencia, el único caballero que presenció la ceremonia el día en que Mozart fue enterrado como un perro».

Pero, además del can, hubo otro protagonista durante el entierro del músico: el hijo del sepulturero. A él se debía la falsa esperanza de que el Museo de Salzburgo aún conservara el cráneo de Mozart. El jovencuelo contó en su día que guardó en la memoria el lugar del enterramiento y que, diez años después, a escondidas, profanó la tumba y recuperó el cráneo del compositor. Pero ¿y si el hijo del sepulturero se equivocó de cráneo? Porque lo rescató de una fosa común, y para el normal de los mortales las calaveras son clavadas unas a otras, y a no ser que el cráneo de Mozart llevara una clave de Sol tatuada en el temporal derecho, el hijo del sepulturero no pudo confirmar el hallazgo. Puestos a pensar mal, todo parece indicar que el muchacho era un espabilado y que engañó al primero que se le puso por delante... a algún iluso a quien sacó unos florines por la calavera de Pepe López haciéndole creer que era la de Mozart.

Fuera o no el cráneo del músico, lo cierto es que estuvo apareciendo y desapareciendo desde 1801, año en el que el hijo del sepulturero juró haberlo rescatado. La calavera estuvo dando tumbos hasta que, en 1842, la compró un tipo llamado Jakob. El tal Jakob se la dejó en testamento a su hermano Joseph, que era médico, y a su vez Joseph se la pasó a un colega para que estudiara el cráneo; este colega se la devolvió a Joseph, Joseph la regaló luego a Salzburgo, la ciudad natal de Mozart, y tiempo después la calavera se perdió. Con tanto intercambio, es un milagro que no se hubiera perdido antes. Un siglo después, en 1902, no se sabe cómo ni por qué, la calavera hizo su reaparición estelar en el Museo de Salzburgo, donde fue custodiada durante todo el siglo XX y el primer lustro del XXI sin más sobresaltos.

Ahora bien, después de semejante trajín, se impone ser muy optimista para creer que aquella mollera la utilizara en algún momento Mozart. Viena, sin embargo, intentó demostrar su autenticidad con un estudio genético que encargó a científicos austriacos en 2005. Su intención era aprovechar el 250º aniversario del natalicio del músico para anunciar al mundo que aún se conservaba algo de Mozart.

La decepción fue supina. Genetistas y forenses acabaron con los pelos como escarpas, no por no haber podido confirmar la autenticidad del cráneo, sino porque a cada nueva prueba de ADN el enredo se iba enmarañando más. Las candidatas a la comparación eran las parientes femeninas de Mozart, puesto que con ellas comparte el ADN mitocondrial, el que transmiten sólo las mamás. La madre se descartó de inmediato, ya que fue enterrada en una tumba anónima en París (esta familia no tenía mucha suerte a la hora de dar con sus huesos en una sepultura digna), y quedó como segunda opción la hermana, Nannerl. No pudo ser: el cementerio de San Pedro de Salzburgo negó el permiso de exhumación y, por tanto, impidió la posterior investigación.

Quedaban aún dos candidatas más, Euphrosina Pertl y Jeanette Berchtold zu Sonnenburg, abuela materna y sobrina de Mozart respectivamente, cuyos enterramientos estaban localizados en el cementerio de la iglesia de San Sebastián, en Salzburgo, en lo que parecía una tumba familiar. Al menos sus nombres estaban inscritos en la lápida.

Primero compararon material genético del cráneo de Mozart con otro extraído de la supuesta abuela materna, y después se hizo lo propio con la presunta sobrina. Cuando la investigación concluyó, a principios de 2006, los expertos ya no sabían si la abuela era la abuela ni si la sobrina era la sobrina, porque ni siquiera compartían ADN entre ellas. El estudio sólo sirvió para añadir un enigma más: quiénes demonios eran las enterradas en la tumba familiar de Mozart en Salzburgo bajo la identidad de abuela y sobrina.

Pero aún quedaba una remota esperanza para poder confirmar el zarandeado cráneo. El Museo de Mozart aseguraba guardar también un mechón de pelo del compositor y quizás un sofisticado análisis podría determinar si coincidía en características genéticas con la calavera de Mozart, con la sobrina o con la abuela. Cuando se concluyó esta nueva investigación, los científicos lloraban por los rincones: el análisis del rizo no arrojó ningún dato en común con cráneo y parientas. Es más, compararon dos cabellos del mismo mechón y el resultado fue dos ADN distintos. Es como si Mozart los estuviera toreando a todos, porque se habían hecho cinco pruebas y lo único que consiguieron fueron cinco individuos distintos y sin relación entre sí.

El cráneo volvió a su vitrina del Museo de Salzburgo, porque los

austriacos, optimistas donde los haya, creen que el hecho de que no se haya podido confirmar su autenticidad no quita que no lo llevara puesto.

Alguien debería plantearse, puestos a fabular, que quizás el gran secreto de Mozart es que fue un niño adoptado, y así no hay quien encuentre a un familiar fiable. De cualquiera de las maneras, qué cantidad de disgustos, tiempo y dinero les habrían ahorrado los austriacos del siglo XVIII a sus compatriotas del XXI si se hubieran rascado el bolsillo para enterrar a Mozart como es debido.

RICHARD WAGNER NO ERA TRISCAIDECAFÓBICO

(1813-1883)



¿Qué es la triscaidecafobia? Pues es un temor exagerado al número 13; una fobia para la que la psicología tiene previsto tratamiento, porque no es lo mismo tener manía al 13 que sentir pánico por ese número. Para quienes sean supersticiosos o sufran de triscaidecafobia, allá va una vacuna llamada Richard Wagner y sus avatares con el número 13.

Wagner nació en 1813, y si se suman los números del año se comprueba que resulta 13. Murió Wagner un 13 de febrero, martes, el mismo día en que se conmemoraba el aniversario decimotercero de la unificación alemana.

Wagner, además, murió cuando su hijo Sigfrid tenía 13 años. Si se suman las letras de Richard Wagner, la cuenta resultante es 13. Compuso 13 óperas, sufrió un destierro de 13 años, terminó su ópera *Tanhausser* un 13 de abril y la estrenó un 13 de marzo en París —si bien es cierto que fue un estruendoso

fracaso— e igualmente remató *Parsifal* un 13 de enero. Actuó por primera vez en un teatro que fue inaugurado un 13 de septiembre, y entró a vivir a su casa alemana de Bayreuth (centro de Alemania) un 13 de agosto, y tiempo después la abandonó un 13 de septiembre.

Pero con o sin tanto 13, y se pongan como se pongan los supersticiosos, Wagner tenía que morir. Falleció en Venecia y fue enterrado cinco días después en el jardín de su casa de Bayreuth (Alemania), donde él mismo ya había preparado su sepultura muchos años antes. Todavía descansa allí, bajo una losa de granito sin adorno alguno. Sólo una gran enredadera rodea la tumba.

Pero al pie de su sepultura hay algo más, una pequeña lápida que recuerda a su perro *Russ*. Wagner tuvo un amor casi enfermizo por los perros y convivió con muchos a lo largo de su vida. *Russ* era su favorito, un terranova al que quiso tener al lado más allá de la muerte. El epitafio del chucho dice: «Aquí descansa y vigila el perro *Russ*, de Wagner».

Quien quiera ver la botella medio vacía, podrá achacar la mala suerte de Wagner al número 13, pero su mal fario se redujo a estar huyendo media vida de los acreedores y a meterse en líos de faldas. Pero también se puede ver la botella medio llena, porque Wagner disfrutó de su éxito en vida, fue correspondido por las mujeres a las que amó, murió anciano, el rey Luis II de Baviera lo idolatró y lo sacó de apuros, fue admirado por sus colegas, aplaudido en medio mundo... en resumidas cuentas, un hombre con suerte. La única mala fortuna de Wagner fue morir, pero a ver quién se libra de pasar por el trance.

Queda claro que el 13 y el martes fueron fundamentales en la vida y la muerte de Wagner, y que las supersticiones son eso, supersticiones. «En martes, ni te cases ni te embarques», «En martes, ni telas urdas, ni hija cases, ni la lleves a confesar, que no dirá la verdad», «En martes, ni tu casa mudes, ni tu hija cases, ni tu viña podes». Manías como esta contra el número 13 se adquieren con métodos irracionales y casi siempre heredados gracias a leyendas que pasan de boca en boca. Marte era el dios de la guerra romano y ese día era propicio para desgracias, catástrofes y sangre. Luego, por nuestra cuenta y riesgo, hemos añadido el numeral, pero conste que son supersticiones distintas.

Y lo mismo que el mundo hispano tiene ojeriza al martes 13, el anglosajón y el francés se la tienen al viernes 13. Teorías hay para aburrir, y lo cierto es que ninguna se sostiene en cuanto se rasca un poco.

Los franceses huyen del viernes 13 porque ese día de octubre del año 1307 miles de templarios fueron detenidos y posteriormente aniquilados en territorio francés. A los anglosajones no les gusta el viernes porque ese día crucificaron a Jesucristo, y si a ello se añade que en la última Cena había trece a la mesa y que uno de ellos murió y otro se suicidó, ahí tienen lo del viernes 13. Lo de sentar trece a la mesa fue tomándose como signo de mala suerte a lo largo de los siglos. El rey francés Luis XV, por ejemplo, nunca permitía que en su mesa hubiera trece personas, y un famoso gastrónomo de la época le objetó que «el número trece en la mesa es de temer sólo cuando se ha previsto comida para doce».

Parece claro, sin embargo, que Richard Wagner no dedicó ni un solo minuto de su vida a obsesionarse con el número 13. Le trajo al paio.

DIABÓLICO NICCOLÓ PAGANINI

(1782-1840)



Niccoló Paganini es el más genial violinista de todos los tiempos. Nadie ha vuelto a tocar como él y nadie ha movido los dedos tan endiabladamente rápido. Las mentes obtusas propagaron que su don sólo se lo pudo conceder el demonio, y a cuenta de esta superchería le pasaron factura cuando le alcanzó la parca: el cadáver de Paganini permaneció veinte meses insepulto, fue escondido en una cuba de aceite, realizó dos viajes en barco, se le negó durante treinta y seis años reposar en tierra sagrada y fue enterrado y exhumado en seis ocasiones. Y todo, porque sus dedos arrancaban al violín 1.008 notas por minuto. Eso dicen.

El violinista genovés murió en Niza a los 57 años y rápidamente corrió el cotilleo: «¡Ha muerto el diablo!». Los vecinos extendieron el bulo de que, horas después de fallecer, el violín de Paganini seguía sonando y, para colmo, un cura llamado Caffarelli se acercó a darle la extremaunción antes de

fallecer y salió escandalizado porque el violinista le mandó al diablo. Ante datos tan objetivos, el obispo de Niza decidió en un ataque de incongruencia prohibir que el violinista fuera enterrado en sagrado. Aquí comenzó el calvario.

Nadie quiso hacerse cargo de dar enterramiento al músico, lo que llevó a que Paganini permaneciera en la habitación donde murió durante dos meses. Los mismos vecinos chismosos, encima, protestaron porque olía (quizás el embalsamamiento que se practicó no fue digno de aplauso), así que se trasladó el cuerpo al sótano durante dieciocho meses más. Apareció entonces el conde de Cessole, un amigo que, indignado, se llevó el cuerpo a un olivar de su propiedad, en Niza, y lo escondió en una cuba vacía de aceite a la espera de que las habladurías se calmaran. Llegó el momento de recolectar la aceituna y Cessole consideró que aquélla era la ocasión de sacar a Paganini de su escondrijo para que no acabara pringado. Pensó que todo el mundo se habría olvidado de su vapuleado amigo y que, al fin, podría descansar en sagrado con el permiso oportuno de la autoridad eclesiástica. Iluso.

Aunque Paganini había sido embalsamado, cuando el cadáver salió a la luz las autoridades sanitarias lo trasladaron al lazareto (un establecimiento para aislar a infectados y leprosos) de Villefranche, una localidad costera del sur de Francia y fronteriza con Italia, y contrataron a un conserje para evitar intrusos. El empleado resultó ser un espabilado: hizo correr el rumor de que por las noches sonaba un violín en el lazareto y cobró entrada a los morbosos que pretendían oírlo. Su atrevimiento le llevó a negociar con un chamarilero la venta del cuerpo de Paganini, pero de ello se enteró el amigo Cessole, que volvió a cargar con el muerto para evitar la transacción.

Mientras, las negociaciones con la Iglesia para conseguir la rehabilitación post mórtem del violinista continuaban su curso. Los amigos y la familia queriéndole enterrar en sagrado, y la Iglesia que nones. Se recurrió al cardenal de Génova, pero éste, muy corporativista, dijo que cómo iba a contradecir a su colega, el obispo de Niza. Se intentó con el arzobispo de Turín, con el rey Alberto de Piamonte-Cerdeña, con el papa Gregorio XVI... nada... que no. Nadie quería dar cristiana sepultura a alguien que tocaba como el mismísimo diablo.

No quedó más remedio que acarrear el cuerpo del pobre Niccoló hasta el

siguiente escondite. Una noche cerrada, sin luna, el conde Cessole y un par de amigos embarcaron el féretro, atravesaron la bahía de Villefranche y llegaron al extremo del cabo Ferrat, a una propiedad de otro conde, el de Caïs de Pierlas. Parece que Nadie esconde mejor que un conde. Allí, a orillas del Mediterráneo, Paganini tocó tierra por primera vez.

La primavera de 1844 trajo buenas noticias: el rey Alberto de Piamonte-Cerdeña firmó la autorización para que Niccoló Paganini pudiera ser enterrado en Génova, la ciudad donde nació. La noche del 17 de abril de aquel año se exhumó al músico y, con una fuerte escolta militar, fue trasladado por mar desde el puerto de Niza hasta el de Génova, y de aquí, al cementerio, donde fue enterrado por segunda vez. La leyenda de Paganini, sin embargo, no se había olvidado.

Las mentes impresionables insistieron en que en el cementerio se veían fuegos fatuos porque el diablo había sido allí enterrado; reclamaron a los responsables, y otra vez de viaje con el cuerpo de Paganini.

Siguiente destino, Parma, una villa cedida por la esposa de Napoleón para que el maestro descansara otro rato. Fue enterrado, por tercera vez, en la más absoluta clandestinidad, y allí permaneció hasta 1876, cuando el papa Pío Nono, en un ataque de caridad, rehabilitó la figura del endiablado músico y le otorgó el derecho oficial de la Iglesia a ser enterrado en el cementerio de Parma. Y ya vamos por el cuarto entierro.

No terminó aquí el ajetreo del músico, aunque esta vez el traslado tuvo mejores intenciones. Una comisión gubernamental entendió que Paganini debería tener mejor sepultura en el nuevo cementerio que había construido la ciudad. Quinto entierro.

Niccoló Paganini no debía de tener ya hueso alguno en su sitio cuando entró en escena, años después, el violinista checo Frantisek Ondříček, quien sin más argumentos que la sospecha dijo que en aquella tumba no estaba Paganini; que lo habían perdido en alguna escala del periplo. Acostumbrado ya todo el mundo a estar de la ceca a la meca con los restos de Paganini, las autoridades pensaron, qué importa una vez más, y otorgaron permiso para exhumar al músico y comprobar su identidad. Paganini seguía en su sitio, pero todavía hubo alguien que dijo que, al abrir el féretro, se escucharon notas de un lejano violín.

Paganini sólo fue un genio, capaz de tocar su obra *Movimiento perpetuo* en tres minutos, cuando hoy en día nadie ha podido tocarla en menos de cuatro minutos y ocho segundos. Pero también fue un provocador que alimentó su propia leyenda dejando que la gente creyera sus relaciones demoníacas. Corrió la fábula de que Paganini había asesinado a su maestro para hacer con sus intestinos la cuarta cuerda de su violín, cuando todo el mundo sabe que el intestino humano suena excesivamente agudo. Su instrumento, en realidad, fue construido por el prestigioso lutier de Cremona Giuseppe Antonio Guarneri, conocido por el sobrenombre de «Jesús» porque en su marca utilizaba las iniciales IHS. Está claro, pues, que Jesús construyó el violín del diablo.

Tocara como tocara, nosotros nos lo hemos perdido y no pudimos compartir las sensaciones que describieron los compositores italianos Gioacchino Antonio Rossini y Giuseppe Verdi. Dijo Rossini que sólo había llorado tres veces en su vida: la primera, con el fracaso de su primera ópera; la segunda, en un barco, cuando un pavo relleno con trufas se cayó al agua; y la tercera, la primera vez que oyó tocar a Paganini. Verdi ratificó a Rossini: «Es preciso haberlo oído; describirlo no es posible».

PLÚMBEO LUDWIG VAN BEETHOVEN

(1782-1840)



De Beethoven lo sabemos prácticamente todo, porque su vida es una de las más y mejor documentadas de la historia de la música. Sobre su funeral y su entierro también se sabe todo, porque asistieron unas treinta mil personas y esto es mucha gente como para que se escape el más mínimo detalle. Su muerte, en cambio, tiene más incógnitas. Comparte con Mozart ser de los pocos humanos que, según la biografía que se estudie, ha fallecido de un sinfín de afecciones distintas. A saber: de cirrosis hepática, de sífilis, de hidropesía, de problemas intestinales crónicos, de intoxicación por plomo... Los médicos todavía no se han puesto de acuerdo, porque cada nuevo análisis arroja conclusiones distintas.

En el año 2000, una investigación de un mechón de cabello que se guarda

del músico dejó muy clarito que Beethoven había muerto de plumbismo, y otros análisis a unos sorprendentes pedazos de cráneo birlados al compositor en 1863 y reaparecidos en 2005 lo corroboraron. ¿Y qué es el plumbismo? Pues demasiado plomo en el cuerpo. Es más, se deduce que el exceso de plomo en el organismo de Beethoven no provocó sólo su muerte a los 57 años, también tuvo la culpa de su sordera y de la mala leche que gastaba el músico. Porque el plomo, la verdad, cabrea bastante.

Los antepenúltimos análisis no hicieron más que confirmar lo que ya dijeron los otros citados estudios realizados en el año 2000. En aquella primera ocasión se analizaron cabellos de Beethoven, que, por los datos de que se dispone, se fue prácticamente calvo a la tumba. En todos los retratos del compositor se aprecia la abundante cabellera que lució en vida, pero en sus últimos años perdió mucho pelo porque la intoxicación por plomo provoca, entre otras cosas, la caída del cabello. Pero es que, para agravar la alopecia, montones de fetichistas le cortaron a Beethoven pequeños mechones para guardarlos de recuerdo.

El cuerpo del músico estuvo expuesto durante todo un día de marzo de 1827 para que vieneses y admiradores llegados de toda Austria pudieran despedirse de él. Todo el que por allí pasaba pedía un mechón de Beethoven. Estos cabellos han acabado en museos e instituciones dedicadas al músico, con lo que nos encontramos que hay pelo de Beethoven en la Biblioteca del Congreso de Estados Unidos, en Washington; en la Universidad de Hartford, en Connecticut; en la Biblioteca Británica, en Londres; en un museo impronunciable de Viena y en la Beethoven Haus de Bonn, en Alemania. Es decir, que Beethoven se fue a la tumba sin un pelo de tonto.

Pero el mechón de pelo más abundante que se conserva y al que se realizaron los primeros análisis mencionados fue comprado en pública subasta en Sotheby's por siete mil trescientos dólares. Pertenece ahora al centro de estudios de Beethoven de la Universidad de San José, en California. Allí tienen un mechón con 422 pelos que miden entre 7 y 15 centímetros. Teniendo en cuenta que el pelo crece una media de un centímetro al mes, se deduce que, cuando murió, hacía un año que Beethoven no iba al peluquero.

Los cabellos, en términos de análisis forenses, son ricos en información sobre las enfermedades que han aquejado a la persona, y las pruebas

realizadas, primero, al pelo del músico y, después, a los pedazos de cráneo corroboran que Beethoven murió con más plomo en el cuerpo que Billy el Niño. Exactamente con una cantidad cien veces superior a la normal. Pero los estudios han servido para otra cosa: puesto que los análisis del cráneo y los cabellos arrojan igual cantidad de plomo, queda demostrado que los trozos de calavera son de Beethoven. Y bien mirado, para qué querría Beethoven tener pelo en la tumba si no tiene cráneo donde sujetarlo.

Pero esto no acaba aquí. Tras los estudios de los años 2000 y 2005 llegaron otros en 2007, los penúltimos. Y aquí la historia se complica: el médico forense vienés Christian Reiter, en cooperación con la Universidad de Viena, confirmó a la prensa que, efectivamente, el plumbismo se llevó por delante al músico, pero por culpa de un matasanos que atendía por el nombre de Andreas Wawruch. El doctor Reiter asegura que la intoxicación con plomo comenzó, exactamente, ciento once días antes del fallecimiento, justo cuando el bienintencionado Andreas comenzó a tratar la pulmonía que afectaba a Beethoven con unos fármacos que tenían una exagerada presencia de plomo. Ciertamente es que el gusto del genio alemán por el vino blanco le acarreó una cirrosis hepática, pero si el hígado hubiera estado en óptimas condiciones, el plomo no le habría hecho ni cosquillas. Los medicamentos agravaron la cirrosis hepática, de donde deduce el forense austriaco que se juntó el hambre con las ganas de comer.

No es que este médico despotriqué contra la praxis que aplicó su colega del siglo XIX, porque reconoce que no había otra forma posible de tratar la pulmonía que sufría el paciente. A Beethoven se le recetaron unas sales expectorantes que contenían plomo, pero, como efecto secundario, el paciente sufrió una hidropesía del vientre y el médico tuvo que hacerle cuatro punciones para liberar parte del líquido retenido. Las punciones se cerraron luego usando jabón de plomo, lo ideal por aquel entonces para desinfectar, porque no existían los antibióticos. El médico que aplicó tanto plomo en el tratamiento desconocía que Beethoven padecía cirrosis hepática, y sólo después de la autopsia se cayó en la cuenta de que entre todos los mataron y él solito se murió. En resumidas cuentas, que si no hubiera sido por aquel médico plomo, en vez de nueve sinfonías tendríamos catorce o quince.

Nadie se emocione. Aún quedan las noticias de los últimos estudios

comunicados en mayo de 2010: según publicó *The New York Times*, un grupo de científicos del Instituto Médico Monte Sinaí de Nueva York, tras analizar, no los fragmentos pequeños que se conservan del cráneo, sino los de mayor tamaño, dedujeron que Beethoven no murió como consecuencia de una intoxicación por plomo. Dicen estos expertos que los niveles de plomo en los fragmentos de hueso analizados están dentro de lo normal. De locos.

Estos últimos análisis concluyen que hay una cantidad de plomo de 13 microgramos por cada gramo de masa ósea en los huesos grandes, valores muy distintos a los encontrados en los fragmentos pequeños de hueso analizados en 2005, que cuadruplicaban esta cantidad: 48 microgramos por gramo de masa. Vale. ¿A qué se debe, pues, que haya mucho plomo en un trozo de cráneo que está pegadito a otro trozo de cráneo con menos plomo? No vale preguntar. Los investigadores dicen no tener explicación alguna a esta diferencia de datos, pero, puestos a meter el dedo en el ojo... ¿seguro que los dos pedacitos craneales pertenecen a la misma calavera?

Y un interrogante más: ¿qué tenía este hombre en la cabeza para que, al menor descuido, alguien le robara un trozo de testa?

La primera tumba del músico estuvo en el cementerio de Währing de Viena (actualmente el parque Schubert), pero en 1863, treinta y seis años después del entierro, abrieron la tumba para cambiar sus restos de ataúd. Toda esta maniobra se sufragó con un concierto. Tiene gracia, un concierto en beneficio de la exhumación de Beethoven. Aprovechando aquella mudanza de féretro, un equipo médico realizó un reconocimiento de restos antes de volver a enterrarlo, pero este segundo descanso de Beethoven sólo fue temporal, porque veinticinco años más tarde, en 1888, se le exhumó de nuevo para trasladarlo a donde hoy está, al cementerio Central de Viena.

Hasta aquí todo correcto dentro del vaivén habitual que se traían con los muertos famosos en el siglo XIX. Pero en el XXI se supo que durante la primera exhumación, la de 1863, uno de los médicos que participó en ella se quedó a hurtadillas con dos fragmentos grandes del cráneo y once más pequeños. Las reliquias de Beethoven fueron pasando de mano en mano entre los herederos de aquel forense, hasta que uno de ellos, harto quizás de guardar trozos de testa de un músico sin estar confirmada la autenticidad, se plantó en 2005 en un laboratorio de California y dijo eso de: «Buenas, creo

que este es Beethoven, pero no estoy seguro». Se extrajo ADN del cráneo, se comparó con ADN de los cabellos y, ¡tate!, era Beethoven.

La noticia pilló a todos los estudiosos del músico por sorpresa, porque no se sabía que estos fragmentos del cráneo anduvieran por ahí. Se tenían noticias de otros, pero no de éstos. Beethoven dejó dicho antes de morir que los médicos se esmeraran en la autopsia para averiguar el origen de su sordera. La primera autopsia no arrojó dato alguno, pero, al día siguiente de la muerte, otro médico realizó una segunda autopsia y separó los dos temporales para un posterior estudio, porque estos huesos podrían dar respuesta a la sordera. O sea, que Beethoven fue enterrado en 1827 sin los huesos temporales del cráneo, los que están encima de las orejas, para entendernos.

El estudio nunca se realizó, y se acabó comerciando con los huesos hasta que se les perdió la pista en Londres, en plena Segunda Guerra Mundial. Tenemos, pues, que si los temporales se extraviaron y ahora ha aparecido un trozo grande de occipital, el del cogote; otro del parietal, de la coronilla; y once fragmentos pequeños, sólo nos queda preguntarnos sí a Beethoven le queda algo de su propio cráneo.

Y un dato más: Beethoven tuvo un compañero de desgracias en todo este asunto: el propio Franz Schubert. El compositor austríaco murió un año después que Beethoven y fue su mayor admirador. Tanto, que en su lecho de muerte, entre la lucidez y los delirios provocados por las fiebres nerviosas que se lo llevaron por delante, manifestó su última voluntad: ser enterrado junto al maestro Beethoven. El capricho se le concedió, pero ello le supuso atravesar por las mismas vicisitudes que su admirado Ludwig. Schubert fue exhumado el mismo día, vuelto a enterrar el mismo día; vuelto a exhumar en 1888 y vuelto a enterrar cerquita de Beethoven en el cementerio Central de Viena.

Teniendo en cuenta que los huesos de Schubert fueron manipulados por los mismos médicos que maniobraron con los de Beethoven y que un galeno cleptómano le birló al alemán occipitales y parietales, a Schubert, seguro, le quitó algo. Tarde o temprano nos enteraremos.

EL CORAZÓN EBRIO DE FRÉDÉRIC CHOPIN

(1810-1849)



Entre los escasos humanos muertos que pueden presumir de tener un corazón incorrupto está el compositor polaco Frédéric Chopin. Y además de incorrupto, borracho. El músculo cardíaco de Chopin se declaró en huelga indefinida en París el 17 de octubre de 1849, circunstancia ésta que llevó a la muerte a su propietario. Se conserva sumergido en coñac francés en el interior de una de las columnas de la iglesia de la Santa Cruz de Varsovia (Polonia), y aunque hay una evidente lectura romántica sobre por qué el corazón volvió a Varsovia mientras el resto del cuerpo quedó en París, la explicación es mucho más prosaica.

Chopin sólo vivió 39 años, pero cuánta maravilla dejó en tan poco tiempo. Su piano calló para siempre a las dos en punto de la madrugada de

aquel 17 de octubre, aunque aún retumben las 264 obras que legó a la historia musical.

La muerte de Chopin conmocionó París, y no hubo periódico que dejara de publicar su necrológica. La prensa dijo: «Fue miembro de la familia de Varsovia por nacionalidad, polaco por corazón y ciudadano del mundo por su talento, que hoy se ha ido de la tierra». Antes es que eran muy sentidos con los obituarios. Pero la verdad es que no mintieron, porque, efectivamente, Chopin añoraba su tierra y no habría puesto inconvenientes a que a ella regresara su corazón, el que llevó puesto en el pecho durante treinta y nueve años y el que le latió a golpe de nostalgia desde que abandonó su país. Por eso, dicen algunos, pidió antes de morir que se lo extrajeran y lo enviaran a tierras polacas. ¿A que dicho así suena muy lírico? Pues sí, pero es mentira.

Frédéric Chopin sufría tafefobia, tenía pánico a ser enterrado vivo, un terror muy extendido en el siglo XIX y que hacía que mucha gente pidiera que le sacaran el corazón para asegurarse de ser sepultados totalmente muertos. De hecho, entre las últimas letras que escribió Chopin estuvieron unas que decían: «Si esta tos acaba asfixiándome, os suplico abráis mi cuerpo para que no sea enterrado vivo». Tal cual se hizo con Chopin, y puesto que ya estaban metidos en faena, extrajeron el corazón y se lo entregaron a su hermana Ludwika, que había ido desde Polonia para acompañar en la muerte a su pariente.

Cuando regresó a Varsovia, Ludwika llevaba en su equipaje de mano el corazón de su hermano sumergido en coñac para que se conservara de buen ver. Desde entonces, los polacos guardan el órgano de su compositor más exitoso como uno de sus tesoros nacionales y aún hoy lo defienden de agresiones externas.

La última vez que se tuvo noticia del corazón de Chopin fue en plena Segunda Guerra Mundial, momento en el que, para librarlo de algún bombazo inoportuno, fue exhumado y escondido en lugar seguro hasta 1951, año en el que regresó a su columna en la iglesia de la Santa Cruz. Fue la última vez que se pudo ver el frasco de cristal sellado en el que flotaba el corazón de Chopin y la única oportunidad que los médicos tuvieron para examinarlo a través del vidrio. El diagnóstico fue que, a ojo de buen galeno, el órgano permanecía en perfectas condiciones. Salvo que no latía, claro. Ha

pasado más de medio siglo y nadie más ha vuelto a ver el corazón de Federico, aunque lo han intentado.

En 2008, un equipo científico multidisciplinar solicitó al Ministerio de Cultura de Polonia y a los herederos del compositor permiso para analizar el ADN del corazón del músico. Pero, como ante el vicio de pedir está la virtud de no dar, la solicitud se quedó en un ruego desatendido. Los científicos pretendían desmentir que Chopin muriera de tuberculosis para hacerle un nuevo diagnóstico: fibrosis quística.

Hombre... se entiende la curiosidad científica, animada en los últimos años por lo que se ha dado en llamar Biohistoria —una nueva rama de la ciencia que busca respuestas a enigmas históricos mediante análisis de ADN—, si se tratara de averiguar si Chopin murió enfermo o asesinado, pero para saber si fue de fibrosis o de tuberculosis... en fin. Si prosperaran peticiones como esta se produciría una cascada de solicitudes de exhumación de famosos que murieron por culpa del hígado para averiguar si de lo que en realidad padecían era del riñón. Debe imponerse la cordura y ofrecer argumentos que se sostengan para justificar la exhumación de unos restos. Se comprende, por ejemplo, que exhumaran al humanista Pico della Mirandola (1463-1494) en 2007, porque, pese a la versión oficial que culpaba de su muerte a la sífilis, los historiadores estaban con la mosca tras la oreja. El estudio de los restos demostró que, efectivamente, había sido asesinado con veneno. Esto sí es justicia histórica, porque no es lo mismo que las enciclopedias digan que mengano murió de tal enfermedad a que indiquen que fue asesinado.

Remover el corazón de Chopin lo razonan los expertos diciendo que si se confirmara que fue la fibrosis quística y no la tuberculosis lo que mató al músico, esta confirmación ayudaría a quienes padecen la enfermedad; porque dirían, fíjate, lo malito que estaba Chopin y las grandes cosas que hizo. Pues vale, pero este argumento también sirve ahora a los enfermos de tuberculosis, que es de lo que se supone murió Chopin. Sería desvestir a un santo para vestir a otro. Es más, si Chopin hubiera muerto de viejo con tuberculosis o con fibrosis quística, se entiende que esto anime a quienes sufren estas enfermedades, pero es que murió con 39 años. Además, estar enfermo de los pulmones no te asegura tocar bien el piano, ni antes ni ahora.

Sea como fuere, la petición no prosperó y el corazón sigue a lo suyo en Varsovia, empapado en alcohol y cantando Varsovia patria querida, pero en polaco, claro.

El segundo capricho que manifestó Chopin, al margen de que se aseguraran de que lo enterraban perfectamente muerto, fue que sus funerales se celebraran en la iglesia de la Madeleine y que se interpretara el *Réquiem* de Mozart, pero cantado por un coro. Gran problema, porque la iglesia de la Madeleine no permitía que se cantara en su recinto. Y aquí está la explicación de por qué se tardó casi dos semanas en enterrar a Chopin. Todo ese tiempo duraron las negociaciones con la iglesia, que al final aceptó que se interpretara el *Réquiem*, pero con los coristas ocultos por una cortina de terciopelo negro. Por si alguien se lo está preguntando, sí, Chopin fue embalsamado, porque no hay humano muerto que soporte con buen cutis quince días.

Pero, para homenajes sentidos, el que le hacen casi a diario los visitantes del cementerio Père Lachaise de París. Su tumba siempre está a reventar de flores, y entre todas ellas destaca un ramo de claveles que cada aniversario de la muerte de Chopin deja una japonesa residente en París y concertista de piano. Lo hace porque Chopin era el músico que más amaba su padre, y su padre murió agotado por el trabajo para que ella pudiera ser concertista.

JULIÁN GAYARRE, LARINGE INMORTAL

(1844-1890)



Hubo un tiempo en que Julián Gayarre y su laringe fueron inseparables. Allá donde iba uno, estaba la otra. Ya no. Ahora el tenor está en un sitio y su laringe en otro. Él, en el cementerio. Ella, en un museo.

Es una enorme faena que por haber destacado en algo durante la vida, alguien decida escamotearte del cuerpo aquello que fue el origen del éxito, que luego lo embalsame y después lo exponga. Por poner sólo cuatro ejemplos, me remito al cráneo del compositor Haydn, al pene del incalificable Rasputín, al dedo del filósofo Descartes (cuyas ajetreadas peripecias se recogen en *Polvo eres*, La Esfera de los Libros, 2008) y a la laringe del tenor Julián Gayarre. Los santos no están incluidos en este

recuento, porque el milagro es dar con uno que no esté despedazado. Pero cuando digo que es una enorme faena, entiéndase así cuando las intenciones son fetichistas. Si, en cambio, se trata de estudiar, de saber, es estupendo que los muertos sirvan para aportar más conocimientos. Aunque la laringe de Julián Gayarre, la que le retiraron los médicos a la vez que hacían el embalsamamiento del cuerpo, no es que aclarara muchas dudas. Continúa sin entenderse de dónde salía aquel chorro de voz.

Julián Gayarre murió en Madrid el 2 de enero de 1890, con sólo 46 años. Se agarró una gripe, y el tenor, que ya tenía un tumor en la laringe, no salió del trance. El duelo en la capital fue de órdago. Las crónicas del momento dijeron que pese a la «recrudescencia de la enfermedad reinante», porque la gripe había tumbado a medio Madrid, y pese al frío que hacía, porque había nevado, miles de personas acompañaron el féretro desde que se levantó la capilla ardiente en su casa, en la misma plaza de Oriente, hasta que lo cargaron en el tren en la Estación de Atocha camino de Roncal (Navarra). A lo largo de todo el recorrido del féretro, en una carroza tirada por ocho caballos, lo sepultaron bajo trescientas coronas de flores. Las mismas que introdujeron en el vagón junto a los restos del tenor.

Muchas coronas, pero ni una sola laringe, porque la de Gayarre se la quedó un médico amigo, el doctor Cortezo. La laringe le fue extraída, previo permiso de la familia, durante el embalsamamiento, y el encargado de su estudio fue el doctor Amalio Gimeno, el hombre que, casi con toda seguridad, escribió la descripción más cursi que nadie ha dedicado jamás a una laringe y que el escritor F. Hernández Girbal reproduce en el libro *Julián Gayarre. El tenor de la voz de ángel*. Dijo el doctor Gimeno que era «artísticamente conmovedor guardar aquel instrumento humano, pobre cajita de cartílagos, cubiertos de rojiza mucosa, atados por las fuertes cintas de los ligamentos... Cuando tuvimos entre las manos el delicado instrumento, esa cajita de música, que con tanta pasión había vibrado en vida, nos pareció un sueño». Pura lírica florida.

Siguiendo las instrucciones del testamento, Julián Gayarre fue enterrado en su pueblo navarro, Roncal. Conviene, si se pasa por allí, no dejar de visitar el coqueto cementerio del pueblo y dar tres o cuatro vueltas al magnífico sepulcro que Mariano Benlliure hizo para el tenor. Pero conviene igualmente,

ya que se está por la zona, acercarse al Museo de Roncal para poder ver la laringe de Julián Gayarre.

Los médicos la retiraron para ver si daban con la clave de la voz, porque la laringe es una caja de música que, quizás, podría dar una pista sobre cómo era posible que desde que arrancaba el aire de los pulmones de Gayarre hasta que salía por su boca, los sonidos sufrieran aquella prodigiosa transformación.

No es que los expertos llegaran a una conclusión definitiva, ni entonces ni después, pero sí se detectaron varias anomalías que al menos dejaron pensando a todo el mundo si serían ellas las causantes del inimitable *bel canto* de Gayarre. Y es que, antes de que se muriera el navarro, muchos pensaban que su voz no era normal, y, cuando los humanos no entendemos algo, fabulamos. De Gayarre dijeron que tenía más cuerdas vocales que los demás (sí hombre, ocho o nueve), que la garganta era extraordinariamente grande, que había un cartílago de más... así que la única forma de comprobarlo era extraer la laringe. Se demostró que era asimétrica, que una cuerda vocal tenía una deformación y que el cartílago tiroides era irregular. Gayarre tenía una laringe muy rara, pero funcionó como ninguna otra hasta que hizo mutis.

Tras la extracción y el estudio, la laringe fue donada por los sobrinos a un médico, que, a su vez, la entregó tiempo después al museo que se estaba creando en el Teatro Real de Madrid. Y menos mal que, pasados unos años, Navarra dijo que qué narices hacía en Madrid la laringe de Gayarre, y, con muy buen tino, se la llevaron. De no haber sido así, se habría perdido entre los escombros del Teatro Real de Madrid cuando fue bombardeado durante la Guerra Civil, al igual que estuvo a punto de perderse el corazón de otro tenor, Giuseppe Anselmi, que donó su órgano —una vez muerto, se entiende—, para que quedara junto al busto de Gayarre en el Real y cuya peripecia póstuma ocupa las páginas siguientes.

Pero la laringe de Gayarre se libró del bombardeo, gracias a que ya estaba en el Museo de Navarra, en Pamplona, penúltimo destino del órgano cantor, porque llegó el día en que Roncal le dijo a Pamplona lo mismo que los de Pamplona les habían dicho a los de Madrid. Qué narices hace la laringe de Gayarre en Pamplona si Gayarre era de Roncal. Así que otra vez la laringe de

viaje. Era una laringe con patas y cada vez se acercaba más a su dueño.

Capítulo destacado merece lo sucedido con el mausoleo del tenor, tan impresionante y precioso, que llegó a estar impreso en los billetes de quinientas pesetas. Pero el maestro Benlliure, todo hay que decirlo, le echó un poquito de morro, porque en lugar de enviarlo directamente a Roncal cuando estuvo terminado, se dedicó a enseñarlo por ahí para hacerse publicidad. Y tanto lo enseñó que una caprichosa que además era reina quiso que la obra se quedara en Madrid.

La familia de Gayarre encargó el mausoleo a Benlliure al año siguiente de la muerte, porque al tenor lo habían enterrado en una tumba que no parecía de su talla, aunque así lo habría pedido él: un entierro de segunda, modesto. Pero la familia se planteó que, caramba, con la pasta que había dejado en el testamento (al cambio actual serían unos diez millones de euros), pues qué menos que encargar una obra de arte para su tumba. Y el artista de moda para esos asuntos funerarios era Mariano Benlliure.

El escultor trabajó con la obra en su taller de Roma y la terminó en 1895, momento en el que el mausoleo fue trasladado a España. Gayarre, en cambio, no lo cató hasta 1901, seis años después. Seis años en los que Benlliure, orgulloso de lo majo que le había quedado el sepulcro, se empleó en pasearlo para ver si le caía algún trabajito más. Y cuando el mausoleo no estaba en el palacio de Cristal del Retiro de Madrid, en una bienal del Círculo de Bellas Artes, paraba por la exposición Universal de París, donde se alzó con la Medalla de Honor de Escultura. Y a todo esto, en Roncal habían tenido que ampliar el cementerio para poder colocar el mausoleo, e incluso habían hecho un panteón que sujetara a su vez la obra de Benlliure. Hasta se habían trasladado los restos de Gayarre desde la tumba inicial a la nueva ubicación. Y mientras, el mausoleo recorriendo mundo.

Y tanto estar de paseo el mausoleo, en una de sus paradas en Madrid lo vio la reina regente María Cristina, madre de Alfonso XIII, y dijo ella, anda qué bonito, pues lo dejamos en Madrid, lo instalamos en la plaza de la ópera y ya tenemos monumento al artista. Menudo desparpajo. La familia paga, la reina se lo queda y Gayarre a verlas venir.

El tenor estrenó su tumba, por fin, en 1901. Y allí sigue, en su flamante mausoleo sin su flamante laringe.

GIUSEPPE ANSELMI, CORAZÓN PARTÍO

(1876-1929)



Y si separado está el tenor de su laringe, más aún lo está su colega Giuseppe Anselmi de su corazón. Lo que queda de este tenor italiano está en su país y su corazón para por Ciudad Real, en Almagro, donde las berenjenas en vinagre. Pero el corazón de Anselmi no está en vinagre. Está disecado. Y lógico es preguntarse qué diablos hace el corazón de un tenor italiano disecado en Almagro, partiendo de la base de que cualquier sitio es raro para un corazón. O está puesto en un pecho, o cualquier otra ubicación es ciertamente extravagante.

Giuseppe Anselmi, conocido como Peppino, fue un gran tenor italiano, uno de los más famosos y guapetones de principios de siglo, enamorado de España y fan número uno de Julián Gayarre. Arrasaba por todos los

escenarios del mundo. Un dandi que traía locas a las señoras.

Y en estas estábamos, con Anselmi aún vivo y en Italia, cuando, allá por 1924, recibió una carta desde Madrid pidiéndole un objeto personal para incluirlo entre las donaciones que se estaban recibiendo para crear el Museo Archivo Teatral. Quien escribió la carta fue Luís París, director artístico del Teatro Real, lugar donde se iba a instalar el museo. París le pidió a Peppino algo para colocar en las vitrinas: alguna partitura con notas suyas, una chistera, un bastón... cualquier cosa que sirviera para exponerla y decir: «Esto perteneció a Giuseppe Anselmi». La sorpresa fue la respuesta de Peppino a vuelta de correo, diciendo que ya había hecho testamento para que, en cuanto muriera, se le extrajera el corazón y se enviara a Madrid para ser colocado junto al busto de su admirado Julián Gayarre. Increíble. Le habían pedido un recuerdito y él decide el envío de su principal órgano. ¿Por qué el corazón? Pues quizás porque dar el páncreas es menos poético. Eso sí, el tenor dejó claro que la entrega debía producirse tras su muerte, y bajo ningún concepto antes de ese fatal momento.

El historiador y biógrafo Florentino Hernández Girbal reprodujo en sus escritos la carta que Anselmi envió a Luís París, fechada el 12 de junio de 1925: «(...) Por lo que se refiere a tu gentil invitación para que envíe algún recuerdo de mi modesta persona al Museo del Real, habré de contestarte con suma sencillez: aún vivo. Mi pecho alberga todavía esa dinamo muscular e impulsiva que llamamos corazón; en él están grabadas con indelebles caracteres las palabras España, Fe, Gratitude, Amor... Pues bien, dicto disposiciones testamentarias para que tú lo deposites junto al busto del divino Gayarre».

Dicho y hecho. En cuanto Peppino Anselmi murió (una pulmonía se lo llevó con apenas 50 años), el corazón fue extraído y enviado a Madrid. Pero como está feo enviar un órgano tan generosamente entregado por correo ordinario, el consulado español en Génova se hizo cargo del corazón, puso los precintos oportunos y lo envió al Museo Antropológico de Madrid. Corría el verano de 1929.

Hasta el museo fueron a recogerlo Luís París y otro tenor, José Riera, que se encontraron una cajita de madera que a su vez guardaba un frasco con el corazón. Y entonces llegó la desagradable sorpresa: los precintos que se

pusieron en Italia habían sido abiertos y el culpable era alguien a quien no se le podía toser, el ministro de Instrucción Pública Eduardo Callejo, un episodio para el que no queda otro remedio que volver a echar mano de las investigaciones de Hernández Girbal. El señor ministro, atraído por el morbo y aprovechando las ventajas de su cargo, acudió al museo antes de que se produjera la recogida para ver el corazón de Anselmi, manipuló con desatino el frasco y dejó entrar una burbuja de aire. Dado que el corazón ya no estaba en lugar seguro, todo aconsejaba que, antes de mantenerlo en formol, mejor disecarlo. Y tal cual se hizo. Se disecó y fue trasladado al Museo del Teatro Real de Madrid, donde quedó cuidadosamente depositado, siguiendo los deseos de Peppino, junto al busto de Goye. Pero aún falta el susto final.

Llegó la guerra de 1936, y el Teatro Real se convirtió en cuartel y polvorín republicano. Y pasó lo previsible, que el corazón de Peppino recibió un pepinazo. El teatro quedó para el arrastre, medio destruido, pura escombrera... A la porra el corazón de Peppino Anselmi.

Se salvó por los pelos, porque el corazón acabó apareciendo gracias a un milagro de la lírica y al empeño de un señor de apellido sonoro, Fernando José de Larra, el bisnieto de Mariano José. Fernando José de Larra era el director en aquel momento del Teatro Real, y este hombre no paró de rebuscar entre cascotes, entre cristales y maderas, entre los restos de aquel bombardeo, el corazón de Anselmi. Y con la luz de un farolillo, después de varios días buscando, lo encontró. Hecho un rebuñito lleno de polvo, pero estaba allí, escondido entre los escombros, esperando que alguien lo rescatara.

El corazón quedó a buen recaudo hasta encontrar nueva ubicación, pero hubo que esperar hasta 1989, momento en el que se creó en Almagro, en Ciudad Real, el Museo Nacional del Teatro, y allí fue trasladado el corazón de Giuseppe Anselmi.

Hasta aquí la explicación de por qué está en plena tierra manchega el corazón de un tenor italiano. Qué cosas.

EL ALUCINÓGENO VIAJE DE GRAM PARSONS

(1946-1973)



No hace falta ser un clásico para tener derecho a historia funeraria. Los rockeros también tienen las suyas, y la de Gram Parsons es una de las más extravagantes de las que se tienen noticias. Gram Parsons, aquel músico estadounidense de finales de los sesenta y principios de los setenta que se inventó el country-rock, se murió como se morían casi todos los rockeros de veintitantos, hasta arriba de alcohol y drogas. Su gran pasión, sin embargo, eran las verduras. La única diferencia es que unos se las toman rehogadas y él se las fumaba.

Pero, antes de morir, y aunque no tuviera previsto hacerlo tan pronto, Parsons, que en realidad se llamaba Ingram Cecil Connor III, arrancó una promesa a los integrantes de su grupo The Flying Burrito Brothers: si moría,

lo tendrían que quemar en mitad del desierto Joshua Tree, en California. Por supuesto, al margen de la ley. Cumplieron su promesa, pero sólo a medias. Más que quemarlo, lo chamuscaron.

Gram Parsons, un tipo majete, gran músico y de muy buen ver, murió en la habitación número 8 del Joshua Tree Inn, un hotel situado en el parque nacional Joshua Tree, al sureste de California, donde se juntan los desiertos de Colorado y de Mojave. Y se murió porque llevaba en el cuerpo un cóctel explosivo de heroína, morfina y bourbon.

Aquel parque natural les encantaba a Gram Parsons y sus músicos, y muy frecuentemente se instalaban allí para estar en comunión con la naturaleza y para avistar ovnis. Y por supuesto que veían ovnis... y hasta hombrecillos verdes, porque los psicotrópicos te hacen ver lo que haga falta. Phil Kaufman, amigo y manager de Gram Parsons, le prometió que si le ocurriese algo, él se encargaría de incinerarlo en mitad de aquel paisaje, en pleno desierto de Joshua Tree y junto a un lugar rocoso llamado Cap Rock.

Y ocurrió. Gram Parsons murió por sobredosis en septiembre de 1973, y su padre adoptivo se hizo cargo del cadáver. Ordenó su traslado por vía aérea a Nueva Orleans, porque, como familiar más cercano aunque no bien avenido, tenía potestad sobre el cadáver. Lenguas viperinas cuentan que el único interés del padrastro por el cuerpo estaba en demostrar que vivían juntos y tener así acceso a la herencia... bastante jugosa, por cierto. Esta hipocresía sentó fatal a los amigos de Parsons, porque sabían que ambos no se podían ver, pero no pudieron hacer nada por impedirlo y el cuerpo se preparó para ser trasladado en avión desde Los Ángeles a Nueva Orleans.

Cuando el féretro con los restos de Gram Parsons estaba a punto de ser embarcado, allí mismo, en la pista de carga, se presentaron dos amiguetes del músico, uno de ellos su manager, Phil Kaufman, con un coche fúnebre desvencijado conseguido en un desguace. Dijeron que había cambio de planes; que el féretro finalmente viajaría por carretera y que se lo llevaban. Pero aquello sólo fue una treta para robar el cuerpo y cumplir con el deseo de Parsons. Es sorprendente que las autoridades creyeran en la palabra de aquellos dos tipos vestidos de vaqueros, con pelo largo, cara de fumados, sin papeles oficiales y en un coche fúnebre sin matrícula.

Ni ellos mismos se podían creer que lo hubieran conseguido, pero el caso

es que salieron impunes del aeropuerto de Los Ángeles camino, otra vez, del parque nacional Joshua Tree para cumplir con la ceremonia de incineración de Gram Parsons. Previamente, los amigos habían comprado cinco garrafones de gasolina, porque pretendían, ilusos ellos, rociar el féretro, prenderle fuego y que todo quedara reducido a cenizas. Como la ignorancia es la madre del atrevimiento, el asunto acabó como el rosario de la aurora.

Todo tenía que ser muy bucólico, muy doméstico, muy ilegal y nada convencional, y tal y como le habían prometido al difunto Gram Parsons, los amigos llevaron el cadáver a un lugar llamado Cap Rock. Llegaron de madrugada, colocaron el féretro en el lugar elegido, lo rociaron con gasolina y le prendieron fuego. Pero como estaban acongojados por lo que estaban haciendo, en cuanto oyeron un coche a lo lejos pensaron que era la poli. Casi pierden el trasero en la carrera y sólo demostraron que eran unos birrias de rockeros transgresores.

Allí dejaron el ataúd ardiendo y a Gram Parsons en mitad de su ceremonia fúnebre más solo que la una. Evidentemente, aquella fogata en mitad de un parque natural y el humo negro que salía acabó alertando a las autoridades, que recuperaron el cuerpo y lo volvieron a entregar a la familia para que continuara camino hacia Nueva Orleans. En un ataúd nuevo, claro está.

Los amigos metidos a funerarios se mantuvieron escondidos unos días, pero cuando todo se hizo público y supieron que la Policía los andaba buscando, decidieron entregarse, porque tarde o temprano los iban a pillar. La verdad es que si hubieran sabido la condena que les esperaba, se habrían entregado antes.

En el estado de California no existían leyes en 1973 que castigaran el robo de un cadáver; es más, hasta el mismo siglo XXI no existían ni siquiera leyes que condenaran la profanación y la necrofilia. Cuando los amigos de Gram Parsons se vieron las caras con el juez, los pasmados fueron ellos: la única condena fue pagar los setecientos dólares que había costado el ataúd, porque el féretro sí acabó quemado, pero no el músico.

Cómo estarían de caninos los amigos, que ni siquiera tenían los setecientos dólares para pagar la multa. ¿Qué hicieron? Organizar un recital que titularon algo así como Concierto en beneficio de la travesura del ataúd.

Con los ingresos pagaron la multa, se embolsaron el resto, se lo fumaron y, mientras, Gram Parsons acabó medio chamuscado y enterrado en el convencional cementerio Garden of Memories, bajo una convencional lápida y como todo muerto convencional. Su epitafio, por supuesto, tampoco se sale de los convencionalismos: «Su alma vive a través de su música. Su espíritu vive en nuestros corazones».

Los planes transgresores se fueron a hacer gárgaras.

KURT COBAIN O EL CASO DE LAS CENIZAS ESCURRIDIZAS

(1967-1994)



A veces es muy difícil enterrar a una estrella del rock. Ningún cementerio las quiere, y no por las molestias que provoque el guitarrista o el cantante de turno... pobres, ya no dicen ni mu... sino por las que causan sus seguidores. La mala prensa que tiene enterrar a un rockero la originó Jim Morrison (peripecia igualmente relatada en *Polvo eres*). Morrison, líder del grupo The Doors, tiene fritos a los responsables del cementerio Père Lachaise de París, y por las inconveniencias que arrastra acabó pagando las consecuencias Kurt Cobain, solista de Nirvana. Los cementerios de su ciudad no le quisieron y no quedó más remedio que incinerarlo y esparcirlo por varios lugares. Para algunos, encontrar tumba es más difícil que comprar piso.

Kurt Cobain se descerrajó un tiro en la cabeza en abril de 1994 en el invernadero de su casa de Seattle (Washington, Estados Unidos). Su cuerpo

lo encontró tres días después de la muerte un electricista que fue a instalar un sistema de seguridad en la casa. Curiosa paradoja, porque de la única persona que debía protegerse el líder de Nirvana era de sí mismo, y en esto no hay seguridad que valga. Cobain murió con 27 años, la misma edad con la que se fueron Jim Morrison, Tim Buckley, Brian Jones, Jimi Hendrix, Janis Joplin... Curioso también.

No era la primera vez que Kurt Cobain quiso quitarse del medio. Ya lo intentó en otra ocasión y una segunda vez en Roma, pero tras varios días en coma los médicos consiguieron sacarle adelante. No ocurrió, pero habría sido otra paradoja que hubiera muerto lejos de Estados Unidos, como también les sucedió a Jim Morrison, que murió en París, y a Jimi Hendrix, que falleció en Londres.

Kurt Cobain dejó varios escritos, y en uno de ellos pidió ser enterrado en Seattle, la ciudad donde vivía y en la que nació. Su esposa, la cantante Courtney Love, recorrió varias necrópolis de la zona para buscarle sepultura. Una de ellas, el Greenwood Memorial Park, en Renton, rechazó de plano al inquilino porque ya pasó por malas experiencias con la tumba de Jimi Hendrix, salpicada siempre de latas de cerveza abandonadas por sus seguidores. Otro cementerio pretendía cobrar cien mil dólares al año para cubrir los inconvenientes que pudiera provocar Kurt Cobain.

La única solución posible que encontró Courtney Love fue incinerarlo, pero, como tampoco podría enterrar la urna, optó por esparcir las cenizas de Cobain por distintos lugares. Se hicieron tres montoncitos, que fueron, uno, a manos de su esposa; el segundo se desparramó por el monasterio budista de Ithaca (Nueva York) y el último tercio fue a hacer compañía a los peces del río Wishkah, en el estado de Washington.

El tiempo demostró que el lugar más inseguro en el que podían caer las cenizas del músico era, precisamente, entre las manos de su viuda. Courtney Love, en junio de 2008, convocó a la prensa prácticamente de los nervios para anunciar que alguien había robado su tercio de cenizas del interior de un armario en su mansión de Los Ángeles. Las tenía guardadas, según ella misma relató ante el pasmo general, dentro de un bolso color rosa con forma de oso de peluche. Qué insulto para un líder del grunge... acabar en un bolso rosa.

Courtney no sólo anunció el robo a bombo y platillo, también aseguró que tenía razones para asegurar que las cenizas se estaban subastando en Internet. No conviene pujar por un muerto en la Red, primero, porque no se puede comprobar si las cenizas pertenecen al difunto que uno pretende comprar, y segundo, porque está feo.

Aquel anuncio de la viuda sólo sirvió para que algunos avispados aprovecharan la circunstancia y aseguraran haber conseguido las cenizas. Entre ellos, la artista de origen australiano Natascha Stellmach, que en octubre de 2008 comunicó a la prensa que el día 11 de ese mes, en la galería Wagner+Partner de Berlín, organizaría una *performance* titulada «Set Me Free», algo así como «Libérame», en la que se fumaría en directo las cenizas de Cobain mezcladas con marihuana. Aseguraba la ¿artista? que con semejante acto pretendía liberar el espíritu del cantante y sacarlo del circo mediático que le envolvía desde que se suicidó en 1994. Bonito detalle. Tomen nota los estudiantes de Bellas Artes y no pierdan el tiempo en la facultad. Fumarse a un cantante es más efectivo para hacerse notar.

Lo que pretendía Natascha Stellmach, y que nunca llegó a hacer porque ni tenía las cenizas ni el suficiente arrojo para cumplir su amenaza, se inscribe dentro de una tendencia artística-necrófila de usar restos humanos como medio de expresión. No deja de ser una salida ante la ausencia de buenas ideas. De esas preferencias también es partidario el artista chileno Marco Evaristti, que ha conseguido que un condenado a muerte en Estados Unidos le done su cuerpo para luego, durante una exposición, usarlo para dar de comer a trescientas carpas en Nueva York. No es que lo vaya a echar en crudo. Primero lo va a congelar, luego lo va a desmenuzar y luego se lo echará a los peces. Dice que es una protesta contra la pena de muerte. Pues vale.

Sin olvidar la que montó Keith Richards, el guitarrista de The Rolling Stones, cuando se quiso hacer el gracioso diciendo que se iba a esnifar las cenizas de su padre. Y lo dijo nada más terminar de rodar la tercera parte de *Piratas del Caribe*. Lo único que consiguió fue que la factoría Disney le prohibiera hacer la gira de promoción de la película. ¿Cómo iban a llevar a promocionar una película infantil a un tipo que pretendía esnifarse a su padre? Luego Richards dijo que no, que era broma, pero se le fastidió la gira.

De las cenizas de Cobain nunca más se supo, salvo que el representante de la doliente viuda, como intento para que los perturbados se olvidaran del asunto y dejaran de buscar por las subastas de Internet las cenizas de Kurt Cobain, quiso enderezar el entuerto diciendo que todo había sido una confusión... que Courtney Love se expresó mal y las cenizas no habían sido sustraídas. A ver si fue ella la que se las fumó...

ELVIS PRESLEY, MUERTO Y FORRADO

(1935-1977)



Elvis Presley ya no es sólo el rey del rock. Tampoco se ha quedado únicamente en ser el segundo cantante más rico del cementerio (Michael Jackson le ha apeado del primer puesto). Ahora es mucho más, porque su tumba goza desde el año 2006 de la categoría de Monumento Histórico Nacional. Para ser exactos, la Secretaría de Interior del Gobierno de Estados Unidos incluyó en la lista de los dos mil quinientos monumentos históricos a Graceland, la mansión de Elvis, pero, puesto que en el jardín está enterrado él, también la tumba adquiere la categoría histórica.

La mansión de Graceland, ubicada en Memphis (Tennessee, Estados Unidos), ya estaba incluida en el Registro Nacional de Lugares Históricos desde el año 1991, pero su país, al convertirla en monumento, la equipara a

lugares como la Casa Blanca, Pearl Harbor, la tumba de Martin Luther King o Mount Vernon, la residencia donde vivió George Washington, el primer presidente de Estados Unidos.

Cuando Elvis compró Graceland por cien mil dólares en 1957, no sospechó que también compraba su tumba, entre otras cosas porque en sus planes no estaba morir tan joven, con 42 años. Graceland lo visitan seiscientos mil turistas al año, que pagan religiosamente por ver la mansión y, sobre todo, la tumba. Por eso era muy difícil desbancar a Elvis del primer puesto de la lista de muertos que más dinero generan elaborada por la revista *Forbes*. Porque a los dólares que aún producen sus discos y todos los productos que se venden con su imagen, se une el dinero que ingresa la mansión. Pero fue morir el otro rey, el del pop, Michael Jackson, y Elvis abandonó la cabecera del *ranking* en la que llevaba años empadronado.

En Graceland hay un día del año muy especial: la noche del 16 al 17 de agosto, en que se celebra la vigilia por Elvis Presley tal que si fuera la Inmaculada Concepción. La tradición se impuso desde el mismo día de su muerte, en 1977, cuando setenta y cinco mil personas permanecieron en los alrededores de la casa durante los tres días previos a los funerales. Las cosas empiezan así, tontamente, y acaban haciéndose costumbre.

Ahora bien, ¿por qué acabó enterrado Elvis en el jardín de su casa? Porque su padre era largo de miras. El rey fue sepultado inicialmente en el cementerio Forest Hill de Memphis, a donde llegó un cortejo fúnebre compuesto por dieciséis cadillacs blancos y doscientas personas autorizadas por la familia. Las flores en Memphis se agotaron. Todas las tenía Elvis: hasta dos mil doscientos arreglos florales invadieron la sepultura. Tras el entierro, el padre del cantante, en agradecimiento a las miles de personas que se quedaron en las puertas del cementerio, permitió a cuantos quisieran que se llevaran una de las flores de recuerdo. La gente peregrinó hasta bien entrada la madrugada y a la mañana siguiente no había ni una sola flor que adornara la tumba.

Dos semanas después de su primer entierro, el padre logró un permiso especial de las autoridades de Memphis para trasladar a Elvis al jardín de la mansión alegando que alguien pretendía secuestrar el cadáver. Las autoridades tomaron en serio el asunto y otorgaron los permisos, pero,

aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, el padre también exhumó a su mujer, a la madre del cantante, y organizó una pequeña necrópolis privada en el jardín de Graceland, el mismo cementerio a donde fue a parar él dos años después. Y ya tenemos tres muertos; pero aún faltaba uno por llegar: la abuela, que fue a hacer compañía a su descendencia en 1980 y que fue la que los enterró a todos. En el jardín de Graceland aún quedan dos tumbas preparadas y vacías ¿Algún voluntario?

Hubo, sin embargo, un grupo de seguidores que nunca creyó la patraña del secuestro del cadáver. Dijeron que era del todo imposible birlar cadáver alguno, porque Elvis estaba vivo. De hecho, aún lo dicen. Hasta le han visto tomando helados en Florida.

Pero Elvis Presley está muerto. Seguro. Y la prueba definitiva la tuvimos en 2006, cuando el cineasta estadounidense Adam Muskiewicz ofreció una recompensa de tres millones de dólares a quien diera pistas sólidas de la vitalidad de Elvis. Nadie ofrecería tal enormidad de dinero si supiera que existe la más mínima posibilidad de que el rey respira.

El realizador, que en el momento de su machada estaba rodando el documental *La verdad sobre Elvis*, aseguró tener pruebas de que Elvis vive y en su cinta recoge testimonios de gentes que asistieron a su funeral y que se extrañaron porque, según dijeron, el ataúd estaba exageradamente frío. Esto alimentó la teoría de que lo que en realidad había dentro del féretro era un muñeco de cera que estaba refrigerado para que no se reblandeciera. Ya se sabe del calor de Memphis en pleno agosto.

Otros fantasiosos afirman que dos horas después de anunciarse su muerte, un hombre muy parecido a Elvis se presentó en el aeropuerto y compró un pasaje de avión a Buenos Aires. Pagó en efectivo y dijo llamarse John Burrows, el mismo alias usado por el cantante en varios momentos de su vida. Como fabular es muy fácil, otra teoría dice que, poco antes de su muerte, el cantante ayudó al Gobierno de Estados Unidos a dismantelar a una banda mafiosa a cambio de que le dieran una nueva identidad. Y una fábula más a la que muchos se agarran: ¿por qué nadie cobró el seguro de vida de Elvis? Pregunta tonta donde las haya, porque nunca se ha demostrado que el seguro de vida no se cobrara. Quizás sí se cobró, pero la familia, en su derecho está, nunca ha querido dar explicaciones a nadie. Que cada uno crea

lo que quiera.

Para sumarse a la posibilidad de que Elvis viviera, en 2003 el profesor David Perrett y el doctor Bernard Tiddeman desarrollaron en la universidad escocesa en la que trabajaban un retrato digital mostrando cuál sería en ese año el aspecto de Elvis en caso de seguir vivo. Casi septuagenario, con arrugas y escaso cabello gris. Y les salió clavadito a Rot Atkinson, el que fue entrenador del Atlético de Madrid y del Manchester United. Al técnico le hizo mucha gracia el parecido, pero aseguró cantar mejor que el rey porque, a diferencia de Elvis, él estaba vivo.

Pero, volviendo a la cruda realidad, ¿cómo no se iba a morir alguien que sólo comía hamburguesas, *bananas splits*, donuts, pollos fritos y emparedados de manteca de cacahuete con plátano? Elvis pesaba ciento treinta kilos cuando murió y había tomado diecinueve mil dosis de medicamentos en su última década. Era una farmacia con patas.

Precisamente las últimas noticias en torno a la causa de la muerte del cantante volvieron a la actualidad a mediados de 2010, cuando el médico personal de Elvis, el doctor Georges, Nichopoulos, declaró que Elvis no falleció ni como consecuencia de un infarto ni por la ingesta de drogas. Murió, dice él, de una parálisis del intestino. Más claro, estreñimiento crónico. En el certificado de defunción de Elvis Presley se indicó que su muerte se debió a un ataque masivo al corazón, pero lo que todo el mundo sospechó y luego se demostró fue que esto sólo fue un eufemismo para maquillar la muerte del ídolo, porque era un clamor que lo mataron los fármacos. Se trataba de no empañar la figura del rey con una causa tan fea como la ingestión de drogas. A finales de los setenta hubo mucha bronca con el asunto y se llegó a pedir la exhumación del cuerpo para una segunda autopsia que dijera claramente de qué había muerto. La cosa, sin embargo, no pasó a mayores.

Las dudas eran legítimas, porque hubo mucha ida y venida con el certificado de defunción. Desapareció, volvió a aparecer dos meses después, primero se señaló un ataque al corazón, luego que una ingesta de catorce barbitúricos... asunto este último que intentó parar el padre de Elvis a toda costa y que no consiguió.

Son muy curiosas las similitudes que hay en las muertes de Elvis Presley

y Michael Jackson, rey del rock y rey del pop, porque en los dos casos hubo, y aún hay, dos médicos en el punto de mira: los médicos personales de los dos cantantes, que presuntamente facilitaban fármacos a sus clientes sin demasiado control porque sus clientes pagaban bien. El caso de Jackson fue calcado de lo que ocurrió con Elvis, porque el médico de Presley sufrió la apertura de una investigación en 1977 y estuvo acusado por la Junta Sanitaria del Estado de Tennessee por mala praxis, por recetar de más y en dosis inadecuadas. En aquel momento, el doctor Nichopoulos se defendió diciendo que Elvis estaba perfectamente medicado y que, salvo una infección en un ojo y un dolor de garganta en sus últimos días de vida, era un hombre sano.

La nueva revelación sobre el estreñimiento vino a cuento por la publicación en Estados Unidos del libro del doctor Nichopoulos *The King and Dr. Nick. What Really Happened to Elvis and Me*, donde relata la enfermedad de Elvis y su negativa a operarse para erradicarla. En una entrevista en el canal Fox News, el médico dijo durante la promoción de su libro que Elvis sufría una parálisis del intestino que se podría haber tratado con una colostomía, pero el cantante se negó a pasar por el quirófano. El médico asegura que hasta que no se le hizo la autopsia no se conoció la gravedad de la enfermedad, pero semejante diagnóstico no se recoge en las conclusiones.

Lo cierto es que, siempre y cuando no lo haya matado nadie, ya da igual si a Elvis le funcionaba mal el intestino. Por mucho que se empeñen los fanáticos, el rey sigue enterradito con su traje blanco, su camisa azul y su corbata plateada, generando, según datos de octubre de 2009, cincuenta y cinco millones de dólares al año. Y sin mover un dedo... porque no puede.

GEORGE HARRISON, EL BEATLE ZEN

(1943-2001)



Parece que fue ayer, pero George Harrison, el místico de The Beatles, hace ya una década que murió. Y su muerte trajo consigo una serie de misterios que no eran tales. En el caso de Harrison ocurrió, primero, que la familia no comunicó la muerte hasta que el músico ya estaba incinerado. Segundo, que en su certificado de defunción aparecía una dirección inexistente como lugar donde se había producido el deceso. Y tercero, que hasta tres días después de la muerte nada se supo del paradero de sus cenizas.

Tres hechos ciertos que llevó a más de un desocupado a decir que George Harrison no había muerto. Que estaba vivo, tomando cañas con Elvis Presley. Pero no había misterio alguno. Simplemente eran decisiones de la familia para evitar una avalancha de fans que impidiera el funeral íntimo que pidió el *beatle*.

Primer misterio. George Harrison murió un jueves 29 de noviembre como consecuencia de un cáncer, y muy pocas horas después su familia ya había incinerado el cuerpo en un simple ataúd de cartón. Sostenibilidad pura y dura. Pero cuando esto sucedió, nadie sabía que se había largado de este mundo el segundo de The Beatles. Sólo al día siguiente la familia facilitó una nota comunicando la muerte, y con ello se aseguró la intimidad que Harrison quería.

Alguna trampa debieron hacer, porque la incineración o el entierro no suelen permitirse hasta que no han pasado al menos veinticuatro horas desde que se ha producido la muerte. Es de suponer que harían una excepción, pero, en cualquier caso, aquí muere el primer misterio.

Segunda incógnita, el lugar del fallecimiento. Cuando la prensa tuvo noticias de la muerte y consiguió el certificado de defunción, en el documento aparecía una dirección inexistente en Los Ángeles. La única explicación que daba la familia es que Harrison había muerto en casa de un amigo, pero no decía qué amigo.

Y el amigo resultó ser Paul McCartney, que prestó su casa en Beverly Hills durante los últimos meses de vida de George Harrison, porque el hospital donde recibía tratamiento estaba cerca de allí. La familia simplemente ocultó el dato hasta veinte días después de la muerte, y se indicó una dirección falsa en el certificado para evitar que los fans llenaran la casa de flores y velitas al estilo Elvis. No a todo el mundo le gusta ese tipo de homenajes. Fin de la segunda incógnita.

Y tercer misterio, ¿dónde estaban las cenizas? Pues las cenizas las tenía la familia para cumplir con el deseo de George Harrison. Esparcirlas en el río Ganges, el río sagrado de la India, a su paso por Benarés, y esto no lo dijo la viuda hasta que llegó al país para cumplir con el rito. Sólo entonces, también mediante un comunicado a la prensa, pidieron un minuto de silencio a sus fans justo en el momento en que se realizara el esparcimiento de las cenizas. Se acabó el tercer misterio.

En resumidas cuentas, que cuando George Harrison se murió, simplemente se cumplieron uno a uno todos sus deseos de intimidad. O sea, que ni estaba con Elvis ni nada que se le pareciera. Lo único en lo que coincidieron los dos es en morirse antes de tiempo.

JAMES BROWN, OTRO MUERTO EN EL JARDÍN

(1933-2006)



Gueropaaaaa!!!... Ya saben, palabreja acoplada en *spanGLISH* y procedente de la canción «Sex Machine» de James Brown. Y muy caro le costó al padrino del soul en su muerte haber sido toda su vida una máquina sexual. La cuenta de sus amantes se ha perdido y el número de hijos fluctúa entre unos cuantos y muchos. Tales indefiniciones hicieron imposible un entierro al uso tradicional, dado que sus descendientes, o quienes aseguraban serlo, estaban dándose codazos por conseguir el legado del artista.

No se sabe qué está pasando este siglo con los difuntos célebres. Antes les ocurrían cosas una vez muertos y enterrados, pero ahora les pasa de todo después de muertos pero antes de que los entierren.

James Brown murió el día de Navidad de 2006. No hubo informativo ni

periódico del mundo que dejara de comunicarlo, salvando, quizás, las repúblicas islámicas y los diarios tibetanos. Falleció en el hospital Emory Crawford Long de Atlanta, en Georgia, a los 73 años, pero se decidió que su gran despedida debía producirse, primero, en el teatro Apollo de Harlem, en Nueva York, para luego llevarle de vuelta al estado de Georgia, Augusta, para un segundo homenaje en el estadio que lleva su nombre.

Por supuesto, Brown no repitió traje en sus dos últimos eventos estelares: en el teatro Apollo vistió traje morado eléctrico con lentejuelas, camisa plateada, guantes blancos y botas con puntera metálica. En el estadio de Augusta, traje negro con solapas brillantes, camisa roja y pajarita. Antes muerto que sencillo.

Hasta aquí todo normal para una estrella de los escenarios. Pero cuando sus seguidores estaban pendientes del lugar del entierro para rendir un tercer y último homenaje al cantante... nada. Mutismo absoluto. Pasó un día, pasó otro... y otro más... y una semana, y dos... y nos metimos en el primer mes... y luego en el segundo... ¿dónde demonios estaba James Brown?

Literalmente, escondido, mientras en los tribunales sus numerosas viudas y variada prole andaban a la greña por la herencia y la decisión de dónde enterrarlo. Hubo al menos la previsión de embalsamarlo para que el hombre aguantara con buen cutis.

James Brown dejó numerosos líos familiares sin resolver y cuando se abrió el testamento se descubrió que su última esposa y el hijo que tuvo con ella no estaban incluidos en la herencia. A ello se sumó que los otros seis hijos conocidos de este hombre no aceptaban a la última compañera como legítima, argumentando que esa mujer, Tomi Rae Hynie, cuando matrimonió con el padrino del soul, aún estaba legalmente casada con otro hombre. Es más, los otros seis vástagos mantuvieron que era más que probable que su supuesto hermanastro no fuera tal, al considerarlo hijo de aquél.

Y mientras unos y otros discutían, nadie se decidía sobre dónde dejar quieto a James Brown. Las especulaciones se dispararon y antes de que nadie asegurara que habían visto a Brown tomando un avión de incógnito para quedar con Elvis y Harrison, Charlie Reid, director de la empresa CA Reid Funeral Home de Augusta, saltó a los medios y aclaró que al cantante lo tenía él en su funeraria, perfectamente vigilado y refrigerado. Dos meses y medio

después de la muerte, a la chita callando y cuando se consiguieron los permisos oportunos, el padrino del soul fue finalmente enterrado en una cripta habilitada en el jardín de la casa de una de sus hijas, Deanna Thomas, en Beech Island, Carolina del Sur.

Y allí sigue James Brown, sin derecho al homenaje de sus fans, porque, lógico, a un jardín privado no entra cualquiera. El enterramiento es sólo temporal, hasta que se habilite el gran mausoleo que lleva años anunciando parte de la familia o hasta que se lo piensen mejor y decidan dejarlo donde está y empezar a cobrar entrada.

EL DEFENESTRADO PIERRE DEGEYTER

(1848-1934)



La Internacional es una de las melodías más conocidas del mundo, adoptada por los partidos socialistas y comunistas de todo el planeta como himno, e himno también que lo fue de la Unión Soviética durante casi treinta años. Quien no la sepa tararear, que levante la mano. Bien, pues esta música, tan bella que los de derechas lamentan que no la haya parido uno de los suyos, fue compuesta a finales del siglo XIX por Pierre Degeyter.

Pero tuvieron que pasar muchos años hasta que el compositor vio reconocida su autoría, y muchos más hasta que por fin se borró de la tumba de su hermano una inscripción que decía: «Aquí yace Alphonse Degeyter, autor de la música de *La Internacional*». Porque resulta que Alphonse, que se estaba llevando la fama en el cementerio, no había puesto ni una corchea en

la partitura de *La Internacional*. Ésta es la historia de un epitafio borrado.

Los hermanos Degeyter eran belgas, pero vivían en la ciudad de Lille, al norte de Francia. Uno se llamaba Pierre y el otro Alphonse. Un día, Pierre, militante obrero, recibió la propuesta de ponerle música a un poema de Eugéne Pottier. Así nació *La Internacional*. Música y letra gustaron tanto, que en la Francia del XIX y principios del XX llegó a sonar más que la propia Marsellesa.

La Internacional se editó y se publicaron seis mil ejemplares, aunque como autor de la música sólo figuraba el apellido Degeyter, sin especificar si era Alphonse o Pierre.

A raíz de unas desavenencias que tuvo Pierre con el Partido Obrero que le encargó la partitura, esta organización le pidió a su hermano Alphonse que se hiciera cargo de la paternidad de la música, más que nada para fastidiar al otro. Y es entonces cuando empieza a correr la autoría de *La Internacional* con nombre y apellido. Es decir, Alphonse Degeyter.

Por supuesto, Pierre no se estuvo quieto e inició una batalla en los tribunales contra su hermano para ser reconocido como autor de la partitura. El primer juicio lo ganó el usurpador, Alphonse, pero hubo un segundo en el que se aportaron nuevas pruebas, que facilitó, precisamente, el propio usurpador. Alphonse se suicidó mientras participaba en la Primera Guerra Mundial, pero antes escribió una carta a su hermano Pierre reconociendo que le había robado la partitura, pidiéndole perdón y asegurando que había sido presionado por el partido. Esta carta es la que hizo rectificar al Tribunal del Sena y la que provocó que la justicia terminara admitiendo que Pierre Degeyter era el autor de *La Internacional*.

Ocurrió, sin embargo, que cuando llegó la sentencia, Alphonse ya criaba malvas y alguien había hecho la gracia de inscribir en su lápida del cementerio de Lille la frasecita: «Aquí yace el autor de *La Internacional*».

Hubo que esperar una orden judicial, que llegó en 1932, obligando al borrado de ese epitafio, porque era una falacia y porque cualquiera que pasara por la tumba creería que Alphonse era el autor del himno más sonado del mundo cuando el verdadero creador aún estaba vivo.

Pierre Degeyter, antes de morir y ser enterrado en el cementerio de Saint-Denis, a las afueras de París, aún tuvo tiempo de que se le saltaran las

lágrimas cuando los bolcheviques le invitaron a Moscú y vio desfilar al Ejército Rojo al paso de *La Internacional*. Su *Internacional*. Alphonse y su tumba con el epitafio borrado cayeron en el olvido.

II. PROSISTAS, PROSAICOS Y POETAS



EL POLVO DE DOROTHY PARKER

(1893-1967)



No todo el mundo conoce a Dorothy Parker, una estupenda escritora estadounidense, sarcástica donde las hubiera y con un sentido del humor muy agudo que también aplicó a sus críticas literarias y teatrales en las revistas *Vanity Fair* y *Vogue*. Incluso estuvo nominada a un Oscar como coguionista de la película *Ha nacido una estrella* (William Wellman, 1937). Hizo de todo con un peculiar estilo y vivió con el descaro que le pareció oportuno hasta que, en 1967, murió de un ataque al corazón. La provocación era su juguete preferido, y aún hoy lo sigue siendo desde el subsuelo. En la lápida que cubre sus cenizas pone, exactamente, «*Excuse my dust*» (Disculpen mi polvo). Está claro a qué polvo se refiere, al de sus cenizas.

El periplo póstumo de la escritora Dorothy Parker no tiene desperdicio. Tanto, que el asunto del epitafio casi pasa a segundo plano.

Dorothy, Dottie para los amigos, murió en Nueva York a los 73 años, y lo

cierto es que llegó a esta edad casi por obligación, porque tuvo varios intentos de suicidio. Mucho alcohol, relaciones difíciles, una agitada vida sentimental... Pero si algo dejó perfectamente claro es que no se le ocurriera a nadie organizar un funeral. Ni reuniones llorosas, ni discursos sentidos, ni flores, ni música de violines. ¿No quieres caldo? Pues toma dos tazas.

La culpable fue una amiga suya con la que mantuvo una agitada relación y a la que la escritora nombró su albacea. La amiga, de carácter más que difícil, se llamaba Lillian Hellman, pareja durante muchos años de Dashiell Hammett, el escritor de novela negra y especialmente recordado por su obra *El halcón maltés*. Lillian Hellman acabó organizando un homenaje en honor de Dottie en la funeraria más pija de Nueva York, la funeraria Campbell, y allí hubo música, discursos y todos los avíos funerarios que la difunta había pedido expresamente que no hubiera. Algún asistente dijo que en realidad aquello duró lo que un coche tarda en atravesar un túnel de lavado, y otros en cambio se quejaron de que, aunque corto, el homenaje habría molestado mucho a Dorothy Parker.

Con lo que sí cumplió la albacea fue con el deseo de Dottie de ser incinerada. Tras la cremación, la urna fue a dar al cementerio Ferncliff, en Hartsdale. Allí mismo, en el estado de Nueva York.

No consta que en este primer destino Lillian cumpliera con el deseo de su amiga de inscribir «*Excuse my dust*», pero, de cualquier forma, aquel sobrio columbario acogió las cenizas de Dorothy Parker sólo hasta 1970. ¿Por qué duró sólo tres años el descanso de la escritora? Por cuestiones crematísticas.

A Lillian Hellman no debió de sentarle demasiado bien que su amiga Dorothy dejara como único heredero a Martin Luther King. Todo su dinero y todos los derechos de autor fueron directamente y por derecho a este líder en la lucha por los derechos civiles, y, en caso de que él muriera, la destinataria del legado debería de ser la National Association for the Advancement of Colored People (NAACP), la asociación que vela en Estados Unidos por la igualdad racial.

Dorothy y Luther King no se conocían de nada, pero estaba claro que la escritora admiraba la figura del activista. Y, vaya por Dios, un año después de la muerte de Dottie le tocó el turno a su heredero, y por tanto los bienes y los derechos de autor de la escritora pasaron a la NAACP. Lillian Hellman se

agarró un sonoro cabreo y decidió llevar el asunto a los tribunales. Era una chica difícil, no hace falta recordarlo...

La Justicia, dado que todo estaba perfectamente atado documentalmente, sentenció en 1972 que, efectivamente, todo el legado tenía que ir a manos de la asociación, y Hellman no dejó quieta la lengua ni siquiera después de perder el juicio: en una entrevista con *The New York Times* declaró sin ningún pudor que «una cosa es tener un sentimiento real a favor de los negros, pero esa sentimentalidad ciega por la NAACP, un grupo tan conservador que hasta muchos negros no le tienen el menor respeto, es otra. Seguro que estaba borracha cuando hizo eso». Y mientras todo esto sucedía, ¿dónde estaba Dorothy Parker?

Año 1987. Una escritora estadounidense, Marion Meade, andaba rematando para su inminente publicación una biografía de Dorothy Parker, y una de las últimas entrevistas que debía realizar era a los abogados de Lillian Hellman, fallecida tres años antes. En mitad de esa entrevista telefónica, la biógrafa le indicó al abogado que entre lo poco que le quedaba por hacer era ir a visitar la tumba de Dorothy Parker en el cementerio neoyorkino. El abogado le dijo que no fuera... Dorothy ya no estaba allí. «¿Cómo que no está? Pero... ¡si allí enterraron sus cenizas!». «Ya —contestó el abogado—, pero Dorothy Parker ahora está delante de mí. La estoy viendo». En la estantería de aquel despacho descansaba una caja que guardaba la urna con las cenizas de la escritora. Increíble. La irreverente y revoltosa Dottie llevaba varios años presidiendo una estantería de un bufete de abogados de Wall Street.

La explicación llegó de inmediato: durante los tres años escasos que Dorothy Parker estuvo en su columbario, el cementerio estuvo reclamando de forma continuada a Lillian Hellman los pagos por la estancia de la urna. Pero Lillian Hellman no contestaba a los requerimientos y se negaba a pagar, dado el monumental enfado de haber sido nombrada albacea en lugar de heredera. El cementerio, pues, cumplió con la amenaza de sacar a Dorothy Parker del columbario y amenazó igualmente con esparcir las cenizas. Hellman calibró el escándalo que se le podría venir encima en caso de que esto ocurriera y lo evitó ordenando al cementerio que embalara la urna y la enviara a sus abogados. A la vez, los representantes legales de Hellman recibieron

instrucciones de custodiar la urna a la espera de nuevas indicaciones. Pero nunca llegaron. Lillian Hellman murió en 1984 sin decidir el destino último de la urna. Dorothy Parker quedó de adorno en una estantería y en poder de los abogados.

Cuando la biógrafa Marion Meade hizo pública la peripecia póstuma de Dottie, todo el mundo se apuntó a dar ideas de qué hacer con las cenizas. Dijeron de todo. Unos, según relató Meade, que arrojaran las cenizas desde un aeroplano; otros, que las mezclaran con pintura e hicieran un cuadro con ellas, y otros que las dejaran en algún bar de Nueva York.

Fue entonces cuando apareció el director ejecutivo de la NAACP, la asociación heredera, y, molesto por la frivolidad con la que se estaba llevando el asunto, dijo que no se trivializara la vida de la escritora, una mujer blanca que tuvo un gesto sin parangón al dejar toda su herencia a la causa negra. La asociación se haría cargo de las cenizas.

Construyeron un parque en memoria de Dorothy Parker en la sede central de la asociación, en Baltimore, y allí, en el parque, el 20 de octubre de 1988, veintiún años después de su muerte y tras quince años de pie derecho en una estantería de Wall Street, las cenizas de Dorothy Parker llegaron a destino. Una lápida de metal en el suelo cierra la tumba con el epitafio «*Excuse my dust*». Pues nada, mujer, no hay nada que disculpar.

JORGE LUIS BORGES, EL HUIDO

(1899-1986)



Fue el escritor argentino Jorge Luis Borges el que dijo que los peronistas no son ni malos ni buenos, sólo son incorregibles. Y el tiempo no parece haberles cambiado.

A principios de 2009 una diputada peronista llamada María Beatriz Lenz, con el apoyo de su Partido Justicialista, lanzó al aire una sugerencia con trazas de convertirla en decreto ley para sacar los huesos del escritor de su tumba de Ginebra (Suiza) y llevarlos por las bravas a Buenos Aires para enterrarlos en el cementerio de La Recoleta. Y tenía prisa, porque pretendía que los restos estuvieran de vuelta el 24 de agosto de ese año, cuando se cumplían los ciento diez años del natalicio del escritor.

Por supuesto, la política se aseguró los titulares, porque disparó antes de preguntar: proyectaba que el Congreso Nacional argentino aprobara una ley que permitiera, sin más conformidad que la suya propia, exhumar a Borges y

llevarlo a Buenos Aires.

La viuda del escritor, María Kodama, quedó entre perpleja y espeluznada, porque nadie le había hecho la pregunta mágica de: «¿Y a usted qué le parece el plan?». Su respuesta fue, más o menos: «¿Estáis tontos o qué?».

La insensata iniciativa pilló a todos por sorpresa y la prensa argentina acabó inmersa en un ciclón de reacciones a favor y en contra de la intentona. Primero, porque, hasta ese momento, los peronistas, a quienes les gusta estar con los muertos de la ceca a la tueca, sólo montaban números a cuenta de Evita y Juan Domingo Perón, pero se conoce que les embargaba el aburrimiento y buscaron otro difunto al que zarandear. La diputada puso sus ojos en Borges, que fue a morir en Ginebra y en cuyo cementerio de Plainpalais descansa desde 1986.

Este cementerio es un lugar muy especial. Tan exclusivo que no se entra ni pagando. Allí está enterrado Calvino, que, como su propio nombre indica, es el causante de la reforma calvinista, y es un recinto en el que no ingresa cualquier muerto. Hay que ser, como poco, noble, y como mucho, un personaje de prestigio para la ciudad de Ginebra. Jorge Luis Borges fue considerado como tal y por ello fue aceptado como muerto ilustre en el cementerio de Plainpalais.

Allí reposa en la tumba 735, anunciando su presencia con una lápida rugosa y repleta de enigmáticas inscripciones que a más de uno ha traído loco. En el anverso de la lápida se lee un epitafio escrito en inglés antiguo que dice, exactamente: «Y que no temieran». La frase está extraída de un poema épico del siglo X que describe la batalla de vikingos contra sajones en Essex (Inglaterra). Pero si se rodea la lápida, resulta aún más enigmático lo que se lee en el reverso: «Él tomó su espada, Gram, y colocó el metal desnudo entre los dos. De Ulrica a Javier Otálora». Ulrica es María Kodama; Javier Otálora, el propio Borges, y los versos están extraídos de un relato noruego del siglo XIII. El análisis de este epitafio es tan extenso y complicado que mejor remitir al jugoso ensayo de ese gran cerebro literario que es Juan Jacinto Muñoz Rengel, «El último artificio de Borges», recogido en el libro *Ensayos Borgesianos*, editado en el año 2000 por la Asociación Borgesiana de Buenos Aires.

Las intenciones de la diputada peronista rozaban el absurdo, porque a

nadie se le ocurre plantear la elaboración de una ley para exhumar por las buenas los restos de una persona cuando su viuda está viva y tiene plenos derechos sobre su marido. Es como dar un golpe de Estado a una tumba. La peronista argumentaba su propuesta diciendo que Borges había pedido ser enterrado en Buenos Aires, aunque María Kodama replicó, con la verdad en la mano, que Borges al final prefirió Ginebra.

Es cierto que en varias ocasiones el escritor manifestó su gusto por el cementerio de La Recoleta porque allí estaban enterrados sus padres. De hecho, existe un documental en el que se le ve entrando y saliendo del panteón familiar. Y cierto también que paseaba entre tumbas con su colega Adolfo Bioy Casares mientras fantaseaban los dos con qué personajes de los allí enterrados trabarían amistad una vez muertos. Pero no es menos cierto que aquellas manifestaciones las realizó en los años sesenta y que Borges, después, cambió de opinión y decidió irse a vivir y a morir en Suiza. Vayamos a la hemeroteca.

El propio Borges envió a la agencia Efe una carta el 6 de mayo de 1986, un mes antes de su muerte, en la que explicaba que, como hombre libre que era, había decidido quedarse para siempre en Ginebra, porque esa ciudad representaba los años más felices de su vida. Estaba cansado del asedio de los periodistas, de las llamadas, de las preguntas y de que le pararan constantemente por la calle: «En Ginebra me siento misteriosamente feliz — escribió en su carta a Efe—, me parece extraño que alguien no comprenda y respete mi decisión de ser un hombre invisible».

Esta decisión provocó reacciones inmediatas en Argentina. Estaba claro que Borges se había largado para siempre, lo cual quedó confirmado en una entrevista que concedió a una radio porteña: «No pienso regresar nunca más a la Argentina. Buenos Aires ya no es la misma ciudad en la que yo he vivido siempre, en la que había una pasión que ahora ha desaparecido. Mi ciudad ya no existe. No conserva nada de lo que me hizo quererla. Aunque sigo profesando un gran amor por Buenos Aires, a pesar de Buenos Aires».

A la decisión borgiana había que añadir un dato: el escritor no se llevaba con los peronistas, sobre todo desde que Perón lo separó de su cargo como director de la Biblioteca Nacional en 1946 y le nombró inspector de gallinas y conejos en los mercados de Buenos Aires. A qué venía entonces el empeño

en llevarle de vuelta si Borges no quería a los peronistas y ellos tampoco lo querían a él...

La pretensión peronista cayó en pocos días por su propio peso. A los muertos no se les repatría a la fuerza ni por decreto ley. No cabía en cabeza sensata que un gobierno pretendiera exhumar al marido de María Kodama sin contar ni con ella ni con las leyes suizas ni con los gestores del cementerio ginebrino. Por mucho que Argentina promulgara, no una, sino veinte leyes para exhumar a Borges, Suiza también tendría algo que decir. La charla podría haber sido más o menos así: «Buenas... que hemos aprobado una ley para exhumar a Borges y venimos a llevárnoslo». «Pues muy bien —dirían los suizos—, pero resulta que estamos en territorio suizo y aquí lo que cuentan son las leyes suizas y no las argentinas. Borges no se mueve de su tumba. Hala, hasta otro día».

Es de suponer que Borges, de haber tenido noticias de su propia peripecia póstuma, habría sacado partido literario. Ya lo hizo cuando sugirió el epitafio que debería llevar un crítico argentino que siempre vapuleaba las obras de Borges allá por los años treinta, una anécdota que ya se recoge en el libro... *Y en polvo te convertirás* (La Esfera de los libros, 2010) y que narró Alejandro Fernández al programa *No es un día cualquiera*, dirigido por Pepa Fernández en RNE. Borges sugirió el siguiente epitafio para su enemigo:

*Aquí yace Max Schode,
crítico ácido como el que más,
pero nos ha dejado
y ya no Schode Max.*

LORD BYRON, ROMÁNTICO HASTA EL FINAL

(1788-1824)



Que nadie es profeta en su tierra está más que demostrado, y el gran poeta romántico Lord Byron, tampoco lo fue. La hipócrita sociedad británica de entonces le admiraba mucho por su obra literaria, pero no le perdonó que, como diría Ana Botella, le gustaran las peras y las manzanas.

Lord Byron se llamaba en realidad George Noel Gordon. Abandonó Inglaterra con 28 años y ya no quiso regresar. Muchos no entendieron por qué, pero sus estudiosos más fieles creen haber descubierto la razón de su huida: Lord Byron era bisexual y la sodomía estaba castigada en Inglaterra con la pena de muerte, así que prefirió salir con disimulo antes de que alguien decidiera acabar con sus gustos sexuales de forma drástica.

Regresó a su país ocho años después, pero lo hizo con los pies por

delante, y además sin corazón. Menos mal que lo dejó en Grecia, porque su país se lo habría hecho pedazos al negarle la tumba que merecía en la abadía de Westminster.

Lord Byron murió con sólo 36 años en Missolonghi (Grecia), a donde llegó para luchar por la independencia del país heleno frente a los turcos. Enfermó de unas fiebres nueve meses después de su llegada, y como por aquel entonces los médicos pretendían curarlo todo a base de sangrías, le aplicaron tantas sanguijuelas que ya no se sabe si murió de las fiebres o de debilidad aquel 19 de abril de 1824.

La noticia de la muerte de Lord Byron conmocionó a griegos e ingleses, pero cada uno lloró su muerte de manera distinta. Inglaterra admiraba la heroicidad y la pluma (entiéndase escritura) de Byron, pero le miraba de reojo por sus gustos sexuales. Grecia, en cambio, lo quiso sin reparos: ordenó que se guardara luto oficial durante veintiún días y que se disparara un cañonazo por cada año que Lord Byron estuvo en este mundo.

En Grecia quedaron enterrados su corazón y sus pulmones, aunque otras fuentes hablan del corazón y los intestinos. En realidad, allí quedaron prácticamente todos sus órganos, porque fue embalsamado a la antigua usanza para que los restos del poeta soportaran el largo periplo que les esperaba.

El 2 de mayo el féretro con lo que quedaba de Byron fue embarcado rumbo a Inglaterra. No llegó a Londres hasta el 5 de julio, casi dos meses después, y allí le esperaban sus amigos para enterrarle en Westminster, en la tumba ilustre que, suponían ellos, merecía. No pudo ser. El rector de la abadía dijo que no, que allí no descansaría ningún disipado sexual por muy poeta que fuera.

Ninguna iglesia anglicana aceptó enterrar a Byron, hasta que finalmente lo hizo la de Santa María Magdalena, en Nottinghamshire (centro de Inglaterra), y lo hizo porque no le quedó más remedio: allí estaba la cripta de la familia Byron y no había excusa alguna para negar el enterramiento a uno de sus miembros. El 12 de julio arrancó el cortejo fúnebre en Londres y tardó cuatro días en llegar a destino. El día 16, ante cientos de admiradores, Lord Byron iniciaba su merecido descanso tras un agotador trajín que duró tres meses menos tres días.

Allí continúa su tumba, y sobre ella una lápida de mármol que donó el rey de Grecia en 1881 en agradecimiento al apoyo que Lord Byron prestó a la independencia de su país.

En cuatro ocasiones durante casi siglo y medio se pidió a Westminster que honrara el genio de Lord Byron con una lápida recordatoria en el rincón de los poetas de la abadía. Sistemáticamente se negó, y los términos expresados en una de sus negativas invitan a pensar que, quien la escribió, confundió al poeta con el carnicero de Milwaukee: «Byron, por su vida abiertamente disoluta y por su verso licencioso, ganó reputación mundial de inmoral. Un hombre que afrentó las leyes de nuestro Divino Señor y que trató con mujeres que violaron los principios cristianos de pureza y honor, no debe ser conmemorado en Westminster».

La abadía recuperó la cordura en 1969 y, por fin, dedicó una lápida conmemorativa al gran escritor. El epitafio grabado sobre el mármol blanco fue extraído de uno de sus escritos: «Pero hay algo dentro de mí que agotará a la tortura y al tiempo, y respirará cuando yo expire».

Los poemas de Byron aún respiran, como también respiran los de Oscar Wilde, dos poetas a quienes se les negó ser enterrados en Westminster porque les gustaban las peras y las manzanas.

VOLTAIRE, CASTIGADO POR ANTICLERICAL

(1694-1778)



Pregúntenle a un francés dónde está la tumba del revoltoso Voltaire, ese filósofo e historiador que cae cada dos por tres en los exámenes de bachillerato. Todos le dirán, porque todos lo saben, que en el Panteón de Hombres Ilustres de París. Pero pueden insistir y preguntarle a continuación qué hay dentro de esa tumba. Si el francés le responde que los huesos de Voltaire, ahí le han pillado. Replíquense que nanái. Que si dentro de su magnífica tumba hay una costilla del filósofo, ya se pueden dar con un canto en los dientes.

Los huesos de este hombre han pasado por tantos avatares que lo que queda de él es lo más parecido a casi nada. Porque Voltaire le dio tanta caña a la Iglesia, que la Iglesia le hizo pagar caros sus gritos. Voltaire, símbolo de

las Luces y martillo de la intolerancia, fue precisamente víctima del fundamentalismo católico. Cuando murió, la Iglesia dijo: «Pues ahora no te entierro... ea».

Después de un largo exilio, Voltaire pudo regresar a su amado París, pero sólo a morir. Su postura anticlerical le valió que el clero le negara una sepultura en sagrado, aunque lo que ocurrió es que no supieron entenderle. Demasiado intelectual para ellos. Porque Voltaire creía en Dios; en lo que no creía era en el oscurantismo eclesiástico, en la manipulación de la gente con la religión y en la intolerancia para quienes pensaban de otra manera. De hecho, cuando murió, Voltaire dijo: «A Dios encomiendo mi espíritu», y se agarró al cuello del cura que fue a darle la extremaunción.

Fuera como fuese, el destino de Voltaire era la fosa común, porque ésa fue la orden del arzobispo de París. Menos mal que un sobrino del filósofo, el abad Mignot, superior en la abadía de Sellières, recogió el cuerpo de su tío y lo enterró a escondidas. Si no llega a ser porque tenía enchufe con este pariente, Voltaire habría acabado en la escombrera.

Poco podía sospechar el filósofo que las ideas que tanto había proclamado llegarían con la Revolución Francesa, una década después de su muerte, y que entre otras consecuencias ocasionarían la nacionalización de los bienes del clero francés. La abadía donde estaba enterrado salió a la venta y los admiradores del filósofo temieron que sus huesos se perdieran.

Se decidió entonces el traslado de los huesos al recién creado Panteón de Hombres Ilustres de París, antigua iglesia de Santa Genoveva, en mitad de una ceremonia grandiosa que duró dos días. Los revolucionarios lo montaron a lo grande. Primero llevaron el féretro a las ruinas de la Bastilla y allí lo colocaron sobre un catafalco realizado con piedras de la fortaleza. Y al día siguiente, en una carroza de nueve metros, de lo más floreada y tirada por doce caballos, lo pasearon por todo París seguido y precedido de un cortejo interminable. Al anochecer del 10 de julio de 1791, Voltaire, después de ocho horas dando vueltas por la ciudad, ingresó solemnemente en el Panteón de Hombres Ilustres. Mareado perdido, pero ingresó.

Pasó el tiempo y los principios de la Revolución Francesa cayeron en desgracia. Un grupo de exaltados la tomó con el filósofo, la tumba fue profanada y los huesos acabaron por los suelos. No se sabe qué se pudo

recuperar, pero parece que no fue mucho, por no decir casi nada. Eso no quita que el visitante del Panteón de París, nada más bajar a la cripta, a mano izquierda, pueda contemplar un magnífico sarcófago en el que dice: «Aux manes de Voltaire» (A los manes de Voltaire). Manes significa sombras o almas de los muertos, y eso debe ser lo que queda de él, su sombra ilustrada. De su alma se desconoce el paradero... pero no así de su corazón.

Durante la autopsia al pensador, su corazón fue extraído por orden del marqués de Villette, admirador y amigo del difunto, y depositado en un recipiente de metal dorado con sus correspondientes líquidos conservantes. El marqués guardó en su residencia el órgano de Voltaire, e incluso inscribió una leyenda en la estancia: «Su espíritu está en todas partes y su corazón está aquí».

Este fetichismo fue lo que salvó el corazón de Voltaire, porque gracias a ello pudo ser luego trasladado a la Biblioteca Nacional de París, donde ahora descansa dentro de una gran estatua de yeso, *Voltaire assis* (Voltaire sentado), réplica de la que creó en terracota Jean-Antoine Houdon, máxima figura del neoclasicismo francés, en 1781. La original se exhibe en el Museo Fabre, en Montpellier.

Y eso es lo que queda de Voltaire, su corazón, aunque es fácil suponer que tan arrugado como una almendra garrapiñada. Si su sarcófago del Panteón alberga un meñique, ya es mucho.

LA COQUETA CALAVERA DE FRANCISCO DE QUEVEDO

(1580-1645)



En Villanueva de los Infantes, en Ciudad Real, están muy orgullosos de contar con don Francisco de Quevedo entre sus vecinos más ilustres. No nació allí, porque Quevedo era madrileño, pero, como murió en Villanueva, al escritor le ocurrió como a los santos, que acaban siendo de donde mueren, no de donde nacen.

Darse una vuelta por Villanueva de los Infantes con la intención de visitar la tumba de Quevedo obliga a dos destinos. Uno, la sepultura original en la parroquia de San Andrés, y dos, la apócrifa en la ermita del Cristo de Jamila. Verán las lápidas, pero los huesos son otra historia, porque en la primera sólo hay unos supuestos huesos y en la segunda, los restos de una chica muy mona.

El escritor Francisco de Quevedo murió en su celda del convento de Santo Domingo el 8 de septiembre. Pese a que dejó claro dónde quería ser enterrado primero y a dónde debía ser trasladado después, ni caso. Quevedo se ajustó perfectamente a las artes del bien morir: eligió su sepultura, hizo su testamento, dejó señaladas las misas... todo, pero ahí estaban los vivos para fastidiarle los planes. El poeta no pudo ser más claro en sus últimas voluntades: dispuso que se le dedicaran 800 misas: 200 en la iglesia de San Andrés y las otras 600, divididas a partes iguales, en los conventos de frailes de Santo Domingo, San Francisco y de la Santísima Trinidad. Y también dejó especificado lo siguiente: «Mando que mi cuerpo sea sepultado por vía de depósito en la capilla mayor de la iglesia del convento de Santo Domingo de esta villa, en la sepultura en la que está depositada doña Petronila de Velasco, viuda de don Gerónimo de Medinilla, para que de allí se lleve mi cuerpo a la iglesia de Santo Domingo el Real, de Madrid, a la sepultura donde está enterrada mi hermana». Bueno, pues esto acabó en «di tú lo que quieras, que yo haré lo que me dé la gana». Ni le enterraron con doña Petronila ni le llevaron luego con su hermana Margarita.

Pasó el tiempo y el párroco de San Andrés no soltaba los huesos de Quevedo ni a la de tres. Los dominicos madrileños reclamando al escritor, y el párroco, que ni hablar. Para añadir más desgracias, cuentan que, poco después del entierro, la tumba fue profanada para quitarle las espuelas doradas con las que fue sepultado. La voz popular dice que se las quitó un rejoneador que luego murió corneado por un toro en justo castigo. Por chorizo.

Llegamos al siglo XIX, y una orden gubernamental obligó al traslado de los restos de Quevedo a Madrid para engrosar el famoso Panteón Nacional de Hombres Ilustres, aquél que nunca cuajó. Madrid se llevó a Quevedo... o no, porque los huesos que se enviaron no parece que fueran del escritor. Y aquí empieza el lío.

Habían pasado casi doscientos años desde el entierro de don Francisco y, la verdad, los distintos responsables de San Andrés no habían sido excesivamente escrupulosos con el enterramiento del escritor. Resultó que Quevedo había sido inhumado en una capilla lateral del templo propiedad de una familia noble, los Bustos, pero la cripta, con el tiempo, pasó a propiedad

de la parroquia y a la misma capilla fueron a dar los huesos de varios que pasaban por allí. Con posterioridad realizaron unas mondas y los esqueletos fueron trasladados a otra cripta de la misma iglesia de San Andrés, la de Santo Tomás de Villanueva, donde se acoplaron los esqueletos en diez tumbas. Es decir, que cuando Madrid reclamó al escritor el desbarajuste de osamentas era considerable, así que se recompuso un esqueleto que quedara mono y se envió a la capital. Lo que empaquetaron con destino al Panteón no se parecía nada a Quevedo.

Y no se parecía porque el cráneo se asemejaba sospechosamente al de una mujer joven, mona y con todos los dientes puestos, cuando Quevedo se fue al otro mundo totalmente desdentado.

El Panteón no prosperó, y Villanueva de los Infantes reclamó al autor. Valiente tontería... total, si lo que enviaron no era Quevedo, ¿para qué lo reclamaron de vuelta? En 1920 aquellos huesos de vaya usted a saber quién volvieron al pueblo y se trasladaron en una solemne procesión a la ermita del Cristo de Jamila, una coqueta capilla ubicada ahora en el paseo de la Constitución. Los restos quedaron sepultados en el altar bajo una lápida de mármol blanco, pero como Villanueva sospechaba lo que había mandado a Madrid, también barruntaba lo que Madrid le había devuelto, así que tuvieron la prudencia de identificar la sepultura de Francisco de Quevedo como «apócrifa», es decir, sin confirmar.

Conclusión: Quevedo nunca salió de Villanueva de los Infantes.

Y si de allí no había salido, había que intentar encontrarlo. Así se decidió en 2006, cuando el Ayuntamiento de Villanueva firmó un acuerdo con un equipo de la Escuela de Medicina Legal de la Universidad Complutense de Madrid para confirmar o desmentir si allí se conservan los ilustres huesos. Comenzó la «operación Quevedo».

Un año después hubo noticias óseas: se habían identificado diez huesecillos del escritor. Los investigadores que llevaron a cabo el estudio creen haber hallado entre un batiburrillo de restos de difuntos de hace casi cuatrocientos años los de Quevedo, y así lo concluyeron tras una exhaustiva y paciente selección de huesos. Tuvieron que buscar, más que una aguja en un pajar, un fémur determinado mezclado con 167 osamentas entre las que estaba camuflado el escritor. Hagamos un cálculo: 167 muertos a 206 huesos

cada uno, hacen un total de 34.402 huesos. Y entre ellos, se supone, estaban los de Quevedo.

Lo que primero hicieron los expertos fue descartar los huesos que pertenecieron a mujeres; después, apartar los de quienes hubieran muerto antes de los 65 años, porque Quevedo se largó con esa edad; y por último, y entre todos los restos seleccionados, se emplearon en localizar alguno que dijera que era del escritor. Un fémur fue la clave, porque Quevedo renqueaba de una pierna, era cojo.

José Antonio Sánchez, director de la investigación que llevó a cabo la Universidad Complutense, indicó que la curvatura del hueso del muslo derecho demuestra que el dueño de ese fémur era cojo, y que el otro hueso parejo, el fémur izquierdo, se ha podido atribuir a Quevedo porque también tenía un defecto como consecuencia de la cojera. La patología de un hueso provoca anomalías en los demás.

La investigación confirmó igualmente como propiedad de Quevedo seis vértebras, una clavícula y un húmero. Había dos cráneos que pudieron pertenecerle, pero, ante la duda, decidieron descartar los dos. Quevedo era listo, pero con una cabeza se apañaba.

Cabe preguntarse, sin embargo, si, en mitad del caos de huesos donde se localizaron los diez de Quevedo, cabría la posibilidad de que hubieran enterrado a otro cojo de 65 años. Alegrémonos por el cojo anónimo. Al fin y al cabo, terminará disfrutando de una tumba de honor en Villanueva de los Infantes.

Quienes no han quedado muy convencidos con la investigación son los descendientes de Quevedo. Dicen que, bueno, si los expertos dicen que han encontrado al abuelo Francisco, será verdad, pero no acaban de creerlo. A estas alturas de curso, todo lo que no lleve la firma del ADN lleva implícito el derecho a la duda. *Diario de León* recogió las declaraciones de una descendiente de Francisco de Quevedo, Margarita Moráis, en las que mostraba su extrañeza respecto a que nadie le hubiera planteado una comparativa de ADN.

Es cierto que Quevedo no dejó descendencia directa, pero tenía primos y tíos. Para algo tiene que servir la familia. Y precisamente en León están los descendientes de la tía de Quevedo, la hermana de su padre, y se podría haber

intentado. El proceso habría sido más largo, más costoso y, seguramente, nada concluyente. Quizás por ello no llegó a intentarse. Aunque también es posible que haya bastante temor a profundizar un poco más en la investigación. ¿Y si sale que no es él por hurgar más de la cuenta? Pues tampoco pasaría nada. Hemos pasado casi cuatro siglos sin saber dónde paraban los huesos de Quevedo, o sea que no nos iba a quitar el sueño a estas alturas descubrir que siguen igual de perdidos.

Sirva para rematar esta historia póstuma sobre las cenizas, perdidas o no, del gran maestro Quevedo los últimos versos con los que concluyó su poema «Amor constante más allá de la muerte»:

*Serán ceniza, mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado.*

Y cabreado. Porque no lo enterraron donde él pidió.

SCHILLER (1759-1805) Y GOETHE (1749-1832), AMIGOTES EN EL MÁS ALLÁ



Hace dos siglos que las dos figuras más señeras de la literatura alemana decimonónica unieron sus destinos por una gran amistad que quisieron llevar más allá de la tumba. Con la muerte, sin embargo, ni se debe ni se puede hacer planes. Casi nunca salen y casi siempre acaban desbaratados por el impertinente ADN.

Cuando a Johann Wolfgang von Goethe, más conocido como Goethe, a secas, le llegó el apagón final, quienes le acompañaron en su íntimo momento cuentan que gastó su último aliento en gritar: «¡Luz, más luz!». Goethe es el primer nombre que viene a la boca cuando se menciona la literatura alemana, e inmediatamente después aparece el segundo, Friedrich von Schiller, ambos unidos en la vida por una inquebrantable amistad y después hermanados por una extravagante peripecia póstuma.

Goethe y Schiller descansan juntos en la cripta principal de la Casa Gran

Ducal de Sajonia-Weimar-Eisenach, en el cementerio Histórico de la ciudad de Weimar (centro de Alemania). Tal fue su deseo, y estaríamos convencidos de que se cumplió a rajatabla de no haber sido porque la aguafiestas de la ciencia se descolgó en 2008 sentenciando que Goethe lleva más de siglo y medio acompañado de un desconocido.

Es un consuelo saber que esto de perder muertos no nos sucede sólo a los españoles, muy entrenados en esta labor desde hace centurias. Así se demostró cuando allá por 1837 el Gobierno español se propuso crear un Panteón de Hombres Ilustres a imagen de los de París, Londres y Florencia y no apareció ni la mitad de los personajes en busca y captura: Francisco de Quevedo, Diego Velázquez, Miguel de Cervantes, Calderón de la Barca, Luis Vives... nada, todos en paradero desconocido. Saber, pues, que los alemanes también los pierden, en cierta medida, consuela.

Así supimos que Alemania reconoció tener despistados los huesos de su dramaturgo por excelencia, de uno de sus más grandes poetas, filósofos e historiadores. Los alemanes descubrieron que después de ciento y pico años venerando, homenajando y honrando los restos del gran Friedrich von Schiller en el rincón de ilustres del cementerio Histórico de Weimar, en su tumba están los huesos de uno que pasaba por allí. Lo que le ha ocurrido a Schiller no ha sido sin querer, ha sido por lo de siempre; por no haberle cuidado cuando se murió y por acordarse de Santa Bárbara cuando truena. A quién no le ha pasado, pensarán los austriacos, que por similar actitud perdieron a Mozart.

Friedrich von Schiller es, junto con su amigo Goethe, lo más de lo más en Weimar. Por buscar una comparativa fácil... como Cervantes en Alcalá de Henares. Hay parques en su honor, esculturas por todas partes, monumentos, colegios con su nombre, instituciones... de todo.

Schiller nació en Marbach, en la región histórica de Württemberg, pero en Weimar remató su extensa carrera literaria. Allí murió, y allí lo enterraron. Y ocurrió lo habitual. Mucho «Schiller es un monstruo de la literatura»... mucho «Schiller es el acabose de la intelectualidad»... pero Schiller falleció y su destino fue una vulgar fosa común en el cementerio Jacobeo. Allí acabó con un buen puñado de desconocidos con los que le esperaba la eternidad más anónima. Sucedió en 1805.

Pasaron dos décadas tras el entierro, y sólo entonces cayeron en la cuenta. ¿Cómo era posible que aquel gran intelectual, aquel genio que tuvo la santa paciencia de escribir *Guillermo Tell* en verso, tuviera como cruel destino una fosa común? Se remangaron, agarraron pico y pala y abrieron aquella sepultura comunitaria. Rebuscaron entre los varios allí enterrados, sacaron un esqueleto que les cuadraba y, entre los veintitrés cráneos que había, eligieron el más grande. Pensaron que si era muy listo, debía de tener una cabeza muy gorda. Ciertamente que también se fiaron de la comparativa con la máscara funeraria, pero la antropología forense no estaba muy desarrollada en el primer cuarto del siglo XIX, así que el hecho de que la cabeza fuera grande y coincidiera en tamaño con la máscara no era una prueba muy científica como para determinar de forma fidedigna la autenticidad de la calavera.

Sea como fuere, los alemanes creyeron rescatar de la triste fosa común a Schiller, y en 1827 le dieron un nuevo enterramiento más decente y mucho más propio de su talla intelectual en la cripta del cementerio Histórico, donde esperaba la llegada de su gran amigo Goethe. Porque llegar, tenía que llegar. Y llegó.

Reposaban los dos en amor y compañía cuando casi un siglo después, en 1911, se produjo la mala noticia: apareció en la Biblioteca Amaliensis un segundo cráneo con todas las papeletas de ser el de Friedrich von Schiller. ¿Qué trapicheo de calaveras era éste? ¿Eso era una biblioteca o una calaveroteca?

Tuvieron que mirar atrás en el tiempo para intentar deducir de dónde podía venir el lío: cuando se produjo la exhumación de lo que se creía eran los huesos de Friedrich von Schiller, después de haber permanecido dos décadas en una fosa común, los restos estuvieron custodiados en la Biblioteca Amaliensis mientras llegaba el momento de recibir nuevo enterramiento. Goethe, su íntimo amigo y a la vista de los acontecimientos bastante fetichista, se coló en la biblioteca y tomó prestada la calavera de Schiller sin más intención que estudiarla en profundidad. Eso dijo.

Goethe sólo reveló a una persona el secreto de que había birlado el cráneo de Schiller, pero esa persona tardó menos que nada en chivarse. Hizo eso que hacemos todos cuando nos cuentan un secreto: contarlo de inmediato a otro advirtiendo que no hay que decírselo a nadie. La historia, pues, se destapó, y

Goethe se vio obligado a devolver el cráneo para que el presunto Schiller estuviera completo en su cripta.

Entonces, si Goethe había devuelto en su momento la calavera del amigo, ¿de quién era ese segundo cráneo aparecido en 1911 en la misma biblioteca? El engorroso asunto se solucionó drásticamente: la segunda testa fue a hacer compañía a la primera en el mismo féretro donde, se supone, descansaba el escritor. Se prefirió no dar más importancia de la necesaria a la aparición de la segunda testa y dejar que Goethe y Schiller continuaran juntos su descanso. Bien mirado, mejor dos cráneos que ninguno.

En pleno siglo XXI, sin embargo, la razón invitaba a enderezar el entuerto, porque de nada servía seguir engañándose. Y mucho menos merecía la pena mantener en el engaño al paciente Goethe, situado a la diestra de Schiller por expreso deseo.

Las sospechas de los especialistas se enfocaron en que tanto los huesos como los dos cráneos del intelectual se parecían al auténtico Schiller lo mismo que un huevo a una silla, así que decidieron agarrar el toro por los cuernos y pedir veredicto al ADN. La comparativa genética se realizó con el hijo mayor, Carl von Schiller, y con su nieto Friedrich, exhumados en el panteón familiar del cementerio de Fangelsbach, en Stuttgart (suroeste de Alemania). El resultado fue tan incompatible como demoledor: el que descansaba junto a Goethe no era Schiller ni por asomo. Ni una tibia, ni un peroné... ni siquiera una mísera costilla eran del gran dramaturgo. Y lo peor: dos calaveras y ninguna la llevó puesta Schiller.

Nadie supo quién era el intruso y todos ignoran dónde está el auténtico. La única grata noticia, por insistir en buscar alguna, es que alguien que seguramente no destacó mucho en vida, quién sabe si analfabeto, se las ha estado dando de intelectual junto al gran Goethe haciéndose pasar por Schiller.

CAPRICHOSO EUGENIO D'ORS

(1881-1954)



Eugenio d'Ors, gran escritor, buen columnista... e intelectual del franquismo. Nadie es perfecto. Su historia mortuoria, producto del capricho, acabó siendo una perfecta mezcla de casualidad, romanticismo y lazos familiares.

Todo arrancó en su madurez, cuando durante una visita casual al cementerio de Vilafranca del Penedés (Barcelona) el escritor se empeñó en ser enterrado en una tumba decimonónica que le llamó la atención. Pero es que las cosas no son así. Uno no puede ir de visita a un cementerio y decir: «Qué tumba más mona. Que me entierren en ella cuando me toque». Pues muy bien, pero es que la tumba es de otro. Algo así le ocurrió a Eugenio d'Ors.

La historia la recoge de forma más exhaustiva un libro de varios autores, magníficamente editado en catalán, titulado *El cementiri de Vilafranca del*

Penedés. Eugenio d'Ors, durante una corta estancia en Vilafranca allá por 1917, tuvo la oportunidad de visitar el cementerio de la villa. Al pasar por delante de una sepultura, presidida por un angelote y muy ornamentada, el escritor se encaprichó y dijo que cuando muriera quería ser enterrado allí y no en otro lugar. Le llamó especialmente la atención la dedicatoria de la tumba. Decía, y dice, escuetamente: «A Matilde». Sin fechas, sin apellidos, sólo Matilde.

Ahí quedó la cosa, y nadie prestó atención a la solicitud, sobre todo porque Eugenio d'Ors tenía sólo 36 años y le faltaba mucho para morir. Pero a él no se le olvidó el asunto, y años después, cuando volvió a instalarse en Cataluña en 1943, hizo sus averiguaciones sobre aquella enigmática sepultura.

Dio la casualidad de que la mujer allí enterrada era una pariente lejana, porque el padrastro de Matilde resultó ser el bisabuelo de Eugenio d'Ors. El bisabuelo había estado casado en dos ocasiones y había dos ramas familiares. Matilde pertenecía a una y el escritor, a otra. Y claro, con todos estos datos en la mano, Eugenio d'Ors ya no se apeó del burro de ser enterrado con Matilde.

Y se empeñó mucho más cuando supo cómo había muerto la muchacha. Fue en 1870, durante unos disturbios en Barcelona. Estaba tranquilamente en su casa, cuando una bala perdida entró por la ventana e impactó en la cabeza de la pobre mujer. Tenía 26 años.

También le llegó a Eugenio d'Ors la hora de morir en 1954 y hubo que materializar el capricho del escritor. Como no era fácil, ni legal, enterrarlo en un panteón que no era suyo, se optó por dejarlo en el descanso temporal de un nicho del mismo cementerio de Vilafranca a la espera de que al Ayuntamiento se le ocurriera algo para no incurrir en un allanamiento de eterna morada.

¿Cómo se solucionó? Con una triquiñuela administrativa: el Ayuntamiento recuperó la titularidad del panteón para dar gusto a don Eugenio. En la apertura de la tumba para el reconocimiento de restos sepultados antes de enterrar al escritor se documentó que allí estaban, además de la famosa Matilde, su marido, su madre y su padrastro. Y este padrastro era a su vez el bisabuelo de Eugenio d'Ors.

Los tres allí enterrados no conocían de nada al nuevo e ilustre inquilino que llegó, pero es de suponer que no hubieran puesto el más mínimo inconveniente. Al fin y al cabo, fue un capricho romántico y todo ha quedado en familia. Siempre es mejor que te aparezca un pariente después de muerto, que no molesta, a que lo haga en vida.

GERALD BRENAN, TODO POR LA CIENCIA

(1894-1987)



Gerald Brenan, ya saben, fue un británico enamorado de España que además escribía. Hispanistas los llaman. Y a Brenan lo llamaban don Geraldo sus vecinos de Alhaurín el Grande, el pueblo malagueño donde pasó los últimos años de su vida; de su larga, larguísima vida, porque se fue con 93 años, el 19 de enero de 1987. ¿Por qué sus cenizas no fueron inhumadas hasta trece años y un día después de su muerte? Suena a condena penitenciaria... y puede que lo fuera, porque Brenan estuvo encerrado en una pila de formol durante todo ese tiempo.

Gerald Brenan diseccionó España como pocos, y quiso que España le diseccionara a él. Tuvo un deseo: ser útil a la ciencia después de fallecer. Dicho con otras palabras: seis años antes de morir decidió donar su cuerpo a

los estudiantes de Medicina de Málaga y se plantó en la facultad para firmar los papeles que le acreditaban como donante. Pero las buenas intenciones de Brenan con la ciencia no le fueron correspondidas. Si larga fue su vida, larga también fue su muerte.

Aquel día de enero de 1987, tal y como dispuso el propio escritor, su cadáver fue recibido por el entonces catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina de Málaga, José María Smith. El doctor Smith no supo en su momento, según dijo, que aquel viejecito era tan importante y querido, porque, de haberlo sabido, probablemente habría esquivado lo más diplomáticamente posible la donación de Gerald Brenan. Se habría evitado, es cierto, muchos quebraderos de cabeza.

Los cadáveres que llegan hasta los estudiantes de Medicina son, al menos deben de serlo, siempre anónimos. Es decir, el estudiante no debe tener noticias de la vida de quien tan altruistamente ha decidido servir a la investigación. Pero Brenan era demasiado famoso, y el catedrático Smith, cuando descubrió quién era el tal don Geraldo, decidió no poner sobre la sala de disección al escritor hasta que todo el mundo se olvidara de él.

No quería que ningún estudiante se dejara atrapar por el morbo de contar fuera de las aulas la disección de Brenan. Dijo, y dijo bien, que no era docente ni decente. Tanto celo llevó, sin embargo, a que Brenan permaneciera flotando en un depósito de agua, glicerina y formol durante trece años, porque nadie se olvidaba de que el escritor seguía allí esperando con paciencia de santo ver cumplido su deseo.

Cuando un cadáver ha prestado su servicio a la ciencia, los restos son incinerados o inhumados, según hubiera sido la pretensión del difunto antes de serlo, o de la familia después. Pero, evidentemente, un cuerpo sumergido en formol Y perdiendo el tiempo no sirve en absoluto a la ciencia. Los descendientes de Brenan, cansados de esperar que se terminara de cumplir el deseo del abuelo, decidieron finalmente reclamar su cadáver para incinerarlo y cumplir con lo siguiente que dejó dicho: ser enterrado junto a su esposa, Gamel Woolsey, en el cementerio Inglés de Málaga.

Las cenizas del autor de *El laberinto español* y *Al sur de Granada* recibieron por fin sepultura, en presencia de su nieto Stephan, el 20 de enero del año 2000. Brenan nos enseñó mucho en vida, pero con su muerte y el

gesto tan desprendido de donar su cuerpo a la ciencia nos enseñó mucho más.

MIGUEL DE CERVANTES, VÍCTIMA DE LAS OBRAS

(1547-1616)



La muerte de don Miguel de Cervantes sirve para señalar una fecha importante: el 23 de abril de cada año se celebra puntualmente el Día Mundial del Libro y los Derechos de Autor porque así lo instituyó la Unesco. Lástima que Cervantes no muriera ese día. El 23 de abril del año 1616 lo enterraron, pero el autor de El Quijote murió el día 22, uno antes de lo reconocido oficialmente. A estas alturas resulta casi imposible remover la fecha.

El que lío la madeja con el asunto de las coincidencias de fechas en las muertes de Shakespeare y Cervantes fue Victor Hugo. La Unesco se fío de lo que dejó escrito este novelista romántico francés y al final hemos acabado todos liados.

El origen de la confusión está, y así lo investigó profusamente el gran cervantista Luis Astrana Marín, en la partida de sepelio, distinto documento por aquel entonces a la fe de defunción. En tiempos de Cervantes, daba fe de la muerte un escribano, no como ahora, que lo hace un médico. Antes, uno se moría, venía un tipo que sabía escribir pagado por el Ayuntamiento, daba fe de que no respirabas y al día siguiente te enterraban. Luego, la parroquia a la que pertenecía el muerto extendía la partida de sepelio. En el caso de Cervantes fue la parroquia de San Sebastián, en la calle de Atocha de Madrid, la que cursó la partida de sepelio el 23 de abril, día del entierro, no de la muerte.

Cuando las parroquias extendían la partida de sepelio, donde se escribía «murió», debía entenderse como «fue enterrado». Ésa era la costumbre. Sirva como ejemplo que nadie discute que Lope de Vega murió el 27 de agosto, pero su partida de sepelio dice que murió el día 28. Este día, en realidad, fue inhumado. Exactamente igual a lo ocurrido con Cervantes. Además, antes, igual que ahora, se pasaba una noche de velatorio antes del entierro, luego Cervantes no pudo morir el 23 y ser enterrado el mismo día. La partida de sepelio de Cervantes está asentada en el folio 270 del Libro de Difuntos de la parroquia de San Sebastián.

Cervantes dejó dicho que se le diera sepultura en el convento de las trinitarias, a la vuelta de la esquina de su casa. El convento no era lo que es ahora. «Sólo era un pobre portal», como lo definieron en su tiempo, pero acabó extendiendo su patrimonio comprando fincas adyacentes. Una de ellas era propiedad del famoso autor de comedias Alonso Riquelme y en ella ensayaban comediantes con el lógico escándalo. Las voces, músicas y pependencias se oían desde el altar mayor mientras se oficiaba misa, y el convento acabó comprando la casa para quitarse el irreverente problema de encima.

Las trinitarias continuaron ampliando la propiedad, y la tumba de Cervantes fue quedando poco a poco perdida entre tanta remodelación. Que si ahora movemos el altar... que si luego cambiamos de sitio la sacristía... que si después añadimos más habitaciones... ahora alicatamos hasta el techo... Tampoco hay que escandalizarse, porque este anonimato ha contribuido a preservar los restos de Cervantes, y con el tiempo el propio

Cervantes acabó protegiendo sin saberlo la supervivencia del convento.

El peligro más serio que corrieron los huesos del autor fue en 1868, cuando las trinitarias recibieron orden de desahucio para demoler el convento porque dos concejales tenían previsto hacer un mercado en el solar que quedaría. Costó mucho evitar su demolición y la pérdida para siempre de los restos de Cervantes (apenas alguien sabía que estaban allí). Para evitar futuros riesgos, se colocó la lápida en el exterior del convento, que aún hoy se puede leer: «A Miguel de Cervantes Saavedra que por su última voluntad yace en este convento de la Orden Trinitaria a la cual debió principalmente su rescate». (Dos monjes trinitarios fueron quienes mediaron y pagaron por la liberación de don Miguel de su encierro de Argel). La pregunta es, con el único ánimo de concretar, exactamente... ¿en qué zona del convento yace?

El monasterio acabó declarándose monumento nacional sólo por albergar (en alguna parte) tan ilustres huesos, y el autor no podría tener mejor y más seguro sepulcro que el ignorado del que disfruta. Se sabe que nunca han salido de allí, porque en el recinto sólo se ha producido una exhumación documentada, la de Alonso de Ávalos, el marido de la primitiva fundadora del convento. Existe al menos la certeza de que Cervantes aún está allí, enterrado junto a su mujer y a la hija de Lope de Vega.

Desconocer el lugar exacto de su sepultura tiene como ventaja el que todo el convento se considere un gran mausoleo. Lo dijo de forma grandilocuente Astrana Marín: «Que todo el monasterio le sirva de tumba. Y tengan sus cenizas, como sus obras, con su nombre, larga y feliz prosperidad. Llórele la Tierra, hónrele la Patria, gócenle los Cielos». Ahí queda eso.

Cervantes padeció lo suyo antes de morir aquel 22 de abril de 1616. Sufrió diabetes, una enfermedad desconocida entonces, en un proceso muy avanzado e imposible de atajar. Cumplió con todas las reglas del bien morir y se ocupó personalmente de todos los detalles.

Cuatro días antes de fallecer, y uno después de recibir la extremaunción, Cervantes escribió sus últimas letras en la dedicatoria de su última novela, *Los trabajos de Persiles y Segismunda*, al conde de Lemos, su benefactor. Merece la pena recordar el principio de aquella dedicatoria:

Puesto ya el pie en el estribo,

*con las ansias de la muerte,
gran señor, ésta te escribo.*

Ayer me dieron la extremaunción, y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan; y, con todo esto, llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir...

Dos días después, kaput. Y ese día era ¡¡viernes 22 de abril de 1616!!

Murió sin una perra gorda, pero como era previsor se había metido a fraile para que el entierro le saliera gratis. Muy hábil. ¿Y cómo se metió a fraile si estaba casado? Porque se podía ser hermano de una orden religiosa, pero seglar. Cervantes primero se hizo hermano no profeso de la Orden Tercera de San Francisco, pero el Sábado Santo de 1616, veinte días antes de morir, profesó del todo porque el entierro iba incluido. Era como un seguro de decesos. Ser hermano profeso de una orden imponía una vida estrecha, austera, cosa que no le supuso ningún esfuerzo ya que el matrimonio Cervantes andaba hasta sin carbón para el brasero. Igualmente, profesar obligaba a llevar el hábito de San Francisco, y por ello Cervantes murió y fue enterrado con tan sobria prenda.

Pero antes hizo testamento. Otorgó últimas voluntades que se decía entonces. Sólo pidió que se le dieran dos misas del alma y lo demás lo dejó a voluntad de su mujer. No pidió mucho el hombre, sólo dos misas. Cuando se murió su mujer, ella pidió 300.

Por el velatorio pasaron familia, vecinos, escritores, poetas... Quevedo era vecino pero no pudo ir porque andaba por Cartagena. Lope de Vega sí que fue, pero quizás para asegurarse de que estaba muerto. Al día siguiente, sábado 23 de abril, el cortejo tomó camino del convento de las trinitarias, situado justo en la manzana de al lado. Fue un amigo suyo y su confesor, Francisco Martínez, el que negoció la sepultura.

Desde la calle del León, la misma que hoy acoge la jarana de la noche madrileña, se encaminó un cortejo que portaba a hombros un modesto ataúd con Cervantes vestido con los paños franciscanos y con la cara descubierta. Francisco de Urbina, colega y amigo de Cervantes, le dedicó el siguiente epitafio:

*Caminante, el peregrino
Cervantes aquí se encierra;
su cuerpo cubre la tierra,
no su nombre, que es divino.
En fin, hizo su camino;
pero su fama no es muerta,
ni sus obras, prenda cierta
de que pudo, a la partida,
desde ésta a la eterna vida,
ir, la cara descubierta.*

Once días después de que Cervantes se fuera de este mundo, otro genio de las letras dejaba huérfana la literatura, William Shakespeare. Está oficialmente aceptado que murieron el mismo día, el 23 de abril, pero si ya ha quedado claro que Cervantes falleció el día 22, aclaremos ahora de dónde viene la confusión con la falsa fecha de la muerte del escritor inglés, fallecido en realidad el 4 de mayo de 1616.

Shakespeare murió diez días después que Cervantes y la explicación está en los calendarios juliano y gregoriano. Cervantes murió un 22 de abril del calendario gregoriano (vigente en España desde 1582). Shakespeare murió el 23 de abril del calendario juliano, que tenía once días más que el gregoriano (Inglaterra no aceptó el calendario gregoriano hasta 1752). En resumen: Shakespeare murió el día 23 de abril del calendario juliano, que corresponde al 4 de mayo del calendario gregoriano.

Cervantes y Shakespeare no murieron ni en el mismo día ni en la misma fecha. Victor Hugo se coló.

EL GOL DE MARIANO JOSÉ DE LARRA

(1809-1837)



El lunes de Carnaval de 1837, Mariano José de Larra se descerrajó un tiro en su casa de Madrid por un amor no correspondido. Gran parte de sus 28 años de vida la pasó enamorándose de quien no debía: cuando no era de la amante de su padre era de una mujer casada, y Dolores Armijo pertenecía a este último colectivo. Cuando Dolores le devolvió las cartas de amor y le dijo en aquel segundo piso del número 3 de la calle Santa Clara que partían las peras, Larra se fue frente a un espejo del salón y se pegó un tiro en la sien. Ahí se frustró la mejor carrera periodística del momento.

El mal de amores fue la excusa última de Larra, porque además el periodista sufrió un constante desaliento e inconformidad ante los males sociales de España. Lo dijo muy acertadamente Paco Umbral: Larra se pegó

un tiro «contra la sociedad española», que fue la que le suicidó. O como dejó escrito el propio Larra a modo de epitafio en una de sus críticas sociales: «Aquí yace media España; murió de la otra media».

Pero si Mariano José de Larra metió el dedo en la llaga de la sociedad española, también metió el dedo en el ojo de la Iglesia de entonces. El escritor, pionero en el periodismo español, también lo fue en cuestiones funerarias: coló un gol a aquella estricta norma eclesial que impedía a los suicidas ser inhumados en sagrado y recibir honras fúnebres en una iglesia.

Los suicidas, considerados pecadores, acababan habitualmente en la fosa común o, hasta no hace mucho, en cementerios civiles, porque la Iglesia no permitía el entierro de estos desgraciados en tierra bendecida. El suicidio de Larra, sin embargo, puso en un aprieto a los responsables eclesiásticos; aprieto del que salieron airoosamente dando una larga cambiada a las leyes sagradas. El entierro del periodista iba a ser multitudinario, y a la Iglesia, presionada por la corriente liberal del Gobierno, le preocupaba la repercusión que pudiera tener el hecho de negarle un entierro digno a Larra.

Hay que reconocer que el por entonces vicario general de Madrid anduvo listo. Cuando el párroco de quien dependía el entierro preguntó qué hacer, el vicario contestó: «¿Los locos se entierran en sagrado? ¿Sí? Pues los que se suicidan están locos y éste también debe ser enterrado en sagrado».

Larra fue inhumado en el camposanto de la Puerta de Fuencarral y luego trasladado a la sacramental de San Nicolás. Cuando este cementerio se clausuró, los restos de Larra fueron llevados en 1902 a otra sacramental, la de San Justo, donde ahora reposan y donde comparte tumba con otro grande, don Ramón Gómez de la Serna.

En el primer entierro de Larra, además, se produjo un hecho relevante. Cuando se iba a dar tierra al ataúd, un jovenzuelo poeta de apenas 20 años se adelantó y declamó:

*Ese vago clamor que rasga el viento
es el son funeral de una campana,
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.*

Quien habló y dejó a todos boquiabiertos era el entonces desconocido José Zorrilla. En aquel mismo instante, durante el entierro de Larra, comenzó su fama. El Tenorio vendría después.

Larra, que no sedujo todo lo que deseó en vida, sí lo hace después de muerto. Pío Baroja, Azorín y otros miembros de la Generación del 98 iniciaron la tradición de rendir homenaje anual al periodista en su tumba del cementerio de San Nicolás (previa a la de la sacramental de San Justo). Unos ramos de violetas eran el delicado tributo de aquellos maestros. El hábito de honrar a Larra se perdió, hasta que los últimos románticos del siglo XX, entre ellos Luis Carandaí y Alfredo Amestoy, retomaron la tradición de honrar los huesos del periodista, primero ante el busto de Larra en plena calle de Bailén, y luego en su sepultura. Y respecto a su busto, curioso, muy curioso, que su ubicación se erigiera enfrente de la catedral de la Almudena.

En fin, que como ocurrió con otros muchos, de Larra se acabó hablando mejor en muerte que en vida. Ya lo sugirió Enrique Jardiel Poncela: «Si queréis mayores elogios, moríos».

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ, EL REPUBLICANO INAMOVIBLE

(1867-1928)



Decir *Cañas y barro*, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* o *Sangre y arena* es decir Vicente Blasco Ibáñez el valenciano más universal que ha dado la literatura y uno de los escritores más apreciados por la industria de Hollywood.

Vicente Blasco Ibáñez, republicano hasta el tuétano, murió en su exilio voluntario de la Costa Azul francesa durante la dictadura de Primo de Rivera, en 1928. Pero dejó instrucciones: cuando le alcanzara la parca, deberían llevarlo a su amada tierra valenciana, pero nunca antes, y bajo ningún concepto, de que la República estuviera instaurada en España. No hubo más remedio que inhumarlo en Francia a la espera de tiempos mejores.

Fue sepultado en Menton, un pueblo que aún conserva en algunos

edificios oficiales las fotografías del fastuoso entierro que le dedicaron las autoridades francesas. Blasco Ibáñez fue envuelto en una *senyera* de seda y en el féretro se introdujo un puñado de tierra valenciana.

Pero si multitudinario fue su primer entierro en Francia, nada que ver con el que le esperaba en Valencia, a donde fue trasladado en octubre de 1932, durante la primera presidencia de la Segunda República. Se cumplía así su deseo de ser sepultado en tierra española y republicana. Debe ser de las pocas veces que alguien le ha hecho caso a un muerto.

Los valencianos recibieron los restos de su paisano como no han vuelto a recibir los de otro. Todo comenzó, evidentemente, con la exhumación en Francia, donde marinos de guerra españoles y franceses rindieron honores al escritor. El buque insignia de la Marina española, el acorazado *Jaime*, flanqueado por los destructores *Churruca* y *Alcalá Galiano*, trasladaron los restos de Blasco Ibáñez hasta el puerto de Valencia, donde a pie firme aguardaba el mismísimo presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, seis ministros y Francesc Maciá, el presidente de la Generalitat de Catalunya. De ahí para abajo, todos los políticos imaginables y las autoridades más variopintas, salvo las eclesiásticas, a las que nadie dio vela en aquel entierro.

Valencia se echó a la calle en un homenaje póstumo jamás visto. Los restos de Blasco Ibáñez fueron llevados a hombros por los marineros del Grao hasta la Lonja de Valencia. Allí estuvo el féretro tres días y se calcula que cuatrocientas mil personas rindieron tributo al escritor hasta el momento en que fue inhumado en el cementerio General. Vicente Blasco Ibáñez, el novelista valenciano más internacional de todos los tiempos, había vuelto a casa. Y más contento que unas pascuas, porque sus deseos se iban a cumplir a rajatabla: su entierro iba a producirse en suelo republicano y en zona civil, nunca en tierra bendecida, porque ésa fue otra de sus exigencias. En realidad, todos los cementerios municipales de España fueron secularizados durante la República y se eliminó simbólicamente la frontera que dividía a supuestos buenos católicos de presuntos pecadores.

Don Vicente fue enterrado provisionalmente en un sencillo nicho, a la espera de un artístico sarcófago cuya construcción se encargó a Mariano Benlliure y que debía instalarse en un impresionante mausoleo que ya se estaba erigiendo junto al cementerio. Un mausoleo digno de su genio. Y pasó

lo que pasó, que la República tardó en irse menos que en venir y Blasco Ibáñez, que no quiso volver ni muerto a Valencia bajo la dictadura de Primo de Rivera, acabó en su tierra bajo la de Franco.

Por supuesto, el mausoleo se fue al garete. Mariano Benlliure entregó su encargo, pero ni existía el mausoleo donde instalarlo ni había un valiente que se atreviera a trasladar los restos de un republicano acérrimo con un tal Franco dando órdenes por ahí. El sarcófago de bronce y mármol quedó en propiedad del Ayuntamiento de Valencia y actualmente lo conserva el museo del convento del Carmen.

Y en estas estamos, en pleno siglo XXI, sin Franco y sin República pero con el sarcófago de Blasco Ibáñez por un lado y don Vicente por otro. El lujoso sepulcro está en manos del Consell de Cultura de Valencia, que anda como loco intentando darle una utilidad. Dicho de otra manera, les gustaría meter a Blasco Ibáñez dentro.

Pero no es fácil por dos razones de peso arquitectónico y sentimental. Primera, porque la pieza que creó Mariano Benlliure no tiene sentido por sí sola. Necesita de un espacio apropiado que la albergue para dar sentido al conjunto escultórico, y el terreno donde estaba previsto el mausoleo lo ocupa ahora el crematorio. Y segunda, porque en casos así hay que preguntar a la familia qué opina. Algunos de los descendientes de Blasco no están tan preocupados por el sarcófago como por conseguir el traslado de los restos de Blasco Ibáñez desde el nicho donde ahora está hasta el panteón familiar que existe en el cementerio General de Valencia y donde descansa Libertad Blasco, la hija del escritor —a la que, por cierto, nunca le gustó el sarcófago de Benlliure. El escultor representó a su padre yacente y ella sólo quería verle en actitud vital—. Si vamos haciendo las cuentas, ésa es la tercera tumba prevista para don Vicente.

Cuando tuvo que abandonarse la idea del mausoleo, la familia no se quedó cruzada de brazos, porque tampoco ella pretendía dejar al escritor en un nicho. Así que compraron un terrenito para construir un panteón muy majo, rematado por un busto de Blasco Ibáñez y donde le espera su hija con paciencia de laica. Y aquí es donde entra alguna diferencia parental, ya que no todos los descendientes del escritor están de acuerdo con la exhumación y el nuevo entierro en el panteón de la familia.

Llegados a este punto, cabe preguntarse dónde le gustaría estar a Vicente Blasco Ibáñez. ¿En el panteón de su familia y junto a su hija? ¿En el sarcófago historiado que le hizo su amigo Benlliure? ¿En el nicho donde ahora está y en el que lleva de forma provisional ocho décadas? Ninguno de los tres destinos sería del agrado del escritor. Si pudiera pronunciarse, pediría que lo devolvieran a Francia a la espera de la Tercera República.

Blasco Ibáñez no necesita ni grandes panteones ni pomposos mausoleos ni sarcófagos de autor. Valencia era su única obsesión, tal y como recoge el epitafio en la lápida de mármol negro que tapa el nicho, extraído de un discurso que pronunció en 1921: «Quiero descansar en el más modesto cementerio valenciano, junto al Mare Nostrum que llenó de ideal mi espíritu; quiero que mi cuerpo se confunda con la tierra de Valencia, que es el amor de todos mis amores».

Pero las polémicas mortuorias en torno a Blasco no se quedan sólo en el asunto del enterramiento. La *senyera* que cubrió los restos del escritor durante su traslado de Menton a Valencia también tiene lo suyo. Fue confeccionada por el célebre sedero valenciano Eduard Sanchís y es gemela de la que cada año, cada fiesta cívica del 9 d'Octubre desciende desde el balcón del Ayuntamiento para la procesión de la fiesta de la ciudad. Las dos fueron elaboradas casi a la vez =¿y por las mismas manos? La que fue a parar a manos del Ayuntamiento fue bendecida por un obispo. La que cubrió los restos de don Vicente, evidentemente, no. Fue retirada justo antes de introducir el féretro en el nicho y a partir de ahí quedó en manos de Ricardo Muñoz Carbonero, médico y amigo de Blasco Ibáñez. La *senyera* de seda pasó luego al hijo del doctor, y el hijo a su vez la donó al partido Unió Valenciana, que en el momento de poner el punto final a estas letras aún estaba intentando donarla al Ayuntamiento de Valencia para asegurar una conservación adecuada y por considerarla propiedad de todos los valencianos.

Quizás a estas alturas la *senyera* valenciana que cubrió a Blasco en su, por ahora, último viaje esté ya en manos de sus paisanos como fondo del patrimonio municipal, pero, si no fuera así, el asunto promete poner otra guinda al pastel funerario de don Vicente.

ALEJANDRO DUMAS, EL ESCRITOR MORENITO

(1802-1870)



Más vale tarde que nunca. Este refrán lo hicieron suyo los franceses cuando, ciento treinta y dos años después de su muerte, enterraron al gran Alejandro Dumas en el Panteón de Hombres Ilustres de París. Dumas, el escritor francés más leído de todos los tiempos, autor de *El conde de Montecristo* y *Los tres mosqueteros*, tuvo que esperar más de un siglo y cuarto para ser enterrado entre los más grandes personajes franceses. Ingratos. Y es que Dumas tenía un lunar que le pillaba todo el cuerpo. Era cuarterón.

El propio presidente francés Jacques Chirac tuvo que reconocer que con el entierro de Dumas en el Panteón de Ilustres de París «no sólo se rendía homenaje al genio», sino que «Francia reparaba una injusticia».

Dumas nació en Francia, en un pueblo del norte, pero era hijo de un mulato y nieto de una esclava dominicana, algo que en pleno siglo XIX no estaba bien visto y por lo que la Academia Francesa nunca quiso abrirle sus puertas pese al enorme éxito de sus obras. A finales del año 2002, sin embargo, Francia decidió que la discriminación ya pasaba de castaño oscuro y se propuso su ingreso en el Panteón Nacional, antigua iglesia de Santa Genoveva.

El protocolo para poner en marcha un proceso de este calibre es muy estricto. El ingreso tiene que proponerlo una institución cultural de altura, que puede ser la Academia Francesa, la Universidad de la Sorbona o cualquier asociación de reconocida miga intelectual. La proposición se dirige al presidente de la República, al jefe del Estado, y este consulta con su primer ministro y con el de Cultura. Si de esta consulta sale un «*oh, la, la... fantastique*», se crea una comisión para organizar todo el solemne cotarro al milímetro. La exhumación, los actos festivos, el recorrido, cómo van a ser las honras, la movilización de la población para que participe, dónde lo colocan en el Panteón, al lado de quién...

A casi todos los presidentes de Francia les agrada que durante su mandato haya un sarao de este tipo dada la gran repercusión mediática que tiene. Con François Mitterrand entró al Panteón el matrimonio Curie, Marie y Pierre, y durante el mandato de Jacques Chirac ingresaron los novelistas André Malraux y Alejandro Dumas. Nicolás Sarkozy también ha querido tener su ración de ilustre... pero se le complicaron las cosas.

Sarkozy se ilusionó con el intento de incluir al Nobel de Literatura Albert Camus (1913-1960) en el Panteón, aprovechando que en 2010 se cumplieron cincuenta años de su fallecimiento.

Y se armó el debate. Unos que sí, otros que no, otros que para qué y otros que por qué no. Nadie dudaba de que Camus tuviera la categoría necesaria, pero la familia no se puso de acuerdo. El hijo manifestó que incluir a su padre en el Panteón era un contrasentido, porque contrastaba con la manera austera de vivir que tenía Albert Camus. Hombre, no es que el Panteón sea un apartamento, pero que Camus fuera austero poco o nada tiene que ver con el fondo de la cuestión.

Con quien no hubo dudas fue con Alejandro Dumas, porque habían

pasado trece décadas que las disiparon. En vida no se tuvieron mucho en cuenta los antecedentes raciales del escritor, porque se hizo de oro con sus obras y era terriblemente admirado (no está de más señalar que también era un manirroto y no daba abasto a mantener tantas amantes y a hundir tantos negocios como iniciaba). Pero cuando la muerte alcanzó a Alejandro Dumas, salió la raza. Pasado un tiempo, se propuso que sus restos fueran llevados al Panteón de Ilustres por sus méritos como literato, pero la iniciativa no cayó bien entre los franceses. Sus antecedentes negroides eran un impedimento, y nadie se molestó en disimular que ésa fuera la razón.

Se notó especialmente cuando, quince años después de la muerte de Dumas, falleció Víctor Hugo, uno de sus grandes amigos y, junto con el autor de *Los tres mosqueteros*, máximo exponente del romanticismo francés. Con Hugo ni siquiera se pasaron los trámites de proponerlo, aprobarlo y trasladarlo, porque su primer y hasta ahora único entierro ha sido en el Panteón de Ilustres. Quedó claro que a Dumas le negaron el mismo derecho porque era morenito.

Metidos ya en el siglo XXI y aprovechando que se cumplía el segundo centenario de su nacimiento, Francia decidió poner las cosas en su sitio. Se ordenó la exhumación en su pueblo, Villers-Cotterêts (norte de Francia), y su traslado a París. A los paisanos de Dumas no les sentó nada bien que les hurtaran el reclamo turístico que suponía para la zona la tumba del escritor ni disimularon el resquemor hacia la actitud de París, que durante tanto tiempo había menospreciado a su hijo predilecto. Hicieron público un comunicado en el que dejaban claro ante toda Francia que «si Dumas tiene el honor de entrar en el Panteón, el Panteón también tiene el honor de acoger a Dumas».

En su postrer viaje, el escritor pasó por el castillo de Montecristo, en Port-Marly (afueras de París), donde sólo vivió dos años y que tuvo que vender acuciado por las deudas. En ese castillo, y después de que cientos de personas pasaran ante su féretro, escritores, actores y miembros de la Sociedad de Amigos de Alejandro Dumas velaron sus cenizas.

Antes de llegar al Panteón, los restos del escritor hicieron un nuevo alto en el Senado francés, donde se le rindió homenaje como demostración del compromiso de la Cámara Alta con la defensa de la igualdad entre las razas. Escoltado por unos mosqueteros como los que salieron de su pluma, el autor

francés más leído de todos los tiempos llegó el último día de noviembre de 2002 a su, por el momento, última morada. El féretro con las cenizas de Dumas, que además de por los espadachines y la Guardia Republicana llegó escoltado por una Marianne, símbolo de la República francesa —mestiza, en honor al origen del escritor—, estuvo cubierto hasta poco antes por una bandera de terciopelo azul con el lema de *Los tres mosqueteros* («Todos para uno, uno para todos») escrito en hilo de plata. Actores interpretando fragmentos de sus obras y numerosas personas con algún libro de Alejandro Dumas entre las manos acompañaron hasta el Panteón al autor, quien se convirtió en la septuagésima persona enterrada en ese lugar y en el sexto escritor tras Voltaire, Rousseau, Victor Hugo, Émile Zola y André Malraux.

Tres días después, cuando se calmaron los ecos de la celebración y ya en la intimidad del Panteón, los restos de Dumas fueron instalados en el único lugar posible, junto a su gran amigo Victor Hugo. La bóveda que acoge a los dos románticos también guarda a otro grande, Émile Zola.

Francia reparó su injusticia, pero aún tiene pendiente otra. De todos los ilustres que guarda el Panteón sólo uno es mujer, Marie Curie. Alguna más habrá con categoría suficiente. Seguro.

ANTONIO MACHADO, COMO LOS HIJOS DE LA MAR

(1875-1939)



Junto al cementerio de Soria, frente a la iglesia del Espino, hay un olmo seco, hendido por el rayo y en su mitad podrido, al que hace muchos años que no le salen hojas verdes con las lluvias de abril y el sol de mayo. El olmo de Antonio Machado hace ya tiempo que murió del todo, pero sigue ahí, protegido y mimado cada vez que amenaza con desplomarse.

Antonio Machado murió a las cuatro de la tarde del 22 de febrero de 1939 y de él nos queda, además de su poesía, su olmo y su tumba. Todo el mundo sabe que Antonio Machado está enterrado en Collioure (sur de Francia), porque a todos nos ha caído la pregunta en algún examen. Su tumba está siempre cuidada y siempre con flores frescas. Repleta de mensajes, de poesías de aficionados, de sorianos agradecidos, de republicanos

nostálgicos... Y puede que sea, además, la única tumba del mundo, junto con la de Miguel Hernández, cuyo ocupante recibe puntualmente correspondencia.

Hace años que la ciudad de Collioure decidió instalar un buzón junto a la tumba de Antonio Machado para depositar todas las cartas que aún recibe el poeta. Es de agradecer que esta villa francesa acogiera, y aún acoja, tan cariñosamente a Machado, sobre todo teniendo en cuenta que llegó allí para morir.

Eran las cinco y media de la tarde del 29 de enero de 1939 cuando el escritor llegó con su madre agarrada del brazo, su hermano y su cuñada a la estación de ferrocarril de la villa francesa de Collioure. Arribaron con lo puesto, doloridos de cuerpo y alma y con un paraguas para cuatro. Ni un céntimo francés y sin apenas ropa. Allí, en la estación, preguntaron por un hotel, y un paisano les indicó el Bougnol Quintana, un establecimiento donde atendían con cariño a los exiliados españoles. El mismo hotel que vería morir al poeta veinticuatro días después de su llegada.

No hay que añadir sentimentalismo de más al episodio, sobre todo porque basta remitirse a las propias letras de Antonio Machado para hacerse una idea. El poeta escribió a primeros de febrero a su amigo José Bergamín: «Después de un éxodo lamentable, pasé la frontera con mi madre, mi hermano José y su esposa, en condiciones penosas, y hoy me encuentro en Collioure, Hotel Bougnol Quintana, y gracias a un pequeño auxilio oficial, con recursos suficientes para acabar el mes corriente. Mi problema más inmediato es poder resistir en Francia hasta encontrar recursos para vivir en ella de mi trabajo literario».

Pero ni acabó el mes ni resistió en Francia ni mucho menos volvió a vivir de su trabajo literario. Machado murió sin haber levantado cabeza, fumando de prestado, viendo languidecer a su madre y esperando un trabajo. Las ofertas llegaron, sí; entre ellas una ayuda económica de la Asociación Internacional de Escritores y una plaza de lector en el Departamento de Español de la Universidad de Cambridge, pero ya fue tarde. Antonio Machado nunca pudo abandonar Collioure, y ya no es momento de que lo abandone. Allí está muy bien cuidado, en la misma tumba que le prestó la señora María Deboher y a la que llegó tal y como el poeta preconizó: ligero

de equipaje y casi desnudo, como los hijos de la mar.

La muerte del escritor corrió como la pólvora entre los exiliados españoles de la zona. Sus últimas palabras fueron: «Adiós, madre», y doña Ana, que se moría también a chorros en una habitación contigua, ni se enteró de que su hijo se había ido.

A Antonio Machado lo velaron primero en la misma cama del hotel donde murió, cubierto con una bandera republicana, y cuando se consiguió un féretro, también regalado, se organizó un sencillo velatorio en una sala con el ataúd sujeto por dos sillas en los extremos. El cortejo fúnebre, camino del cementerio, en un día gris, lluvioso y con el suelo embarrado, añadió más desesperanza. Era la muerte lejos del hogar.

Unos días más tarde, el hermano del poeta, José Machado, encontró en el bolsillo del gabán de Antonio el que se cree fue su último verso: «*Estos días azules y este sol de la infancia...*». Quizás fue lo último que escribió, pero no lo último que escuchó. El alcalde de Collioure, Marceau Banyuls, le despidió cuando el ataúd tocó tierra con uno de los «Cantares del poeta»:

*Corazón, ayer sonoro,
¿ya no suena
tu monedilla de oro?*

GENIO Y FIGURA DE RAMÓN MARÍA DEL VALLE-INCLÁN

(1866-1936)



Apenas hay nada que decir de don Ramón María del Valle-Inclán. Novelista, descarado, poeta, irreverente, dramaturgo, genial, periodista, pendenciero, ensayista, sesudo... Y casi no hay nada que decir porque de su obra literaria se conoce todo, y de su vida, repleta de anécdotas geniales y pendencias, también. Hubo un momento, en los primeros años del presente siglo, en que Valle-Inclán volvía de vez en cuando a la actualidad porque la Xunta de Galicia hizo varias intentonas para trasladar sus restos desde el cementerio santiagués de Boisaca al Panteón de Galegos Ilustres, en San Domingos de Bonaval. Petición a la que una y otra vez la familia respondió lo mismo: que no.

Valle-Inclán murió a las dos de la tarde de la víspera de Reyes de 1936, lo

que le libró de ver el estallido de la Guerra Civil. Falleció después de sufrir durante años un cáncer de vejiga. Valle era muy consciente de su enfermedad, así que cuando se enteró de que había una iniciativa popular para regalarle un pazo, cuentan que respondió a tal incongruencia diciendo: «¿Un pazo? Es tarde. Más bien un arreglo en la fosa común».

Sus últimos esfuerzos los dedicó a rematar su poema «Testamento», con unos versos amargos que comenzaban diciendo:

*Caballeros, ¡salud y buena suerte!
Da sus últimas luces mi candil...*

Valle-Inclán fue enterrado en el cementerio de Boisaca, en Santiago de Compostela, en una sepultura que pusieron a su disposición las autoridades republicanas. El tiempo no acompañó aquel día de Reyes. Más que lluvia, un diluvio; más que viento, un vendaval. La negrura oscureció Santiago a las cinco de tarde, hora fijada para un entierro que se adivinaba tenso.

El día del sepelio pareció extraído de uno de sus esperpentos, porque allí se juntaron el hambre con las ganas de comer: una guerra a punto de caramelo, el anticlericalismo de Valle y las huestes falangistas vigilando con recelo el entierro de aquel anciano respondón. Así lo recogen en el libro *La muerte de Valle-Inclán*. El último esperpento, los autores Carlos G. Reinosa, Javier del Valle-Inclán y José Monleón: «[...] don Víctor “el Alemán” se adelantó con los suyos. Sabedor de que no se había pedido permiso eclesiástico para enterrar en sagrado al escritor, a él se le había ocurrido una idea: ir a enterrar un perro muerto al lado de don Ramón, portándolo sobre una tabla, en actitud provocativa y escarnecedora. “¿Adónde vais?”, les preguntaron desde la comitiva oficial. “Vamos a Boisaca a enterrar este perro, que, como es un animal, tampoco necesita cura”».

Y no se pidió permiso eclesial porque, sencillamente, no se necesitaba. Con la llegada de la República en 1931, los cementerios municipales se secularizaron y desaparecieron los muros, invisibles o no, que discriminaban a los difuntos. Dado, pues, el carácter municipal del cementerio de Boisaca, la autoridad eclesiástica no podía impedir el entierro. Otro asunto hubiera sido que el cementerio fuera parroquial, pero no era el caso.

El incidente de los falangistas con el perro a cuestas no pasó a mayores, pero aún quedaba un último episodio para rematar el último día de Valle sobre la tierra: un joven que vio cómo el féretro del escritor bajaba a las profundidades de la fosa con un gran crucifijo adherido a la tapa se arrojó como un poseso a arrancarlo. Lo consiguió en medio de una teatralidad a la que los asistentes no daban crédito. Tan desmesurado el gesto con el can como con el crucifijo.

Calmados los ánimos, Valle quedó en la soledad de su sepultura regalada por las autoridades civiles, asunto este que no dejó tranquila a la familia dados los malos vientos dictatoriales que se avecinaban. Y no les faltaba razón. Pasado el tiempo, el cambio de régimen provocó que los anticlericales huesos de don Ramón corrieran el riesgo de acabar en la fosa común, pero la familia de Valle-Inclán adquirió la propiedad para evitar el desalojo y, desde entonces, descansa tranquilo el escritor ajeno a vaivenes políticos.

La Xunta de Galicia, sin embargo, ha intentado en varias ocasiones arrancar una autorización familiar que permitiera trasladar a Valle-Inclán al Panteón de Galegos Ilustres, situado en la antigua iglesia de San Domingo de Bonaval, también en Santiago. La familia se mantuvo firme ante las intenciones autonómicas, una indiscutiblemente acertada decisión, por que éstas son las fechas en que, por una de esas cabriolas judiciales, la gestión del Panteón de Galegos Ilustres ha pasado a manos del Arzobispado de Santiago. Los seis ilustres gallegos que allí reposan, entre ellos Rosalía de Castro, y que en su momento fueron trasladados desde sus respectivas sepulturas hasta esta institución que se creía civil, reposan ahora en recinto sagrado.

Don Ramón María del Valle-Inclán, ante esta incómoda situación, capaz hubiera sido de resucitar y salir corriendo de allí aun a riesgo de desmoronarse por el camino.

LA MASA ENCEFÁLICA DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET

(1883-1955)



18 de octubre de 1955. En la calle Monte Esquinza de Madrid se arremolinaban cientos de personas. Había muerto el intelectual español de mayor talla, el más reconocido internacionalmente. Aquél que dijo: «Yo soy yo y mi circunstancia»... aquél que como diputado republicano traía frita a la Cámara Baja con su tono profesoral. En una ocasión, cuando solicitó la palabra, Indalecio Prieto dejó oír su resignación en el hemiciclo diciendo: «Atención, habla la masa encefálica». Ortega era listo... qué se le va a hacer.

Aquel día de mediados de octubre había muerto José Ortega y Gasset, una personalidad muy incómoda para el régimen franquista y muy admirada por los universitarios y por la intelectualidad extranjera. Su muerte y entierro fue

uno de los episodios más hipócritas del régimen de Franco, porque, por un lado, se dieron instrucciones a toda la prensa española de cómo tratar su necrológica, advirtiéndole que mucho ojo con pasarse en alabar su genio, y por otro, el jefe del Estado se permitió enviar sus condolencias a la familia diciendo que sentía mucho su muerte, cuando prácticamente lo había matado de inanición.

Una sencilla carroza fúnebre trasladó los restos a la sacramental de San Isidro de Madrid, y Ortega recibió sepultura en sagrado, en la misma tumba que ya ocupaba su padre. Algunas voces dejaron caer que el deseo del filósofo era descansar en el entonces cementerio Civil de la Almudena, pero el régimen no estaba muy por la labor de que se le escaparan los intelectuales de talla hacia el recinto eterno de los pecadores. Es más, la prensa del movimiento no dejó de recalcar insistentemente que Ortega había recuperado su fe católica de juventud y que se había convertido en el último momento, lo cual hacía indispensable enterrarle en sagrado (la misma maniobra se intentó con Pío Baroja, pero con él no pudieron).

La primera generación estudiantil que se opuso al régimen franquista fue precisamente la que se vio influida por el pensamiento de Ortega. Y los universitarios, en cuanto tuvieron noticias de la muerte del filósofo, reaccionaron ante el cinismo con el que el Gobierno estaba tratando el asunto. De hecho, los expertos aseguran que la muerte de Ortega fue el detonante que acabaría provocando las revueltas estudiantiles de 1956.

La misma universidad que lo había exiliado, la que le había prohibido ejercer su magisterio y la que no le pagaba su sueldo de catedrático, declaró entonces dos días de luto oficial por su muerte. Esta hipocresía indignó a los estudiantes, que se organizaron para rendir un tributo laico al maestro Ortega.

El Ministerio de la Gobernación siguió muy de cerca este homenaje considerado «comunista» y escribió un informe muy simpático en donde menciona entre los cabecillas a Enrique Múgica, defensor del Pueblo durante diez años y en el cargo hasta julio de 2010.

Seiscientos estudiantes, según Gobernación, miles, según los estudiantes (esto no ha cambiado tanto), atravesaron a pie Madrid camino del cementerio para rendir homenaje al recién inhumado maestro Ortega. Allí, frente a su tumba de la sacramental de San Isidro, se leyeron fragmentos de sus obras, se

reconoció su valía y hubo también sus más y sus menos porque unos exigían el rezo y otros lo rechazaban de plano. Al final se impuso la cordura y se hizo lo lógico: los que quisieron rezar, rezaron, y los que no, se abstuvieron.

Ya se han cumplido seis décadas desde que Ortega y Gasset se fue, pero cualquiera diría que muchas de sus obras las escribió ayer. Las masas se siguen rebelando.

IMPÍO DON PÍO

(1872-1956)



El 30 de octubre de 1956 se largaba de este mundo uno de nuestros mayores genios literarios, el maestro Pío Baroja. Aún sigue donde lo dejaron hace más de cinco décadas, en una tumba sobria, muy sobria, del antiguo cementerio Civil de Madrid. Su sepultura es sencilla a más no poder. Puro granito y, sobre la piedra, sólo inscrito el nombre y las fechas de nacimiento y muerte. Las frases lapidarias brillan por su ausencia. Él era así. Boina sobria, bufanda austera y tumba discreta. Murió como vivió.

Ortega y Gasset dijo de él que era de una «coherencia insobornable». En primavera, cuando la enredadera que hay plantada al lado de la tumba se pone a crecer como loca, abraza la sepultura de don Pío y la esconde de los ojos del visitante. Una enredadera que le proporciona en la muerte la misma discreción que Pío Baroja siempre procuró en vida.

Pío Baroja era un irreverente, y además le encantaba meter el dedo en el

ojo de la tradición religiosa. Dejó muy clarito antes de morir que quería ser enterrado como un ateo. O sea, que nada de cristianas sepulturas ni esquelas de ésas de «descansa en el Señor» y nada que oliera a práctica católica. Su sobrino Julio Caro Baroja estuvo veinticuatro horas esquivando presiones llegadas desde el propio Gobierno, porque Franco estaba empeñado en ofrecerle unos funerales cristianos y enterrarlo en sagrado. El dictador no podía permitir que alguien con tanto renombre sacara los pies del tiesto, porque era una pésima propaganda para el régimen. Pero no pudieron con él. Julio Caro prometió a su tío que lo enterraría en el cementerio Civil y en el Civil lo enterró.

Parece mentira que Franco no conociera a Pío Baroja. Y eso que tenía cumplida referencia de lo ocurrido días antes de la muerte, cuando el escritor estaba agonizante en su casa de Madrid. Por su lecho de muerte se acercaron unos falangistas de uniforme, y, aunque prácticamente muerto, Pío Baroja sacó el mal genio de donde pudo y los echó de su habitación al grito de: «¿Qué hacen aquí estos disfrazados?».

El día del entierro, el 31 de octubre, llovía en Madrid, y el que peor llevó el aguacero fue Camilo José Cela, uno de los que cargaron con el féretro. Se quejó Cela de que el ataúd era tan barato que con la lluvia que caía destiñó y le puso el traje perdido. También integraron aquel cortejo el ministro de Educación Nacional, Jesús Rubio (extraña presencia institucional tras el desplante barojiano), los hijos de Ortega, Laín Entralgo, Julián Marías... y Ernest Hemingway, cuya presencia niegan algunas fuentes, pero sí reflejada en la crónica del entierro del diario *ABC* del 1 de noviembre de 1956. Menudo escándalo. La intelectualidad más destacada y la primera figura política de la Educación, enterrando a un ateo.

Pero hubo más desafíos en aquel entierro. Por ejemplo, que se trajera tierra donostiarra para mezclarla con la de Madrid y que Baroja pudiera agitarse en contacto con lo que más quiso. La tierra, según me confirmó Luisa Unanue, la llevó Javier Bello-Portu del jardín de su casa de Tolosa (Guipúzcoa).

Años después, cuando murió su sobrino Julio Caro Baroja, el proceso se hizo al revés. Fue enterrado en Vera de Bidasoa y en su tumba se mezcló tierra de Madrid. El único fallo en aquel funeral tan medido fue que a don Pío

lo enterraron sin boina. Estuvo el hombre cincuenta años sin quitársela y van y lo entierran sin ella.

LAS LUCES Y LAS SOMBRAS DE PABLO NERUDA

(1904-1973)



Neftalí Ricardo Reyes Basoalto, mundialmente reconocido como Pablo Neruda, murió un 23 de septiembre de 1973, doce días después de que se instalara en Chile la dictadura militar del infausto Pinochet; doce días después de que su amigo y presidente de la República, Salvador Allende, se pegara un tiro para no agachar la cabeza ante los galones militares. Neruda estaba muy enfermo, pero la dictadura lo remató. Ni siquiera le permitieron ser enterrado donde pidió.

Pablo Neruda vivía en Isla Negra (centro de Chile), a orillas del océano Pacífico. Su salud se agravó y fue trasladado a Santiago para recibir una atención más adecuada. Murió dos días después, a las diez de la noche de aquel domingo 23 de septiembre. El velatorio se realizó en su casa de la

capital, conocida como La Chascona —al pie del cerro San Cristóbal—, y es fácil imaginar el caos que vivía la capital del país en ese momento, con militares armados hasta los dientes, toque de queda, detenciones masivas, ejecuciones sumarias...

Pese a todo, cuando los amigos y admiradores de Neruda, algunos de ellos buscados por la dictadura, conocieron el fallecimiento, se acercaron al velatorio y quisieron acudir al posterior entierro.

La Chascona, aquella coqueta casa azul y blanca en pleno barrio de Bellavista donde quedaron expuestos los restos del poeta, estaba arrasada. Los militares habían entrado días antes a sangre y fuego y lo habían destrozado todo. La biblioteca la habían quemado en el patio; las cortinas colgaban hechas jirones; los muebles se esparcían rotos... En mitad de aquella destrucción, en una sala circular, quedó Neruda, vestido con una de las chaquetas de cuadros que tanto le gustaban y dentro de un féretro cubierto por una bandera chilena, y rodeado de sólo tres coronas de flores: la del embajador de Suecia, la de su editor y la de la Sociedad de Escritores de Chile. Así lo contó en su libro *Funeral vigilado* el periodista y escritor Sergio Villegas, un amigo que acabó detenido el mismo día del entierro del poeta porque se atrevió a dejarse ver en el cementerio.

Y esto era lo más leve que podía ocurrir, porque todos los que asistieron al entierro de Neruda soportaron en el cementerio General de Santiago la amenaza de multitud de soldados, subidos en los panteones cercanos y apuntándoles a la cabeza. Para los militares, aquel sepelio era una reunión de comunistas enterrando a otro comunista, y cualquier gesto era suficiente para detener a los asistentes o dispararles sin preguntar. Pese a ello, el entierro de Pablo Neruda, el 25 de septiembre, se convirtió en la primera marcha política contra la dictadura de Pinochet. Y eso no pudieron evitarlo los fusiles.

Los restos del escritor quedaron en el nicho número 44 del cementerio General de Santiago porque los militares impidieron el traslado del cuerpo hasta su casa de Isla Negra, donde pidió ser enterrado. Incluso lo dejó escrito en su Canto general:

*Compañeros, enterradme en Isla Negra,
frente al mar que conozco, a cada área rugosa*

*de piedras y de olas que mis ojos perdidos
no volverán a ver...*

Hubo que esperar a que la democracia retornara a Chile para trasladar sus restos a orillas del Pacífico. Allí está junto a su tercera esposa, Matilde Urrutia, al borde del mar, mirando la noche estrellada, y cómo titilan, azules, los astros, a lo lejos.

Hasta aquí la parte más amable y reconocida del escritor; un poeta de calidad indiscutible y un ciudadano comprometido con la democracia. Pero hay un episodio en su vida que invita a arrugar el ceño, y existe una tumba como testimonio de ello. La sepultura está en Holanda y en ella hay enterrada una niña que murió con sólo 9 años. Era la hija de Pablo Neruda, de la que nada quiso saber y a la que llegó a calificar como «un ser perfectamente ridículo, una especie de punto y coma; una vampiresa de tres kilos».

Pero siempre hay alguien dispuesto a enderezar entuertos. Un grupo de admiradores del poeta, desde que descubrieron la tumba en el año 2004, intentan remediar con su homenaje la enorme metedura de pata de Pablo Neruda.

Pablo Neruda tuvo una hija que nació en Madrid en 1934 de su primer matrimonio con María Antonieta Hagenaar. La alegría le duró poco, porque Malva Marina, que así se llamaba la niña, estaba enferma. Padecía hidrocefalia y como consecuencia de ello la cabeza le creció de forma desproporcionada.

Neruda la sacó de su vida. En sus famosas memorias *Confieso que he vivido* ni siquiera la menciona. Sólo al final de un poema que se llama «Enfermedades en mi casa», remata con esta estrofa:

*... y por una sonrisa que no crece,
por una boca dulce,
por unos dedos que el rosal quisiera
escribo este poema que sólo es un lamento,
solamente un lamento.*

Federico García Lorca, en cambio, sí escribió para ella los «Versos en el nacimiento de Malva Marina Neruda»:

*Niñita de Madrid, Malva Marina,
no quiero darte flor ni caracola;
ramo de sal y amor, celeste lumbre
pongo pensando en ti sobre tu boca.*

Dos años después del nacimiento de la niña, el poeta abandonó a su mujer por el amor de la argentina Delia del Carril, la que luego sería su segunda esposa... y también se deshizo de la niña. Madre e hija se fueron a Holanda con una mano delante y otra detrás y Neruda continuó con su nueva vida. Cuando la niña Malva Marina cumplió 9 años, murió y fue enterrada en el cementerio de Gouda, en Holanda. Neruda no asistió al funeral y siempre evitó hablar de ella.

En 2004, sin embargo, un grupo de chilenos, españoles y holandeses de la Fundación Neruda tuvieron noticia de unas fotos de la muchacha que permanecían guardadas por la familia que la acogió, y, tirando del hilo, descubrieron su tumba. En la lápida dice: «Aquí descansa nuestra querida Malva Marina Reyes. Nacida en Madrid el 18 de agosto de 1934. Fallecida en Gouda el 2 de marzo de 1943».

Desde que se tuvo noticias de la sepultura, este grupo se acerca regularmente al cementerio para rendir homenaje a la niña y remediar el injusto silencio con el que el poeta la castigó. Dicen que con ello intentan reconciliar las almas de padre e hija. Lo cierto es que Pablo Neruda guardó el recuerdo de su hija deforme en el cuarto más oscuro de su memoria, pero una tumba ha venido a poner las cosas en su sitio.

Malva Marina, la hija de todo un Nobel de Literatura, existió, pero no provocó en su padre ni un solo poema de amor. Ni siquiera una canción desesperada.

HUNTER S. THOMPSON: ¡PUM!

(1937-2005)



Sin preámbulos y a bocajarro: en febrero de 2005, el escritor y periodista estadounidense Hunter Stockton Thompson se pegó un tiro. Tenía 67 años y al principio no trascendió por qué decidió largarse de esta vida de forma tan violenta. Meses después, en septiembre, la revista *Rolling Stone* publicó la nota que supuestamente escribió Thompson cuatro días antes de morir: «Basta de juegos. Basta de bombas. Basta de paseos. Basta de natación. 67 años. Son 17 por encima de los 50. 17 más de los que necesitaba o quería. Aburrido. Siempre gruñendo. Eso no es plan, para nadie. 67. Te estás volviendo avaricioso. Muestra tu edad. Relájate. No dolerá».

Hunter S. Thompson era conocido porque fue pionero en el llamado Periodismo Gonzo, subgénero del Nuevo Periodismo y en donde el narrador forma parte del relato para sufrir sus consecuencias, y porque alguno de sus

libros se adaptó al cine. *Fear and Loathing in Las Vegas* (*Miedo y asco en Las Vegas*, en su título en español) fue uno de ellos; Johnny Depp fue su protagonista, el últimamente triunfador con sus piraterías por las pantallas del mundo.

El escritor suicida era un tanto excéntrico, por no decir que era un gamberro, a secas, y sorprendió a todos con una extravagancia más tras su muerte: quiso que sus cenizas se esparcieran al viento utilizando un cañón. Ya había manifestado este capricho durante un documental en la BBC en 1978.

Hunter S. Thompson, con una vida marcada por el alcohol, las drogas y la violencia, dejó dicho que quería ser incinerado y que sus cenizas fueran lanzadas al viento en su rancho de Woody Creeks, en Colorado (Estados Unidos). El encargado de financiar todo el sarao fue precisamente Johnny Depp, y cuando caía el sol el 20 de agosto de 2005, justo seis meses después de la muerte del escritor, mister Thompson voló por los aires en mil colores.

Las cenizas se introdujeron en 34 cohetes de fuegos artificiales que fueron disparados desde un gran cañón de 45 metros de alto construido para la ocasión. Tenía forma de puño cerrado, y de allí salieron los aproximadamente tres kilos de cenizas que estallaron dejando rastros de color rojo, blanco y azul en el cielo de Woody Creeks.

La fiesta-funeral se bautizó como «Despegue-gonzo» y el remate fue una juerga monumental de los trescientos asistentes brindando con bourbon en un bar. Queda claro, al menos, que Hunter Stockton Thompson fue derecho al cielo sin pasar por el descatalogado purgatorio y que, encima, llegó haciendo ruido.

Conviene aclarar, sin embargo, que, con su excentricidad pirotécnica, Hunter S. Thompson no inventó nada. Como funeral resultó ciertamente extravagante, pero, si a alguien le gusta la idea, no necesita de un amiguete como Johnny Depp para que se la financie y la haga realidad. Sólo hay que llamar a una empresa pirotécnica que preste este tipo de servicio, y comunicarle que se tiene un familiar difunto e incinerado —este dato es importante— y que se desea esparcir las cenizas cual fuego de artificio.

Encima de la carcasa pirotécnica con unos cinco kilos de pólvora se ponen las cenizas, se prende fuego a la mecha, el difunto sube, sube, sube...

y a doscientos metros del suelo revienta en una bonita palmera de fuegos artificiales.

A principios de los años noventa, la pirotecnia Zamorano Caballer, muy famosa en Valencia, esparció con esta técnica las cenizas de un poeta de la tierra, y el delegado de esta empresa en San Sebastián, Carlos Piñeyro, exportó la idea a Guipúzcoa. Llegó a realizar trece lanzamientos de cenizas con fuegos artificiales desde dos puntos distintos, Orio y Peñas de Aya.

Carlos Piñeyro falleció no hace mucho y es fácil imaginar cuál fue su último deseo: quedar esparcido entre el cielo y el suelo en medio de una explosión de colores. Se cumplió.

III. PINCELES PARA LA ETERNIDAD



EL DESAHUCIO DE EL GRECO

(1541-1614)



No es por ser agorera, pero ¿estamos seguros de que El Greco está donde se supone que está? ¿Nos creemos que está enterrado en el monasterio de Santo Domingo el Antiguo de Toledo? La respuesta correcta es ni sí ni no ni todo lo contrario. Puede que se haya perdido... puede que no... quizás El Greco esté donde lo dejaron... o quizás no... cabría la posibilidad de que su hijo lo cambiara de tumba... o no. Lo más fácil sería sospechar que Doménikos Theotokópoulos está en el limbo, si no fuera porque el limbo ya pasó al saco de lo inexistente. Para guardar un orden cronológico de los acontecimientos conviene remontarse al momento en que El Greco disfrutaba de buena salud y conocer a alguno de sus amigos, porque fueron fundamentales en este asunto de la tumba.

Viviendo aún en Roma, el artista conoció allí a Luis de Castilla, clérigo e hijo del deán de la catedral de Toledo. Hicieron buenas migas, y Luis le

animó a venir a España. «Están haciendo El Escorial y hay trabajo por un tubo, porque aquello es muy grande y Felipe II está contratando pintores para dejarlo mono. Seguro que hay algo para ti». Más o menos, algo así debió de decirle. El Greco hizo las maletas, embaló pinceles y pinturas y, lamentablemente, Felipe II no le hizo puñetero caso. La decisión de instalarse en Toledo vino porque su amigo Luis era de allí y quizás podría ayudarle en su búsqueda de clientes. El palpito era bueno, porque, gracias a él, a Luis de Castilla, El Greco consiguió un contrato para pintar el retablo mayor del convento de Santo Domingo el Antiguo de Toledo.

Más de tres décadas después, en 1612, sólo dos años antes de su muerte, el pintor llegó a un acuerdo con el mismo convento, un pacto por el que se comprometía a pintar una gran obra a cambio de que el convento le diera una sepultura. La abadesa de Santo Domingo el Antiguo le pedía una porrada de reales por una tumba, 32.000, y decidieron que lo mejor sería hacer un trueque. El Greco pintó para el convento *La adoración de los pastores*, la misma obra que ahora cuelga de las paredes del Museo del Prado, y este trueque de pintura a cambio de tumba en realidad lo concretó el hijo de El Greco, Jorge Manuel, que consiguió para su padre, tal y como recogió el contrato de escritura, una sepultura «graciosa» y «para siempre jamás». Graciosa porque era supuestamente gratis, aunque en realidad el cuadro fue el pago de la tumba. De gratis, nada.

Pero a la vez que el hijo cerró el acuerdo de su padre con el convento, Jorge Manuel alcanzó otro para sí mismo, porque tanto él como su esposa aspiraban igualmente a descansar en el mismo templo. Jorge Manuel, quede claro, pagó religiosamente su tumba; la suya no tenía ninguna gracia.

Doménikos Theotokópoulos murió en 1614, con 73 años, y tal y como estaba mandado y acordado, su cuerpo fue depositado en una bóveda de la iglesia de Santo Domingo el Antiguo de Toledo, pero algo pasó para que las relaciones se agriaran entre la abadesa del convento y Jorge Manuel. Afortunadamente, aún vivía el gran amigo del pintor, Luis de Castilla, y el asunto no pasó a mayores... de momento.

Tres años después de la muerte de El Greco también falleció la esposa de Jorge Manuel, la nuera del pintor, y puesto que también tenía asegurado el enterramiento en el convento, en la tumba que compró Jorge Manuel, allí fue

enterrada pese a las malas relaciones con la abadesa.

Aún faltaba alguien más por morir. Luis de Castilla falleció en 1618, y fue largarse de este mundo el mentor de El Greco y los acuerdos se fueron a freír espárragos a la vez que su hijo y los restos de El Greco se quedaron sin defensor. A la abadesa, Ana Sotelo de Rivera, le faltó tiempo para llamar a capítulo a Jorge Manuel y decirle que rompía los acuerdos de las sepulturas, tanto de la suya como de la de su padre. Le dijo la religiosa que contaba con permiso de sus superiores eclesiásticos para expulsar del convento los restos del pintor y que aquello dicho tiempo atrás sobre que la sepultura era «graciosa» y «para siempre jamás», pues que, en fin, que era broma.

Jorge Manuel no se calló. ¿Conque no hay tumba gratis? Pues tampoco hay cuadro gratis, así que... a pagar. Se llegó a un acuerdo económico, el convento abonó *La adoración de los pastores*, se rompió la escritura y a partir de aquí no hay un solo documento que aclare lo que pasó.

¿Sacaron a El Greco de su tumba? Dicho a las claras, no se sabe. No hay dato alguno a favor ni en contra. Lo que sí se conoce es que Jorge Manuel, de oficio arquitecto, comenzó la construcción de otro enterramiento para su padre, para su mujer y para él mismo en la iglesia de San Torcuato, en Toledo. Él dirigía las obras de construcción de esta iglesia y por tanto decidió incluir una capilla funeraria. Unas fuentes dicen que allí fueron trasladados los restos de El Greco y otras sospechan que el traslado nunca se hizo.

En pleno siglo XXI, el sentido común invita a comprobar fácilmente la presencia o no de los restos, bien en San Torcuato, bien en Santo Domingo, pero no es tan fácil. La iglesia de San Torcuato primero fue desamortizada y más tarde derribada, luego si los restos fueron trasladados, mejor olvidarse de ellos. Con esta ventaja juegan los responsables actuales del templo de Santo Domingo, que presumen (a buenas horas) de tener la tumba de El Greco.

Sin embargo, no pueden ni deben de estar seguros, porque la cripta donde estaban enterrados El Greco y su nuera luego se vendió a otra familia linajuda, la de los Alcocer. Dejó de ser propiedad de los Theotokópoulos. Eso sí, el convento de Santo Domingo el Antiguo de Toledo, aunque sólo sea por interés turístico, se considera custodio de los huesos de El Greco, pese a que olvidan indicar que, cuando no sabían que iba a ser tan famoso, lo echaron de allí con cajas destempladas.

En los años ochenta se abrió la cripta de los Alcocer, y allí, junto con muchos más huesos, aparecieron unos que, según el convento, son los de El Greco y los de su nuera, por eso presumen ahora de tener la tumba del pintor. Ahora bien, esos huesos pueden ser de El Greco o de Manolo García. No hay pruebas y, por tanto, sólo es una cuestión de fe.

Queda en el aire aclarar el mal rollito que enfrió las relaciones entre Jorge Manuel y la abadesa sin palabra, y para ello nada mejor que echar mano de la teoría de la historiadora Balbina Martínez Caviro, que sospecha dónde está el origen de la bronca: El Greco tenía un hijo, Jorge Manuel, y si hay un hijo, hay una madre que lo parió. La madre se llamó Jerónima de las Cuevas, una mujer que no ha aparecido en ningún momento de esta historia.

Doménikos y Jerónima no estaban casados, asunto ciertamente incómodo en aquel siglo XVII, porque una madre soltera no gozaba de la más mínima consideración. La teoría de la profesora Martínez Caviro sugiere que precisamente el intento de Jorge Manuel de enterrar a su madre en la cripta con El Greco fue el origen del desencuentro con la abadesa del convento. Una hipótesis estimable, porque, según la historiadora, cuando Jorge Manuel construyó la cripta para su familia en la otra iglesia, en la de San Torcuato, dejó muy clarito en el contrato que sería el enterramiento de «sus padres», y hasta ese momento, nunca, en documento alguno, se hacía mención a la discreta Jerónima.

Quién sabe si Jorge Manuel, escarmentado por esa negativa que quizás le dieron en el convento de Santo Domingo de aceptar dar enterramiento en sagrado de una pecadora, incluyó en el contrato de San Torcuato el término «mis padres» para que nadie pudiera rechazar a su madre. Ya deducirá alguien que igual de pecadora era ella que pecador el pintor, aunque a El Greco nadie le negó el enterramiento. Pero mejor correr un estúpido velo sobre este asunto.

El entierro del señor de Orgaz

El cuadro más famoso que custodia Toledo y también el más conocido entre toda la obra de El Greco es *El entierro del señor de Orgaz*, una tabla tan famosa que acabó eclipsando al protagonista del cuadro. Todo el mundo con el entierro para arriba y el entierro para abajo, pero todos se olvidaron durante

siete siglos de que aquel muerto existió y que tenía que estar enterrado en alguna parte.

Gonzalo Ruiz de Toledo, quede sentado desde el principio, no era conde. Al menos, no cuando murió. Le dieron el título de conde a título póstumo, dos siglos después de haber muerto, lo cual no deja de ser una excentricidad también póstuma.

Murió don Gonzalo en el siglo XIV, y dado que había puesto mucho empeño y había aportado sus buenos cuartos para la reconstrucción de la iglesia de Santo Tomé, pidió en su testamento ser enterrado en ella. Y lo dejó muy clarito: quiso ser enterrado humilde y sencillamente en un sepulcro de piedra tosca junto al umbral de la puerta occidental del templo, a mano derecha, en un rincón recogido y discreto, en la Capilla de la Concepción. Y aquí empieza la bronca.

Ocurrió lo de siempre, que el muerto pide una cosa y los vivos deciden otra. Bien es cierto que, aunque en su momento estuvo feo no atender la petición de un difunto, si no hubiera existido la disputa, ni el señor de Orgaz habría engrosado el capítulo de los nobles recordados, ni El Greco habría recibido el encargo de pintar el cuadro, ni a estas alturas alguien sabría quién era el tal Gonzalo Ruiz de Toledo.

La disputa surgió porque, en el momento de la muerte, todos se saltaron a la torera los deseos del noble y lo enterraron en el convento de San Agustín de Toledo, un lugar más pijo, con más caché. Los religiosos de Santo Tomé no se conformaron ni pararon de dar la tabarra para que Gonzalo fuera enterrado donde él había pedido. Tras varios pleitos, los responsables de San Agustín tuvieron que aceptar, cuatro años después del entierro, exhumar el cuerpo para trasladarlo a Santo Tomé.

Según recoge la tradición católica relativa a este hecho, el mismo día del traslado, alguien, no se sabe quién, porque los milagros no presentan pruebas, hizo correr una voz por todo Toledo que decía que los mismísimos San Agustín y San Esteban descendieron de los cielos para dar enterramiento al señor de Orgaz en Santo Tomé mientras se escuchaban las siguientes palabras: «Tal galardón recibe quien a Dios y a sus santos sirve».

Esta comidilla llegó a oídos de los agustinos, que se sintieron tremendamente ofendidos, porque ni borrachos estaban dispuestos a creer que

se molestaran en bajar a la iglesia de Santo Tomé dos santos de alto standing. Y encima uno de ellos era San Agustín, máxima autoridad del convento que tuvo que entregar los restos del señor de Orgaz. Era como decirles a los agustinos: «¿Veis, impíos, que hasta vuestro jefe está de acuerdo con enterrar a este hombre en Santo Tomé?».

Por descontado que llegó la réplica de los agustinos: hicieron correr el infundio de que, efectivamente, los dos santos habían bajado del cielo, pero no para enterrar al señor de Orgaz en la iglesia de Santo Tomé, sino en la de San Esteban, que era de mayor categoría. Cualquier humano con las entendederas del siglo XXI puede apreciar que ni uno sólo de los anteriores hechos contaba con testigos directos, objetivos y fiables, pero los dimes y diretes sirvieron para que religiosos de uno y otro bando se enzarzaran y, otra vez, volvieran a retirarse la palabra.

La solución hubiera sido tan fácil como ir a una u otra iglesia, a Santo Tomé o a San Esteban, y comprobar dónde habían dejado al muerto en cuestión, pero en el siglo XIV no estaban por la labor de discutir sobre cuestiones milagreras. Tal y como se decía entonces, «lo que entierran manos del cielo, que no lo muevan manos de la tierra». Y ahí quedó el asunto.

Estuvieran donde estuviesen enterrados los huesos de Gonzalo Ruiz de Toledo, aún faltaba por entrar en escena El Greco. En 1583 se reconoció oficialmente probado el milagro del entierro del señor de Orgaz, aunque no vale preguntar qué pruebas se tuvieron en cuenta. Pero, aprovechando la feliz circunstancia, el párroco de Santo Tomé, Andrés Núñez, decidió que el episodio merecía quedar reflejado en un cuadro que admiraran generaciones posteriores. Para pintarlo buscó al pintor más famoso de Toledo, El Greco, que para mayor felicidad pertenecía a la parroquia por cercanía de su casa.

El artista recibió las siguientes instrucciones: «En el lienzo se ha de pintar una procesión de cómo el cura y los demás clérigos que estaban haciendo los oficios para enterrar a Gonzalo Ruiz de Toledo, señor de la villa de Orgaz, y bajaron San Agustín y San Esteban a enterrar el cuerpo de este caballero». Así quedó reflejado en el contrato. Y El Greco, feliz, dispuesto a pintar lo que le pidieran con tal de que pagaran. Y pagaron.

Cuentan los que saben que *El entierro del señor de Orgaz* fue uno de los cuadros más caros de la historia de España. El acuerdo señalaba que, cuando

la pintura estuviera terminada, un par de expertos iría a tasarla y el precio que pusieran sería el que se pagaría. Dos tasadores, Luis de Velasco y Hernando de Nunciva, pusieron un precio de 1.200 ducados. Al párroco un color se le iba y otro se le venía, porque aquello era un dineral, pero es que los tasadores supieron ver que aquello era una obra cumbre de la época. El Greco debió de agarrarse una buena melopea, porque lo máximo que le habían pagado hasta entonces por un trabajo fueron 800 ducados. El párroco, sin embargo, porfió. Dijo que no pagaba esa cantidad, y el asunto acabó en el Consejo Arzobispal, que terminó por decirle al religioso tacaño que pagara y callara, que el cuadro era muy majo; y si no, que no hubiera especificado en el contrato que se ajustaría a la tasación.

El entierro del señor de Orgaz es un cuadro, no sólo para mirarlo, sino para que nos lo expliquen, porque ofrece muchas curiosidades. Por poner sólo un par de ejemplos, las dos únicas figuras que miran de frente al observador son las que representan al propio Greco, que se hizo un autorretrato, y a su hijo Jorge Manuel. El resto, que son tropecientos, porque es un cuadro muy poblado, no miran al espectador, sino que están concentrados en lo suyo, en el milagro. La segunda curiosidad se aprecia, a decir de los estudiosos, en los rostros que aparecen en el cielo. Entre ellos, El Greco pintó a Felipe II, asunto extraño este porque el rey estaba vivito y coleando cuando se pintó la tabla. Quizás tuvo que ver con la ojeriza que el pintor tenía hacia el rey ante la negativa real a nombrarlo pintor de la corte. Lo pintó entre los muertos del cielo y no entre los vivos de la tierra. O sea, mala leche.

El cuadro quedó instalado en el templo de Santo Tomé, y allí mismo, debajo de la obra, descansa Gonzalo Ruíz de Toledo. No se ha movido de su sitio en casi siete siglos, justo desde que lo trasladaron manos humanas desde el convento de San Agustín hasta el templo de Santo Tomé. O desde el día del improbable milagro, para quien así lo prefiera.

Increíble que hasta el año 2001 se haya soportado la duda sobre el lugar cierto del enterramiento. El arqueólogo toledano Ramón Villa dirigió la excavación y fue directo al lugar, sin el más mínimo titubeo. Justo allí, donde el señor de Orgaz quiso ser enterrado, en una esquinita de la capilla de la Concepción, a los pies del cuadro y 60 centímetros por debajo del suelo, apareció un sarcófago de granito tosco, noble, austero.

El tiempo ha demostrado que el hombre estaba donde quiso. Bueno, estaba él... y trece más, y no está claro que el señor de Orgaz deseara tener a toda la familia encima. El señor estaba abajo del todo, el último, precisamente por haber sido el primer enterrado, pero luego le empezaron a poner encima familiares y ha estado siete siglos asfixiado por primos, primas, sobrinos y hermanos. La familia a veces se pone muy pesada hasta después de muerta.

SALVADOR DALÍ (1904-1989) Y GALA (1894-1982), ESE PAR DE EXCÉNTRICOS



En 1964, Salvador Dalí publicó *Diario de un genio*, una autobiografía en la que afirmó: «Este libro va destinado a probar que la vida cotidiana de un genio, su sueño, su digestión, sus éxtasis, sus uñas, sus resfriados, su sangre, su vida y su muerte son esencialmente diferentes a los del resto de la humanidad». El tiempo demostró que su muerte fue tan vulgar como la del cualquier mortal. Sencillamente, dejó de respirar... y se murió.

Tanto Gala, su esposa y musa, como Dalí hicieron de su vida en común un espectáculo fascinante; incomprensible en muchas ocasiones, contradictorio en otras tantas y excéntrico siempre. Sus muertes fueron otra historia. La de Gala estuvo salpicada de irregularidades legales convenientemente pasadas por alto, y en torno a la del artista, ocurrida seis años y medio después, aún planea la duda de si se cumplieron sus deseos. La

muerte, sin embargo, no sólo estuvo presente al final de sus vidas, sino que quedó patente en parte de la obra del pintor y fue una de sus obsesiones.

Dalí comenzó a morir un 10 de junio de 1982, el mismo día en que expiró Gala, su musa durante cincuenta y tres años y esposa legal durante veinticuatro. Con ella se iba su inspiración, su fuerza y la persona en la que había concentrado un amor arrebatado («Sólo amo dos cosas: a Gala y al dinero»). Lo malo es que a Gala sólo la amaba él, cuestión ésta que, por otra parte, a ninguno de los dos importó jamás.

Pese a quien pese, Helena Ivanovna Diakonova, verdadero nombre de Gala, aunque de él existan cuatro o cinco variaciones, entró en la vida de Dalí en el verano de 1929 y sólo salió de ella cuando fue enterrada en el exclusivo enterramiento del castillo de Púbol, pedanía del municipio gerundense de La Pera.

El castillo de Púbol era el refugio sexual de Gala. Allí invitaba a infinidad de jovencitos con aspiraciones artísticas de todas las nacionalidades que le otorgaban sus favores sexuales a cambio de la proyección pública y el dinero que Gala pudiera ofrecerles. Y el castillo también acabó siendo su refugio definitivo, porque allí fue inhumada el 11 de junio de 1982 a la caída de la tarde, en una ceremonia con un puñado de asistentes y sin Dalí. La muerte de Gala se vio rodeada de anomalías legales que, seguramente en consideración a quienes eran, fueron obviadas.

Gala murió en la casa de Portlligat, en Cadaqués (Girona), pero el certificado de defunción situó el lugar de la muerte en Púbol, donde estaba preparada la cripta. El diario *La Vanguardia* del viernes 11 de junio de 1982 titulaba en portada «Gala ha muerto», seguido de unas líneas en las que se decía que «falleció ayer en Portlligat». El mismo periódico, sin embargo, ampliaba la información en su página 6, donde informaba de que Gala había muerto a las 14.15 horas del 10 de junio «en Púbol, según un parte médico facilitado al respecto». El mismo periódico señalaba más adelante que «fue trasladada en estado de coma irreversible desde su residencia de Portlligat hasta el castillo de Púbol», y que «hacia las siete y media de la tarde, Dalí, acompañado por el pintor Antoni Pitxot, llegaba al castillo, aparentemente sereno pero como empequeñecido en el interior de su inmenso cadillac con matrícula del Principado de Mónaco». El coche, según el mismo diario, entró

inmediatamente en el interior del jardín y las puertas se cerraron.

Los guías oficiales del castillo de Púbol relatan aún hoy, durante la visita turística, que Gala fue trasladada ya muerta en el cadillac, aunque no pueden explicar si iba sentada, tumbada o escondida en el maletero. Sí reconocen, en cambio, que el traslado fue totalmente ilegal y contraviniendo todas las leyes sanitarias al respecto. Apenas un puñado de amigos de la pareja conoce la verdadera historia y por qué se actuó así, pero lo cierto es que Gala viajó muerta durante los aproximadamente 60 kilómetros que separan Portlligat de Púbol y a lo largo de más de una hora de camino debido a la difícil carretera de Cadaqués.

Gala y Dalí siempre habían dicho que deseaban que sus entierros fueran íntimos, o al menos así lo comentaron sus más allegados, pero sólo Gala disfrutó de esa intimidad. Apenas doce personas estuvieron presentes cuando Gala, con un vestido rojo de Christian Dior, quedó sepultada en la cripta del castillo.

La decisión de enterrarla en el sótano de su fortaleza de Púbol fue de última hora, cuando su estado se agravó, porque inicialmente iba a ser inhumada en el surrealista jardín del castillo. Pero, a finales de mayo de 1982, un aparejador de la localidad de La Pera recibió el encargo de construir el enterramiento en la cripta. Como tumba, diseñó un interior único, diáfano, pero con espacio para dos cuerpos y con una estructura que soportara dos lápidas. El deseo de Dalí era, cuando le llegase su hora, ser enterrado junto a Gala y dándole la mano.

En el libro oficial del castillo de Púbol se explica que, pasado un tiempo, Dalí quiso ir más allá y construir un monumento funerario similar al que se puede contemplar en la catedral de Nantes (Francia) y que alberga los restos de Francisco II y Margarita de Foix. Un delegado de la Fundación Gala-Salvador Dalí fue a Nantes para conseguir los planos de aquel panteón construido en el siglo XVI y al que Dalí pretendía hacer algunos cambios. El empeoramiento de la salud del pintor y las graves heridas que sufrió en el incendio de su habitación de Púbol, en agosto de 1984, provocaron que el proyecto cayera en el olvido.

De cualquiera de las formas, quedó claro que Dalí pretendía descansar junto a Gala. Si después cambió de idea o si hubo otros intereses para

cambiar la ubicación de su eterna morada, ya es difícil saberlo.

Los años sin Gala fueron matando poco a poco a Dalí. Tras el incendio del castillo de Púbol en 1984, en el que quedó malherido, el artista volvió a la ciudad de sus raíces, Figueres (Girona), y se quedó a vivir en el Teatro-Museo, concretamente en la Torre Gorgot, rebautizada como Torre Galatea a petición del pintor y en honor a Gala. Nunca más volvió a Púbol ni a la casa de Portlligat.

El 20 de enero de 1989, la prensa ya daba por hecho el inminente fallecimiento de Dalí, agonizante en una habitación de cuidados intensivos del Hospital Comarcal de Figueres y repitiendo constantemente: «*Vull anar a casa*» (Quiero ir a casa).

Tan irremisible se volvió la situación, que el 21 de enero, con Dalí aún vivo, se cerró el Museo de Figueres (el segundo más visitado de España después de El Prado) y se inició la construcción de su tumba.

Fue entonces cuando algunos allegados hicieron saltar las alarmas: Dalí quería ser enterrado en Púbol, junto a Gala, dándole la mano y con el rostro cubierto. De hecho, en la cripta del castillo estaba esperándole su enterramiento.

El alcalde de Figueres por aquel entonces, Mariá Lorca i Bard, anunció que Dalí pidió hablar con él durante uno de sus ingresos en la clínica Quirón de Barcelona, y, tras hacer salir de la habitación a todo el mundo, le expresó sus deseos de ser enterrado en Figueres. Nadie fue testigo de aquella confidencia, aunque el alcalde la compartió de inmediato con otros dos allegados del pintor, Antoni Pitxot y Miguel Doménech, que esperaban fuera de la habitación. A ninguno de los dos sorprendió el cambio de opinión de Dalí respecto a su nuevo enterramiento, y quienes conocían su personalidad decían que era lógico que quisiera descansar «entre sus cosas, entre sus fantasmas y sus obsesiones». El presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, fue también informado. Según relató el propio alcalde de Figueres, intentó que aquel deseo quedara plasmado por escrito, pero el estado de salud de Dalí lo impidió.

Opiniones distintas compartían Arturo Caminada, ayuda de cámara y amigo de Dalí y Gala desde que entrara a los 16 años a su servicio como chico de los recados en Portlligat; Robert Descharnes, su secretario y gestor

de los derechos, y Benjamín Artigas, alcalde de La Pera, donde está enclavado el castillo de Púbol. El primero de ellos fue muy claro en declaraciones a *La Vanguardia* con Dalí aún de cuerpo presente: «Pienso que todo esto no le habría agradado al señor Dalí. Él quería un entierro sin fotógrafos, sin flores, sin periodistas y con la cara tapada», y añadió que el pintor nunca le había comentado nada de ser enterrado en Figueres: «Cuando vinimos a vivir aquí [Figueres], el señor Dalí me dijo que quería ser enterrado en Púbol».

Robert Descharnes también se mostró extrañado de que Dalí hubiera manifestado tal deseo, pero, a esas alturas, Descharnes tenía a casi todo el mundo en contra: era el administrador de la sociedad que gestionaba los derechos de Dalí y a quien le fueron quitadas sus prerrogativas nada más morir el pintor. El tercer personaje en oponerse al enterramiento de Dalí en Figueres fue el alcalde de La Pera, Benjamín Artigas: «Una vez más — declaró entonces—, se demuestra que el pez grande se come al chico». Calificó como «una mala jugada» la del alcalde de Figueres y añadió que «le habían metido un gol a Púbol». Artigas insistió en que el deseo de Dalí era ser enterrado junto a Gala y que para ello se habían preparado las sepulturas con una abertura para que el pintor y su musa se dieran la mano en la eternidad.

Nula fuerza tuvieron aquellas voces en contra, porque el día 21 de enero, con Dalí aún vivo, comenzaron las obras de la tumba en Figueres. Durante toda la noche de aquel sábado y hasta las cinco de la madrugada, doce hombres abrieron en el centro de la sala que existe bajo la cúpula geodésica un paralelepípedo que cubrieron con ladrillos de 250 centímetros de largo por 90 de ancho. El domingo por la mañana se seleccionaron las piedras de mármol «arabescato» blanco y ligeramente vetado de gris que cubrirían el fondo y el interior de esas paredes. La tumba quedaría cubierta por una losa de piedra de Figueres abujardada (no pulida) que pesó una tonelada. Pedro Aldámiz, responsable de las obras, dijo que aún no se había decidido ninguna inscripción y que se estaba estudiando cómo se rodearía la sepultura para protegerla de las pisadas de los visitantes del museo.

El tiempo ha demostrado que ninguno de esos asuntos pendientes iba a tener solución. La inscripción no llegó a grabarse en la losa, al parecer porque

también así lo quería el pintor cuando especificó que la piedra que le cubriese tenía que ser de Figueres. Uno de los amigos más íntimos de Dalí, Antoni Pitxot, fue contundente al ser preguntado por ello: «Creo que sobre Dalí no hay que escribir nada. Ni pensamientos ni ornamentaciones. Para mí, cualquier cosa en este sentido sería un claro intrusismo que, sinceramente, creo que tendríamos que evitar a toda costa».

Y tampoco se llegó a poner protección alguna. La inmensa mayoría de los quinientos mil visitantes que cada año pasan por el museo pisa sin saberlo la piedra que cubre a Dalí, porque el surrealismo de la sala mantiene al visitante con la vista levantada bien hacia la cúpula geodésica, bien hacia la inmensa tela *Laberinto*, de Isidoro Bea, escenógrafo y colaborador de Dalí. Nada indica que allí abajo esté el pintor, a no ser que el visitante lo sepa o pregunte a alguno de los empleados del museo qué significa esa piedra rectangular en medio del suelo.

Dalí, sin embargo, acabó teniendo su inscripción. Cuando fue enterrado, bajo la sala existía un espacio vacío dedicado a almacén, de tal forma que desde el sótano podían verse las paredes exteriores de la sepultura. Ese espacio vacío es actualmente la sala que alberga más de una treintena de joyas exclusivas diseñadas por el artista. Allí, medio en penumbra y como una joya más, se puede leer en una lápida de la pared: «Salvador Dalí i Doménech. Marqués de Dalí de Púbol. 1904-1989».

Pero todo esto fue sólo el final de una clamorosa despedida de autoridades de toda España y de gentes de Figueres; una despedida que comenzó cuando, a las diez y cuarto de la mañana del 23 de enero de 1989, Dalí murió.

A las doce y media de la noche del día siguiente comenzó la preparación del cadáver, en la que intervinieron siete personas: un forense, cuatro médicos, una esteticista y un fisioterapeuta. Y que nadie se pregunte para qué necesita un cadáver a un fisioterapeuta, porque este profesional lo que en realidad hizo fue afeitar el rostro de Dalí y engominar el inimitable bigote del genio. Durante todas estas tareas, además, se sacó un vaciado en yeso del rostro del pintor que quedó a disposición de la Fundación Gala-Salvador Dalí.

El forense Narcís Bardalet explicó posteriormente a los medios que para

el embalsamamiento no fue vaciado el cuerpo. Utilizó, según dijo, «la técnica de inyección interarterial por vía femoral de un líquido con base de formol que penetra hasta los capilares». En el momento de morir, Dalí pesaba 59 kilos, por lo que la cantidad de formol inyectada superó los siete litros.

Según Bardalet, la momificación se vería beneficiada por el poco tejido adiposo que tenía el artista, y pronosticó que el cuerpo resistiría sin deterioro durante unos doscientos años. El forense se mostró muy orgulloso del resultado de su trabajo y desveló dos detalles más del proceso: le colocó la cabeza hacia atrás, para darle «la actitud altiva que se merecía», y decidió no retirarle el marcapasos que Dalí llevaba implantado desde 1996 debido «al gran interés que el artista siempre sintió por la ciencia y la tecnología». Esto pudo ser así porque Dalí fue enterrado; de haber sido incinerado, la extracción del marcapasos habría debido hacerse para evitar la explosión del artilugio durante la cremación.

Dalí bajó a la tumba con una túnica de seda beige en la que unas monjas bordaron una corona y la letra D. A las seis y media de la madrugada del día 24 se abrió la capilla ardiente a una nube de fotógrafos que recogieron las últimas instantáneas de Dalí y las primeras en las que el pintor no posaba con sus ojos exageradamente abiertos y sus bigotes apuntando al cielo.

Por la capilla ardiente instalada en Torre Galatea desfilaron diez mil personas, hasta que el féretro fue trasladado, poco antes de su entierro, hasta la iglesia de Sant Pere, donde había sido bautizado y donde se ofició la misa por su funeral. Antes de cerrar la caja, Arturo Caminada, su fiel amigo, cubrió el rostro de Dalí con un pañuelo de ganchillo. Cuando la comitiva trasladó de nuevo el cuerpo del pintor hacia su descanso definitivo, en el Teatro-Museo, quince mil conciudadanos le dedicaron una ovación cerrada. Era la ovación a un genio de la que nadie como él se sabía merecedor. Ya lo escribió en su diario cuando sólo tenía 16 años: «Seré un genio y el mundo me admirará». Qué poco se equivocó.

A las cinco y media de la tarde del 25 de enero, la losa de mil kilos cubrió para siempre a uno de los genios más extravagantes y fecundos de todos los tiempos. Salvador Dalí, el hombre, descansaba ya en el centro de su propio universo, pero el genio que le dio forma aún se palpa en las salas del Teatro-Museo de Figueres, en la casa laberíntica de Portlligat y en los muros de la

fortaleza de Púbol.

Ahora bien, ¿está Dalí donde quiso? ¿Por qué cambió su deseo en el último momento? Nunca lo sabremos, pero Gala se quedó sin que nadie le agarrara la mano por toda la eternidad.

La muerte como obsesión surrealista

Salvador Dalí i Doménech vivió marcado por la muerte prácticamente desde que nació, empezando porque recibió el mismo nombre que su hermano, fallecido dos años antes. Su adscripción al movimiento surrealista parisino, cuyos miembros tenían una obsesión casi maníaca por quitarse la vida, contribuyó a aumentar su obsesión por la parca. Los surrealistas lo llevaban tan a rajatabla, que en 1935 ya se habían suicidado tres.

Esta fijación con la muerte que Salvador Dalí mantuvo toda su vida le llevó a hacer un descubrimiento que a más de uno dejó con la boca abierta. Ocurrió con un cuadro que le obsesionaba; una pintura de Jean François Millet, artista francés de finales del siglo XIX. El cuadro de Millet se llama *El Ángelus*, es uno de los más conocidos y cuelga de las paredes del Museo d'Orsay.

En la pintura hay una pareja de campesinos, de pie y con la cabeza inclinada. Ella mantiene las manos cruzadas a la altura del pecho, y él, el sombrero agarrado entre las manos. Los dos miran en actitud doliente... ¡hacia un cesto de patatas! Absurdo.

La actitud piadosa y exageradamente triste de la pareja de campesinos ante la cesta de patatas obsesionó a Dalí durante años. Aquel cuadro ocultaba algo, y Salvador Dalí removié Roma con Santiago para confirmar sus sospechas.

Consiguió el genio de Figueres, tras años de empeño, que se le autorizara a someter *El Ángelus* de Millet a rayos X para desvelar cuáles fueron las intenciones iniciales del pintor francés. La sorpresa fue mayúscula, aunque Dalí ya lo sabía.

La cesta de patatas ocultaba un pequeño ataúd, es de suponer que el de un hijo de los campesinos. Al parecer, Millet pintó la cesta de patatas encima del ataúd aconsejado por un amigo, porque en la época en la que se realizó el cuadro no estaba bien visto un reflejo tan explícito de la muerte.

Desde aquel momento, la pintura de Millet fue una constante en la vida de Dalí, que reprodujo el cuadro de varias maneras distintas en sus propias obras. Incluso adquirió juegos de café y vajillas decoradas con aquellos dos campesinos dolientes ante el ataúd de su hijo muerto. La obsesión de Dalí por la muerte le llevó a ver con ojos más escrutadores y curiosos. De no haber sido por el excéntrico artista, el Museo d'Orsay mantendría aún hoy colgado un cuadro incompresible de dos campesinos llorándole a una cesta de patatas.

FRANCISCO DE GOYA, TORTURADO POR LA BUROCRACIA

(1746-1828)



Francisco de Goya y Lucientes, el genio de Fuendetodos, uno de los más insignes pintores de todos los tiempos, el autor de *Los fusilamientos* y las «majas», el pintor de las casas de Osuna y Alba, uno de los sordos más famosos de todos los tiempos... sigue enterrado sin cabeza. En la ermita de San Antonio de la Florida, en Madrid, descansan sus restos incompletos, porque el cráneo que desapareció del cementerio de Burdeos (Francia) aún está en paradero desconocido.

La «tanatografía» de Goya, con o sin cabeza, es tan densa y compleja como su biografía. Al maño le han pasado tantas cosas después de muerto, que hay que repasarlas varias veces para creerlas.

Murió el artista en la primavera de 1828. Tenía 82 años y ni un real en el

bolsillo. Acabó en Burdeos, porque allí se exilió durante el reinado del absolutista Fernando VII. En su testamento dejó dicho que quería ser vestido con el hábito de San Francisco y enterrado en la iglesia de la que fuera parroquiano en el momento de la muerte, pero, vaya por Dios, Goya escribió su última voluntad en 1811, cuando no podía imaginar que acabaría exiliado en Francia. Cuando murió, nadie tenía un hábito de San Francisco a mano y en Burdeos no se estilaba eso de enterrarse en las iglesias. Los muertos iban, lógicamente, al cementerio. Y allá que te fue Goya, y encima, a una tumba prestada.

Y quien se la prestó fue un personaje que juega un papel fundamental en toda esta historia, Martín Miguel Goicoechea, también exiliado, ex gobernador de Madrid y además su consuegro. Cuando Goya llegó al panteón de Burdeos, su amigo descansaba en él desde tres años antes, y con él ha compartido y aún comparte todas las tumbas que ha recorrido a lo largo de los años.

El entierro se verificó en el cementerio de la Grande Chartreuse de Burdeos. Fue sencillo y muy poco concurrido. La tumba quedó señalada con el número 5, de la serie 7a, situada al final del vial de árboles de la entrada. Allí quedó Goya medio olvidado por una España a la que retrató como pocos. Fue un gran pintor, pero recibió tratamiento de pintamonas.

Todo el mundo se olvidó de Goya, de su arte y de sus huesos hasta que, cincuenta y dos años después, el cónsul español en Burdeos, Joaquín Pereyra, la descubrió por casualidad cuando aquel año de 1880 acudió a poner flores a la tumba de su esposa. Trasladar sus restos a España y darle los honores y la sepultura merecidos se convirtió para el cónsul en un empeño personal y para el Gobierno español en un asunto de Estado. Veinte años después, en 1900, don Francisco de Goya y Lucientes volvió a España, pero la burocracia previa rozó el absurdo.

Joaquín Pereyra descubrió asombrado un panteón ruinoso en el que parecía leerse el nombre de Francisco de Goya. Escribió el bueno de Pereyra que se «sonrojó al considerar que los restos de esta ilustre gloria del arte español se encontrasen sepultados en el mayor olvido y abandono en tierra extranjera, y sentenciados a que un día fuesen a confundirse en el osario común». Y así era, porque la sepultura tenía aviso de desahucio.

Pereyra se tomó muy a pecho el rescate de los huesos de Goya e inició los contactos con el Gobierno para convencerlo de la necesidad de repatriarlos. Se logró que las Cortes dispusieran la construcción de un panteón de ilustres en la sacramental de San Isidro de Madrid que también acogería al dramaturgo Leandro Fernández de Moratín, al poeta Juan Meléndez Valdés y al pensador Donoso Cortés. En 1886 se terminó el monumento prometido y dos años más tarde el director de Instrucción Pública, Emilio Nieto, escribió al cónsul en Burdeos con una propuesta un tanto tacaña: pretendía que Pereyra buscara un veraneante de los que por aquellas fechas regresaban desde Burdeos a Madrid y que, entre los bultos de su equipaje, fueran los restos de Goya, para evitar costes de más en el traslado.

El cónsul Pereyra manifestó su disconformidad, respetuosamente, por supuesto, a la racanería del responsable de Instrucción Pública. A Nieto no le quedó mejor remedio que rascarse un poco más el bolsillo... pero lo justo: «Aunque dentro de límites muy reducidos, se arbitrarán los fondos suficientes para la traslación decorosa de los restos mortales de Goya a Madrid. Será menester, sin embargo, que los gastos se reduzcan a lo más imprescindible. Es a saber, exhumación, transporte, vacación y diligencias, legalizaciones y caja digna pero modesta. Bien a pesar mío será necesario que renunciemos a toda clase de funeral».

Llegó el momento de la exhumación de Goya. Era noviembre de 1888 y la sorpresa provocó el pasmo general: abierta la tumba, aparecieron dos cajas sin inscripción, una con los huesos completos de una persona y otra en la que faltaba el cráneo, precisamente la que se suponía del pintor. Y se suponía porque era la caja más cercana a la entrada, luego debía pertenecer al último inhumado. Pero había otro detalle. Aunque dentro del arca no estaba el cráneo, sí había restos de una seda marrón que se presumía era el gorrito con el que Goya fue enterrado. Lo que ya no tenía tanta explicación era el motivo de que apareciera el gorro de Goya y no su cabeza. O fue un capricho, o una bufonada, o alguien se había llevado la cabeza después de enterrado y había dejado el gorro. La caja no presentaba signos de haber sido violada, luego todo hacía pensar que Goya no perdió la cabeza después de muerto, sino que lo enterraron sin ella. ¿Quién, pues, metió el gorrito en el féretro si no había cabeza que lo luciera?

El despiste se adueñó de la situación, y Pereyra y las autoridades presentes en esta exhumación frustrada optaron por cambiar los restos a dos cajas en mejores condiciones y dejarlas apartadas en el depósito del cementerio a la espera de instrucciones del Gobierno español. El cónsul sugirió que, ante la duda, se trasladaran los restos de los dos hombres a Madrid, pero Emilio Nieto, alias el roñoso, ni siquiera se preocupó de que el pobre Goya no tuviera cabeza; sólo le incomodaba la duplicidad de gastos del traslado: dos cuerpos, más dinero. Sugirió incluso que los restos de los dos hombres fueran en una misma caja identificada sólo con el nombre de Goya. Así viajarían dos por el precio de uno.

La burocracia, los gastos y la desidia impidieron, sin embargo, que la traslación se realizase. Los amigos Goya y Goicoechea volvieron a su panteón a la espera de administradores más eficientes y con el riesgo de terminar en una fosa común por una inminente reforma del cementerio.

Casi tres años después del fiasco de la primera exhumación, el pintor Raimundo de Madrazo paró en Burdeos de camino hacia París. El cónsul Pereyra, que no cejaba en su empeño, relató la historia del malogrado traslado a Madrazo, y éste, sensible al desamparo de su colega pintor, hizo otro intento por movilizar a la sociedad y al Estado español.

En mayo de 1891 se publicó en el diario *La Época*, el más influyente del momento y portavoz del Partido Conservador, una carta de Madrazo al director. En ella reprochaba muy sutilmente la falta de interés del Gobierno español y recordaba que «las cenizas del inmortal Goya continúan honrando un nicho, por más señas prestado, en un cementerio extranjero». Concedor también Raimundo de Madrazo de la tacañería de la Administración para realizar el traslado de los restos, en otro momento de la carta se ofrecía a pagar los 400 o 500 francos del traslado. No hubo respuesta. Goya y Goicoechea, por tanto, continuaron juntos en Burdeos.

Tuvieron que pasar tres años más para que el Gobierno español, en un ataque aislado de eficacia, nombrara una comisión para repatriar de una vez por todas a Goya y enterrarlo en el panteón de la sacramental de San Isidro. Y ésta era otra: el panteón llevaba tantos años esperando a Goya y a los otros tres ilustres ocupantes que casi amenazaba ruina. Para añadir más desgracias al asunto, los restos de Donoso Cortés, Moratín y Meléndez Valdés,

aburridos de esperar, estaban despistados. Diez años de espera habían provocado que los movieran de acá para allá y que nadie tuviera claro dónde estaban.

El Gobierno quería, no obstante, que los únicos restos que regresaran a España fueran los de Goya, no los de su amigo Goicoechea. El cónsul, a esas alturas, ya no sabía si cortarse las venas o pedir la nacionalidad francesa para no formar parte de aquel grupo de ineptos. Faltaba un siglo para que la identificación de restos mediante técnicas de ADN fuera familiar a los humanos, entonces... ¿cómo pretendían que el cónsul Pereyra averiguara de quién demonios era el cráneo que faltaba?

Llegamos a 1899 y Goya sigue en Burdeos. En marzo de ese año formó Gobierno Francisco Silvela, jefe del Partido Conservador, y nombró ministro de Fomento al marqués de Pidal. Entre las primeras ocurrencias de este ministro estuvieron las de localizar los perdidos e insepultos restos de Meléndez Valdés, Moratín y Donoso Cortés, trasladar a Goya a España, y, por supuesto, encargar al cónsul que se encargara de la segunda exhumación.

A Pereyra probablemente se le saltaron las lágrimas cuando vio que este nuevo intento tenía visos de ir por buen camino. Sólo había otro pequeño problema: Pereyra había insistido desde un principio en la necesidad de trasladar los restos de Goya y Goicoechea juntos para evitar dudas, cosa que se le había denegado también desde el principio. Por tanto, la única autorización que tenía el cónsul en su poder era la de la exhumación y traslado de Goya, no la de Goicoechea. Así lo hizo saber a vuelta de correo, pero esta vez quedó claro que don Francisco y su amiguete volverían juntos a España. A las nueve de la mañana del día 5 de junio de 1899, Goya y Goicoechea salían de su morada por segunda vez. Goicoechea, entero; Goya, sin cabeza. Aquella misma noche los dos amigos partieron rumbo a España en el tren de las once y cuarto.

Madrid recibió los restos de Goya diecinueve años después de que el cónsul español en Burdeos iniciara sus trámites. Sólo con esta empresa se ganó el sueldo.

El pintor, y Goicoechea al lado, fue trasladado a la cripta de la parroquia de Nuestra Señora del Buen Consejo, situada en la antigua catedral de San Isidro, y allí se reunió con Meléndez Valdés, Donoso Cortés y Moratín...

hartos ya de esperar, y que seguramente recibieron a Goya con un abucheo porque encima se trajo a un amigo.

Por fin llegó el día, 8 de mayo del año 1900, en que la reina regente María Cristina firmó el que, por el momento, iba a ser el definitivo descanso de Goya:

«Queriendo honrar la memoria de los esclarecidos escritores y artistas españoles Don Juan Meléndez Valdés, Don Leandro Fernández de Moratín, Don Francisco de Goya y Lucientes y Don Juan Donoso Cortés, en nombre de mi augusto hijo el Rey Don Alfonso XIII y como reina regente del Reino, vengo a disponer que la traslación de sus restos mortales al mausoleo que les está destinado en el cementerio de San Isidro tenga lugar el día 11 del corriente con asistencia de mi Gobierno y de las autoridades de las Corporaciones civiles y militares y de las Reales Academias». Sea.

Todo el Gobierno acompañó a pie a la engalanada comitiva que trasladaba a los cinco ilustres, aunque dos fueran juntos y todos se olvidaran de don Martín Miguel de Goicoechea, que, sin comerlo ni beberlo, sufrió los mismos ajetreos que Goya. Para algo están los amigos.

Goicoechea y Goya fueron inhumados en una de las cuatro sepulturas del panteón dispuestas en cruz alrededor de una columna, pero poco iba a durar el descanso en éste su tercer enterramiento.

El sábado 29 de noviembre de 1919, los restos del pintor y del que fuera gobernador de Madrid fueron de nuevo exhumados bajo la lluvia y en presencia del director general de Bellas Artes, del director del Museo del Prado y de los arquitectos Repullés y Antonio Flores. No hubo ceremonias, ni carrozas engalanadas, ni nada que hiciera pensar que de allí salían los restos de uno de los más grandes pintores de todos los tiempos. Un sencillo furgón los trasladó a la ermita de San Antonio de la Florida. Allí le esperaban, entre otros, Mariano Benlliure y Joaquín Sorolla, artistas que debieron de tener cruzados los dedos para no pasar por lo que pasó Goya cuando a ellos les llegara la hora.

Goya y Goicoechea fueron inhumados, por última vez, al pie del presbiterio. Allí siguen. Juntos. Ni la muerte ni la Administración española pudieron separarlos.

Ahora bien, ¿qué fue de la cabeza de Goya? Malas noticias, sigue más

perdida que Marco el Día de la Madre.

Hay dos versiones distintas sobre el paradero del cráneo del pintor; ninguna de ellas corroborada y ambas difícilmente comprobables. Una de las pistas la da una pintura que plasmó el pintor asturiano Dionisio Fierros en 1849, veinte años después de la muerte de Goya, pero treinta y ocho años antes de que se abriera la tumba en Burdeos y descubrieran que la cabeza no estaba. Más claro, mucho antes de que se revelara la ausencia del cráneo, un pintor ya lo había retratado. Si el asunto de los restos ya estaba demasiado enmarañado, este nuevo imprevisto vino a complicar las cosas.

Goya pasó sus últimos años de vida obsesionado con su locura. Como a principios de aquel siglo XIX la frenología o craneoscopia estaba muy en boga, el maño, según algunas fuentes, dio permiso para que estudiaran su sesera. Pero el caso es que, con permiso o sin él, Goya fue enterrado sin cabeza o se la robaron muy poco después del sepelio, aunque este hecho no se descubrió oficialmente hasta 1888, cuando se produjo la apertura de la tumba. Nadie sabía en ese año, sin embargo, que ya circulaba un cuadro con el retrato de la calavera, y los pocos que conocían su existencia, entre ellos el propio pintor Dionisio Fierros, que todavía vivía, se callaron como una... Se callaron.

Una total ausencia de noticias rodea la existencia de esta pintura, que acabó apareciendo en Fuendetodos, en la trastienda de un anticuario. En la parte posterior, en el bastidor y escrito a lápiz, ponía «cráneo de Goya». Lo que no se sabe es cómo diablos llegó a manos del pintor realista asturiano Dionisio Fierros la calavera para que pudiera pintarla. ¿Quién se la dio? ¿De dónde la sacó? Y sobre todo, ¿dónde la puso luego?

Al parecer la dejó en su casa, ya que años después, en pleno siglo XX, un nieto del pintor Dionisio Fierros dijo que su abuelo tuvo durante mucho tiempo encima de su escritorio una calavera en plan pisapapeles, pero nadie de la familia conocía la identidad de su dueño. Un hijo del pintor que estudiaba Medicina en la Universidad de Salamanca se la llevó para hacer prácticas en la facultad. Según unos, en mitad de un experimento químico, el cráneo voló en mil pedazos, y según otros, la calavera se fue desmembrando hasta desaparecer. Bien podrían haber escrito a lápiz en el occipital de Goya: «No romper, cabeza de Goya». Sea como fuere, fin de la primera conjetura.

El segundo rastro del cráneo nos lleva más lejos, a París. La teoría francesa dice que Goya dio el consentimiento previo para que le cortaran la cabeza después de muerto, y fue el doctor Jules Laffargue, médico y amigo del pintor, quien, supuestamente, se la cercenó para estudiar su cerebro. El estudio frenológico del cerebro, de ser cierto, se realizó en el asilo de San Juan de Burdeos, el mismo lugar en el que el pintor se inspiró para su famosa serie de dibujos «Los locos de Burdeos». Pasaron los años, y el cráneo de Goya y otros muchos que como el suyo habían sido estudiados, se trasladaron a París, a un hospital que trabajaba con la Facultad de Medicina. Aquí muere la segunda pista y la peripecia de Goya, su cráneo y sus tumbas.

Y un último detalle: en la plaza del Pilar de Zaragoza hay plantada una columna a modo de monumento, la misma pieza que estaba en la tumba de Goya y Goicoechea en Burdeos. A España no sólo regresaron los dos amigos, también la tumba que los cobijó en Francia.

DIEGO VELÁZQUEZ, EN EL LIMBO

(1599-1660)



El pintor Diego Velázquez es uno de los variados y numerosos genios que tenemos perdidos por el subsuelo de Madrid. O quizás no. Puede que lo hayan estado buscando en el sitio equivocado. Lo que sí parece claro es que Velázquez no está donde debería porque es muy probable que alguien lo trasladara sin dar el parte oportuno.

Cuatro años estuvieron los arqueólogos intentando localizar los restos del pintor bajo la plaza de Ramales, en Madrid, muy cerquita del palacio de Oriente, aprovechando las obras de un aparcamiento de residentes. Dos investigadores, sin embargo, llevaban tiempo advirtiendo de que Velázquez no estaba allí, que su momia y la de su mujer están en el convento de benedictinas de San Plácido.

El pintor fue enterrado en 1660 en la cripta de la iglesia de San Juan, vestido con los hábitos de la Orden de Santiago, espada, botas y espuelas. Se

fue bien pertrechado al otro mundo. Cuentan que Felipe IV, a quien tantas veces plasmó en el lienzo y del que se sabía su amigo, lloró su muerte cuando dejaron allí el ataúd forrado de terciopelo y tachonado y guarnecido con pasamanos de oro, según textos de la época. Sólo una semana más tarde, la viuda del artista, Juana de Pacheco, fue a hacerle compañía.

En aquella cripta, supuestamente, seguían los restos de la pareja cuando en 1810 José Bonaparte decidió el derribo del templo y la construcción de una plaza. El rey francés vivía en el Palacio Real y si había algo que le horrorizaba era la suciedad de la ciudad, la aglomeración de casas y el laberinto de calles estrechas. Dijo él: «*Qu'est-ce que c'est cette merde? Voy a reurbanizar Madrid*», y ordenó el derribo de edificios y la construcción frenética de plazas para dar luz y espacio a la ciudad, de ahí que le bautizaran con aquel mote de Pepito Plazuelas.

Al parecer, la plaza de San Juan, que tal fue el nombre que recibió, se hizo precipitadamente y no se tocó el subsuelo; simplemente se allanó el terreno y se plantó la plaza, por lo que la cripta, varios metros bajo tierra, permaneció intacta. Tiempo después de aquella remodelación, a la plaza se la rebautizó como de Ramales, en recuerdo del pueblo santanderino donde el general Espartero ganó una batalla a las fuerzas carlistas.

En 1960, con ocasión del III centenario de la muerte de Velázquez, el Ministerio de Educación Nacional y la dirección de Bellas Artes cayeron en la cuenta de que el genio sevillano debía de seguir en algún lugar bajo el empedrado de la plaza de Ramales y para su recuerdo se erigió un monolito en su honor.

En una de las cuatro caras de la base de la columna puede leerse lo siguiente: «En este lugar estuvo emplazada la iglesia parroquial de San Juan, donde fue enterrado el pintor Don Diego de Silva y Velázquez». En otra reza así la leyenda: «Murió el pintor Don Diego de Silva Velázquez el viernes seis de agosto de 1660. Su gloria no fue sepultada con él». Más nos valdría vigilar de cerca a los muertos ilustres que, a falta de huesos, pensar frases lapidarias para la posteridad.

Ahora bien, si su gloria cuelga de las paredes de los museos, ¿dónde diablos está Velázquez? Tuvo que producirse una de esas broncas a las que nos tienen acostumbrados Ayuntamiento y Comunidad de Madrid para que al

menos se removiera el asunto. El gobierno municipal quiso convertir la plaza de Ramales en peatonal y hacer un aparcamiento, momento en el que irrumpieron las autoridades comunitarias y dijeron que de eso nada, que nada de obras si antes no se rescataban los huesos de Velázquez del subsuelo. Ya estaba bien de poner adoquines encima.

La plaza estuvo manga por hombro años... y venga a salir fémures... y cráneos... y tibias... y clavículas... y esqueletos enteros... pero ninguno sabía pintar. El Ayuntamiento empeñado en rematar las obras, y la Comunidad empecinada en encontrar a Velázquez en aquel desbarajuste de huesos.

En éstas andaban las dos administraciones cuando apareció una tercera. El Ministerio de Cultura, no sin cierto soniquete en plan Gila, dijo: «Yo sé dónde hay una momiaaaaa... y se parece a Velázqueeeeeez...». Dos investigadores de Patrimonio, Antonio Sánchez-Barriga y José Sancho Roa, sospechaban desde 1994 dónde estaban Velázquez y su mujer. Mejor dicho, sus momias. Saberlo a ciencia cierta no lo sabían, pero ante la evidencia de que no aparecían en la plaza de Ramales, reforzaron su teoría sobre una posible ubicación: bajo el altar de la capilla de la Inmaculada Concepción, en el convento de San Plácido de Madrid. Fue entonces cuando la Comunidad se alió con el Ministerio de Cultura en la identificación de Velázquez.

Allí, en San Plácido, había un par de momias muy majas, con sus vestiditos de época, con sus gorgueras en el cuello... La momia macho llevaba puesto el hábito de los caballeros de la Orden de Santiago, espada y sombrero, y estaba acompañada de una señora momia. Las edades coincidían con las de defunción de Velázquez y su parienta, 61 y 58 años. Si eran ellos, ¿cómo llegaron hasta allí? La historia tiene su intrínquilis, y para entender las investigaciones de Sánchez-Barriga y Sancho Roa hay que echar mano de un tercer personaje: Gaspar de Fuensalida, amigo del pintor sevillano.

Don Diego y doña Juana fueron enterrados, efectivamente, en la iglesia de San Juan, en la cripta que les cedió su amigo Gaspar y que tenía preparada para su propio enterramiento. Los amigos están para algo, y como Velázquez la necesitó antes, pues antes la estrenó. A Fuensalida también le llegó la hora, y fue a hacer compañía a la pareja, pero previamente había dispuesto en su testamento que, en cuanto fuera posible y en secreto, trasladaran sus restos al

panteón familiar del convento de San Antonio de La Cabrera. El traslado, casi con toda seguridad, se hizo, pero como se hizo en secreto, tal y como había pedido el difunto Gaspar, no quedó constancia documental de ello. El encargado de ejecutar el testamento fue un cuñado de Gaspar de Fuensalida, y todo hace sospechar que, a la vez que trasladó los huesos de su familiar, sacó también los de Diego Velázquez y su mujer para dejar la cripta vacía.

El pintor y su esposa dieron con sus huesos, según los investigadores, en el convento de las benedictinas de San Plácido, para el que Velázquez pintó su famoso Cristo en la cruz —ahora en el Museo del Prado— por encargo de Felipe IV. ¿Por qué en San Plácido? Porque quien se encargó del traslado de los restos heredó derechos de enterramiento en aquel convento y le pareció que sería un buen lugar para el artista. Allí, se supone, durmieron el sueño de los justos hasta que, de forma fortuita, sus momias aparecieron en 1994.

Las descripciones de la caja (de terciopelo negro y tachonada) y del atuendo de Velázquez (con espada, sombrero, espuelas y hábito de la Orden de Santiago) que se hicieron en 1660 coincidían exactamente con lo que se descubrió en San Plácido. Pero en contra también había argumentos, y sobre todo no cuadraban las opiniones de los investigadores. El estudio reunió a antropólogos, policía científica, toxicólogos, historiadores, forenses, técnicos de la Comunidad, técnicos del ministerio... y acabaron a la greña. Todos querían participar en la identificación del mejor pintor del barroco. Unos, queriendo estudiar las momias en la universidad... otros, queriéndoselas llevar al Instituto de Toxicología... unos, que era imposible que ese fuera Velázquez porque al pintor lo enterraron con botas y espuelas y la momia llevaba zapatos y medias... otros, que eso no era importante porque a lo mejor lo apuntaron mal... unos, que los clavos de los ataúdes deberían estar oxidados si antes de llegar a San Plácido estuvieron enterrados en San Juan, porque en San Juan había mucha humedad... otros, que el óxido era lo de menos...

Finalmente, Comunidad y ministerio acabaron de morros y la autoridad cultural autonómica volvió a buscar en Ramales para desesperación del Ayuntamiento de Madrid. No encontraron nada, pero aún hoy se sigue a vueltas con Velázquez, repasando documentos y buscando base histórica que avale el traslado a San Plácido. Lo que sí dijeron una parte de los

investigadores es que la ropa de una de las momias probaba que no era Velázquez. Las golos con las que se adornaban las vestimentas en el siglo XVII, esa especie de lechugas plisadas en el cuello, eran de tela que se cosía sobre papel para mantenerlas tiesas, y las hojas de papel que se utilizaron para la gorguera de la momia de San Plácido correspondían a un misal que, según los análisis, era del siglo XVIII. Como Velázquez murió en el XVII, no podía ser él. A no ser que le hubieran cambiado la gorguera después de muerto.

La conclusión facilona de la peripecia que aquí fenece podría ser que la culpa de que se nos hayan perdido los huesos de Velázquez fue de Pepito Plazuelas debido a su pasional construcción de plazas, pero no sería justo. Alguien le podría haber advertido de que allí abajo estaba Velázquez. Es que nadie se lo dijo, y José Bonaparte, al fin y al cabo, acababa de llegar.

SOPA EN LA TUMBA DE ANDY WARHOL

(1928-1987)



Andy Warhol sigue siendo el maestro del arte contemporáneo del siglo XX, aunque para otros no haya pasado de ser un excéntrico drogadicto y un egocéntrico insoportable. Fue quien dijo que todo el mundo tiene derecho a quince minutos de fama, y de la fama sigue disfrutando desde su tumba en el cementerio San Juan Bautista, en Pittsburgh, Pennsylvania (Estados Unidos). Lo cierto es que su tumba no hace honor a sus extravagancias, porque es muy simplona, pero como él se murió de repente y con sólo 58 años, no tuvo tiempo de manifestar sus gustos. La decisión la tomaron sus hermanos, que pusieron una vulgar lápida de mármol gris. Lo único que se sale de lo normal en la tumba de Warhol son los botes de sopa Campbell que siguen apareciendo desde hace décadas.

Andy Warhol murió en Nueva York el 22 de febrero de 1987 y de una manera muy tonta. Podría haber muerto por el sida o por sus excesos con las drogas. Bueno, pues no, va y se muere por unas estúpidas piedras en la vesícula. El fallecimiento de Warhol pilló a todos por sorpresa, a él el primero, y salvo los homenajes en Nueva York, donde todas las galerías colgaron su retrato con lazos negros, nada se pudo hacer por retener su cuerpo en la ciudad de los rascacielos, el centro del mundo para el rey del *pop art*.

La corte de fanáticos que arrastraba Warhol insistió en que fuera enterrado allí, en Nueva York, porque él odiaba, siempre según ellos, su pueblo natal, Pittsburgh. Pero los hermanos del artista no estaban de acuerdo. Aseguraban que Warhol adoraba su pueblo, que jamás había renegado de él y que allí se lo llevaban a enterrar, al ladito de sus padres.

En Nueva York lo único que se pudo hacer fue celebrar su funeral en la catedral de Saint Patrick. Un funeral que se convirtió en un desfile de estrellas y de gentes con el pelo verde llegando en limusina y paseando palmito frente a las cámaras. Y un par de datos curiosos que relata Ultra Violet, una de las estrellas que crecieron a la sombra de Warhol y que asistió a su funeral. Escribió Ultra Violet que el cardenal de Saint Patrick, John O'Connor, se negó a celebrar la misa y hubo que buscar a un sustituto. Al cardenal no le parecía bien rogar por el alma de un homosexual desenfrenado y de un organizador de orgías. Estaba en su derecho, y al menos se libró de ver cómo corría la cocaína por los bancos de la catedral y cómo los asistentes la esnifaban sin prejuicios.

El entierro en el cementerio de Pittsburgh se presentaba más serio, pero sólo un poco. Warhol fue enterrado con un traje negro, una peluca platino y unas gafas de sol. Y en el ataúd se metió un perfume de Estée Lauder, una camiseta y un ejemplar de la revista *The Interview*.

Mientras bajaban el féretro a la fosa, los amigos fueron echando monedas. Nadie explicó por qué, pero es fácil suponer que le daban dinero para que Warhol pagara al viejo barquero griego Caronte para que le trasladara al más allá.

Una semana después del entierro comenzaron a aparecer sobre la tumba botes de sopa Campbell, y aún hoy siguen apareciendo. Nadie sabe quién los

pone. Tampoco nadie hace por saberlo. Es sólo el homenaje a un excéntrico para sacar su tumba de la vulgaridad. Lo único que cabrea a los del cementerio son los circulitos de óxido que dejan los botes sobre el mármol cuando llueve. Por lo demás, se supone que alguien se comerá las sopas. Tardan mucho en caducar.

EL VOLATILIZADO FRANCIS BACON

(1909-1992)



«¿Cómo le gustaría morir?», le preguntó el fotógrafo L. C. Francis Giacobetú a su tocayo Francis Bacon. «¡Rápidamente!», contestó éste.

Unos meses después de aquella respuesta, el artista vivo más cotizado del momento moría en un hospital de Madrid... y no tan rápidamente como deseó, porque su insuficiencia renal y respiratoria acabaron poco a poco con él durante la semana que permaneció ingresado. Solo, sin visitas, sin casi comunicación porque no hablaba español.

De no haber fallecido, en 2009 el pintor expresionista Francis Bacon habría cumplido 100 años. Es sólo una improbable posibilidad, porque sus excesos no le hubieran permitido llegar mucho más lejos de los 82 años que acarrea. Era un tipo descarado, apasionado del juego y entusiasta con la bebida, por eso a nadie le extrañó que dejara como heredero universal a un camarero inglés que se convirtió en su mejor amigo y en uno de sus amantes,

John Edwards.

Muchos deducen que su entierro se produjo en Madrid porque murió en esta ciudad, pero no. El misterio rodea el paradero de los restos de Francis Bacon. Falleció en la capital en 1992, y ahí tuvo su servicio fúnebre, pero sus cenizas fueron facturadas en un vuelo a Inglaterra. Francis Bacon estaba en la capital preparando una exposición, que acabó siendo póstuma, y visitando a su novio español, José. La muerte le pilló en Madrid y se vio solo y privado de cualquier homenaje. Ojo, que tampoco los hubiera echado de menos, porque no quiso funerales, ni grandes ni pequeños. Quería morir al estilo Francis Bacon, sin nadie a la vista.

El artista ya dijo en una ocasión que cuando muriera no hicieran nada más allá de meterlo en una bolsa de plástico y tirarlo a una zanja, cosas que nadie pensó en llevar a cabo, porque ambas peticiones son manifiestamente ilegales. Y además, declaraciones como éstas las suelen hacer los vivos con la boca pequeña y cuando no tienen previsto morir.

Bien es cierto que lo de la bolsa de plástico se cumplió. Francis Bacon murió el 28 de abril de 1992 en la clínica Ruber de lo mismo que nos morimos todos, de parada cardio-respiratoria. Tenía 82 años (cifra récord dados sus insanos desmanes) y estaba ingresado por una insuficiencia renal y por el asma que le acompañó toda su vida. Los servicios funerarios se hicieron cargo del cuerpo, lo trasladaron en la bolsa de plástico preceptiva, le pusieron dentro de un féretro sencillito y barato, que es lo que hay que hacer cuando se incinera, y organizaron la cremación en el cementerio de la Almudena. Ésas fueron las instrucciones recibidas. El consulado británico en Madrid facilitó el oportuno visado para difuntos y la empresa Kenyon Air realizó el traslado de la urna.

La enorme incongruencia es que a Francis Bacon lo metieron en un féretro con un enorme Cristo crucificado en la tapa, un símbolo que le habría puesto de los nervios, pero como uno no insista en la ausencia de asuntos religiosos, te los colocan por el artículo 33. Y Bacon no contó en aquella solitaria despedida con nadie que defendiera sus intereses ateos.

Dos días después, el 30 de abril, el pintor fue incinerado en una ceremonia solitaria y fría, acompañado sólo de un ramo de rosas amarillas y blancas. Lo enviaron los amigos con los que se reunía Bacon en un bar del

Soho londinense.

La sorpresa vino con la apertura del testamento, unas últimas voluntades que cambiaba cada dos por tres dependiendo de sus preferencias amorosas. El artista dejó toda su fortuna a John Edwards, un camarero analfabeto que supo escucharle, que supo quererle y que no le hacía la pelota por ser el pintor vivo más valorado del mundo. Bacon le legó once millones de libras, y el camarero se pulió parte, primero en los cayos de Florida y luego en Tailandia. La muerte de Edwards se produjo en 2003, poco más de una década después que la de Francis Bacon, y, al contrario que su protector, no deseó una despedida en soledad. Pidió que tras sus funerales en Saint Augustine de Canterbury sus amigos se gastaran 75.000 euros en un jolgorio en el que corriera como única bebida champagne Krug Vintage. La juerga fue en el Club Harrington, local de Ron Wood, el «Rolling Stone».

Ahora bien, ¿aquel camarero recibió también la urna con las cenizas dado que era el único heredero? ¿Las recibió quizás la hermana del pintor, que, ante el cabreo de no haber sido nombrada heredera, las envió a tomar viento? ¿Guardan las cenizas en algún bar del Soho londinense? ¿Dónde están las cenizas de Francis Bacon?

Pues seguramente donde él quiso: en ninguna parte.

TRAVESTIDO LEONARDO

(1452-1519)



De la gran obra de Leonardo da Vinci, *La Gioconda*, se ha dicho de todo. No hay experto que se haya resistido a ver más allá de la tabla en la que el florentino volcó todo su genio renacentista. El cuadro lo han estudiado psiquiatras, neurobiólogos, oftalmólogos, otorrinolaringólogos, cirujanos plásticos, odontólogos y hasta médicos de atención primaria, que han creído detectar un alto nivel de colesterol en la modelo de la pintura (¡!).

Cada especialista saca sus propias conclusiones. Los odontólogos dicen que la Gioconda parece que sonríe porque la modelo padecía bruxismo, esa patología que te hace apretar los dientes involuntariamente; los oftalmólogos dicen que no sonríe, que sólo es una ilusión óptica de la visión periférica cuando el espectador mira a cualquier parte del cuadro menos a la boca; los ginecólogos apuestan a que sí sonríe, pero porque estaba embarazada. Y si entramos en la identidad de la modelo, las teorías se disparan. Según unos,

fue la esposa de un comerciante toscano; según otros, un amante de Leonardo de nombre Salai, y otros dicen que era el propio Leonardo travestido y afeitado. Y aquí se desmonta la hipótesis del embarazo, pero cobra fuerza otra que intenta demostrar la homosexualidad del artista.

Un grupo multidisciplinar inició gestiones a principios de 2010 (por segunda vez, porque ya lo intentaron en 2005) con las autoridades culturales de Francia para exhumar a Da Vinci y comparar su cráneo con el de la Mona Lisa. Si coincide, albricias, la Gioconda era Leonardo y en breve le podríamos ver en la portada de la revista *Zero* saliendo del armario quinientos años después.

De conseguirse los permisos para la exhumación en su tumba del castillo de Ambois, en el valle del Loira (Francia), los resultados pueden ser de chiste, porque los líos con la tumba de Leonardo empiezan desde el mismo momento de su muerte.

Murió Da Vinci el 2 de mayo de 1519, pero no lo enterraron hasta agosto. ¿Por qué tres meses para enterrar a este hombre? Los amantes del misterio coligen que así se hizo porque se siguió un extraño ritual que el propio artista había marcado. Según deducciones más prosaicas, esto es mucho más fácil: Leonardo se muere, lo entierran provisionalmente en la iglesia de Saint Florentin, que estaba allí mismo, en los terrenos del castillo de Ambois, donde vivía, pero tres meses después lo trasladan al claustro de la iglesia, a la tumba definitiva, por eso el documento oficial del entierro fetén tiene fecha del 12 de agosto de 1519.

Pasó un siglo, pasó otro, pasó otro... y todos pasaron de Leonardo. Las guerras de religión en Francia, la posterior Revolución y las vicisitudes del periodo napoleónico dejaron maltrecha la iglesia donde quedó el artista. Y en este punto no queda más remedio que remitirse a los trabajos del historiador francés y especialista en el Renacimiento Eugenio Muntz, gran estudioso de Leonardo. Muntz relata que otro experto en Da Vinci, el escritor también francés Arsène Houssaye, se propuso buscar sus restos. Fue el primero que se preocupó de ello. Acudió a las ruinas de Saint Florentin en 1863, buscó y rebuscó en el batiburrillo de huesos que allí quedaron, y entre varios cráneos sacó uno que, según él, se parecía horrores a Leonardo da Vinci. Un fémur que también tenía pinta de llamarse Da Vinci fue igualmente al saco.

Otras fuentes documentales, sin embargo, indican que Houssaye buscó en el interior de la iglesia, pese a que los textos que se esgrimen indican que fue enterrado en el claustro. Ya vamos mal.

Fueran de quien fuesen los restos, esos son los que guarda la actual tumba situada en la capilla de Saint Hubert, en el castillo de Ambois, y por la que pasan miles de turistas confiados en que allí está el gran Leonardo. Si los expertos consiguen llegar al fondo de la tumba... si tienen la suerte de que allí haya un cráneo en buenas condiciones... si Houssaye acertó con la calavera y resulta que la llevó puesta el florentino... si las mediciones antropológicas demuestran que los rasgos coinciden con los de la Gioconda... entonces, y sólo entonces, podremos respirar tranquilos. Leonardo era gay.

Y si mi padre no fuera mi padre y tuviera ruedas, sería una bicicleta.

Todos parecen haber olvidado que un lustro atrás se produjo un descubrimiento en Italia que quizás ayudaría a la misión científica que se han propuesto con Da Vinci. El historiador Giuseppe Pallanti localizó en el registro de fallecidos de la parroquia florentina de San Lorenzo un documento con todos los datos de la defunción de Lisa Gherardini, nombre de soltera y apellido que perdió tras su matrimonio con un comerciante llamado Francesco del Giocondo. Pasó a llamarse Lisa del Giocondo, de ahí lo de la Gioconda y de ahí también lo de Mona Lisa.

Según las averiguaciones del profesor Pallanti, Lisa Gherardini murió en el convento de Santa Úrsula, a los 63 años. Exactamente el día 15 de julio de 1542, treinta y seis años después de que Leonardo terminara, supuestamente, de pintarla por encargo del marido, de quien por cierto nadie habla pese a ser el que pagó el cuadro. En el documento hallado se recoge que la mujer, viuda y enferma, pasó los últimos años de su vida en el convento de Santa Úrsula, hoy abandonado y propiedad del Estado italiano, y en el que fue asistida por una monja de nombre Lucía.

Lisa fue enterrada en ese convento de Santa Úrsula porque allí era religiosa una de sus hijas, y cuando el Giocondo murió dejó dicho en su testamento que su viuda se encerrara en aquel monasterio hasta su muerte. La obediente Gioconda así lo hizo y por allí debe de andar aún. Localizar su tumba hoy en día sería un trabajo de chinos, porque el convento está manga

por hombro y seguramente con decenas de difuntos renacentistas salpicados por el recinto, pero si Lisa Gherardini terminara apareciendo, la comparación de su cráneo con el cuadro sería más fidedigna que el otro cráneo que guarda el castillo francés de Ambois y que, seamos serios, vaya usted a saber a quién perteneció.

IV. EN EL NOMBRE DEL PADRE



LOS INFERNALES HUESOS DE TORQUEMADA

(1420-1498)



¿Dónde están los huesos de Tomás de Torquemada? Pues nadie lo sabe y a nadie le importa. Fue un personaje tan nefasto en la historia de este país, un ser tan maligno, con tan mala follá que diría un granadino, tan digno de un severo diagnóstico psiquiátrico, que si está perdido, bien perdido está. Pero no hubiera estado de más tener localizados sus huesos para ir de vez en cuando a ponerle de vuelta y media.

Torquemada fue el primer inquisidor general por obra y gracia de aquellos llamados Reyes Católicos que dieron su beneplácito para que el dominico se erigiera en vigía de la fe y máximo ejecutor de sospechosos infieles. La Inquisición existía desde antes, pero hasta que no llegó el fraile Tomás, no pasó de ser una broma de mal gusto.

Torquemada murió en Ávila, en el monasterio de Santo Tomás, un lugar que él mismo ayudó a fundar y que se construyó con los bienes confiscados a los judíos. A este convento se retiró en 1496, cuando ya tenía hasta el gorro a los reyes, al papa y, seguramente, al propio Dios. Su pupilo se les había ido de las manos.

El monasterio también era la residencia estival de los Reyes Católicos, y en él quedó enterrado el príncipe Juan, aquél que debió heredar el trono pero que se puso muy malito y cascó en 1497 de tuberculosis con sólo 19 años. La reina Isabel dejó especificado en testamento que a su hijo se le construyera un sepulcro a la altura de su dignidad, y en ello se empleó el artista italiano Domenico Fancelli. El príncipe Juan llegó a estrenar su magnífico sepulcro renacentista de mármol de Carrara, pero las tropas napoleónicas entraron cual elefante en cacharrería y los huesos del príncipe se fueron al garete.

Torquemada se instaló en este convento dominico con sus amarguras auestas y aborrecido por todos. Allí pasó sus últimos dos años de vida entre la avaricia y la paranoia. Estaba convencido de que querían matarle, y no le faltaba razón.

El ex inquisidor se organizó su enterramiento en Santo Tomás, pero como era un miserable se pasó dos años pidiendo a unos y otros unos maravedíes para hacerse una tumba ostentosa. Si sería agarrado, que fray Tomás tenía enterrados a sus padres en el convento dominico de San Pablo de Valladolid, y puesto que él se había ordenado fraile allí, los de San Pablo le pidieron que les dejara a ellos su herencia. Torquemada dijo que nones, y los del convento respondieron a su tacañería diciendo que desenterrara a sus padres y se los llevara de allí. Ningún problema, dijo él, me los llevo a mi convento de Ávila, porque allí me sale gratis enterrarlos otra vez.

Le llegó la hora a Torquemada en septiembre de 1498 y se fue de cabeza a la tumba para la que tanto había ahorrado. Allí no duró quieto ni un siglo, porque en 1572 le cambiaron de sepultura. Hubo que hacer sitio para los huesos de otro colega religioso de mayor rango, el obispo de Salamanca Francisco Soto de Salazar.

Se dijo que cuando se abrió la tumba una fragancia embriagadora inundó el convento. Pero más que acabar embriagados, los que abrieron la tumba debían estar bebidos. Esto de las fragancias era un truco muy extendido cada

vez que se desenterraba a algún religioso de cierto renombre, porque se trataba de añadir esto del olor de santidad a los méritos del muerto para ver si así entraba en el santoral. Pero con Torquemada no coló. No le habrían hecho santo ni oliendo a Hugo Boss.

Pasado el tiempo, más de dos siglos, se plantó en España Napoleón, cuyas tropas, además de invadirnos, arrasaron con todo lo que encontraron. La tumba de Torquemada no se libró, y los huesos se fueron al mismo garete que los del príncipe Juan. Por eso, en 2008, año del bicentenario de la invasión francesa, se pudo sumar a la conmemoración la dicha de haber perdido para siempre los huesos de aquel perturbado.

Nadie habla ya de Torquemada y a nadie le preocupa dónde fue enterrado, salvo a quienes en algún momento han decidido cambiarlo de ubicación por intereses políticos. El diario digital *El Confidencial*, el 13 de febrero de 2008 y a menos de un mes de las elecciones generales de marzo, cayó de cabeza en el error con tal de asegurarse un titular: «Zapatero anuncia ante la tumba de Torquemada sus nuevas ayudas a la familia». Pero el presidente del Gobierno hizo su anuncio en la desacralizada iglesia de San Pedro Mártir de Toledo, y Torquemada jamás estuvo enterrado en ese templo. Su infame figura le pareció tan recurrente al redactor para unirla a la de José Luís Rodríguez Zapatero que cualquiera que leyese aquella desinformada noticia pensaría que Torquemada está donde no está.

Algunos no permiten que la realidad les arruine un buen titular.

LA SUSTANCIA DE SANTO TOMÁS DE AQUINO

(1225-1274)



Doctores tiene la Iglesia. Treinta y tres exactamente, y Santo Tomás es uno de ellos. Quiere ello decir que sus reliquias cotizan al alza más que las de cualquier otro santo. Este gran estudioso no se ha librado de que unos y otros se disputaran sus huesos. Ni mucho menos ha podido evitar que le hicieran cachitos para repartirlo entre sus fieles.

El filósofo y teólogo italiano Tomás de Aquino, una de las mentes más privilegiadas de la Iglesia de todos los siglos, está enterrado a medias en Toulouse (Francia), en un magnífico sarcófago de oro y plata. Pero sus restos han tenido mucho recorrido, según les alcanzara una disputa entre frailes, una revolución o una exhumación para arrebatarse un brazo o una mano. O, como dice una leyenda sin fundamento pero con sustancia, para hacerse un caldo

con sus huesos.

Cuenta una leyenda que unos frailes en el siglo XIII se hicieron con los restos del teólogo una sopa-reliquia antes de verse obligados a entregar el cuerpo a otros monjes. Es fácil imaginar lo que es una sopa-reliquia... más o menos lo mismo que un consomé celestial. Consistía, así de duro, en cocer al difunto. Puede que a alguien se le haya ido la imaginación con este asunto, pero si algún documento hubiera confirmado el hecho, no habría por qué extrañarse. Antiguamente, cuando se trataba de trasladar un cuerpo que aún no se había quedado en los huesos, se preparaba una buena marmita con agua hirviendo para dejarlos mondos y lirondos. Está documentado con varios santos, y tampoco sería raro que se hubiera tomado semejante medida con Tomás. De ser cierto, habría sido obra de los monjes cistercienses, porque fueron ellos los primeros en poseer el cuerpo de Tomás, aunque al final tuvieron que devolverlo a los dominicos por orden del papa. El mandato no les sentó muy bien, o sea que bien podrían haber dicho, vale, lo devolvemos pero nos quedamos con la sustancia.

Tomás de Aquino murió en 1274 en la abadía cisterciense de Santa María de Fossanova, en la región de Lazio —a la altura de la espinilla de la bota italiana—, cuando se dirigía hacia el Concilio de Lyon. Como allí murió, allí lo enterraron, pero también en ese momento comenzaron las distintas reclamaciones sobre sus restos. Los querían las universidades de París y Nápoles y los pretendían muchos y variados conventos dominicos de Italia y Francia.

Los cistercienses decían que verdes las han segado, que no entregarían ni a Dios las sagradas reliquias de Tomás de Aquino. Se inició una disputa que duró casi cien años, y mientras pasaba ese siglo comenzaron las perrerías relicarias. En 1288 le cortaron una mano que le enviaron a su hermana Teodora, condesa de San Severino, aunque luego esta extremidad acabó en el convento dominico de Salerno cuando la pariente falleció, dado que Teodora, que ya tenía dos, no sabía qué hacer con una tercera mano en la tumba.

Los cistercienses de la abadía de Fossanova no descuidaron las precauciones para evitar que les birlaran a Tomás y llegaron al extremo de esconder el cuerpo, no sin antes cortarle la cabeza para guardarla aparte. No es conveniente poner todos los huevos en la misma cesta.

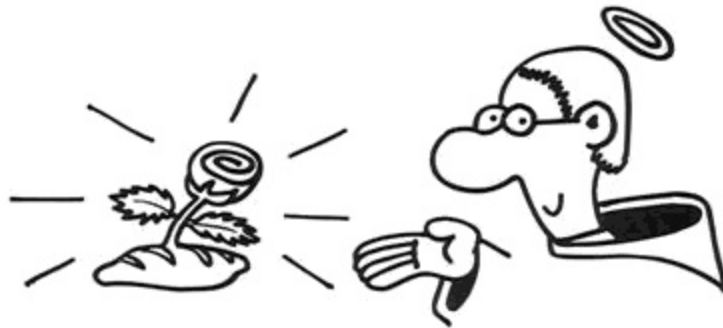
Fue el papa Urbano V el encargado de tomar una decisión a tanta disputa religiosa en 1367. Otorgó a los dominicos el derecho de trasladar los restos del santo a Francia para gran enfado de sus homólogos italianos. Dijo el papa que de inmediato cabeza y cuerpo tomaran camino de Francia, porque en Italia los dominicos ya contaban con la propiedad de los restos de Santo Domingo y no era cuestión de acaparar santos.

Aprovechando el traslado del filósofo a la catedral de Toulouse, se le cortó un brazo para enviarlo a París, y cinco años más tarde se le quitó el hueso de otro brazo para regalarlo a los dominicos de Nápoles, que posteriormente lo trasladaron a la catedral de esta ciudad. Lo que queda del pobre Tomás, sin brazos, sin mano y decapitado, se guarda ahora en el convento de los Jacobinos de Toulouse, primer destino del santo hasta que causas de fuerza mayor, léase Revolución Francesa, aconsejaron el traslado a la basílica de San Fermín. En 1974, aprovechando el séptimo centenario de su muerte, las reliquias volvieron al convento de los Jacobinos.

Parece claro que, mientras las pruebas documentales no demuestren lo contrario, nadie se hizo un caldo con Santo Tomás, pero, si lo hubieran hecho, no habría sido el peor trance por el que pasó este doctor de la Iglesia.

EL TRAJÍN DE SAN DIEGO DE ALCALÁ

(1400-1463)



San Diego de Alcalá es un santo franciscano muy venerado, sobre todo, como su propio nombre indica, en Alcalá de Henares. Está enterrado en la iglesia magistral de esa ciudad, pero el pobre fraile está a medias. Le falta, literalmente, medio cuerpo.

Cada 13 de noviembre las reliquias de San Diego se exponen al público y algunos curiosos se acercan a ver su famoso cuerpo incorrupto. Lo de incorrupto es un decir, porque San Diego es pura momia, cómo no, desmembrada. ¿En qué momento se decidió descuajaringar al pobre Diego? Con lo tranquilo que estaba en su tumba... reposando... como Dios manda para todo muerto decente. El despiece comenzó en el siglo XVI y lo ordenó, quién si no, Felipe II, el mayor fetichista de estos reinos.

San Diego nació en San Nicolás del Puerto (Sevilla), pero murió en Alcalá, y como los santos son de donde mueren, no de donde nacen, se quedó con Diego de Alcalá. Muy poquito tiempo después de morir, y así lo recogió el fraile Antonio Rojo en su libro *Historia de San Diego*, Enrique IV de Castilla se acercó por el sepulcro del franciscano porque ya había gente que le atribuía curaciones.

Enrique IV andaba quejándose de un brazo, y su hija Juana, la famosa Beltraneja a quien le robó el trono su tía Isabel la Católica, estaba fastidiada de la garganta. El rey mandó abrir la tumba y retirar la mortaja, momento en el que se percató de que el cuerpo estaba de bastante buen ver para llevar un tiempo enterrado. Cuentan que el rey mandó poner al franciscano de pie, luego sentado y se supone que en alguna postura más, y como no se le caía la cabeza, Enrique IV se dijo, a ver si éste va a ser un santo y por eso tiene tan buen cutis. El caso es que tanto el rey como su hija pasaron sus dolencias por el cuerpo de Diego y al menos a la princesa Juana se le pasó la faringitis.

Continuaron los hechos supuestamente milagrosos en torno al fraile Diego, hasta que entraron en escena Felipe II y su hijo, el perturbado príncipe don Carlos. El heredero se había despeñado escaleras abajo y quedado peor de la cabeza de lo que ya estaba. La trepanación que le aplicaron no lo mejoró, y Felipe II, al que no se le ponía nada por delante en el manejo de reliquias, decidió que la curación de su hijo y heredero vendría dada por la intercesión de fray Diego. Metió al difunto en la cama, junto a su hijo, y les puso a dormir juntos. A estas alturas, el franciscano aún estaba entero.

El príncipe acabó saliendo del trance, pero nunca aceptó que fueran los médicos los que le curaron, sino el franciscano Diego, así que no paró de darle la tabarra a papá para que lograra la canonización. Y efectivamente, gracias a una bula del papa Sixto V nació San Diego de Alcalá. En qué momento... porque ya no le dejaron un hueso puesto. El tiempo demostró, sin duda alguna, que don Carlos no mejoró de la cabeza.

Y a partir de ahora, absténganse los escrupulosos. A San Diego comenzaron por quitarle el fémur y la tibia derechos para Felipe II; la tibia izquierda para llevársela a la emperatriz María de Austria; otros trocitos de la carne momificada para el heredero Felipe III y las infantas, y otros trocitos más para vaya usted a saber quién. Las franciscanas del convento de Santa

Úrsula de Alcalá de Henares conservan una mano y lamentan desconocer el destino de la otra.

Todavía hoy, la iglesia magistral de la ciudad complutense cede reliquias de San Diego para colocarlas en altares de nuevos templos. En época reciente, noviembre de 2007 sin ir más lejos, se inauguró una iglesia en Conchalí (Chile) y hasta allí viajó un pedacito de San Diego.

Desde la famosa curación, o no, del príncipe Carlos, los reyes tomaron por costumbre arrebatarse el descanso al santo cada dos por tres para acercarle a las estancias palaciegas cada vez que alguien caía enfermo. Carlos III pasó sus últimas horas de vida junto a San Diego, pero el fraile no pudo sacarle del apuro. Y el mismo resultado se consiguió en 1975, cuando un sacerdote se presentó en el hospital La Paz y arrimó al moribundo Francisco Franco unas reliquias de San Diego. Quizás el fraile prefirió no gastar milagros con dictadores.

Si cualquier 13 de noviembre tienen la curiosidad de hacer una visita a lo que queda del santo más venerado de Alcalá, no se extrañen si lo ven pequeñito, es que le faltan piezas, sobre todo las canillas. Y no está incorrupto.

EL BRAZO VIAJERO DE SAN FRANCISCO JAVIER

(1506-1552)



Hay una enormidad de santos repartidos por el mundo. Repartidos en toda la extensión de la palabra. Es decir, los que tienen un pie aquí, y el otro, siete países más allá. Con San Francisco Javier no se da el caso del pie, pero sí el del brazo. El santo comparte el patronazgo de Navarra con otro colega más jaranero, San Fermín, al que muchos creen patrón de Pamplona porque es el que pone la juerga de los Sanfermines. Pero no; el patrón de Pamplona es Saturnino, y los patrones de Navarra, San Fermín, San Francisco Javier y el brazo de este último, que, aunque muchos kilómetros más allá del resto del cuerpo, también tiene su mérito.

El brazo derecho de San Francisco Javier lo guarda en custodia permanente la iglesia de Gesú, en Roma, pero allí sólo tienen esta extremidad

derecha desde el codo hasta la mano. El resto del cuerpo para a miles de kilómetros, en Goa, al oeste de la India. ¿Y por qué San Francisco Javier no tiene puesto su brazo si es suyo? Pues porque se lo cortaron en 1614 por esa manía que tenían de repartirse a los santos en forma de reliquias.

Francisco Javier murió en 1552 en la isla de Sanchon, cerca de la costa de China. Una pulmonía lo mató con sólo 46 años, y en aquella lejana isla fue enterrado provisionalmente hasta que un barco pudiera sacarlo de allí. Para facilitar el traslado de los restos, cubrieron el cadáver de cal, pero ya sabemos cómo son los santos, que a veces se empeñan en ser incorruptos, con lo cual Francisco Javier hizo una buena faena a los encargados de su traslado.

Durante la travesía hacia Malaca, en la actual Malaysia, colocaron el cadáver en cubierta y lo volvieron a cubrir con cal. Nada... Francisco Javier a lo suyo. Fue enterrado incorrupto en una iglesia durante el siguiente año, hasta que, de nuevo, fue exhumado y trasladado a Goa, el lugar donde había realizado su labor evangelizadora más importante. Por supuesto, Francisco Javier seguía incorrupto, y así continuó hasta que en el siglo XVIII los jesuitas observaron que el santo se relajaba y comenzaba a deteriorarse.

Lo del brazo viene ahora. Allá por 1614, sesenta y dos años después de su muerte, Francisco Javier era muy popular pese a que aún no era santo. La devoción que despertó fue tal que desde distintos lugares se pedían reliquias para venerarlas, así que al pobre le cortaron el brazo a la altura del hombro. A Roma se envió desde el codo hasta la mano (cúbito y radio), que es lo que prestaron a los navarros para su veneración durante unos meses de 2006 para conmemorar el V centenario de su nacimiento.

¿Y el húmero? ¿Dónde está el hueso que falta? En busca y captura. Ilocalizable.

El brazo arrastró miles de fieles durante su momentánea exposición en Navarra, y aún los arrastra en la iglesia de Roma donde vuelve a estar expuesto. Pero esto no es nada comparado con la que se monta en India cada vez que se muestran las reliquias del santo en Goa: hasta allí llegan tres millones de peregrinos.

Lógico. Ellos tienen el cuerpo entero a falta del brazo que custodian en Roma, y Roma sólo el brazo que les falta a los indios.

SANTA TERESA, DESCANSO IMPOSIBLE

(1515-1582)



Cuando en Alba de Tormes aseguran tener los restos de Santa Teresa, la pregunta es: ¿exactamente... qué le queda? Difícil saber lo que aún conserva con ella y más fácil hacer recuento de lo que no tiene. El tráfico de reliquias de Santa Teresa a lo largo de los siglos es absolutamente lamentable, y así lo dejaron claro sus contemporáneos y los religiosos que intentaron impedirlo. En cada exhumación, en cada reconocimiento de restos, alguien aprovechaba la oportunidad para despojarla de algo. Ni siquiera la devoción tuvo que ver con el desvalijamiento. Las idas y venidas del cuerpo y el trajín con dedos, clavículas, pies y manos fue producto del enfrentamiento y de la avaricia de obispos, religiosos y nobles de la época. Todo el mundo olvidó su labor religiosa, su obra y la trascendencia de su figura. Se dedicaron a luchar por

ver quién se quedaba con algo de ella.

Francisco Ribera, confesor de Teresa de Jesús, temía la que se venía encima, y así lo dejó escrito en la muerte de Teresa: «Me queda una lástima, si le han de partir algún día, o por ruego de personas graves o a instancias de los monasterios». Y lo que se temía el padre Ribera, ocurrió. A la santa la despiezaron sin contemplaciones.

El 4 de octubre de 1582, a las nueve de la noche, Teresa de Jesús murió en el convento de Alba de Tormes (Salamanca), ciudad origen del Ducado de Alba. Allí mismo se preparó su sepultura y se realizó un entierro precipitado y concienzudo, porque las religiosas del convento y los mismísimos duques de Alba temían que cualquier mínima demora fuera aprovechada por el convento carmelita de Ávila para arrebatárles los restos. El asunto ya empezó oliendo mal, y terminó apestando.

Tres años duró enterrada Teresa en Alba de Tormes, todo un récord dadas las reclamaciones que pesaban sobre su cuerpo, pero ni siquiera durante ese tiempo tuvieron la consideración de dejarla en paz con su reposo: cuando sólo llevaba nueve meses sepultada, se abrió la tumba para realizar un reconocimiento de restos. Dicen que el cuerpo estaba incorrupto. Vale, no nos enredemos de nuevo en la discusión. Esta primera exhumación se consideró el momento propicio para el primer desmembramiento. El padre Jerónimo Gracián, sombra de Teresa durante todo su periplo, cortó la mano izquierda de la religiosa para enviarla al convento carmelita de Ávila y, ya puestos, de esa misma mano el padre Gracián amputó el dedo meñique para propio consumo devoto. La mala noticia es que el convento abulense no se conformó con una mano... pretendía poseer el resto.

Transcurridos tres años del enterramiento, la Orden de los Carmelitas Descalzos mandó que el cuerpo emprendiera camino de Ávila con instrucciones de ser discretos para evitar una reacción a tiempo de los duques de Alba. Fue un secuestro con las agravantes de premeditación, nocturnidad y alevosía.

Las religiosas del convento de Alba no pudieron impedir el rapto, puesto que la orden venía del alto mando carmelita, y tampoco dispusieron de tiempo para advertir a sus protectores los duques. Los perpetradores del birle tuvieron, sin embargo, un bonito detalle: dejaron en Alba un brazo de Teresa,

el izquierdo. El brazo al que le faltaba la mano; la mano a la que le faltaba el meñique. Con eso tuvieron que conformarse.

Teresa fue de nuevo enterrada en el convento carmelita de San José de Ávila, cuyas religiosas, henchidas de felicidad por haber conseguido el cuerpo entero, se sintieron generosas y regalaron la mano izquierda a las carmelitas de Lisboa. Pero los duques de Alba no se estuvieron quietos ante lo que ellos consideraron un hurto en toda regla, y exigieron a Ávila la inmediata devolución del cuerpo. La pedorreta que lanzaron los abulenses retumbó en toda Castilla.

La Casa de Alba recurrió a instancias superiores, y en ese momento fue cuando la bronca por el cuerpo de Teresa de Jesús alcanzó al mismísimo papa de Roma. Al Ducado de Alba le sobraba poderío para exigir la intercesión de Sixto V, quien, efectivamente, ordenó el regreso ipso facto del cuerpo de Teresa a su tumba original de Alba de Tormes. Tremenda contrariedad, porque el convento de Ávila había regalado la mano creyendo que conservaría el cuerpo y ahora había perdido tanto una como otro. Algo había que hacer.

Aprovechando esta tercera exhumación para cumplir la orden papal, los responsables del convento de San José le escamotearon una clavícula, la misma que aún hoy conservan junto con el dedo que el padre Jerónimo Gracián dejó también en Ávila. ¿Alguien se ha perdido? Recapitulemos pues: cuerpo en Alba de Tormes, mano en Portugal, meñique y clavícula en Ávila y brazo también en Alba.

Pasados unos años más en los que no se dejaron de realizar periódicos reconocimientos de restos, se aprovechó la circunstancia en uno de ellos para extirpar el corazón por orden del obispo de Salamanca Jerónimo Manrique. El altar de la iglesia del convento de Alba quedó flanqueado, a la derecha, por el corazón en su oportuno relicario, y a la izquierda, por el brazo.

Le llegó a Teresa el momento de su beatificación, feliz acontecimiento que fue festejado con la amputación del pie derecho para enviarlo al convento carmelita de Santa María de la Scalla, en Roma. Es probable que en el mismo viaje fuera parte de la mandíbula superior, y aunque el documento de entrega de 1616 que guarda la Biblioteca de Florencia hace referencia sólo al pie, en Roma también guardan el otro pedazo óseo. Mandíbula de la que, a su vez, es

probable se extrajera la muela que guarda el convento carmelita de San José de Puebla, en México.

Ante el temor de perderme en el inventario, pasemos por alto varias extracciones más de piezas dentales, trocitos de piel, algún ojo y varios dedos...

Capítulo destacado merece la mano de la santa, episodio relatado frugalmente en mi anterior libro *Polvo eres* y que merece complemento entre estas líneas. La mano de Teresa, enviada como presente al convento de carmelitas de Lisboa, pasó luego a las hermanas de Olivais, que sufrieron la expulsión del país durante la revolución republicana de 1910. Encontraron acogida en el convento de la Merced de Ronda (Málaga), a donde, por supuesto, llegaron con la mano de la santa.

El asunto de la extremidad vino a complicarse con la maléfica Guerra Civil española, cuando en 1936 los republicanos asaltaron el convento rondeño y echaron el guante a la mano. En el siguiente año Málaga cayó en poder de los rebeldes, que gracias a un golpe de suerte pudieron recuperar la mano tras confiscar la maleta del militar republicano José Villalba Rubio, hijo del que fue ministro de la Guerra con Alfonso XIII. ¿Qué hacía la mano de la mística en la maleta de un militar? La historia de las reliquias de Teresa de Jesús llevaba siglos rozando el absurdo y comenzaba a transmutarse en un guión de Berlanga.

Los franquistas no perdieron la oportunidad de pelotear a su más alto mando y trasladaron la mano al cuartel general de Burgos para entregársela al general Franco. Y Franco, tan contento... y las carmelitas alojadas en Málaga, tan disgustadas porque ya no tenían la mano. La salvaron de la revolución portuguesa, pero no pudieron arrebatársela al dictador. Cuenta el sacerdote Gonzalo Huesa Lope, en su libro *La mano de Santa Teresa de Jesús*, que el párroco de Ronda las consoló diciendo: «La mano no se pierde, se va con el Caudillo para guiarle en la conducción de la Patria». ¡Toma ya para lo que quedó la mano de Santa Teresa!

Sólo en una ocasión la mano de la que no se separaba Franco ni un momento —se la llevaba de vacaciones, de viaje oficial, la tenía en su despacho, en su habitación, en su lecho de muerte...— coincidió con su gran amigo el brazo en el mismo lugar. Fue en Coruña, en 1963. Aquel año y parte

del anterior, el brazo que custodia el convento de Alba de Tormes estuvo de gira por toda España como si fuera Miguel Bosé, y durante el verano, mientras Franco pasaba sus vacaciones en el Pazo de Meirás con su familia y la mano de Santa Teresa, llegó el brazo al Ayuntamiento de Coruña, donde fue recibido por el alcalde Sergio Peñamaría. Èsa fue la vez que más cerca han estado mano y brazo izquierdos desde que los separaron de su legítima dueña. Pero no los dejaron verse.

Con Franco estuvo la mano exactamente hasta el 20 de noviembre de 1975, y en enero del siguiente año fue devuelta al convento de Ronda, ya que la dispensa otorgada por el Vaticano a Franco para conservar en su poder la mano de la doctora de la Iglesia tenía fecha de caducidad: su muerte.

Santa Teresa de Jesús, la santa andariega, jamás corrió tanto mundo en vida como después lo hicieron las decenas de trocitos que le fueron escamoteando.

EL DESAPARECIDO THOMAS BECKET

(1118-1170)



A Thomas Becket le precede su fama. Tres años después de morir pasó a la nómina de los santos, pero cuando se murió... mejor dicho, cuando lo murieron, sólo era arzobispo de Canterbury. Habitó en el siglo XII, y para resumir mucho su historia hasta llegar a lo que de verdad importa, a sus huesos, sólo cuatro datos: Enrique II y él eran muy amigos, hasta el punto de que el rey lo nombró su responsable de Gobierno en Relaciones Exteriores y posteriormente el papa Alejandro III le dio el título de arzobispo de Canterbury, el cargo eclesiástico más relevante y poderoso de Inglaterra.

Pero el religioso salió respondón, y la relación con el rey acabó en trifulca. El arzobispo salió por pies del país y luego regresó ante una aparente reconciliación, pero, como volvió a meter el dedo en el ojo a Enrique II,

acabó en la tumba. Hasta aquí todo dentro de lo normal dada la época de la que hablamos, pero es que trescientos años después, otro rey, Enrique VIII, desenterró a Thomas Becket y envió sus huesos a freír espárragos. Eso dicen, pero no hay pruebas.

Es cierto que Enrique II apreciaba a Thomas Becket, pero no es menos cierto que el clérigo pretendía mandar más que el rey en determinados asuntos, y en la Inglaterra medieval estas pretensiones se pagaban caras. El rey, en un momento de cabreo por unos informes que le hicieron llegar, dijo algo así como: «¿No hay nadie que vengue mi honor ultrajado?». La frase la oyeron cuatro pelotas llamados Reginald, Hugh, Richard y William, que se dieron por aludidos y se fueron a por el arzobispo.

Le sorprendieron rezando vísperas en el altar de la catedral de Canterbury, y allí mismo, la noche del 29 de diciembre del año 1170, se lo cargaron. Cuando el rey se enteró de que habían matado a su amigo, puso el grito en el cielo, pero ya no había remedio. Enrique II no lo mató, sólo deseó su muerte. Enterraron a Thomas en la catedral, y aquí paz y después gloria.

El crimen indignó a los católicos ingleses, y la historia corrió por toda Europa. Enrique II negó haber ordenado la muerte de Becket y le echó la culpa a los cuatro impresentables de su corte. El asesinato de Becket se había vuelto en contra del rey, quien no tuvo más remedio que dar marcha atrás, jurar que jamás ordenó el crimen y hacer penitencia pública: se dejó flagelar ante la tumba de su amigo para expiar su culpa.

Pocas veces se ha dado tanta prisa la autoridad vaticana competente en elevar a los altares a uno de los suyos, pero, dada la devoción que se propagó por toda Europa a la velocidad del rayo, el papa Alejandro III promulgó la bula de canonización poco más de dos años después del martirio, en julio de 1174. Murió del todo Thomas Becket y nació Santo Tomás. La tumba del nuevo santo se convirtió en lugar de peregrinación y el culto a sus huesos comenzó a crecer como la espuma. El santo se tomó su trabajo en serio, porque en apenas diez años se le atribuyeron 703 milagros. Una actividad frenética.

Pasaron trescientos años y llegó al trono el orondo Enrique VIII, que cuando no estaba cortándole la cabeza a alguna de sus esposas se entretenía en discutir con el papa de Roma. Tanto discutió, que acabó desterrando el

catolicismo y erigiéndose principal cabeza de la Iglesia de Inglaterra. ¿Quién continuaba incordiándole desde la tumba? Santo Tomás Becket.

Como parte de la leyenda negra de Enrique VIII, también se le achaca — no siempre con las suficientes pruebas— haber ordenado destruir todos los sepulcros de santos católicos y la quema de sus huesos. Cuentan que puso especial atención en Santo Tomás Becket por ser el más venerado. Ahora bien, todavía hoy hay mucha gente empeñada en que los frailes de Canterbury no eran tan estúpidos como para esperar de brazos cruzados a que se cumpliera la orden de Enrique VIII. Que sacaron los huesos, los sustituyeron por otros y escondieron los originales en otro lugar de la catedral. Vale, pero ¿dónde?

El lugar original de la tumba que conservó los restos del santo antes de que supuestamente Enrique VIII la hiciera añicos lo señala una vela permanentemente encendida en el interior de la catedral. Pues ya puestos, podrían haber dejado otra señal disimulada indicando el lugar donde los escondieron.

La figura de Santo Tomás Becket ha rebasado su época más allá de la devoción religiosa, y nunca imaginó el arzobispo quedaría tanto de qué hablar. El poeta inglés Geoffrey Chaucer (siglo XII) creó sus celebrados *Cuentos de Canterbury* aprovechando las historias fantásticas que contaban los peregrinos que acudían a la tumba de Santo Tomás. Luego llegó el realizador italiano Pier Paolo Pasolini y añadió la nota erótica en 1972 para llevar al cine aquellos relatos.

Sin olvidar la rentabilidad que aún genera el arzobispo: un cofre que se cree contuvo los restos de Santo Tomás Becket se subastó en 1996 en Londres por 4,18 millones de libras (4,93 millones de euros). Sotheby's aún no se lo cree, porque el precio de salida era millón y medio de libras.

LAS CABEZAS DE SAN JUAN BAUTISTA (SIGLO I)



El Gobierno búlgaro dice que ha encontrado los huesos de San Juan Bautista. ¿Nos lo creemos? Pues no, porque no hay pruebas. De hecho, en Bulgaria se montó una buena trifulca política porque la oposición le dijo al Gobierno que a qué venía hacer un anuncio semejante, que mejor se ocuparan del déficit público o del producto interior bruto. La bronca vino porque el ministro búlgaro Bozhidar Dimitrov comunicó a bombo y platillo en agosto de 2010 que en la costa del mar Negro, en una pequeña isla llamada San Iván, se había hallado en junio un diente, parte de una mano y la mandíbula de San Juan.

Ya vamos mal, porque otros países aseguran tener la cabeza del Bautista, aquella que le sirvió Herodes Antipas a Salomé en una bandeja como premio al baile que se marcó. Y si cuatro o cinco iglesias, basílicas o santuarios tuvieran la cabeza como dicen, eso significaría, primero, que San Juan Bautista tuvo más de una, y segundo, que de una de ellas se desprendió la

mandíbula y fue a parar a Bulgaria. Mejor repasar el periplo de los huesos del Bautista, un viaje que la sensatez aconseja archivar en la carpeta de las fábulas.

San Juan Bautista murió decapitado por Herodes Antipas, el hijo del otro Herodes, El Grande, en la fortaleza de Maqueronte, en la actual Jordania. Y aunque lo lógico era que allí lo enterraran, los evangelistas cuentan que se llevaron los restos a una ciudad llamada Sebaste, en Palestina.

Dos autores del siglo IV relatan que el lugar de la tumba del Bautista fue profanado y los huesos quemados, y que lo poco que se salvó fue llevado, primero a Jerusalén y después a Alejandría. Pero resulta que a la otra tumba, la de Palestina, siguieron llegando peregrinos como si no hubiera pasado nada, con lo cual alguien se atrevió a aventurar que parte, si no todos, de los escasos restos profanados y quemados fueron devueltos allí.

Así que ya tenemos, bien al Bautista dividido entre Alejandría y Sebaste, bien en un sitio o bien en otro. Viva la indefinición.

A partir de aquí, no se sabe cómo ni a cuento de qué, una buena retahíla de abadías, monasterios e iglesias del mundo aseguran tener algún resto de quien bautizó a Jesucristo. ¿Y la cabeza? Porque ésta es otra. Según unos, mientras los seguidores de San Juan se lo llevaron de cuello para abajo, la cabeza quedó enterrada en la fortaleza jordana de Maqueronte, y con posterioridad, durante el imperio de Constantino, el primer emperador romano y cristiano, la cabeza fue encontrada, rescatada y llevada secretamente a lo que hoy sería la actual Siria. Pasó el tiempo, y allí, en Siria, una revelación divina señaló el lugar donde estaba oculta la cabeza. No vale preguntar quién lo reveló, ni a quién, ni en dónde, ni cómo, ni cuándo. Se reveló y punto.

Pero terminando, y por resumir mucho, reclaman tener la cabeza auténtica de San Juan Bautista en tres lugares distintos de Francia, entre ellos la catedral de Amiens. Y también en la iglesia de San Silvestro in Capite, en Roma, aunque dicen que sin mandíbula, porque la mandíbula la tiene otra iglesia romana, San Lorenzo de Viterbo.

Lo malo es que suman 62 las iglesias que dicen tener un dedo del Bautista. Así que, con semejante reparto, que no se extrañe el ministro búlgaro si medio mundo se partió de la risa cuando anunció que se habían

encontrado más restos de San Juan, que más que un santo, debió de ser un pulpo de doce brazos y cinco cabezas.

NI DIOS EN EL FUNERAL DE ALEJANDRO VI

(1431-1503)



Mencionar a los Borgia invita de inmediato a pensar en decenas de apelativos que van desde corruptos y pecadores hasta temibles y lujuriosos. Tenían más peligro que hacer *puenting* en una pirámide, así que no es de extrañar que la leyenda negra de la familia Borgia continúe vigente cinco siglos después. El irónico Toni Garrido, director del programa *Asuntos propios* de RNE, reflexionaba en una ocasión sobre cómo se las apañaban los hijos de los papas para dirigirse a sus padres. ¿Papá? ¿Papa?

Semejante disyuntiva tuvieron que superar los hijos de Alejandro VI, aquel poderoso pontífice del Renacimiento al que le tocó morir un caluroso día de 1503. Lo de que el día fuera caluroso es un dato a tener en cuenta. Huélanse lo peor.

Su velatorio tuvo nula concurrencia, porque aquello apestaba, y si alguien pasó por allí fue sólo para asegurarse de que aquel papa endiablado, por fin, había muerto.

Alejandro VI murió un 18 de agosto en Roma. Sus enemigos se contaban por cientos, así que no hubo voluntarios para velar el cadáver ni para dirigir el oficio de difuntos. Al papa le tomaron confesión deprisa y corriendo —no había tiempo para escuchar tanto pecado— y a la extremaunción llegaron de milagro. Bien es cierto que César Borgia puso el empeño justo en dar un funeral decoroso a su padre, porque estuvo más preocupado en rapiñar los trescientos mil ducados que guardaba el tesoro pontificio que en ocuparse del cadáver de su progenitor.

El cuerpo quedó expuesto en una sala del palacio Borgia, y conviene remitirse a la descripción que recoge el historiador francés Iván Cloulas en su libro *Los Borgia, faena e infamia en el Renacimiento*. No hagan ascos: «La cara está negruzca e hinchada. La lengua, duplicada en su volumen, sobresale de la boca. Está monstruoso y horrible. Negro como el diablo».

Y es que corría el rumor de que el papa Borgia había sido envenenado, circunstancia esta a la que se culpó de la acelerada descomposición que se adueñó de Alejandro VI. Pero no. El papa murió de malaria tras varios días de fiebres. Si a la enfermedad se añaden la calorina que hacía en Roma aquel agosto y que por la capilla ardiente no se acercaba ni Dios, la conclusión es que no había ni una sola razón que dilatara el momento del entierro. Bien, pero ¿quién lo entierra? ¿Y en dónde?

Finalmente aparecieron seis mozos que, a la fuerza, se encargaron de llevar a una capilla del palacio de los Borgia el cuerpo de Alejandro VI. Siguiente problema: el papa estaba tan hinchado que no entraba en féretro alguno. Solución, despojar el cuerpo de todo lo que abultaba, incluido el papa-gorro (también conocido como mitra), y encajarlo a empujones.

Nadie encendió una vela y nadie dedicó un rezo al papa. Para qué, si el alma ya la tenía perdida. Alguien escribió en la época que, en cualquier pueblucho, cualquiera habría hecho un «entierro más honorable para la esposa enana de un deforme cojo». La frase es de lo más desafortunada, pero hay que situarla en el siglo XVI.

Y hubo más problemas: con la muerte de Alejandro VI se abrió la veda

contra los Borgia y los romanos se levantaron en armas, con lo cual no hubo oportunidad de enterrarlo en la iglesia de Santa María della Febbre hasta varios días después. Cuentan las crónicas que, pese a los disturbios, los romanos no profanaron el cadáver. Evidentemente. No había quien se acercara.

En Santa María della Febbre, Alejandro fue a hacer compañía a su tío el papa Calixto III, el mismo que abrió a su sobrino las puertas del Vaticano. El descanso se les presentaba intranquilo: otros papas vendrán que de tu casa te echarán.

Llegó el momento de construir San Pedro del Vaticano, y la iglesia donde estaban los dos valencianos estorbaba para erigir la basílica. Los dos papas españoles fueron desahuciados sin contemplaciones, y aunque luego se trasladaron a las famosas grutas vaticanas los restos de muchos y variados pontífices desperdigados por toda Roma, ni a Alejandro VI ni a Calixto III les hicieron un hueco.

Tío y sobrino tienen ahora sus huesos mezclados en una tumba de la iglesia romana de Montserrat, conocida también como iglesia Nacional Española, y en donde también recibió su primer enterramiento el rey Alfonso XIII.

Mucho turista español, cuando visitas las grutas vaticanas, busca por allí a los dos valencianos. Un error muy extendido por culpa de un inmenso panel de mármol instalado en San Pedro que lleva por título «*Summi Pontifices in hac basílica sepulti*» (Sumos Pontífices sepultados en esta basílica). En la lista de los papas están inscritos «Callistus III» y «Alexander VI».

La Comunitat Valenciana está muy orgullosa de haber aportado dos papas a la historia del Papado, e igualmente molesta por la discriminación hacia sus chicos que el Vaticano nunca ha ocultado. En los últimos años, algún que otro político de la tierra ha dejado caer que va a considerar la posibilidad de reclamar los restos de Calixto III y Alejandro VI para trasladarlos a Valencia, pero, luego, o se arrugan, o se les olvida, o lo dejan porque saben que lo tienen todo perdido.

El último que se planteó traerse los huesos fue Francisco Camps, tan elegante siempre con sus trajes a medida, cuando era candidato del PP a la Generalitat. Durante una visita a Roma, tal y como recogió una información

de la agencia Efe, dijo que le gustaría que «los dos Borgia estuviesen enterrados con los otros papas, en el lugar que les corresponde». Y añadió que no descartaba solicitar el traslado de los restos a la «Sedi Valentia», para enterrarlos en la catedral.

El asunto quedó en nada, porque es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja y un implicado en el «caso Gürtel» en el reino de los cielos, que el Vaticano suelte a dos papas. Fueron malos, fueron corruptos... pero son suyos.

LA RENTABLE TUMBA DEL APÓSTOL SANTIAGO (SIGLO I)



Cuando el 25 de julio, día de Santiago, cae en domingo, ese año, por decreto, se declara Año Santo Jacobeo. Tocó en 2010.

Para los católicos practicantes el evento es muy importante, porque tienen la posibilidad de ganar el jubileo, la indulgencia plenaria, que es lo mismo que hacer borrón y cuenta nueva con los pecados cometidos. Para los turistas también es muy importante, porque parece que tiene más mérito hacer el Camino de Santiago en Año Jacobeo que en otro momento. Pero para unos y para otros, para fieles y menos fieles, para turistas, guiris y senderistas, la meta es la misma: una tumba. Y la satisfacción de alcanzarla, idéntica. Unos culminan la ruta de la fe y otros superan un reto físico.

El mito de Santiago, sus restos, sus idas, sus venidas y su polémica identificación son asuntos complejos, así que mejor seguir un hilo argumental: los inexistentes huesos de Santiago apóstol.

Santiago es, iconográficamente hablando, una trinidad. Es uno y es trino. Es apóstol, es peregrino y es caballero cristiano, aquel al que llamaron

Matamoros. Pobre Santiago, durante su vida apostólica no mató una mosca y después de muerto lo convirtieron en un asesino despiadado. Pero ¿cómo llegó a España Santiago, el primero de los apóstoles en morir, si se despidió de este mundo en Jerusalén? Pues hay dos versiones. Para creerse una hay que echar mano de la fe y dejar el encefalograma plano. La segunda es más admisible, pero nada probable.

La de la fe dice que Santiago, tras ser decapitado por orden de Herodes Agripa, fue arrojado a los perros. Siete discípulos rescataron los restos, los trasladaron de Jerusalén al puerto palestino de Jaffa, los depositaron en una barca sin velas ni timón, y así, sin gobierno, los discípulos y los huesos del apóstol atravesaron el Mediterráneo de punta a punta, sortearon el Estrecho de Gibraltar, remontaron el Atlántico y recalaron en la villa romana de Iria Flavia, en Galicia.

La otra versión cuenta que Santiago permaneció enterrado en Jerusalén, y que en el siglo VII, con motivo de la conquista de Palestina por los árabes, se dio una emigración masiva de la población cristiana hacia Occidente. Quienes llegaron a Galicia llevaron consigo, sólo supuestamente, los restos de Santiago. Sea como fuese, por una u otra ruta, demos por enterrado al apóstol en Galicia para no poner aquí punto final al texto.

Y otro dato: no lo enterraron solo. La tradición cristiana dice que fue enterrado con dos de sus discípulos, Teodoro y Atanasio. Ahí quedó la cosa y ahí quedaron los huesos.

Hasta que un ermitaño vio en el cielo un resplandor que formaba un campo de estrellas, un *campus estelae*... compos-tela... o tela de luz en un campo si lo traduce un castizo.

El resplandor lumínico señalaba un lugar en el bosque, y fue el obispo Teodomiro, después de tres días de ayuno buscando inspiración, el que descubrió un sepulcro con tres muertos dentro. El jerarca, quizás el primer antropólogo forense de la historia, determinó que aquellos eran Santiago, Teodoro y Atanasio. La noticia fue de lo más oportuna en aquel siglo VIII, porque si algo se necesitaba en ese momento era fe y fuerza espiritual para plantar cara a los musulmanes, que ya se habían comido toda España a falta de Asturias. Aquella tumba y aquellos huesos revitalizaron las fuerzas guerreras cristianas. El mito del apóstol Santiago acababa de dar paso al mito

del caballero cristiano Santiago Matamoros.

En el lugar donde apareció el fantástico sepulcro se edificó la primera basílica, la primera tumba oficial de Santiago. Ése fue el templo que destruyó el caudillo musulmán Almanzor en sus campañas guerreras de finales del siglo X; destrucción que —milagro— no alcanzó a las reliquias del apóstol. Este hecho dio lugar a acrecentar el mito, porque si un musulmán sanguinario respetaba los huesos de Santiago, estaba claro que debía de ser el apóstol. Al menos ésa fue la lectura que se hizo. La basílica quedó arrasada y hubo que construir otra que arrojara con toda solemnidad los restos del apóstol. He ahí la catedral compostelana.

¿Cuándo comenzó la tumba a ser meta de peregrinaje? Porque ése es el origen de todo el tinglado religioso, turístico, económico y hostelero que hoy conocemos. El primer peregrino con nombre y apellido que llegó al sepulcro de Santiago se llamó Godescalco. Era francés y obispo. A partir de él, el cotarro se fue animando. Cada vez más gente, cada vez más peregrinos... hasta que se llegó a la escandalosa cifra de medio millón de andariegos anuales con el zurrón al hombro. Y esta cifra, en el siglo XII, era una absoluta exageración.

Vamos a los huesos. Es evidente que, vista la época que nos ocupa y una vez que obispos, papas y emperadores sacros certificaron que aquellos huesos eran de Santiago sí o sí... sin ADN, sin carbono 14 y sin dataciones osteológicas... a nadie se le ocurrió ponerlo en duda. La tumba, con lo que se suponía los huesos de Santiago dentro (de Santiago y sus dos discípulos, no nos olvidemos de ellos), continuó siendo meta de peregrinos, hasta que el primer y único sobresalto llegó por culpa de los ingleses. A Santiago tuvieron que esconderlo cuando se dio un garbeo por Coruña el pirata oficial inglés Francis Drake.

Porque si Almanzor, no se sabe si por despiste o porque le apeteció, respetó las reliquias de Santiago, el pirata Drake dijo alto y claro que en cuanto llegara a Compostela se cargaría la catedral y el relicario del santo. El arzobispo de Santiago a finales del siglo XVI, Juan de Sanclemente, se creyó la amenaza del inglés y, por si las moscas, agarró los restos del apóstol y los escondió. Cometió, sin embargo, un imperdonable error: no apuntar dónde los puso.

Sanclemente murió, y con él se llevó el secreto del escondite. Fue entonces cuando el Camino de Santiago pegó un bajón impresionante. Continuaron yendo peregrinos, pero apenas un puñado, porque no era lo mismo sin los huesos. Casi tres siglos pasó Santiago escondido, y cuando apareció, con él llegó el escándalo. El siglo XIX ya era momento de hacerse preguntas.

El arzobispo Payá Rico inició la búsqueda de los restos porque la catedral había perdido mucho caché con la ausencia de los huesos. Por supuesto, aparecieron, y se hizo un simulacro de identificación que aún hoy no se cree nadie salvo quien tiene la obligación de creérselo.

El asunto de las reliquias es sólo cuestión de fe, y excepto casos muy documentados en donde desde el mismo momento de la muerte se ha seguido la pista del cuerpo de un santo, la mayoría de los huesos venerados ni tienen base histórica, ni antropológica ni documental. Con Santiago ocurre esto último, y lo cierto es que, se pongan como se pongan quienes quieran ponerse, la autenticidad de los poquísimos restos que hay se ha cuestionado desde el mismo momento de su descubrimiento.

Los huesos estaban dentro de una urna de piedra con apenas unas esquirlas. Los científicos de la época los analizaron, pero la respuesta que tenían que dar estaba definida con antelación. Lo único que alcanzaron a decir fue que eran restos muy antiguos y de tres personas distintas. Pero ni pudieron datar la fecha exacta ni mucho menos poner nombres. Pero dio igual. Se les puso nombre: Santiago, Teodoro y Atanasio.

El arzobispo compostelano Payá Rico comunicó su descubrimiento a Roma, y el papa León XIII envió a su vez al cardenal Caprara. Entre las autoridades eclesiásticas se decidió que las reliquias eran auténticas y así se publicó en la *Bula Deus Omnipotens*. Punto final a la historia, porque mediante esa misma bula papal León XIII impidió que una vez cerrada la urna esos huesos volvieran a ser objeto de estudio. Dicho de otra manera: no hay forma humana de estudiar esos huesos. Ni falta que hace. Si los huesos del santo están o no en la catedral es fácil de saber. Para un creyente... están. Para los demás, no. Así de sencillo. Lo importante es que la llamada de un sepulcro, vacío o no, con Santiago o sin él, ha provocado el mayor y más increíble movimiento de masas que ha dado la Cristiandad. Y eso no hay

quien se lo quite a Compostela, al Año Jacobeo y al Camino de Santiago.

Pero en toda esta historia falta una pieza clave: el innombrable hereje Prisciliano, ése que según los heterodoxos ocupa el sepulcro de Santiago. ¿Pruebas documentales de que esté ahí? Las mismas que tienen los que dicen que está Santiago. Ninguna. O sea, que empate a cero.

Según los respondones, Prisciliano, un obispo gallego que acabó declarado hereje, ocupa el relicario de plata de la catedral compostelana. La Iglesia lo desterró, y en la ciudad alemana de Tréveris lo juzgó y lo decapitó. Hasta aquí lo documentado, y a partir de ahora lo indemostrable. Cuentan que los discípulos de Prisciliano trajeron sus restos desde Tréveris a Galicia y que aquí lo enterraron. Cuando el obispo Teodomiro dijo haber encontrado la tumba de Santiago por inspiración divina, la que de verdad encontró fue la de Prisciliano, y encima de estos huesos construyeron la primera basílica y luego la catedral.

Quienes dicen que esto es una locura y defienden a capa y espada que el que está dentro es Santiago y no un hereje, utilizan argumentos, a veces, graciosos. Dicen cosas como que no existe documentación del traslado del hereje desde Alemania hasta Compostela, lo cual es cierto. Pero lo dicen como si la llegada de los huesos de Santiago en barquita desde Jerusalén a Galicia estuviera documentada y clasificada en el Archivo de Simancas. Hombre... parece claro que en estos términos la discusión es de besugos. Unos no tienen pruebas y los otros tampoco, luego tan increíble es una cosa como la otra. En la discusión han estado involucrados desde Américo Castro a Claudio Sánchez Albornoz, pasando por Miguel de Unamuno. Y más recientemente escritores como Ramón Chao, el padre del cantante Manu Chao, y Fernando Sánchez Dragó.

Y con quien más se molestó el Arzobispado de Santiago es con Sánchez Dragó por insistir en contar ese episodio en el que un mozo gallego confesó haber roto una lápida en la que ponía: «Aquí yace Prisciliano» por orden de un canónigo de Compostela. Se supone que al chico le hicieron romper la lápida en 1879, el año en que reaparecieron los restos del apóstol después de tres siglos escondidos, para que no hubiera pruebas de que, efectivamente, en la tumba que decían de Santiago estaban los huesos de un hereje.

La verdad es que es difícil creerse que un mozo gallego de finales del

siglo XIX supiera leer la inscripción de una supuesta lápida del siglo IV. Aunque todo es posible en la Galicia mágica; puede que fuera un catedrático disfrazado de campesino.

El Arzobispado se enfadó muchísimo con Sánchez Dragó y le contestó que eso era un disparate. Pues seguramente, pero un disparate comparable a afirmar que los huesos de Santiago fueron estudiados, identificados y confirmados. O sea, que el asunto jacobeo va de disparate en disparate cuando se ponen enfrente quienes afirman sin pruebas y quienes niegan también sin pruebas. Dejemos el asunto a la fe sin rascar más allá, porque, como dijo Miguel de Unamuno, «todo hombre moderno, dotado de espíritu crítico, no puede admitir, por católico que sea, que el cuerpo de Santiago el Mayor reposa en Compostela». Pues ya, don Miguel, pero estas tenemos todavía hoy.

LOS CRÁNEOS USURPADOS DE SANTA BRÍGIDA (1303-1373) Y SANTA CATALINA (1331-1381)



Había una vez, allá por el siglo XIV, una mujer llamada Brígida que vivía en un pueblecito de Suecia llamado Vadstena. Estaba viuda, tenía ocho hijos y era muy piadosa. Creó una orden religiosa, fundó conventos, levantó iglesias y afianzó la fe cristiana en la helada Escandinavia... hasta que se murió en Roma cuando volvía de uno de sus peregrinajes por Tierra Santa. La capital de la Cristiandad la guardó en su seno sólo durante cuatro meses, porque su fama había crecido entre los suecos y sus compatriotas reclamaron los restos. Brígida, además, había expresado su deseo de ser enterrada en Vadstena, y sus hijos no dudaron en cumplir sus esperanzas.

Y se presentó un problema. Cuando en la Edad Media había que trasladar un cuerpo y mamá naturaleza no había hecho todo su trabajo, había que aplicar tecnología punta. Se cocía el cuerpo para retirar todo lo que no fuera

hueso, y así el esqueleto, bien acomodado en una cajita más manejable, estaba listo para ser trasladado. Eso se hizo con Brígida, y así fue como el nuevo entierro en Suecia fue presidido por un famoso obispo que acabó siendo beato y que se llamó Nicolás Hermansson. Hasta aquí todo aparentemente en orden. No ha habido demasiado ajetreo salvo la cocción.

Con todos estos datos, es fácil deducir que a esta mujer la hicieron santa, Santa Brígida, y luego acabó siendo santa también su hija Catalina. Y ya con la categoría de santidad, las dos fueron despiezadas para ser convertidas en reliquias. Los cráneos y 23 huesos quedaron en Suecia. El resto de los restos se repartió por el mundo para la veneración de los fieles.

Nada fuera de lo normal, pero mejor decirlo sin titubeos: los cráneos son de otras. En ningún momento los llevaron las santas, así que sólo queda ponerse en lo peor con el resto de los huesos.

No es que sorprenda a nadie la falsedad de unas reliquias, porque ya está admitido que sobre todo fueron instrumentos de propaganda para afianzar la fe. Rescaldos de otros siglos. Pero sí tiene mucho mérito que la persona interesada en el análisis de los cráneos de Santa Brígida y Santa Catalina haya sido el sacerdote de la iglesia sueca que los custodiaba. Un hombre que ha preferido desechar unos huesos falsos antes que alimentar una falsa veneración, y más ahora, sólo transcurridos unos años desde que Juan Pablo II añadiera más caché a Santa Brígida nombrándola patrona de Europa.

Hace sesenta años ya se estudiaron los cráneos, pero no se analizaron en profundidad porque la ciencia no daba para tanto. El ADN era ciencia ficción y el carbono 14 estaba en pañales. En 1950 sólo se pudo decir que los cráneos pertenecieron efectivamente a dos mujeres, una de 50 o 55 años, y otra de 60 o 70. Los datos cuadraban, porque ésas eran más o menos las edades a las que habían muerto Brígida y Catalina.

Ya en el siglo XXI, el sacerdote de la iglesia de Vadstena donde se custodian los cráneos decidió afinar más en los análisis, y así fue como a principios de 2010 se pudo determinar, primero, que el ADN de los dos cráneos no encaja uno con otro, luego ni por asomo son madre e hija. Segundo, que pasaron doscientos años entre que una calavera la llevó puesta una propietaria y el otro cráneo lo llevó puesto la otra, lo cual ratifica el mismo dato de que no eran hija y madre. Dónde se ha visto que una madre se

lleve con su hija doscientos años. Y tercero, que ninguno de los cráneos se puede datar en las fechas en las que habitaron las santas. Es decir, un cráneo es muy anterior a ellas, y el otro es muy posterior a la época en que vivieron.

¿Quién fue el responsable de este desaguisado? Si se buscan versiones, pueden superarse las del Seat Ibiza. Una hipótesis podría ser que los huesos que se trasladaron de Roma a Suecia no fueran de la santa. Una segunda posibilidad sería que, cuando decidieron canonizar a mamá Brígida y a su hija Catalina, no tuvieran ni idea de dónde habían puesto los huesos, así que no podían exponer sus reliquias a la veneración. ¿Forma de arreglarlo? Trocear dos esqueletos cualesquiera y repartirlos entre iglesias y fieles incautos.

Tercera conjetura: si hacemos caso de una hipótesis que pretende ser más histórica, fue el profesor de ballet de la reina Cristina de Suecia el que robó el cráneo de Santa Brígida. Una teoría que, más que aclarar nada, complica bastante las cosas. Se sabe que en el mismo cofre donde se exponían los dos cráneos de Santa Brígida y Santa Catalina en Vadstena hasta 1645 hubo una tercera calavera, precisamente la que supuestamente birló el profesor de ballet de la reina.

Este cráneo podría estar ahora en Holanda, en una iglesia de Leiden, pero, si se deciden a estudiarlo para averiguar si de verdad es de Santa Brígida, podrían llevarse otro sofocón, así que mejor no *meneallo*. La ignorancia es la madre de la felicidad. Y ahora procede decir lo políticamente correcto. O sea, que esto de que las reliquias sean falsas no tiene la más mínima importancia, porque la fe no está ligada a unos huesos. Quede dicho, pero el Código de Derecho Canónico sigue aún hoy ordenando en su canon 1.237 la colocación de reliquias de santos o mártires debajo del altar. Los templos que tengan algunos huesos de Santa Brígida, ya saben, mala suerte. Son de otra.

BALTASAR, GASPAS Y MELCHOR, EL TRÍO CALAVERA (AÑO 1)



Advertencia: la lectura de las siguientes líneas podría herir la sensibilidad de los menores de 10 años o de quienes aún no hayan madurado lo suficiente.

Los Reyes Magos están enterrados en la catedral de Colonia (Alemania). De Papá Noel, sin embargo, se desconoce su tumba, luego es más plausible su existencia.

La catedral de Colonia se construyó para que los huesos de los Reyes Magos tuvieran un lugar adecuado a su rango, pero antes de que llegaran a esa ciudad alemana estos Reyes Magos tan majos viajaron lo suyo.

Fue Elena, madre del emperador Constantino y una frenética recopiladora de reliquias que luego le valió entrar en la nómina del santoral, la que consiguió hacerse con los huesos de Baltasar, Gaspar y Melchor (permítaseme poner al negro encabezando la terna porque el pobre lleva veintiún siglos por detrás de los dos blancos y siempre ubicado en la última carroza de la cabalgata).

A principios del siglo IV, la futura Santa Elena recibió el soplo de dónde

se encontraban los huesos de los Reyes Magos y no escatimó esfuerzos para localizarlos en Saba (ahora Yemen) y trasladarlos a Constantinopla, la actual Estambul. Los colocó en un estupendo sarcófago de granito y allí estuvieron hasta el siglo XII, cuando por aquellos lares y en plena Segunda Cruzada reinaba el emperador Manuel.

Las reliquias santas siempre han sido un buen objeto de intercambio entre Estados, y el emperador Manuel no dudó en regalarlas a Eustorgio, obispo de Milán, lo cual provocó un grave problema. ¿Cómo trasladar aquel pedazo de sarcófago granítico hasta su ciudad? Se compró un carro y dos bueyes y se emprendió camino hacia Italia.

Hasta aquí la parte más o menos documentada, pero ahora comienza a enredarse con la fábula y la necesaria invención que rodea a los santos, porque cuentan que la misma estrella que guió a los Reyes Magos hasta Belén condujo también a Eustorgio hasta Milán. Un dato que da que pensar, puesto que si el obispo ya había sabido ir de Milán a Constantinopla, no le faltaría habilidad para volver de Constantinopla a Milán sin necesidad del GPS estelar.

Eustorgio atravesaba los Balcanes con su carro y sus dos bueyes cuando, a mitad de trayecto, un lobo le salió al paso y se zampó a una de las reses. El obispo se cabreó con el lobo, lo dominó y lo puso en lugar de la bestia de tiro. Quiere esto decir que Eustorgio entró en Milán con los restos de los tres Reyes Magos en un carro tirado por un buey y un lobo manso. Fin de la leyenda.

Los Reyes Magos fueron venerados en Milán muy poco tiempo, porque el temible Federico Barbarroja, el emperador Federico I, muy germano él y embroncado con medio mundo, tomó la ciudad y se apropió de las reliquias de los Reyes.

Con Federico Barbarroja viajaba su consejero Reinaldo de Dassel, obispo de Colonia, y el jerarca se empeñó en que el emperador le regalara a los tres monarcas majos. Federico I cedió a sus deseos y el obispo Reinaldo se fue más contento que unas pascuas a la iglesia donde estaban depositadas las supuestas reliquias de Baltasar, Gaspar y Melchor y ordenó que le abrieran el sepulcro de los Reyes. «¿Reyes? ¿Qué reyes?», respondieron los milaneses mientras silbaban el pío pío. «Los que están en ese sarcófago», replicó

Reinaldo. Y contraatacaron los milaneses en defensa del trío real: «Aquí no tenemos reyes, tenemos mártires. Aquí están Diónisio, Rústico y Eleuterio».

El obispo de Colonia hizo abrir el sarcófago y allí no había ni reyes ni mártires, ni fémures ni costillas. El sarcófago estaba vacío, porque los devotos habían escondido a los Reyes en otra iglesia para evitar el expolio. Pero les dio igual. Reinaldo dio con los huesos y se los llevó a Colonia. Y allí, detrás del altar mayor, en el interior de un impresionante relicario de oro, conservan los supuestos cráneos del trío real. Colorín, colorado...

La tradición bíblica dice que Melchor ofreció al Niño Jesús el oro, símbolo de realeza; Gaspar, el incienso, símbolo de divinidad, y Baltasar, la mirra, que significaba que el hijo del hombre debía morir. ¿Alguien tiene la explicación de por qué los dos reyes blancos eligieron al negro para dar la mala noticia?

V. HUESOTECA POLÍTICA



CRISTINA DE SUECIA, UN HUECO ENTRE PAPAS

(1626-1689)



Más de dos centenares de papas comparten descanso con cuatro mujeres en la exclusiva necrópolis vaticana. En las grutas de San Pedro se colaron cuatro señoras, y dos de ellas vigilan muy de cerca la tumba de Juan Pablo II: a muy pocos metros del papa Wojtila descansa la reina Cristina de Suecia, que a todos nos sonará más si le ponemos cara de Greta Garbo, y enfrente, la reina Carlotta de Chipre. Pero allí abajo, entre tanto hombre y entre tanto papa, hay otras dos féminas, Matilde de Canossa —gran señora feudal italiana del siglo XII— y María Clementina Sobieska —princesa polaca que vivió en el siglo XVIII—. Ni que decir tiene que a las cuatro mujeres se les abrió paso a tan exclusivo reposo por su defensa acérrima del catolicismo, porque en las grutas vaticanas no entra cualquiera.

Cristina de Suecia fue una reina más lista que el hambre —por eso abdicó— a la que le colgaron varios sambenitos. Que si era homosexual, que si era bisexual, que si era heterosexual pero a la vez le daba gracias a Dios por haberla hecho enteramente viril... La reina Cristina era de todo y de nada, pero fundamentalmente fue lo que le dio la gana. Se crió como un soldado, se educó entre eruditos y acabó dedicando su vida a lo que le gustaba: a charlar con filósofos, a ligar con quien le apetecía, a coleccionar arte, a crear academias, a defender, en definitiva, las bellas artes. Es raro, pues, que con unas inclinaciones tan ilustradas y unos gustos sexuales tan veletas San Pedro de Roma abriera las grutas vaticanas para que Cristina de Suecia fuese enterrada con todos los honores.

Pero es que hay truco. Primero: Cristina era sueca —y, por cierto, para desmitificar un poco el asunto de la suecas, bastante fea— y Suecia era en aquel siglo XVII el mayor protectorado del luteranismo. La reina Cristina decidió abrazar la fe católica, y aquella conversión, además de causar un revuelo impresionante en el mundo protestante, despertó las simpatías del papa Alejandro VII, que la invitó personalmente a ir a Roma.

Y segundo truco: Cristina de Suecia se llevaba muy, pero que muy bien, con el cardenal Azzolino, con el que compartió más que palabras y algún que otro revolcón. Si unimos los dos trucos, resulta que Cristina de Suecia se metió a la jerarquía católica en el bolsillo.

Muy bien lo tuvo que hacer la reina para conseguir que cuatro papas le comieran en la mano: Alejandro VII, Clemente IX, Inocencio XI y Clemente XI. El primero le abrió las puertas de Roma —aunque luego se retiraron la palabra—, el segundo la trató como a una reinona, el tercero ordenó que recibiera sepultura en la cripta de San Pedro y el cuarto encargó a Carlo Fontana un magnífico monumento funerario, muy criticado en su época y que aún hoy se puede ver en la basílica. Cristina de Suecia no fue santa ni de lejos, pero sirvió muy bien a los intereses católicos de la época, por eso los papas miraban para otro lado cuando ella se disipaba.

En su descargo conviene insistir en que nunca manifestó ningún interés por ser enterrada con los papas y entre papas. Es más, pidió unos funerales sencillitos y que envolvieran su cuerpo en una simple mortaja blanca. Pero esto le pareció poco al papa Inocencio XI, dados los buenos servicios

prestados en su cruzada contra los luteranos, y decidió dar a Cristina unos funerales de Estado.

Sólo los intereses político-religiosos permitieron a la respondona ex reina de Suecia disfrutar de un descanso tan privilegiado, porque su racionalismo científico jamás le hubiera abierto la cripta de San Pedro. Decir en el siglo XVII: «No tener que obedecer a nadie es dicha mayor que mandar en toda la Tierra» debería haberla llevado al ostracismo como poco y a la hoguera como mucho. Y, por supuesto, no habría pisado el Vaticano ni muerta de no haber sido útil a la causa católica.

EL REFUGIO ESPAÑOL DE FULGENCIO BATISTA (1901-1973) Y LEÓNIDAS TRUJILLO (1891-1961)



Ya se sabe, los dictadores suelen dar cobijo a sus colegas cuando llegan malos tiempos para ellos, que es precisamente cuando mejoran para los demás. Y Francisco Franco, el dictador que le tocó a España en el sorteo, acogió en su seno terrenal a dos de sus colegas, Rafael Leónidas Trujillo, el infame déspota dominicano, y Fulgencio Batista, otro que tal baila y que puso Cuba al servicio de Estados Unidos.

Los dos disfrutaban de un descanso inmerecido en Madrid, en distintos cementerios y casi camuflados entre muertos más decentes. Los huesos de Trujillo paran en el cementerio de Mingorrubio, en El Pardo, y los de Batista en la sacramental de San Isidro, donde su lápida recuerda que es el ex presidente de la República de Cuba. Se les olvidó añadir que los golpes de Estado eran su deporte favorito, porque así cualquiera llega a presidente.

Batista está sepultado en un panteón del cementerio eclesiástico de San

Isidro junto a su mujer y su hijo. Y para que tampoco queden dudas, junto al nombre de la esposa, fallecida en 2006, está especificado que fue la primera dama del país. Es la única distinción que se llevó a la tumba. Pero lo de que Batista esté enterrado en Madrid no tiene excesivo mérito, puesto que murió en España. Vivía aquí a cuerpo de rey con parte del botín que sacó de Cuba, hasta que doña parca le visitó en lo mejor de su retiro dorado en Guadalmina, cerca de Marbella. Allí murió en el año 1973, y su viuda lo trasladó a Madrid para sepultarlo en el panteón de San Isidro que ya ocupaba su hijo.

Ella, Marta Fernández, prefirió seguir disfrutando de su destierro en Miami, donde acabó muriendo no sin antes pedir ser enterrada junto a los suyos. El cadáver voló de Estados Unidos a Madrid, no en secreto, pero sí con absoluta discreción.

El mérito aquí se lo lleva Leónidas Trujillo, *El chapitas* (así le llamaban por su afición a coleccionar medallas que se concedía a sí mismo), porque fue asesinado en República Dominicana y sacar el cadáver de allí se convirtió en la máxima prioridad de su familia pasados unos años del primer entierro. En su país no iba a encontrar descanso posible, y ello le llevó a tener tres tumbas: en su cripta particular de República Dominicana; en el cementerio Père Lachaise de París y, por último, en la que ahora está, la de El Pardo. Sus restos viajaron por tierra, mar y aire, y el féretro se abrió hasta en seis ocasiones, porque se sospechaba que, cuando lo sacaron de su país, dentro iba, además del cadáver, un jugoso botín.

Esa frase tan manida de «descanse en paz» no ha funcionado con Leónidas Trujillo, pero es que ya se sabe lo que pasa con los dictadores, que las familias tienen más dificultades para ubicarlos que a una figurita de cristal del todo a cien. Es muy difícil asegurarles tranquilidad dadas las pifias que han dejado por el camino, y hay que andar de la ceca a la meca con los cadáveres. Es lo que tiene haber sido malo, que el infierno llega antes de lo previsto.

Leónidas Trujillo, *El Chivo* (conviene no perderse el magnífico libro del Nobel Mario Vargas Llosa *La Fiesta del Chivo* para conocer la infernal dimensión de este personaje), se instaló en el poder dominicano y se lo quedó durante treinta años, justo hasta el día en que murió acribillado a balazos en 1961.

Tenía prevista su tumba desde catorce años antes de hacer mutis por el foro. Como todos los dictadores con aires de grandeza, se construyó una espléndida iglesia en San Cristóbal, cerca de Santo Domingo, para instalar dentro su mausoleo; una cripta exclusiva para toda la familia. Dado que a casi todos se les olvida, conviene insistir en que con la muerte no se pueden hacer planes; es una malqueda. Quién le iba a decir a Trujillo que su mausoleo iba a quedar sólo para los turistas. La única buena noticia es que al menos llegó a ocupar la tumba, pero sólo un rato, porque de inmediato salió con los pies por delante camino de Europa. Aquel cadáver corría peligro de muerte.

El hijo mayor de Trujillo, de nombre tan pomposo como Ramfis, copiado al sacerdote de la ópera *Aída*, fue el que decidió sacar el cadáver de su padre de Santo Domingo. Lo embarcó en el lujoso yate de la familia con destino al sur de Francia, pero el barco no llegó a puerto, porque a mitad de camino alguien alertó de que el féretro, además de los restos de Trujillo, llevaba un botín en lingotes de oro. El yate fue obligado a volver a República Dominicana, se abrió el ataúd y allí seguía Trujillo, pero sin oro.

Lo que sí llevaba la familia era una porrada de millones de dólares. Finalmente, el cadáver de Trujillo fue embarcado de nuevo, esta vez en un DC-7 de la compañía Panamerican camino del aeropuerto de Orly, en París. Se perdió la cuenta de las ocasiones en las que se abrió el féretro para saber que Trujillo seguía dentro y muerto. Lo abrieron cuando lo exhumaron, cuando lo subieron al yate, cuando lo bajaron, cuando lo embarcaron en el avión, cuando llegó a París. Fue un cadáver muy aireado.

En París, Leónidas Trujillo quedó enterrado en el cementerio con más ilustres del mundo, el Péré Lachaise, pero, como el dictador desentonaba bastante, acabaron por sacarlo de allí. La oportunidad llegó en 1969, cuando la familia Trujillo se instaló en España al abrigo de Franco, y Ramfis, el hijo, sufrió un salvaje accidente de tráfico en la carretera de Burgos, a las afueras de Madrid. Iba en su impresionante deportivo, comprado con la fortuna que sacó de República Dominicana. Bromas del destino, porque Ramfis, además, murió el Día de los Inocentes.

El hijo del dictador fue enterrado en un nicho del cementerio de la Almudena y con él quedó sepultada su buena vida. Se pensó entonces que por qué no reunir a padre e hijo, y así se hizo. Un año más tarde, en 1970,

Leónidas Trujillo fue exhumado en París, para dejar sitio a un ilustre de los de verdad, y trasladado a Madrid para ser enterrado con su hijo, pero no en la Almudena, no. Se construyó un panteón en el cementerio de El Pardo, quizás demasiado discreto dadas las aspiraciones iniciales del dictador.

Y allí está parte de la familia Trujillo. Para verlo, sólo hay que tomar el camino principal del cementerio y localizar un panteón cuadrado de mármol negro y brillante. Ahí pena sus pecados uno de los mayores sanguinarios de la historia dominicana.

LA NO MUERTE DE FRANCISCO PAESA

(1936-¿?)



Cómo olvidarse de Francisco Paesa... ese personaje de difícil definición profesional: espía, diplomático, confidente de la Policía, oscuro empresario, mediador en secuestros... Ya se sabe que fue el que entregó a Luis Roldán y el que, quizás, se quedó con todo o parte del botín del que se apropió el ex director de la Guardia Civil. Su actividad es de lo más peliculera y ha protagonizado infinidad de peripecias de éstas que hacen que la prensa sea divertida.

La última vez que dio señales de vida fue en 2005, cuando el periodista Manuel Cerdán lo entrevistó en París para *Interviú*. En realidad, entrevistó a un muerto, porque Paesa se supone que había sido incinerado en Tailandia en 1998, y ahí está la esquila de su muerte publicada en *El País*. Quizás siga

vivo con sus 75 años auestas... o no, porque ha intentado desaparecer tantas veces que cuando lo haga en serio, aunque sea con 120 años, no va a haber quien se lo crea.

Merece la pena recordar aquella vez en que Francisco Paesa intentó que se le diera por muerto en España, en un intento tan chapucero, tan cutre, que nunca un país se ha reído tanto al unísono por la muerte de alguien. Ocurrió en 1998, cuando Francisco Paesa estaba en busca y captura. Fue todo muy cómico, porque quienes urdieron el engaño cometieron varias torpezas, entre ellas, la redacción de la esquela.

La publicó el diario *El País* en julio de 1998, y decía así: «Francisco Paesa falleció en Tailandia el 2 de julio de 1998, donde fue incinerado. Tu familia y tus amigos no te olvidan. El funeral tuvo lugar en la más estricta intimidad. Las misas gregorianas que durante todo el mes de agosto se celebran en el monasterio cisterciense de San Pedro de Cardaña se aplicarán por su alma y para confortar a los que le llevamos en el corazón».

Primera tontería: Paesa no es un hombre creyente, luego eso de encargarse misas gregorianas por su alma sonaba a chufra. Y el hecho de que se llamen misas gregorianas no significa que sean cantadas, porque esto habría elevado la chufra al cuadrado. Se llaman así porque fue San Gregorio Magno el que dijo que dedicar treinta misas en días sucesivos por un difunto asegura su inmediata entrada en el cielo, pero son misas normales y corrientes.

Y segunda tontería: ¿por qué, quien fuera, eligió el monasterio de San Pedro de Cardaña, en Burgos? Pues ahí va una teoría chistosa. San Pedro de Cardaña fue la tumba del Cid, y Paesa se debía creer el incomprendido campeador de los servicios secretos españoles.

Pero la gran incongruencia vino después, cuando los monjes del monasterio tuvieron que dedicar treinta misas durante todo el mes de agosto de 1998 al alma de un hombre que todo el mundo sabía que estaba vivo. Los religiosos dijeron que cuando les encargan misas por un difunto, aunque sólo sea un supuesto difunto, ellos las dan, sobre todo porque las han cobrado y porque no tienen por qué dudar de que el muerto esté muerto.

Francisco Paesa tuvo en vida sus treinta misas por la salvación de su alma; treinta misas que le aseguraron la entrada en el cielo. ¿Qué se hace en estos casos? Porque los monjes acabaron comprobando que, efectivamente,

Paesa seguía vivo, y cuando este libro vio la luz, Paesa continuaba respirando.

Algún día Paesa se morirá, como todo hijo de vecino, y entonces, ¿se podrán volver a encargar misas por su alma? A lo mejor no hace falta porque su alma ya se sabe el camino del cielo.

Por no dejar solo a Francisco Paesa en este trance de recibir honras fúnebres en vida, merece la pena recordar que el famoso guardameta Ricardo Zamora (1901-1978), aunque en su caso de forma involuntaria, también reunió multitudes para rezar por su alma cuando aún le pegaba al balón en su exilio francés, jugando en el club de Niza. En plena Guerra Civil, los golpistas hicieron correr el rumor de que Zamora, el máximo ídolo deportivo del momento, había sido asesinado por los republicanos. Algunas ciudades se apresuraron a organizar sus funerales, y una de ellas fue Valladolid. El episodio lo recoge Antonio Ruiz Villaplana en su libro *Doy fe*: «Recuerdo que en Valladolid asistí a unos solemnes funerales, realizados con asistencia de las autoridades, en memoria de Ricardo Zamora, el famoso futbolista, que actualmente juega en un equipo francés».

Se desconoce cómo se tomó el portero la bufonada, pero quizás se cumplió esa sentencia que dice que, cuando se da por muerto a alguien por error, se le alarga la vida. Ricardo Zamora continuó vivito y coleando cuarenta años más.

EL PISOTEADO CÉSAR BORGIA

(1476-1507)



En 2007 se conmemoró el V centenario de la muerte de César Borgia en Viana (Navarra), un pueblo orgulloso de que allí acabara enterrada una de las figuras más controvertidas, apasionantes y discutidas del siglo XV. De casta le venía al galgo, porque su padre, el sumo pontífice Alejandro VI, tenía los escrúpulos en la planta de los pies.

César Borgia es un personaje histórico de una categoría indiscutible, pero también fue una pieza de cuidado: con 17 años ya era obispo de Pamplona, y antes de cumplir los 20, arzobispo de Valencia, para rematar la faena siendo nombrado cardenal. Era déspota, violento, de costumbres licenciosas, vengativo... Pero, fuera lo que fuese, un 11 de marzo de 1507 dejó de dar guerra. En Viana quedaron sus huesos.

César Borgia fue enterrado dentro de la iglesia parroquial de Santa María, en un lujoso sepulcro de alabastro con un epitafio que, tal y como transcribió

en 1523 Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, decía:

*Aquí yace en poca tierra
el que toda le temía
el que la paz y la guerra
en la sua mano tenía.
Oh tú, que vas a buscar
cosas dignas de loar
si tú loas lo más digno
aquí pare tu camino,
no cures de más andar.*

Pasó el tiempo y, cuentan, el obispo de Calahorra, que tenía una ojeriza tremenda a César Borgia, ordenó que el sepulcro se fuera a freír espárragos y que los restos de este noble del Renacimiento se enterraran de nuevo sin identificación alguna en la calle Mayor, frente a la iglesia de Santa María, para que todo el mundo «y las bestias» pisotearan su tumba.

En 1885 la maltratada sepultura del Borgia se abrió a petición de un arqueólogo e ingenuo francés que pretendía hacerse con la supuesta espada que, quizás, acompañaría los restos. Este asunto debió de inquietar a las altas instancias navarras, que también en ese año, mediante una carta firmada por la Real Academia de la Historia, demandaban a la Comisión de Monumentos de Navarra que facilitase información sobre una supuesta profanación del sepulcro de César Borgia. La misiva decía: «Esta Real Academia ha tenido noticias de que en el pueblo de Viana ha sido profanado el sepulcro del famoso César Borgia, en cuya momia se han cometido bárbaras mutilaciones hasta el punto de faltarle ya la cabeza» (Antigua. Historia y arqueología de las civilizaciones, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes).

A la carta respondió Víctor Sainz de Robles, secretario de la Comisión de Monumentos de Navarra, dando las explicaciones que había recabado interrogando al cura y al teniente de alcalde de Viana.

Los dos coincidían en que, efectivamente, había unas sepulturas a las afueras de la iglesia, tres exactamente, y que ninguna de ellas había sido profanada (¿se olvidaron del francés o fue una profanación consentida?), pero

que del omóplato, fémures, costillas y demás avíos óseos del señor Borgia no tenían noticias desde que se amplió la iglesia y se destruyó el sepulcro.

Para corroborar sus afirmaciones, el edil y el cura, ante la presencia de varios testigos, abrieron los tres enterramientos. En dos de ellos, escribió el teniente de alcalde, había «dos esqueletos tendidos» (¿cómo si no? ¿de pie?) y enteros. En la otra, cubierta de piedras toscas, otros huesos en estado «de pulverización», sin inscripción, insignia o señal alguna de que pertenecieran a persona elevada.

Conclusión, nadie tenía maldita idea de si allí estaba César Borgia, si alguno de los dos muertos tendidos era él o si él era el pulverizado.

Pese a todo, Viana continuó confiado en que allí estaba el príncipe renacentista, y llegó el momento en que se decidió reivindicar su figura. Victoriano Juaristi (1880-1949), médico y escultor, encabezó un movimiento empeñado en rehabilitar a César Borgia y sufragó un magnífico sepulcro que quedó instalado en 1935 en el vestíbulo del Ayuntamiento de Viana. Hasta allí se trasladaron unos huesos (¿exactamente... cuáles? ¿los tendidos o los pulverizados?) que sólo disfrutaron de descanso durante un par de años, hasta que en plena Guerra Civil la oposición al movimiento rehabilitador borgiano decidió que César no era digno ni de sepulcro ni de enterramiento de honor ni de ninguna otra gaita funeraria. Otra vez el sarcófago a freír espárragos.

Los huesos del Borgia, o de quien diablos fueran, quedaron en el limbo hasta que en los años cincuenta del siglo XX volvieron a airearlos para depositarlos donde ahora están, en el suelo, justo delante de la portada renacentista de la iglesia de Santa María. Nueva conclusión: han hecho un pan con buenas hostias, porque César Borgia vuelve a ser pisoteado. Sólo los más avisados rodean la lápida de mármol que cubre unos restos, seguro que tendidos y quizás pulverizados: «César Borgia, Generalísimo de los Ejércitos de Navarra y Pontificios, muerto en campos de Viana el XI de marzo MDVII».

Aunque sólo sea por no añadir los restos del hijo de Alejandro VI a la lista de los difuntos perdidos, conviene creer que siguen allí. Incluso entre los actos previstos en 2007, durante el V centenario de la muerte de César Borgia, se barajó, para dar más lustre al evento y para no perder esa costumbre tan española de andar moviendo finados, trasladar los restos, otra

vez, al interior de la iglesia. La autoridad eclesiástica, sin embargo, se opuso a la intención alegando que el Código de Derecho Canónico impide enterrar dentro de los templos.

Y así es. En el Libro V, Parte III, Título I, Capítulo V, Canon 1.242 del Código de Derecho Canónico aprobado por Juan Pablo II en 1983 se recoge que «No deben enterrarse cadáveres en las iglesias, a no ser que se trate del Romano Pontífice o de sepultar en su propia iglesia a los cardenales o a los obispos diocesanos». Curiosa excusa legal para impedir que entre el cardenal César Borgia a la iglesia, puesto que ya ni siquiera es un cadáver, sino un vulgar montoncito de huesos mondos, lirondos, tendidos y pulverizados con una antigüedad de cinco siglos.

Algunas iglesias de renombre y varias catedrales españolas olvidan con habitual frecuencia esa misma ordenanza canónica que aplicaron al Borgia cuando se trata de vender tumbas a más de cien mil euros para muertos más actuales. Ésos sí son cadáveres, pero más rentables.

FELIPE IV (1605-1665) Y LA «DIFUNTA» MONJA MARGARITA



Allá va un sucedido simpático ocurrido en el Madrid del siglo XVII. Simpático pese a que a los protagonistas no les debió de hacer ninguna gracia. La historia la recogió el gran cronista Mesonero Romanos y afecta al rey Felipe IV, uno de los monarcas más incompetentes que nos han tocado, a una monja que tuvo que hacerse la muerta para que el rey la dejara en paz, y al patrono de un convento que por hacerle la pelota a Felipe IV acabó detenido por la Inquisición.

Todo sucedió en el convento de la Encarnación Benita, situado aún hoy en pleno centro de Madrid y más conocido como el de San Plácido (ya mencionado en la peripecia de Velázquez). En él había una monja muy jovencita y de muy buen ver. Justo al lado vivía Gerónimo de Villanueva, ayuda de cámara de Felipe IV, amiguete suyo y patrono del convento. Un día Gerónimo de Villanueva le dijo al rey: «Oye... ¿sabes que en el convento de al lado de mi casa hay una monja monísima?».

Felipe IV, en los años cuarenta del 1600, continuaba con las hormonas

revolucionadas a pese a su edad y se empeñó en conocer a aquel bellezón que vestía hábitos, y no precisamente para intercambiar impresiones, así que el patrono, aprovechando que vivía al lado, le dijo al rey que le colaría por el acceso de su casa para que la conociese y arreglar un encuentro.

Cuando la religiosa, de nombre Margarita, se vio ante el rey y comprobó sus intenciones, salió de estampida a chivarse a la abadesa, y la abadesa intentó convencer al patrono y al rey de que aquello estaba feo. Pero el rey era rey, y mandaba mucho, y al final se impuso su real voluntad.

Sin embargo, el día previsto para el encuentro, la abadesa organizó una *performance*. Hizo que la monja se hiciera la muerta, la tumbó en la cama de la celda con un crucifijo entre las manos y montó un velatorio en toda regla. Si lograban convencer al rey de que Margarita era una difunta, seguro que la dejaría en paz.

Y al principio coló, porque el rey se quedó pasmado al ver que su capricho se había muerto. Pero coló poco, porque la trampa se acabó descubriendo y al final la monja tuvo que tragar con varias citas galantes y muy dilatadas en el tiempo. Hasta que la Inquisición se enteró del asunto. Al rey le dieron un tirón de orejas y le hicieron prometer que nunca más vería a la monja, y al patrono del convento lo detuvieron para abrirle causa.

La abadesa, empero, quiso sacar algo más a cambio del incordio que les había provocado el rey y pidió a Felipe IV que comprara un reloj para la torre del convento. Este reloj, y así lo refiere Mesonero Romanos, al menos hasta finales del siglo XIX tenía una sonoridad muy peculiar. En vez de dar las horas con las habituales campanadas, las daba tocando a muerto para recordar aquel episodio de la monja Margarita y el velatorio que no coló.

Se haría muy largo de relatar qué pasó con el proceso inquisitorial, pero, resumiendo mucho, sólo decir que estuvo a punto de llegar a manos del papa Urbano VIII, si no hubiera sido porque Felipe IV organizó el secuestro en Italia del inquisidor encargado de llevar la documentación a Roma. La causa se acabó diluyendo, el patrono tuvo que ser liberado, el rey calló la boca de todo el mundo y aquí paz y después gloria. De la monja Margarita, aquella difunta frustrada, nunca más se supo.

MIGUEL HIDALGO, EL CURA RESPONDÓN

(1753-1811)



El Gobierno de México se metió en 2010 en un bonito berenjenal de huesos que le puede acarrear más de un disgusto: estudiar los restos de los doce héroes de su independencia enterrados juntos y revueltos en un gran monumento del centro de la capital conocido como El Ángel. Las intenciones son loables, pero los resultados, seguramente, provocarán que se les salten las lágrimas.

Cuando en 1823 se decidió reclutar los restos de todos los héroes, se hizo de prisa y corriendo, con el inconveniente añadido de que la mitad de ellos estaban descabezados, porque los españoles teníamos la fea costumbre de cortar la cabeza y exponerla para público escarmiento tras fusilar a un revolucionario independentista. La decisión de reunir en la catedral

Metropolitana de Ciudad de México el mayor número posible de héroes obligó a recolectar cabezas por un lado y cuerpos por otro. Lo que saliera de esta cosecha de restos, no está claro. Como primer ejemplo sirva el cura Hidalgo, el que inició con su arenga desde el púlpito la rebelión contra los españoles.

Miguel Hidalgo, el cura Hidalgo, pagó cara su llamada a la independencia. Se conoció como el Grito de Dolores, porque en esta ciudad fue donde el cura soltó la proclama con la que animó a indios y campesinos a levantarse contra la opresión española. El cura Hidalgo duró vivo un año, hasta que pagó caros sus gritos ante un pelotón de fusilamiento en la ciudad de Chihuahua sólo unos días después de que ejecutaran también a tres de sus colegas revolucionarios, Ignacio Allende, Juan Aldama y Mariano Jiménez.

A los traidores se les condenaba a ser tiroteados por la espalda, para, a continuación, ser decapitados, enterrados los cuerpos y expuestas las cabezas metidas en jaulas. El cura Hidalgo, sin embargo, consiguió convencer a su pelotón de fusilamiento para que le dispararan de frente, aunque no impidió la solemne ceremonia de la degradación: hubo que rasparle las manos y las yemas de los dedos con un cuchillo para quitarle la potestad de consagrar y bendecir; se le despojó del hábito y se le arreó un trasquilón en el pelo para descuajaringarle la tonsura. Y ahora sí, como ya no era cura, se le podía fusilar. Miguel Hidalgo se puso la mano en el corazón y pidió que apuntaran a ella. Lo fusilaron sentado, no se fuera a hacer daño al caer.

El cuerpo de Miguel Hidalgo fue enterrado en el mismo sitio de la ejecución, mientras que el destino de la cabeza fue Guanajuato para ser encerrada en una jaula junto a las tres de sus amigos revolucionarios Allende, Aldama y Jiménez. Pero antes de acabar como jilgueros, las cabezas tuvieron su particular periplo: fueron conservadas en sal para que aguantaran un peregrinaje por Chihuahua, Zacatecas, Lagos, León y Guadalajara. Se trataba de que todos las vieran para que los potenciales revoltosos supieran lo que les esperaba. Meses después, las cabezas viajeras fueron colgadas, cada una en su jaula, de las cuatro esquinas de la Alhóndiga de Granaditas, en Guanajuato. Y allí se tiraron diez años, al fresco.

Fue en 1823 cuando el Congreso decidió reparar las infamias infligidas por los españoles reuniendo a todos los héroes de la independencia en la

catedral Metropolitana de Ciudad de México. Se exhumaron los cuerpos de cuello para abajo, se descolgaron las cabezas y, en apariencia juntitos y recompuestos, fueron a dar con sus huesos a la nueva sepultura de honor. A los expertos les consta que hubo bastante improvisación en la recopilación de huesos y cierta precipitación en la identificación. Más claro, ¿al cura Hidalgo le pusieron la cabeza que le correspondía? Probablemente no.

Dos décadas después de la recolección de huesos heroicos y de su ubicación en la catedral, durante el Gobierno del general Antonio López de Santa Anna, aquel excéntrico que organizó un funeral de Estado para su propia pierna difunta —episodio ya relatado en mi anterior libro *Polvo eres*—, se ordenó la construcción de un monumento para albergar a estos ilustres justo frente a la catedral, en la plaza de la Constitución. Pero el monumento nunca se terminó. A lo máximo que se llegó fue a instalar el zócalo, la base de la columna, y ahí se quedó empantanada la obra. Es fácil deducir por qué la más famosa plaza de México se llama la plaza del Zócalo. No hay nada como llamar a las cosas por su nombre.

Transcurrieron cincuenta años y otro presidente, Porfirio Díaz, emitió nuevas órdenes: construir en otro lugar ese monumento inconcluso. Y otro mandatario posterior, Plutarco Elías Calles, decidió que la obra se rellenara con los héroes muertos. Para atender la demanda presidencial, hubo que sacar los huesos de la catedral Metropolitana para trasladarlos a la plaza donde han permanecido hasta mediados de 2010. Es un monumento que en Ciudad de México conocen como El Ángel. Se supone que albergaba restos de entre doce y dieciséis héroes que no se han movido de su sitio desde 1925, cuando hasta allí los llevaron en solemne procesión.

Y precisamente porque no se han movido, y porque las cosas se hicieron de aquella manera, primero recopilando muertos a lo loco y luego trasladándolos sin comprobar si eran ellos, el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México ha ventilado todos esos huesos, les ha quitado el polvo y se ha sumergido de lleno en la identificación para saber si tienen nombre de héroes.

Por un lado hay cabezas y por otro una bonita mezcla de huesos. Los cráneos de los cuatro revolucionarios de mayor relumbrón tienen fácil identificación, porque se tuvo la precaución de estamparles a cada uno en

plena cocorota su letra correspondiente: la H, a la de Hidalgo; la A, a la de Aldama; la X, a la de Jiménez, y las AE, a la de Allende. El resto de los huesos, tal y como escribió un cronista de 1925, «están colocados en la más admirable y fraternal confusión», que es una bonita manera de decir que allí hay un magnífico desbarajuste.

Y otro asunto: cuando se abrió la urna que acogía la cabeza del cura Hidalgo, debió de aparecer una tarjeta de visita de Plutarco Elías Calles que el propio presidente mexicano depositó. Por si le quería llamar.

Todos los restos heroicos se alineaban antes de que este libro entrara en imprenta en un laboratorio del castillo de Chapultepec, a donde fueron trasladados el último fin de semana de mayo de 2010 en mitad de un sarao con desfiles militares, bandas de música, recorrido oficial y asistencias de las principales autoridades con el presidente de la República, Felipe Calderón, a la cabeza.

La intención oficial es «arrojar más luz sobre la vida, las enfermedades y complejidad física, así como las circunstancias en que ocurrieron los decesos». Hombre, las circunstancias ya las sabemos: murieron fusilados por los españoles. Más que las causas de las muertes, lo que quieren saber es cómo fueron exactamente las heridas que les llevaron a morir. Es decir, si recibieron dos o diecisiete tiros. No se han previsto pruebas de ADN, porque esto implicaría buscar descendientes, asegurarse de que lo son y encarecer el proceso. Además, no estaría bien que apareciera algún hijo del cura Hidalgo.

Se trata únicamente de dejar los restos bien limpios, confirmar el sexo —no les vaya a pasar como a nosotros con Quevedo, que resultó que su supuesta calavera acabó siendo de una señora—, determinar también la edad, la talla y, sobre todo, delimitar a cuántas personas pertenecen esos huesos. Cuando se hayan averiguado todos estos asuntos, los restos quedarán instalados en el palacio Nacional de México, la sede del Ejecutivo, para que todo el que quiera los vea. Ahora bien, hay motivos más que razonables, a decir de los historiadores, que llevan a pensar que la mayoría de los huesos heroicos son más falsos que un peso de madera.

No han faltado voces críticas en México a esta exhumación masiva de héroes. Desde que los huesos han estado en danza a lo largo de dos siglos, varios presidentes han querido quedar asociados a estos ilustres de la

independencia, por eso se airean los restos en medio de desfiles y homenajes. Porque, si el interés fuera sólo científico, bastaría con exhumarlos, llevarlos discretamente al laboratorio, estudiarlos y comunicar las conclusiones. Cuando se emplea tanta organización, tanta pompa y tanto dinero en una simple exhumación, se nota que detrás hay intereses políticos y mediáticos.

Visto la que montaron con la exhumación, no habrá que perderse la que montarán —si no la han montado ya cuando este libro salga a la calle— cuando vuelvan a enterrar los huesos. El festejo va a ser —o ha sido—, seguro, de traca.

UN HILVÁN PARA JUAN DE AUSTRIA

(1545-1578)



Quién no conoce a don Juan de Austria, uno de los bastaros más famosos de la monarquía española, hijo extramatrimonial del emperador Carlos V y hermano de Felipe II. Bastardos reales ha habido muchos, pero casi ninguno cuenta con el honor de haber visto reconocidos sus antecedentes reales, porque, si los reyes de España hubieran tenido que registrar oficialmente a todos los hijos que tenían de extranjis, no habría habido árbol genealógico que soportara el peso de tanto adulterio.

Pero Juan de Austria tuvo suerte, y precisamente por ello sufrió un periplo póstumo que, si lo llega a saber, lo mismo hubiera preferido renunciar a su padre. Siempre se ha dicho que su muerte no estuvo clara, porque falleció con poco más de 30 años y en el punto de mira de Felipe II. Pero parece que esto es sólo sospechar por sospechar. Murió de un tifus como una catedral, y al ocurrir en Flandes hubo que trasladarlo a España. Eso sí,

troceado.

Don Juan de Austria murió el 1 de octubre de 1578 en Namur, ahora Bélgica y entonces Flandes. Cumpliendo con el arte del bien morir, dejó todo atado: pidió en testamento que, como hijo reconocido del emperador, lo enterraran junto a su padre. Felipe II tomó nota y dijo, vale, pero sin prisas. Había que organizar muy bien el viaje, y para no tener mientras el muerto al retortero, se preparó el primer entierro allí mismo, en la catedral de Namur.

Previamente se realizó la autopsia, y el doctor Ramírez, uno de los tres médicos que hizo la disección, reflejó en su informe que «nos encontramos con el cuerpo color negro y verde, con manchas azules en pies y brazos». Lo que se llama una muerte policromada. El cerebro estaba seco, y el corazón, arrugado y marchito como un paño mojado, respetando siempre los términos del doctor Ramírez (M. Seone, A. Macagno y R. A. Sotelo, «Juan de Austria. Estudio de su enfermedad final», *Cuadernos de Medicina Forense*, año 3, n 1, Buenos Aires, 2004, pp. 51-60). Ese corazón encogido es el que aún hoy se guarda en la catedral de Namur.

Don Juan de Austria fue embalsamado antes de recibir sepultura en la catedral, aunque no se entiende por qué se tomaron tantas molestias, dado que cinco meses después, cuando se le exhumó para trasladarlo a España, se decidió que, para que el viaje fuera disimulado, es decir, para que no se notara que llevaban a un muerto ilustre, el cuerpo fuera troceado en tres partes. Tronco, cabeza y brazos viajaron en un saco. Las piernas hasta las rodillas, en otro. Y de las rodillas para arriba, en otro.

Y así, en este plan y por partes, don Juan de Austria, el héroe de Lepanto, llegó a París, continuó luego a Nantes, allí embarcó hacia Santander y luego siguió caminito de El Escorial, no sin antes realizar una parada en la abadía de Santa María de Párraces, cerca de Segovia, porque había que recomponerlo.

El rumor de que a don Juan de Austria lo habían troceado en Flandes era un secreto a voces, así que para acallar los cotilleos volvieron a encajar cada cosa en su sitio para que llegara a El Escorial como debe de llegar un muerto decente, con los pies por delante y dentro de un féretro. Cuentan algunas fuentes que lo cosieron con hilo de oro, pero esto no está contrastado, como tampoco lo está esa leyenda que dice que Gonzalo de Vargas, duque de Feria,

forzó el sepulcro a escondidas para colocar en el dedo del muerto un anillo de boda. Así se lo había encargado Blanca de Vargas, su hermana, porque don Juan le prometió matrimonio y se murió sin cumplir.

Lo único que le faltaba al bastardo real: troceado primero y luego casado a la fuerza.

JOSÉ DE SAN MARTÍN, VÍCTIMA DE UN ERROR DE CÁLCULO

(1778-1850)



Entre los países que sienten cierta inclinación a andar moviendo muertos está Argentina. No siempre lo consiguen, pero lo intentan. Algunos diputados de arraigado fervor patriótico, cuando no aspiran a llevarse al escritor Jorge Luis Borges de Ginebra a Buenos Aires, aunque sea a la fuerza, pretenden cambiar de tumba a uno de sus héroes nacionales, el general José de San Martín.

Está enterrado en un estupendo mausoleo en el interior de la catedral Metropolitana de Buenos Aires, pero ya ha habido una reclamación parlamentaria para trasladarlo al cementerio porteño de La Recoleta. En cuanto se enteraron en la ciudad argentina de Mendoza de esta petición, una diputada dijo que de eso nada, que a San Martín había que trasladarlo allí, a

Mendoza, y cuando a su vez se enteraron en la ciudad de Yapeyú de estas intenciones, reclamaron también los restos porque por algo San Martín había nacido allí. Tres ciudades a la greña por un general.

Buenos Aires quiere retener los restos del general José de San Martín aprovechando que ya lo tienen, pero un diputado lanzó la propuesta de cambiarlo de sitio porque, y esto es cierto, el militar pidió que su corazón fuera enterrado en el cementerio de La Recoleta. Como no está bonito sacarle el corazón a un muerto para cumplir con su deseo ciento sesenta años después, la pretensión es trasladarlo enterito al cementerio. En Mendoza, sin embargo, dicen que San Martín no pinta nada en el cementerio porteño, que lo quieren ellos, porque en esta ciudad dejó muchos vínculos profesionales y personales.

«¿Y qué?», contestan los paisanos del general muchos kilómetros más allá. Por mucho vínculo que tuviera con Mendoza, lo importante es dónde nació San Martín, y como nació en Yapeyú, en la provincia de Corrientes, allí es donde, según ellos, debería ser trasladado en caso de que lo movieran.

Pero el paso que lleva este asunto parece dejar claro que a San Martín no lo van a mover del sitio por un par de razones de peso. Primera: a ver qué hacen en la catedral Metropolitana de Buenos Aires con el mausoleo que dejen vacío. A no ser que se lo lleven con el muerto incluido, pero entonces quedará un hueco muy feo en el templo. Y segunda: ya que hay tres ciudades discutiendo por los restos, la mejor solución sería que ni para una ni para otra ni para la de más allá. El general se queda donde está y sanseacabó. Todo lo anterior no quita para que, en realidad, José de San Martín no está donde le hubiera gustado estar.

José de San Martín murió en Boulogne-sur-Mer (Francia) en 1850 y allí permaneció enterrado durante treinta años, hasta que Argentina repatrió los restos. Se decidió que el mejor lugar de enterramiento era en una catedral, pasando olímpicamente de los deseos de San Martín. Anotó el militar en su testamento: «Prohíbo el que se me haga ningún género de funeral, y desde el lugar en que falleciere se me conducirá directamente al cementerio sin ningún acompañamiento, pero sí desearía el que mi corazón fuese depositado en el cementerio de Buenos Aires». Ni caso.

El militar San Martín era anticlerical, así que no se entiende qué pinta en

una catedral. Y además era masón, y a la Iglesia los masones les caen especialmente mal. Esta incongruencia ha dado lugar a una leyenda urbana que explica por qué el féretro del militar está inclinado dentro de su mausoleo, con la cabeza más abajo que los pies. Dicen que la inclinación la exigió la autoridad eclesial porque tener la cabeza hacia abajo era el signo con el que se predestinaba a los masones a ir al infierno.

La realidad es que el féretro está inclinado por un error de cálculo. Midieron mal y el ataúd no entraba totalmente acostado, así que los pies le quedaron en alto. Seguramente las tres peticiones de traslado del general quedarán en agua de borrajas, pero, mientras, podrían plantearse cambiarlo de postura.

JOSÉ MIGUEL CARRERA, DISPUTA POR UN CRÁNEO

(1785-1821)



José Miguel Carrera, aquel héroe chileno, aquel prócer de la independencia, aquel caudillo de planta recia e ideas claras... no ha vuelto a tener la cabeza en su sitio desde que la perdió un aciago día de septiembre de 1821 en Mendoza (Argentina). Carrera es un ídolo en Chile, recuperado en los últimos años tras haber permanecido demasiado tiempo oculto por la sombra del otro héroe chileno por excelencia: Bernardo O'Higgins.

Dada la trascendencia de José Miguel Carrera en la historia chilena, y dado igualmente que en 2010 el país conmemoró el bicentenario del inicio de su proceso independentista, el Gobierno de Chile decidió que ya era hora de que el personaje estuviera controlado y con todos los huesos en su sitio. Y ahora viene la fatal pregunta. Puesto que Carrera ya no está entre nosotros

para defender la propiedad de su cráneo, ¿a quién pertenece la calavera del héroe? ¿A Chile o al particular que la disfruta?

La peripecia tiene un principio. José Miguel Carrera tuvo que salir por pies de Chile camino de Argentina para desde allí seguir luchando por la independencia, pero como en Argentina la única mano que le echaron fue para detenerlo, acabó fusilado en la ciudad de Mendoza. Al militar le cortaron después la cabeza y la exhibieron clavada en una pica. El resto de los restos fue a parar a una tumba de una iglesia de monjas clarisas donde ya descansaban sus dos hermanos, también caídos en su lucha independentista.

Pero Javiera Carrera, la hermana que quedó en Chile y la única descendiente con vida, no relajó sus deseos de recuperar los huesos de sus hermanos, y finalmente lo consiguió a través del secretario personal de José Miguel Carrera, Toribio Rojas, que regresó a Chile con los restos de los tres hermanos.

La calavera del caudillo, sin embargo, no fue enterrada con todos los restos en la catedral Metropolitana de Santiago de Chile, sino custodiada por su propia hermana. Por miedo a los aún numerosos enemigos de José Miguel Carrera, el cráneo lo entregó Javiera a la iglesia de los franciscanos de la ciudad de El Monte, desde donde luego fue trasladado a la parroquia cercana de El Paico. Allí permaneció tranquilo dentro de una urna de cristal hasta 1960. Lo de tranquilo es un decir, porque esa raza tan peligrosa de supersticiosos que piden deseos y reclaman milagros a base de lanzar monedas a fuentes y relicarios acabó desdentando las mandíbulas con el bombardeo de calderilla.

Aquel año de 1960 una mujer argentina que atendía por Liliana Pellegrini se presentó en la parroquia de El Paico como fiel admiradora de los Carrera. Pidió la custodia del cráneo del prócer esgrimiendo una carta firmada por varios supuestos descendientes de éste para trasladarlo al Museo Histórico Nacional de Chile. La testa volvió a cambiar de manos y acabó arrumbada en una caja de cartón.

Nadie volvió a preocuparse por calavera tan heroica, aunque ahora se sabe que en algún momento de las últimas cinco décadas acabó en manos del médico Héctor Díaz de Valdés Hurtado, descendiente de Javiera Carrera, quien a su vez la pasó a su hijo.

Y llega el momento en que el Gobierno chileno se interesa por el cráneo del caudillo Carrera para honrarlo como merece en los actos del bicentenario, pero dado que los actuales poseedores se negaban a soltarlo, hubo que llegar a los tribunales para reclamar la cocorota judicialmente. Sólo fue un amago. Apenas una semana después del requerimiento judicial, a mediados de octubre de 2010, la demanda se retiró y ambas partes se avinieron, primero, a realizar análisis de ADN al cráneo por si se diera el caso de que estaban discutiendo por la cabeza de un cualquiera; y segundo, a sentarse a discutir si cuando la identidad craneal se confirmara convendría que la pieza fuera al museo o a la tumba de la catedral de Santiago, donde Carrera descansa de cuello para abajo.

En el momento de escribir estas líneas, un laboratorio de Innsbruck (Austria) coteja el ADN de la calavera con muestras de sus descendientes. Sólo queda esperar a que coincida para dar paso al siguiente episodio: enterrar o exhibir el cráneo. Pues que lo enseñen. Total, un muerto más descabezado... qué importa.

OVERBOOKING EN LA TUMBA DEL SEÑOR DE SIPÁN (SIGLO III)



No sé si tendrán oído lo importante que fue el Señor de Sipán, pero, para entendernos, digamos que el descubrimiento de su tumba en Perú es comparable arqueológicamente al hallazgo de la de Tuntankamón en Egipto.

El Señor de Sipán fue un rey mochica, el mayor dignatario de esta cultura precolombina que se desarrolló en Perú durante, más o menos, los siete primeros siglos de nuestra era. Su tumba fue descubierta hace muy poco, en 1987, y con ella salió a la luz todo el esplendor que rodeaba a la muerte entre los antiguos reyes peruanos.

Pero el Señor de Sipán no fue enterrado solo. Le acompañaron, que fueron sacrificados para seguir sirviendo a su señor en el más allá. Poca gracia debía de hacer por aquel entonces estar en la nómina del Señor de Sipán.

El hallazgo de su tumba fue un acontecimiento arqueológico, porque además de estar intacta y guardar los restos del monarca peruano, aclaró todo

el ritual funerario que se llevaba a cabo y que hasta el momento del descubrimiento y posterior estudio se creía era sólo leyenda.

Imaginen la tumba del Señor de Sipán: era una pirámide truncada cuya edificación no podía dar idea de lo que guardaba en su interior; en el centro de la cámara funeraria estaban los restos del Señor; a los lados, dos llamas, y en una esquina, el cuerpo de un niño como símbolo de regeneración. En la cabeza del sarcófago se encontró un ataúd de caña con una de las jóvenes esposas, y un poco más arriba, otra esposa con el pie izquierdo amputado (quizás pretendió huir antes de ser sacrificada y tomaron la drástica decisión de amputar para evitar futuras intentonas).

A los pies del Señor de Sipán se halló a la esposa principal, y cerca también del sarcófago real, a dos jefes militares y a un perro, pero no un perro cualquiera: un can nativo de Perú desprovisto de pelo y llamado «viringo». Se trata de una de las seis razas caninas sin pelaje que existen en el mundo. Si serán importantes estos chuchos, que están declarados Patrimonio Nacional de Perú.

Esta parte del recinto fue cubierta y sellada con vigas de algarrobo, pero en una de las paredes apareció el cuerpo de un vigía y, dentro del relleno, el de otro guardián. Una tumba muy concurrida.

El ajuar funerario en la tumba del Señor de Sipán está considerado como una obra maestra de la orfebrería americana y tiene un valor incalculable. Los restos del Señor también pudieron ser estudiados. Se averiguó, entre otros asuntos, que murió hacia los 40 años con aparente buena salud, porque sólo padecía principio de artritis. Sus huesos contaron a forenses y antropólogos que el monarca trabajó poco y que midió 1,67, mientras que la dentadura habla de que su dieta fue de lujo: pescados, mariscos, asado de llama, venado a la parrilla y, de postre, chirimoya. Más o menos.

HÉROES ANDARINES DEL 2 DE MAYO

(1808)



Los capitanes de artillería Daoíz y Velarde han pasado a la historia tan, tan unidos, que mucha gente cree que son sólo uno. Decir Daoíz y Velarde suena parecido a decir Ramón y Cajal. Daoíz se llamaba Luis, y Velarde, Pedro. Lucharon juntos, murieron juntos y fueron enterrados juntos, así que es difícil distinguir dónde acaba Daoíz y dónde empieza Velarde.

Fueron dos de los principales héroes de aquella guerra de la Independencia contra Napoleón que arrancó en Madrid un 2 de mayo de 1808. Pero con Daoíz y Velarde cayó herido otro héroe, el teniente de infantería Jacinto Ruiz, que no disfrutó de las primeras mieles póstumas por irse a morir a Trujillo (Cáceres).

Además de los tres que se llevaron la fama, hubo cuatrocientos y pico

muertos que cardaron la lana y también cayeron ajusticiados en Madrid cuando plantaron cara a veinte mil soldados napoleónicos. ¿Y dónde están enterrados esos cuatrocientos y pico héroes? Pues la gran mayoría están perdidos, cuarenta y tantos están en el cementerio de La Florida y los restos de unos cuantos más descansan mezclados con los capitanes Daoíz y Velarde y con el teniente Ruiz en un lugar por donde muchos pasan y en el que no todos reparan.

Están en la plaza de la Lealtad de Madrid, muy cerca del Congreso de los Diputados. En un enorme obelisco con sarcófago incluido, flanqueado por el edificio de la Bolsa de Madrid, el hotel Ritz y la fuente de Neptuno. Hasta 1985 era la tumba de Daoíz, Velarde, Ruiz y otros héroes anónimos, pero desde ese año el monumento se hizo extensivo a todos los caídos por España. Si el viento y la lluvia no lo impiden, siempre hay una llama encendida en su honor.

El lugar se eligió para enterrar a este puñado de héroes porque fue aquí, en esta zona del paseo del Prado, donde se llevaron a cabo los fusilamientos más numerosos. No los más famosos, pero sí los más nutridos. Goya hizo mundialmente conocidos los fusilamientos del 3 de mayo en la montaña del Príncipe Pío, pero allí sólo murieron ajusticiados entre cuarenta y cuarenta y cinco revolucionarios. La mayoría fueron ejecutados en el Retiro y en el paseo del Prado, y por eso se situó el monumento en la plaza de la Lealtad.

La tumba de los cuarenta y tantos que fueron fusilados en Príncipe Pío no tiene tan fácil acceso como la de la plaza de Neptuno, porque está en un cementerio privado que sólo se abre el 2 de mayo de cada año. Se trata del cementerio de La Florida, y allí, junto a la tumba, está reproducido en azulejo el famoso cuadro de Goya *Los fusilamientos del 3 de mayo*. En marzo de 1998 unos necios profanaron la tumba, mancharon con pintura la reproducción de los fusilamientos y abrieron la cripta. Pero eran eso, unos descerebrados con cero patatero en historia y cultura que se habrían quedado llorando en casa si les hubiera tocado vivir en aquel Madrid del 2 de mayo de 1808.

Los capitanes de artillería Luis Daoíz y Pedro Velarde y el teniente de infantería Jacinto Ruiz disfrutaban de circunstancias más particulares. El primero en morir de un balazo francés fue el capitán Velarde; Daoíz cayó

después acribillado a bayonetazos, y el teniente Ruiz, malherido, quedó confundido entre los muertos. Sus hombres pudieron rescatarlo y llevárselo hasta Trujillo, donde murió meses después. Para ser un muerto famoso, hay que estar en el lugar adecuado y en el momento justo, y como al teniente Ruiz se lo llevaron a Trujillo y no expiró el mítico día de mayo, se quedó sin disfrutar de la fama inicial.

Daoíz y Velarde fueron enterrados en la parroquia de San Martín de Madrid, y ahí estaba la señora casualidad para decidir que en marzo del siguiente año de 1809, cuando murió Jacinto Ruiz por las heridas recibidas meses atrás, también fuera enterrado en la parroquia de San Martín, pero en Trujillo. Daoíz y Velarde reposaron tranquilos durante seis años, pero puesto que aquel enterramiento parecía poco, el 2 de mayo de 1814 se organizó un monumental traslado que paralizó la capital. El teniente Ruiz cayó en el olvido.

Daoíz y Velarde fueron exhumados, expuestos y trasladados en una comitiva fúnebre impresionante a la iglesia más importante de Madrid, la de San Isidro, donde quedaron enterrados por segunda vez. Pero tampoco esto daba suficiente categoría a los héroes, así que Madrid preparó la construcción de un monumento para que allí se trasladaran sus cenizas junto a las de varios madrileños más que murieron fusilados por toda la ciudad. El lugar elegido fue el Campo de la Lealtad, junto a la plaza de Neptuno.

El monumento sufrió constantes retrasos y el colmo llegó con la entrada en España de los Cien Mil Hijos de San Luis, que, por mucho que digan, resultaron ser sólo noventa y cinco mil. Los envió Francia para restablecer el absolutismo de Fernando VII y acabar con los liberales. Daoíz y Velarde eran todo un símbolo de libertad, y se temió que los franceses profanaran sus tumbas en San Isidro, así que los volvieron a exhumar y se los llevaron a Sevilla —tercer entierro—, y luego a la catedral de Cádiz —cuarta sepultura—. Esta vez ya iba con ellos el otro héroe rezagado, Jacinto Ruiz.

Cuando los ánimos se relajaron y los Cien Mil Hijos de su madre se largaron con viento fresco, Daoíz, Velarde y Ruiz volvieron a la madrileña iglesia de San Isidro para esperar pacientemente su monumento. Fue el quinto entierro. El sexto y definitivo llegó en 1840, cuando por fin se inauguró el enorme obelisco que hoy se ve, con una llama permanentemente

encendida, junto a la fuente de Neptuno. Y sólo un dato más: ninguno de estos tres militares tan famosos por su defensa de Madrid había nacido en la capital. Uno era sevillano, otro cántabro y otro de Ceuta, pero defendieron Madrid como los más madrileños de todos.

FRANCESC MACIÀ, DE ACÁ PARA ALLÀ

(1859-1933)



Allà va un sucedido que se dio en Cataluña, en Barcelona, muy al principio de la democracia, en el año 1978. Un hecho que levantó tremenda polvareda a cuenta del enterramiento y los restos de Francesc Macià, el que fue primer presidente de la Generalitat con la Segunda República. El asunto no dejó en muy buen lugar a Josep Tarradellas, presidente de la Generalitat en la recién estrenada democracia. Ésta es la historia de un muerto que no estaba donde se creía que estaba pero que al final apareció donde no debería haber aparecido.

Las absurdas circunstancias de las idas y venidas del difunto Macià fueron desveladas por el diario *El País* entre diciembre de 1978 y octubre de 1979.

Francesc Maciá murió en 1933, pero casi al final de la Guerra Civil, en enero de 1939, para evitar una posible profanación por parte de los golpistas, Tarradellas ordenó el traslado de los restos a una tumba de otra familia, de tal suerte que Maciá quedó en el anonimato. De este traslado secreto apenas tuvieron noticia diez personas, y entre ellas no estaba la familia. Todo el que a partir del año 1939 rindió homenaje a Maciá lo hizo ante un nicho vacío.

Pasaron muchos años y, con Tarradellas en el exilio, entonces sí, la familia de Francesc Maciá supo del cambio de tumba. No les sentó bien, porque deberían haber sido los primeros informados. Y otro detalle: aprovechando el traslado, Tarradellas cogió sin permiso el corazón de Maciá, guardado en un frasco de cristal en la tumba, y se lo llevó.

Al corazón de Maciá le tocó vivir un exilio innecesario sin comerlo ni beberlo, alejado de su familia y de Cataluña. Durante unos años, el órgano estuvo depositado en una caja de seguridad de un banco de Francia, con tan mala suerte que el frasco se derramó, perdió líquido, seguramente porque estaría tumbado, y puso perdida la caja de abajo. El contenido echó a perder unos documentos y Tarradellas tuvo que indemnizar al perjudicado.

Llegamos a 1977, y entre lo primerito que hizo Tarradellas, al día siguiente de su retorno a Cataluña, fue rendir homenaje en la tumba de Francesc Maciá en el cementerio de Montjuic, aún sabiendo que no estaba allí. La familia también siguió acudiendo a los actos ante la tumba falsa, pero cada vez que pasaban por el nicho donde estaba oculto el político, se detenían con disimulo para rendir el verdadero homenaje ante los restos.

La historia de la ocultación acabó saltando a la prensa en 1978, y la familia vio el cielo abierto para pedir que de una vez por todas se devolvieran los restos a la sepultura original y se abandonara tanto secretismo. Tarradellas, mientras, callado como un muerto.

Pero llegó el momento de abrir la tumba escondida de Maciá para trasladarlo a donde en realidad debería estar. Otro chasco. Francesc Maciá no estaba.

Y vino el segundo mosqueo con Tarradellas. Porque él era el único que sabía que los restos nunca se cambiaron de lugar. Había difundido una falsedad. Maciá no se había movido de su tumba original y la familia, en cambio, creía estar homenajeando un nicho vacío. Este cabreo fue más gordo

que el anterior, porque durante años estuvieron acercándose a la tumba prestada en donde les habían dicho que en realidad estaba el político y teniendo que disimular el sentimiento. En fin, un lío innecesario que todo el mundo le echó en cara a Tarradellas.

Y por cierto, el corazón lo devolvió a la familia en 1979 y ahora está con quien tiene que estar, con Francesc Maciá. Que por algo es suyo.

EL ZARANDEO DE PEDRO I EL CRUEL

(1334-1369)



Vamos con la historia de un rey que no paró quieto ni después de muerto. Pedro I el Cruel, un monarca del siglo XIV cuyos huesos hicieron más kilómetros que la bici de Perico Delgado. A Pedro I, rey de Castilla y León, lo mató su hermano Enrique de Trastámara. Fue eso tan típico en la Edad Media de quítate tú que me pongo yo. Su muerte fue una de éstas que dejan una frasecita para la posteridad: «Ni quito ni pongo rey». Supuestamente esto es lo último que oyó el rey Pedro, y justo después pasó a mejor vida. La frase se atribuye, aunque no todas las fuentes están de acuerdo en ello, a un general francés que apoyaba a Enrique de Trastámara en su lucha por arrebatarse el trono a Pedro I. Cuando los dos hermanos andaban a espada, el supuesto francés agarró a Pedro I, Enrique se fue a por su pariente y fue entonces

cuando el galo dijo eso de «Ni quito ni pongo rey, sólo ayudo a mi señor».

Todo esto sucedió en Montiel, en Ciudad Real, y tras este funesto rifirrafe entre hermanos, Enrique de Trastámara, ya convertido en Enrique II de Castilla, ordenó que Pedro I fuera enterrado de forma provisional en el castillo del lugar, a la espera de que se construyera un monasterio para ser sepultado en el altar mayor.

Pero pasó el tiempo, y visto que el monasterio no prosperaba, se decidió el traslado de los restos a la iglesia de Santiago de Puebla de Alcocer (Badajoz), de tal forma que Pedro I tocó su segunda sepultura. No pasaron muchos años hasta que apareció en escena Constanza, una nieta del rey don Pedro y priora del convento de Santo Domingo el Real de Madrid, que no estuvo muy de acuerdo con el emplazamiento de su abuelo. Dado que tenía mano, solicitó permiso para llevarse los restos al convento de su digna dirección.

Y allá que fueron los huesos de Pedro I para tomar posesión de su tercera tumba, un sepulcro que se situó frente al altar mayor y que, según documentación recogida por M^a Ángela Franco, conservadora jefe del Departamento de Antigüedades Medievales del Museo Arqueológico Nacional, estaba rematado por una estatua yacente.

Pasó siglo y pico de relativa calma para Pedro I, hasta que el convento madrileño necesitó reformas y notaron que el sepulcro del rey incordiaba para hacer las obras. Se vieron obligados a trasladar los restos a un nicho al lado del Evangelio. Cuarta tumba. Pero surgió un problema: ¿qué hacer con la magnífica estatua yacente del rey?, porque erguida no entraba en la hornacina. Fácil, le cortaron las piernas por debajo de las rodillas. Se hizo una chapucilla escultórica y la estatua yacente, enderezada y con las piernas cortadas pasó a ser una estupenda estatua orante que, ahora sí, encontró su hueco en la hornacina.

Pedro I aún sufrió un par de zarandeos más dentro del propio convento de Santo Domingo el Real antes de que tuvieran que sacarlo de allí a mediados del XIX por necesidades urbanísticas. El rey volvió a quedarse sin tumba tras el derribo del edificio en 1868 y no se encontró mejor ubicación para sus huesos y para la chapucera estatua yacente reconvertida en orante que el Museo Arqueológico.

Pero, claro, un museo no es que sea un buen sitio para un rey de Castilla muerto, así que lo mejor fue acudir al testamento y averiguar cuál fue su voluntad, un recurso del que deberían haber echado mano siglos antes.

Pedro I el Cruel firmó su testamento en 1362: «Quando finamiento de mí acaeciere [o sea, cuando se muriera], mando que mi cuerpo sea llevado a Sevilla, e que sea enterrado en la capilla nueva que yo agora mando hacer». Así que, después de nueve años de soporífera estancia en el Museo Arqueológico y tras cinco siglos dando tumbos de tumba en tumba, los huesos de Pedro I fueron sepultados en la Capilla Real de la catedral de Sevilla. Sucedió en 1877 y desde entonces se ha estado quieto. Octava y última sepultura.

En el museo quedó lo que aún hoy puede verse, la estatua orante de su sepulcro madrileño. Una estatua que, sin derrochar mucha agudeza visual, nos dice que algo no encaja: la cabeza no pega nada con el conjunto de la obra y nadie sabe cuándo se puso ni de dónde salió. Pero ahí está la tradición oral para sacarnos de la duda.

En el centro de Sevilla existe la calle llamada Cabeza del rey don Pedro, donde se supone que el rey, en aquel entonces un jovencuelo de 20 años bastante pendenciero, mató a espada al hijo de una noble familia sevillana por un asunto de faldas. Tras el duelo, el rey se hizo el disimulado y, el muy cínico, prometió al padre del muerto buscar al culpable y colocar su cabeza en el lugar donde se produjo la muerte para escarmiento público. Sólo le faltó silbar el «pío, pío, que yo no he sido». El rey no contaba con que una anciana había visto la pelea, y esta mujer se presentó ante el rey, le señaló en sus narices como el asesino y reclamó una recompensa a cambio de guardar silencio. Don Pedro pagó, pero tuvo también que cumplir con su promesa de colocar la cabeza del culpable en el callejón del duelo.

Como no estaba muy por la labor de cortarse la suya, ordenó decapitar una de sus estatuas, guardar la cabeza en un cajón y colocarlo en una hornacina de la calle. El rey situó una guardia permanente bajo aquel nicho para evitar que nadie abriera el cajón y descubriera que la cabeza, además de suya, era de mármol. Algunas fuentes señalan que a mediados del siglo XVII el cajón se retiró y la cabeza fue a parar no se sabe dónde. En su lugar se colocó una estatuilla del rey, que es la que aún hoy puede verse en esta calle

sevillana.

No hay ni un solo dato que permita pensar que la cabeza añadida a la estatua funeraria que guarda el Museo Arqueológico Nacional de Madrid se corresponde con la que salió de aquel cajón, pero estaría bien que así fuera. Sería divertido.

FERDINAND MARCOS, EL INSEPULTO

(1917-1989)



En abril de 2010 se cumplieron veinte años de la muerte de aquel despilfarrador filipino llamado Ferdinand Marcos. Y ahí sigue el hombre, no de pie derecho, pero sí tumbado y sin enterrar. Como su viuda, la también manirrota Imelda Marcos, no ha conseguido que el país lo entierre donde ella quiere, entre los grandes héroes, aún lo mantiene embalsamadito y bien peinado en una urna de cristal en la ciudad de Batac, al norte de Filipinas.

En 2006, Imelda, la de los tres mil pares de zapatos que hoy presume de tener muchos más, dijo que ya se había hartado de que su país no le diera a Ferdinand Marcos los honores que merecía y que lo iba a enterrar ella misma, aunque éstas son las fechas y el ex presidente no ha cambiado ni de postura ni de ubicación.

Imelda Marcos ha dado la tabarra a los cuatro o cinco presidentes democráticos que ha tenido el país para que entierren a su marido en Manila, pero es que los merecimientos que ella ve en Marcos, el hombre que la hizo la mujer con la mayor fortuna del planeta, no los ven sus compatriotas. Es una cuestión de perspectiva.

Ferdinand Marcos se exilió con su mujer en Hawai cuando se descubrió el enorme fraude electoral en las elecciones de 1986 que intentó impedir la llegada a la presidencia de Corazón Aquino. Allí, en Hawai, aunque inmerso en constantes procesos judiciales, vivió a cuerpo de rey hasta que el cuerpo no aguantó más. Murió en septiembre de 1989, y su mujer se dejó una fortuna en embalsamarlo para que aguantara un próximo regreso a Filipinas.

Pretendía Imelda que el Gobierno filipino enterrara al dictador en el cementerio de los Héroes de Manila, donde yacen los presidentes que han gobernado el país desde la independencia de 1945. Siempre obtuvo la misma respuesta: ¡Que no! Que Marcos tenía de héroe lo que ella de indigente, porque su marido había dejado en Filipinas miles de torturados, ejecutados, secuestrados y desaparecidos a la vez que se embolsaba una fortuna personal de diez mil millones de dólares.

En 1993 Imelda Marcos logró permiso para trasladar a Filipinas el cuerpo embalsamado de su marido, que ya llevaba cuatro años insepulto y metido en una urna refrigerada de cristal para que el cutis se mantuviera terso. Instaló la urna en su casa de Batac, en el norte de Filipinas, y allí la dejó expuesta para que todos los filipinos adeptos al régimen de Marcos le rindieran honores.

Cada 11 de septiembre, cumpleaños de Marcos, Imelda, vestida de negro, con mantilla en la cabeza y rostro compungido, convoca a la prensa y se hace las fotos pertinentes junto a su esposo, vestido de blanco, con medallas en el pecho y el rostro pálido de un muñequito de cera.

Fue en el cumple-muertes de Marcos de 2006 cuando Imelda anunció que se rendía, que si nadie enterraba a su marido en plan héroe, ella lo haría en plan faraón. No puso fecha al entierro y aún hoy sigue sin ponerla, porque estuvo muy ocupada presentándose a las elecciones de 2010.

Imelda ya ha rebasado las ocho décadas de vida y disfruta por ahora de un escaño en el Congreso de Filipinas, por eso anda más entretenida con la política que con la momia de su marido, pero el Gobierno le agradecería

infinitamente que enterrara a Ferdinand Marcos y les quitara el muerto de encima. Los dictadores están mejor enterrados, a ser posible, bocabajo.

EL CABEZA DE PEPINO DE PAKAL II (SIGLO VII)



Algunas tumbas de renombre tienen difícil la visita. Las ansias de los turistas de husmear en el pasado han obligado a algunos gobiernos a cerrar al público lugares tan emblemáticos como la tumba de Tutankamón y la del rey maya Pakal II, lugares que ya no pueden visitarse a no ser echando mano de ordenador. Éste es el caso de Pakal.

Está en la joya arqueológica de Palenque, en el estado mexicano de Chiapas, que fue declarada Patrimonio Cultural de la Humanidad. Quien no haya visto el lugar en persona ya está tardando en verlo con una nitidez pasmosa a través de Internet, entre otras cosas porque la única opción de darse un paseo panorámico por el Templo de las Inscripciones es en el sitio del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México <http://www.inah.gob.mx/paseos/palenque> y descender de forma virtual por el interior de la pirámide hasta llegar a la tumba de Pakal.

La medida no es exagerada, porque la última morada de este rey maya es

uno de los descubrimientos arqueológicos más importantes del siglo XX, y como los turistas se tiraron en plancha a verla, la cámara funeraria comenzó a deteriorarse. En apenas media centuria, millones de viajeros hicieron más daño a la tumba que los mil doscientos años que habían pasado sobre ella.

Los flashes de las cámaras apagaron la policromía del sarcófago, la humedad de los turistas sudorosos alteró el ambiente y hubo más de un bobo que sacó un boli y escribió: «Fulanito estuvo aquí». En el pecado llevamos la penitencia, porque la única posibilidad ahora es entrar en la web del Instituto de Antropología, pinchar en el mapa del recorrido y darse un garbeo por el Templo de las Inscripciones sin salir de casa.

Ahí se encontrarán al pie de la pirámide, y luego con juego de ratón, se sube, se baja, se entra y se sale hasta llegar a la cámara funeraria de Pakal, aunque Pakal no está allí. Ni él, ni los cinco o seis sirvientes que le acompañaron en su muerte.

Ya sabemos de esa fea costumbre de sacrificar a unos cuantos servidores cada vez que se moría un rey. Pero aunque fueran sirvientes, los esqueletos que aparecieron en la cámara funeraria acompañando al rey Pakal eran de la alta sociedad. Se sabe porque los nobles mayas eran tan arrogantes que les gustaba diferenciarse de la plebe alargándose el cráneo de forma un tanto bestia: cuando eran pequeñitos les rodeaban la cabeza con unas tablas y las apretaban con cuerda de forma que el cráneo se alargaba hacia arriba. Cuando veías a alguien con cabeza de pepino, sabías que era un noble. Valiente distinción.

Y un detalle más. Aunque así esté admitido, los arqueólogos no se han puesto de acuerdo sobre si Pakal es Pakal. Se descifraron los jeroglíficos del sarcófago y decían que sí, que allí dentro estaba el rey, pero algo no cuadraba. El gobernante maya murió con 80 años y los huesos del muerto que había dentro contaron que su dueño había muerto entre los 40 y los 50. Esto trajo más de una bronca entre los especialistas. Que sí que es Pakal... que seguro que no... pues se le parece mucho... pues será un primo hermano...

Lo único que está claro es que el tipo allí enterrado también mandaba mucho, porque tenía cabeza de pepino. Pero esto es lo de menos. Mientras los demás discuten, ustedes dense un garbeo virtual por la tumba, que de todo se aprende.

EL EXCESIVO MAUSOLEO DE KIM IL-SUNG

(1912-1994)



Al margen de los teatrales panteones reales, los líderes políticos que más se pirran por disfrutar de ostentosos mausoleos son los comunistas: Lenin, Mao Tse-tung, Ho Chi Minh, Che Guevara... aunque bien es cierto que la mayoría no los pidieron. Se los pusieron sus seguidores para continuar utilizándolos como iconos partidistas.

La gran mayoría de esos mausoleos son sobradamente conocidos, porque las ciudades en las que se ubican están abiertas al turismo. Pero hay un gigantesco sepulcro muy desconocido porque, la verdad, apenas alguien va de vacaciones a Corea del Norte. Sólo está permitida la entrada a mil quinientos turistas al año y no pueden ser ni japoneses ni estadounidenses ni periodistas. Los pocos que van tienen que estar dispuestos a ir reverenciando

desde la misma llegada al aeropuerto las estatuas del líder eterno, de Kim Il-Sung, aquél que puso a Corea del Norte bajo una de las dictaduras más crueles y oscuras del planeta y que aún hoy, casi dos décadas después de muerto, sigue ostentando un poder que no es de este mundo.

El mausoleo de Kim Il-Sung roza la ficción. Es el más grande, el más aparatoso y el más altisonante del mundo, y los norcoreanos están casi obligados a llorar cuando pasan por delante del cuerpo embalsamado del líder.

Kim Il-Sung murió en 1994, y su hijo, el actual presidente del país porque así se lo dejó en herencia su padre, ordenó que se embalsamara a su papi. Para ello buscó a los mejores especialistas, los rusos. El mismo laboratorio que se encarga de conservar impoluto a Lenin se encargó igualmente de embalsamar y ahora de mantener al dictador norcoreano. Costó un millón de dólares la preservación del cuerpo y cuesta ochocientos mil al año que siga con buen cutis. Semejantes cifras para un país comunista son poco menos que una bofetada al sentido común. A ello hay que sumar lo que costó y aún cuesta mantener el gigantesco palacio memorial de Keumsoo, porque todo el edificio es el mausoleo y ocupa cien mil metros cuadrados. Está en Pyongyang, la capital de Corea del Norte.

Pero el verdadero espectáculo empieza dentro del mausoleo, porque prácticamente hay que pasar por un túnel de lavado antes de llegar al líder. Primero se dejan todas las pertenencias fuera y se atraviesa un arco de detección de armas, no vaya a ser que alguien quiera asesinar al muerto. Hay que caminar por un suelo repleto de rodillos húmedos que quitan toda la suciedad de los zapatos y desinfectan las suelas, y un poco más allá se atraviesa un túnel que parece una aspiradora y que absorbe todo el polvo de la ropa y el pelo.

Sólo así, bien limpito, esterilizado y casi pasteurizado, puede uno adentrarse en un kilométrico pasillo pintado de rojo pasión hasta llegar a la cámara donde el líder Kim Il-Sung está tumbadito boca arriba dentro de una urna de cristal.

Por supuesto, hay que ir vestido de domingo a ver el mausoleo. Se exige ropa de gala, porque es lo que merece el presidente eterno. El visitante está obligado a dar una vuelta completa a la urna que guarda a Kim Il-Sung y a

hacer cuatro reverencias, una en cada lado. Conviene disimular y poner cara compungida y a punto de llanto, para luego pasar a otras salas donde hay que tragarse un insufrible paseo entre diplomas, medallas y regalitos que recibió el líder y hasta el Mercedes de lujo desde el que saludaba a las masas.

Y esto tiene guasa en un país sin tráfico y donde los ciudadanos tienen prohibido comprarse un coche. Es el único y último país estalinista del mundo donde un muerto sigue presidiendo la nación. De locos.

LA UBICUA ROSA LUXEMBURGO

(1871-1919)



Que al cabo de casi un siglo aparezca insepulto un muerto que uno creía perfectamente enterrado es, como poco, desconcertante. Y esto ha ocurrido con Rosa Luxemburgo, aquella política marxista de principios del siglo XX que armó la marimorena en Alemania con su pensamiento revolucionario. La mataron unos soldados de extrema derecha que después arrojaron su cuerpo a uno de los varios canales que recorren Berlín. Se suponía que los restos habían sido recuperados meses después y que fueron aparentemente identificados y enterrados.

Pero hete aquí que, quizás, un cuerpo hallado en 2009 en los sótanos de un hospital de Berlín sea el de Rosa Luxemburgo. Muchos alemanes aún se preguntan a quién diablos estaban honrando cuando iban a la tumba de esta política.

Para situarnos: Rosa Luxemburgo era muy, muy de izquierdas, la

llamaron la Rosa Roja y fue una de las fundadoras del Partido Comunista Alemán. En enero de 1919, militares de la extrema derecha la detuvieron, la torturaron, le pegaron un tiro y la arrojaron al Landwehrkanal desde un puente de Berlín. Nada más se supo de Rosa Luxemburgo hasta que cuatro meses después un cuerpo fue recuperado del río. Fue su secretaria la que pagó el rescate de las aguas y la que identificó el cuerpo por las ropas que llevaba, pero la autopsia que debía dar la confirmación definitiva fue, a la vista de los acontecimientos, bastante chapucera.

Rosa tenía una pierna más larga que la otra y además debía presentar golpes en la cara por los culatazos de fusil y un tiro en la cabeza. Pero la autopsia no reflejó nada de ello, con lo cual no se sabe qué clase de lumbrera hizo el reconocimiento o quién fue el que, sin tener todo aquello en cuenta, decidió que ese cuerpo era el de Rosa Luxemburgo. Fuera quien fuese, se hizo un entierro multitudinario en el cementerio Friedrichsfelde de Berlín. Desde entonces, cada enero de cada año se organizan homenajes y el gran memorial de la política se cubre de claveles rojos.

Así quedaron las cosas durante noventa años, hasta que en 2009 el jefe del Departamento de Medicina Forense del hospital universitario berlinés La Charité, Michael Tsokos, saltó a la prensa convencido de haber encontrado un cuerpo en los sótanos que coincide en características con el de Rosa Luxemburgo. Entonces, ¿a quién enterraron en su lugar?

El forense ha revisado la autopsia del cuerpo inicialmente atribuido a Rosa Luxemburgo, y es de chiste. No se refleja la luxación de cadera que le provocaba la cojera permanente, ni la distinta longitud de las piernas, ni el tiro en la cabeza que la mató.

En cambio, los restos anatómicos del hospital pertenecen a un cuerpo que, aunque descabezado, coincide con el de una mujer de entre 40 y 50 años, que estuvo sumergido en agua, con una luxación de cadera y una pierna más larga que la otra. El doctor Tsokos hizo un llamamiento por si alguien guardaba algo de Rosa Luxemburgo que pudiera conservar su ADN. Algo como un gorrito que tuviera algún pelo o una carta que ella pegara con saliva. Cualquier cosa que permitiera cotejar la huella genética... pero no hubo suerte. Todos se huelen que ese cadáver insepulto durante nueve décadas es de Rosa Luxemburgo, pero no existió la certeza absoluta como para

enterrarlo oficialmente bajo ese nombre.

A mediados de enero de 2010, nuevamente los seguidores de Rosa Luxemburgo acudieron al cementerio Friedrichsfelde a honrar su memoria, y apenas cuatro días después el Senado de Berlín ordenaba el entierro de los restos sin identificar en otro cementerio de la ciudad, en una tumba localizada por si en un futuro puede ser confirmada la identidad gracias a los tejidos que se han conservado. Porque las pesquisas van a continuar. Rosa Luxemburgo es un personaje de la historia alemana y merece el empeño.

Ahora viene la paradoja. ¿Por qué estaría bien que esos restos por ahora anónimos fueran los de la Rosa Roja? Porque lo cierto es que en la tumba en donde cada año la homenajean no hay nadie. El cementerio fue profanado por los nazis y los restos se perdieron. La tumba no es tumba, es cenotafio. Si en algún momento se confirmara la identidad de la desconocida, resultaría que los nazis perdieron los huesos de otra y Rosa Luxemburgo podría recuperar su sitio.

Quizás llegue el día en que el cenotafio vuelva a ser tumba y Rosa Luxemburgo pueda recibir los homenajes, como está mandado, estando dentro.

LOS INSEPARABLES FRANCISCO HERNÁNDEZ DE CÓRDOBA (¿?-1526) Y PEDRARIAS (1460?-1531)



Decir Francisco Hernández de Córdoba ya suena, de entrada, a conquistador del siglo XVI. Y sí, lo era, así que hay que ir a la actual Nicaragua para contar la historia de sus huesos. Gobernaba la antigua ciudad de León Viejo un segoviano de más de dos metros de altura con muy malas pulgas llamado Pedro Arias, más conocido como Pedrarias y con una habilidad pasmosa para hacer rodar cabezas de quien osaba toserle. Pedrarias se la tenía jurada a Francisco Hernández de Córdoba, el fundador de Nicaragua, por una serie de cuestiones conquistadoras que no vienen al caso. Por aquellos años, los españoles estaban conquistando como locos y, cuando les sobraba un rato, se pegaban entre ellos.

Pedrarias capturó a Hernández de Córdoba, reunió a toda la ciudad en la plaza Mayor y allí mismo le cortó la cabeza. El fundador de Nicaragua fue sepultado y, tal y como es costumbre, nadie apuntó dónde. En el año 2000 se

descubrió su tumba. Resulta que llevaba 475 años enterrado al lado de su verdugo. Bonita compañía.

El descubrimiento de los restos fue sonadísimo en Nicaragua, porque Hernández de Córdoba fundó las primeras ciudades del país y ya se habían perdido las esperanzas de encontrar ni una mísera costilla suya. Pero la casualidad quiso que en mayo del año 2000 un equipo de arqueólogos que realizaba excavaciones en las ruinas de León Viejo, hoy declaradas Patrimonio de la Humanidad, y que trataban de localizar al tal Pedrarias, al ejecutor de Hernández de Córdoba, se encontraran en lugar de una tumba, dos. Los arqueólogos sabían que Pedrarias estaba enterrado en la antigua catedral de La Merced, bajo el presbiterio, pero no esperaban que tuviera compañía.

Uno era exageradamente alto, porque Pedrarias medía dos metros y pico, y otro estaba enterrado del revés, lo cual desconcertó sobremanera a los arqueólogos: donde debía estar la cabeza, estaban los pies. Por aquel siglo XVI y en aquella zona, dentro de la cripta donde se colocaban los cuerpos, se hacía una pequeña recámara para situar la cabeza y dejarla protegida.

Los que enterraron a Hernández de Córdoba se encontraron con el problema de que no había cabeza que proteger, porque la testa del conquistador había quedado expuesta en la plaza Mayor, clavada en una estaca. Los enterradores no encontraron mejor apaño que darle la vuelta y, en vez de resguardarle la cabeza, protegerle los pies. Por proteger algo.

Cuando Pedrarias murió, cinco años después que su víctima, fue enterrado con todos los honores, pero cuando llegó la hora de exhumarlos, el que se llevó todos los homenajes fue Hernández de Córdoba, y a Pedrarias no le hicieron puñetero caso.

El 18 de mayo del año 2000, tras un recorrido a hombros del Ejército nicaragüense por varias ciudades, Hernández de Córdoba fue enterrado en Managua ante las principales autoridades del país y el embajador español. La broma viene ahora: lo volvieron a sepultar con el que lo mató, aunque esta vez, y como más adelante quedará dicho, las posturas cambiaron.

Menos mal que la ciencia histórica, sólo a veces, pone las cosas en su sitio: Pedrarias ejecutó, además de a Hernández de Córdoba y a otros muchos, a Núñez de Balboa, su yerno, el descubridor del Pacífico. Las

monedas oficiales de Nicaragua y Panamá se llaman córdoba y balboa. Pedrarias hizo rodar sus cabezas, pero, sin quererlo, consiguió que los apellidos continúen rodando cada vez que un panameño o un nicaragüense abre el monedero.

Pedrarias, por lo que le toca, tiene una excéntrica trayectoria funeraria. Durante casi la mitad de su vida mantuvo un curioso ritual: todos los años, en determinado día, se metía en un ataúd, escuchaba su propio funeral y hacía que abrieran una sepultura para enterrarlo. Luego salía del féretro, continuaba dando guerra y al siguiente año montaba el mismo numerito. Lo hacía porque antes de su aventura americana, durante sus batallitas en España y en concreto en la toma de Torrejón de Velasco, resultó herido y lo dieron por muerto. A punto de enterrarlo, uno de sus criados fue a darle un último abrazo, y Pedrarias, no se sabe si por la emoción de que el criado lo quisiera tanto, se movió. Ahí se descubrió que no estaba muerto.

Para conmemorar el acontecimiento, Pedrarias decidió que cada año del resto de su vida, en la misma fecha en la que volvió a la vida (de hecho, fue conocido como El Resucitado) se organizara un funeral en su propia memoria en el que él estaría presente dentro de un ataúd.

Probablemente sea el vivo que más funerales ha tenido, hasta que llegó el día en que lo metieron en un féretro porque se murió de verdad, y lo enterraron, ya sin abrazos, en la iglesia de la Merced de León Viejo. Pero no era éste el deseo de Pedrarias, porque lo que él pidió en su testamento fue ser devuelto a Segovia y sepultado en la capilla mayor del monasterio de Santa María de La Merced. Nadie hizo caso. Quizás no lo movieron por si le daba por resucitar otra vez.

Algún historiador nicaragüense ha lanzado un llamamiento, sin ninguna repercusión, todo hay que decirlo, para que Nicaragua envíe los huesos de Pedrarias a España o que España los reclame, porque los nicaragüenses no le tienen especial aprecio. De hecho, después de que ejecutor y ejecutado aparecieran enterrados juntos, Hernández de Córdoba volvió a ser sepultado en el año 2000 con honores de Estado y veintiuna salvas de cañón en el Memorial de los Fundadores. A Pedrarias, en cambio, no le dedicaron ni un disparo con tirachinas.

Es más, lo enterraron a los pies de Hernández de Córdoba como castigo

póstumo. Tú lo mataste y le cortaste la cabeza, pues ahora te enterramos a sus pies para que se los huelas lo que te queda de eternidad. ¿Alguien quiere los huesos de Pedrarias? Nicaragua no pondría muchos inconvenientes.

LOS ANASTASIOS SOMOZA (1896-1956) Y (1925-1980)



Si los políticos suramericanos con alma de dictadores se sentaran a discurrir sólo por un momento las dificultades por las que pasan sus colegas muertos, se pensarían dos veces arrear un golpe de Estado. No hay ni un solo golpista que descansa en paz. Ni Pinochet, ni Trujillo, ni Batista, ni Stroessner... ninguno. Todos han sufrido algún incidente, traslado precipitado o profanación después de muertos. O, sencillamente, no están donde habían planeado.

Por semejantes trances pasó Anastasio Somoza García, dictador nicaragüense y al que no hay que confundir con Anastasio Somoza Debayle, también dictador nicaragüense porque por algo era su hijo. Los Somoza fueron unos personajes malignos que convirtieron Nicaragua en su finca privada. Fueron tres: Anastasio padre murió en un atentado en 1956. Le sucedió su hijo, Luis Somoza, que murió atacado por su propio corazón porque ni siquiera su corazón lo quería. Y como la saga había que continuarla, a Luis le siguió en la labor tiránica su hermano, Anastasio

Somoza Debayle. Los dos Anastasios tienen su propia y ajetreada historia funeraria, pero mejor atacar primero al que primero se murió, papá Anastasio, cuyos huesos acabaron en la escombrera. Por malo.

Para entender quién era el general Anastasio Somoza García, baste un detalle. Sus catorce años de dictadura se sustentaron en las tres «pes»: «Plata para los amigos, palo para los indiferentes y plomo para los enemigos». Y todo ello con el impagable apoyo de Estados Unidos. En 1956 se le acabó hacer la puñeta al pueblo cuando, en mitad de una fiesta y tras bailarse un mambo de Pérez Prado, un joven poeta llamado Rigoberto López le pegó cuatro tiros. Lo trasladaron a un hospital de Panamá, pero dio igual, murió.

El retorno de los restos a Nicaragua y el traslado hasta la catedral de Managua fue un derroche de honores. Tanto es así, que la jerarquía eclesiástica, sorda, muda y ciega ante los asesinatos que el mandatario cargaba sobre sus espaldas, dispensó a Anastasio Somoza tratamiento de príncipe de la Iglesia durante los funerales y anunció que quienes asistieran a misas celebradas en memoria del dictador recibirían doscientos días de indulgencia. Ole.

Desde la catedral, el cuerpo fue a recibir más honores a la Academia Militar, luego al palacio presidencial, después otra vez a la catedral para otra misa, más tarde al Ayuntamiento... y el paseo continuó hasta que Anastasio Somoza dio con sus huesos en la cripta de la Guardia Nacional del cementerio de Managua, donde los dejaron enterrados al son de los veintidós cañonazos preceptivos. Y todo para hacer bien la pelota a los hijos de Somoza, porque ellos heredarían la dictadura del país y convenía tenerlos contentos. Pero pasaron los años, y cuando cayó la dictadura de los Somoza, ¿a por quién se fueron? A por los huesos del general Anastasio.

Pero esto se supo mucho tiempo después, porque en un intento de que nadie profanara la cripta se hizo correr el bulo de que el hijo, el otro Anastasio Somoza, había ordenado sacar el féretro del cementerio en limusina para llevárselo a su exilio de Paraguay. Sólo era una maniobra de distracción para que nadie intentara violentar la cripta, y el truco no coló, porque todo el mundo sabía que Anastasio Somoza había salido por pies para salvar su trasero y que no se acordó ni de su padre.

Y efectivamente, los huesos de papá dictador acabaron en la escombrera

del cementerio, de donde se recuperó a duras penas una calavera maltrecha cuyo ADN dijo, tímidamente, sí, yo soy la que un día albergó el cerebro déspota de Anastasio Somoza García.

La saga dictatorial de los Somoza continuó en las figuras de los dos churumbeles del general. Y si malo fue el padre y pésimo el hermano, Anastasio Somoza Debayle, *Tachito*, remató la jugada. Tras el atentado que sufrió en su exilio paraguayo, sus restos tuvieron que enviarlos a un cementerio de Miami, en Estados Unidos, porque no había lugar seguro para él. Aunque llegar, lo que se dice llegar, llegó a medias.

Disfrutaba él de su exilio dorado en Paraguay, al abrigo de otro dictador colega, Alfredo Stroessner, cuando un día de septiembre de 1980, circulando con su Mercedes color azul por una avenida de Asunción, sufrió el ataque de un comando terrorista de nicaragüenses y argentinos con ametralladoras y bazookas. Por carambolas del destino, la avenida donde se produjo el atentado se llamaba Generalísimo Franco. Entre dictadores andaba el asunto.

El coche quedó hecho un amasijo de hierros, y los restos de Anastasio Somoza, mezclados con el amasijo. Lo que se pudo rescatar de aquel hombre fue trasladado a Miami, a un panteón familiar donde se encontraría más o menos seguro, visto lo que ya había pasado con los huesos de su padre.

Pero cuentan quienes lo vieron que parte de Somoza quedó en aquel coche Mercedes, y que por tanto se decidió dar cristiana sepultura a toda aquella chatarra en la finca de un general llamado Brítez Borges. Cuando el régimen militar de Stroessner por fin cayó, la ubicación del coche enterrado de Somoza salió a la luz y hubo una persona muy interesada en hacerse con aquellos hierros. Se trataba del doctor Joel Filártiga, un personaje muy conocido en Paraguay por su activismo político contra la dictadura y por la defensa de la verdad en la muerte de su hijo de 17 años, que se hizo pasar por crimen pasional cuando lo cierto es que fue asesinado. El hecho adquirió cierta relevancia internacional cuando, en 1991, Amnistía Internacional y la HBO produjeron la película *La guerra de un solo hombre*, protagonizada por Anthony Hopkins, Norma Aleandro y Rubén Blades.

El doctor Joel Filártiga consiguió los restos del coche impregnados del propio Anastasio Somoza porque tenía planes muy concretos: construirse una escultura en el jardín de su casa con ellos; una escultura que recordara el fin

de la tiranía de Somoza y de Stroessner y homenajeara la memoria de su hijo asesinado. Contaba el doctor Filártiga que la parte más dura de todo su empeño artístico fue la negociación con su esposa para que le dejara meter toda aquella chatarra en el jardín de casa. Pero lo hizo, y mientras Anastasio Somoza duerme su sueño incompleto sin saber que una escultura recuerda su nefasta memoria.

EL SILENCIOSO REGRESO DE NICETO ALCALÁ ZAMORA

(1877-1949)



Niceto Alcalá Zamora fue el primer presidente de la Segunda República. Es fácil deducir, pues, que acabó expatriado. Falleció en Buenos Aires y sus huesos aún deben de guardar cierto resentimiento por el silencio que les ha dedicado su país. Regresaron a España durante el Gobierno de UCD, casi en secreto, porque el presidente Adolfo Suárez se excusó ante la familia diciendo que... en fin... que no procedía exhumar y repatriar los restos de un republicano de forma oficial, ni mucho menos darle un funeral de Estado.

Suárez se arrugó ante la posibilidad de que el regreso de un presidente republicano, tan legítimo y tan salido de las urnas como el propio Suárez, hiriera ciertas sensibilidades. Por eso pidió a la familia que hiciera el traslado de forma discreta. Y tan discreto fue el regreso, que sus huesos los trajeron en

pleno agosto para que no se enterara nadie. Alcalá Zamora no merecía volver a escondidas a su patria treinta años después de haber muerto.

Murió en Buenos Aires en 1949, pero antes dejó muy claro en su testamento que cuando España volviera a ser libre le devolvieran al suelo del país en que nació, aunque con matices: si no se pudiera, sus familiares no debían atormentarse por dejar los restos lejos de España ni preocuparse por traslados costosos.

Andaba ya muy malito don Niceto cuando un día, tumbado en el sofá que le hacía de cama en su modesto piso, ya no amaneció. Ese mismo sofá en el que murió está ahora en la Casa-Museo de Alcalá Zamora en Priego de Córdoba, su pueblo, donde también se conserva el reloj que, como era costumbre, fue detenido a la hora justa de la muerte.

El presidente fue enterrado en el cementerio de La Chacarita envuelto en una bandera republicana que tiene su propia historia, porque fue de las últimas que pasaron la frontera hispano francesa de Prats de Molló en aquel duro exilio de la Guerra Civil. De aquella misma zona se tomó un puñado de tierra y otro más se recogió en Priego de Córdoba.

La bandera y aquellos puñados de tierra acompañaron en su exilio a Niceto Alcalá Zamora y también a la hora de su muerte, porque la bandera envolvió su cuerpo y la tierra se mezcló en su tumba. Las manos del presidente sujetaron un crucifijo.

Ahí acabó todo. Un personaje de la relevancia política de Alcalá Zamora quedó arrumbado en el exilio con la única atención de sus parientes.

Como los hijos y los nietos de Niceto Alcalá Zamora no olvidaron en ningún momento la petición del abuelo de regresar a España, con la llegada de la democracia también pareció llegar el momento oportuno. Lo fundamental era que Franco estuviera criando malvas, así que dejaron pasar un tiempo prudencial y en 1977 la familia pidió el permiso para traer los restos. Respuesta negativa. No era momento de andar desenterrando a republicanos. Se impidió el regreso porque dado que Alcalá Zamora había sido jefe de Estado, si volvía tendría que hacerlo con los honores lógicos de su rango.

El año 1977 fue complicado y vertiginoso: se legalizó el Partido Comunista, se derogó la ley de censura de Prensa, UCD ganó las elecciones,

las primeras en las que se votó en libertad desde la Segunda República... aún había mucha tensión de glúteos en España y el regreso de Alcalá Zamora podría levantar un revuelo innecesario. Pero la familia no se rindió y volvió a la carga en 1979 para atender la petición del abuelo de regresar a España y aprovechando que se cumplían treinta años de su fallecimiento. Parecía el momento, incluso, de darle un homenaje y un funeral de Estado para recordarle al país que aquel presidente era un demócrata apartado del poder legítimo por las bravas. Nueva negativa.

Alcalá Zamora seguía con el maltrato a costas porque, y así lo resumió su nieta Pura a la revista *Tiempo*, «para la derecha, era un rojo pervertido y un masón, y para la izquierda, un beato de misa diaria». Pero Alcalá Zamora sólo era republicano y católico, cuestiones ni incompatibles ni vergonzantes salvo para mentes que mezclan churras con merinas. Una cosa es la opción política y otra muy distinta la opción religiosa.

En 1979, tras la negativa de Adolfo Suárez para traer los restos de forma oficial y pública, la familia aceptó que el abuelo Niceto volviera a España sin que nadie se enterara, pero que al menos volviera. En pleno agosto, con todo el mundo de vacaciones, llegó un barco al puerto de Barcelona de forma discreta con los restos del primer presidente de la Segunda República; un discreto coche funerario recogió la caja y discretamente la trasladó al cementerio de la Almudena de Madrid, donde recibió un discreto entierro ante un puñado de familiares la mar de discretos. Ni siquiera en 2009, cuando se cumplieron sesenta años de la muerte del presidente Alcalá Zamora y tres décadas de la repatriación de sus restos, se tuvo en cuenta que hubiera sido un buen momento para enviar la discreción a hacer gárgaras.

¿Y el resto de los restos republicanos?

Quien haya visitado con ojos curiosos el antiguo cementerio Civil de Madrid se habrá percatado de que tres de los presidentes de la Primera República española disfrutaban de unos panteones muy majos y propios de su rango político, sobre todo Nicolás Salmerón y Pi y Margall. Figueras también tiene uno, pero más normalito. Sin embargo, allí, en el Civil, no hallarán ninguna de las tumbas de los cuatro presidentes de la Segunda República. Evidentemente, porque no están.

Manuel Azaña está enterrado en el cementerio de Montauban (Francia); Diego Martínez Barrio, en el cementerio de San Fernando de Sevilla, y el cuarto presidente exiliado, José Maldonado, tuvo al menos la suerte de volver a morir a España. Está sepultado desde 1985 en el cementerio de La Espina, en el concejo asturiano de Salas. Él habría preferido tocar tierra en Tineo, su pueblo natal, pero, bueno, al fin y al cabo está en Asturias, donde él quería.

Maldonado fue el último presidente, el encargado, además, de disolver en 1977 el Gobierno republicano tras las elecciones que ganó UCD. Por ello, por haber muerto con la democracia ya instalada, pudo regresar a España por su propio pie, mientras que los otros presidentes en el exilio sólo volvieron con los pies por delante. Menos Azaña, que no quiso volver ni muerto.

Quizás le pudo más el resentimiento, y puesto que Francia lo acogió en sus últimos años de vida, en Francia exigió continuar. Así lo dejó dicho, y por eso los intentos de traerle de regreso a España no han dado resultados. Alcalá de Henares, la ciudad donde nació Manuel Azaña, intentó repatriar sus restos allá por 1992, pero la viuda del presidente, Dolores Riva, se negó en redondo, porque su marido le había pedido que le dejara tranquilo en su cementerio de Montauban. Un año después de aquel intento de Alcalá de Henares de recuperar a su ilustre republicano, la viuda de Azaña murió en Ciudad de México y fue enterrada en el Panteón Español. Quiere esto decir que mientras los herederos de la viuda no den permiso para el traslado, nada se podrá hacer. Y seguramente nada se hará, porque lo justo es respetar el deseo del muerto, y el difunto Azaña quería que lo dejaran en paz en su retiro francés.

Al último que movieron de su tumba fue a Diego Martínez Barrio, el que precedió a Maldonado también en el exilio. Murió en 1962 en Francia, y allí fue enterrado, en un pequeño cementerio a las afueras de París. Pero, como había sido previsor, dejó dicho en su testamento que su mayor deseo, por encima de cualquier otro, era regresar a España para ser enterrado junto a su mujer en el cementerio de San Fernando de Sevilla.

La prensa franquista de la época sólo reflejó la muerte de Martínez Barrio soltando sapos por la boca, porque en la necrológica que le dedicaron se dijo que había muerto como había vivido, con un tenedor y un cuchillo en las manos y bebiéndose el dinero de los españoles... Hace falta mala baba. Y todo porque había fallecido de un ataque al corazón mientras almorzaba el día

de Año Nuevo en un restaurante parisino.

Estaba claro que Martínez Barrio no podría regresar a España hasta que se murieran los malos, pero todo llega, y en el año 2000 el Ayuntamiento de Sevilla decidió que ya era hora de que el presidente republicano volviera a casa.

Casi cuarenta años después de su muerte, Diego Martínez Barrio tuvo un entierro como él hubiera querido, republicano y civil, al son del *Himno de Riego*, en su tierra y junto a su mujer. Terminaba así el exilio en la vida y en la muerte de otro presidente republicano al que la democracia permitió que se le pusiera en su sitio.

DUQUE DE RIÁNSARES, MÁS SOLO QUE LA UNA

(1808-1873)



Hubo en el siglo XIX un personaje plebeyo que se llevó al huerto a la regente María Cristina de Borbón, viuda de Fernando VII. Se llamaba Fernando Muñoz, conocido con chufra como Fernando VIII, y era el guardaespaldas de la reina, con la que acabó teniendo ocho hijos. La historia de esta pareja es bastante escandalosa, porque fue público y notorio que se aprovecharon de un vergonzoso tráfico de influencias y usaron las arcas del Estado para fines particulares.

Pues bien, como una reina de España es intachable se ponga como se ponga, la regente Cristina está enterrada en el Panteón de Reyes de El Escorial, frente a su primer marido, Fernando VII, aunque ella tenía preparada su tumba junto a su segundo esposo en Tarancón (Cuenca). Ésta es la historia de cómo la muerte te pone en tu lugar aunque no quieras.

María Cristina de Borbón enviudó muy joven de su tío y esposo Fernando VII, aunque antes tuvieron el tiempo justo de dejar una heredera al trono, Isabel II. La reina no tuvo la suficiente paciencia para guardar las formas y el luto, y nada más morirse su marido, agarró a su amante y escolta, se lo llevó a una finca de Segovia que se llamaba Quitapesares (qué nombre tan oportuno) y le dijo que se tenía que casar con ella sí o sí.

A los tres meses de enviudar, la reina regente se casó en secreto y pasó a ser la señora de Muñoz, aunque siguió haciendo el paripé de viuda doliente. Cómo sería la señora, que hasta se presentaba en las Cortes de luto, lloriqueando por Fernando VII, pero con un avanzado embarazo de su segundo y secreto marido.

Las coplillas que les sacaron los carlistas de la época no tienen desperdicio:

*Lloraban los liberales
que la reina no paría,
y ha parido más Muñozes
que liberales había.*

Efectivamente, porque la reina y Fernando Muñoz tuvieron ocho hijos, todos ellos convenientemente adornados con ducados, marquesados y condados. Fernando Muñoz, un guardia de corps alto y guapetón, era hijo de un estanquero de Tarancón, y esto, evidentemente, era muy poca cosa para ser marido de la reina, así que María Cristina consiguió que le nombraran duque de Riánsares, grande de España, caballero del Toisón de Oro, senador del reino y teniente general de los Reales Ejércitos. Se le dieron condecoraciones a tutiplén y no había negocio lucrativo en España donde no estuviera metido. Pero hasta los grandes de España se mueren.

El matrimonio se construyó en vida un panteón en la ermita de la Virgen de Riánsares, en Tarancón, con intención de ser sepultados juntitos. Pero en el panteón está el escolta Fernando Muñoz más solo que la una, y la tumba de María Cristina, vacía, porque Alfonso XII, su nieto, decidió que, como reina y madre de reina, tenía que ir por obligación al Panteón de Reyes de El Escorial. Había que mantener las formas.

Y allí está, enterrada frente a su marido Fernando VII, a quien soportó sólo por adquirir el título de reina y cuyo luto no respetó. Lo de la reina Cristina y su segundo marido Fernando Muñoz es lo que se suele llamar un cese temporal de convivencia en el más allá. Quizás alguien, algún día, ponga remedio al asunto y traslade sus restos a Tarancón, aunque sólo sea para hacer sitio en el Panteón de Reyes de El Escorial, porque, no hay que olvidarlo, no queda espacio para ningún rey más.

EL ENTIERRO TRAMPOSO DE CATALINA DE LA CERDA

(1551-1603)



En la iglesia conventual de San Pablo, en Valladolid, yacen los duques de Lerma, dos de los personajes con mayor relumbrón histórico enterrados en la ciudad. Francisco de Sandoval y Rojas (1553-1623), duque de Lerma, fue aquel valido del rey Felipe III considerado aún hoy uno de los tipos más corruptos y caraduras que han pisado este país al amparo de la monarquía. El «caso Gürtel» y la «operación Malaya» juntos son una pantufla china comparados con los negocios que organizó el duque por la gracia de su cargo y para lucro personal.

Fue el duque quien convenció a Felipe III, un rey con menos luces que una patera, para trasladar la corte a Valladolid, y el mismo que más tarde persuadió al monarca para devolverla a Madrid. En los dos casos el noble había tejido previamente su red inmobiliaria para sacar un jugoso partido a

tanta ida y venida de la corte. Su poder era tal que en una ocasión un cargo de la corte que no tenía forma de entrevistarse con el duque de Lerma acudió directamente a ver al rey. Felipe III le sugirió que hablara directamente con el duque de Lerma para solucionar su problema, a lo que su interlocutor contestó: «Si yo pudiera hablar con el duque, no habría venido a ver a vuestra majestad».

En julio de 1603, cuando Valladolid disfrutaba de su condición de capital, murió la duquesa de Lerma, Catalina de la Cerda, y su esposo fue capaz de montar una farsa con el cadáver de su esposa para no renunciar a la pompa que él pretendía dar al entierro.

Catalina de la Cerda nació en Cigales (Valladolid), pidió ser enterrada en Medinaceli (Soria), se murió en Buitrago del Lozoya (Madrid) y acabó recibiendo sepultura en Valladolid. ¿Por qué el duque de Lerma no hizo caso de los deseos de su mujer de reposar junto a sus padres, los duques de Medinaceli? Porque sus ínfulas de grandeza exigían la presencia de toda la aristocracia asistiendo al sepelio de la duquesa, y si la hubiera enterrado en Medinaceli no habría acudido ni el Tato.

La muerte de la duquesa Catalina de la Cerda en Buitrago del Lozoya, a ciento y pico kilómetros de Valladolid, fue un grave contratiempo para el duque, incapaz de renunciar a que toda la corte acompañara el entierro. Francisco de Sandoval, en plena calorina, organizó un cortejo fúnebre con exagerada parafernalia que tuvo que atravesar los fresquitos campos castellanos desde Buitrago hasta Valladolid en aquel julio de 1603.

Y, lógico, aquello empezó a oler.

Cuando la caravana fúnebre llegó a la capital, la situación era del todo insostenible, pero no por ello el duque de Lerma iba a renunciar a ver a toda la corte asistiendo a los funerales de su mujer.

Estaba claro que no podía seguir paseando el cadáver de Catalina por las calles vallisoletanas dado el tufillo que la duquesa corrupta dejaba a su paso, porque habrían caído fulminados todos los asistentes en doscientos metros a la redonda. El duque enterró a su esposa a toda prisa donde estaba previsto, en el convento de San Pablo, pero sin que casi nadie se percatara de la maniobra. Ordenó que se tomara otro ataúd, que se llenara de piedras simulando el peso de la muerta y que fuera este féretro el que se paseara por

la capital.

Y allí estuvo toda la corte integrando el cortejo fúnebre de un ataúd sin muerto; los presidentes y miembros de los consejos, los grandes de España, el arzobispo de Zaragoza, el cardenal de Toledo y el obispo de Valladolid bendiciendo un féretro lleno de piedras en lo que fue una de las farsas más sonadas del duque de Lerma.

Veinte años después, el duque acompañó a su esposa en el sepulcro, no sin antes haber encargado al gran escultor Pompeo Leoni dos magníficas estatuas orantes para presidir las sepulturas en la iglesia conventual de San Pablo. Lo hizo por pura envidia, porque el artista italiano ya había realizado por encargo de Felipe II los dos grupos escultóricos funerarios que presiden los cenotafios de Carlos V y del propio Felipe II, acompañado cada uno por sus esposas, instalados en los laterales del altar mayor del monasterio de El Escorial. El caro capricho del duque de Lerma se ha interpretado como un deseo de rivalizar con los reyes.

Las esculturas se exhiben ahora en el Museo Nacional de Escultura de San Gregorio, en Valladolid, alejadas de sus dueños los duques. Y un detalle más: en el mismo museo hay otro grupo escultórico en el que merece la pena fijarse. Se trata de *La Piedad*, obra del imaginero barroco Gregorio Fernández, en la que se ve a la Virgen con Cristo en su regazo después del descendimiento y a los dos ladrones crucificados que acompañaron a Jesucristo en la cruz. No hay que dejar de fijarse en la cara del ladrón de la izquierda. Es el rostro del duque de Lerma, con su bigote y su perilla. Tres hurras por el fino humor de Gregorio Fernández.

LUIS II DE BAVIERA, EL REY LOCO

(1845-1886)



Al sur de Alemania hay un lago que se llama Starnberg, y dentro del agua, aunque muy cerca de la orilla, se ve una cruz de madera que señala el lugar donde fue encontrado flotando boca abajo el cadáver de Luis II, el último rey de la Baviera independiente. Unos metros más allá apareció uno de sus psiquiatras en igual postura, pero a éste no le pusieron cruz. ¿Qué pasó entre estos dos en el lago? Pues no se sabe, pero se podría averiguar.

A Luis II de Baviera lo llamaron «el rey loco», aunque también fue el mecenas de Richard Wagner. O sea, que estaría chiflado, pero tenía oído. Le dio sobre todo por construir castillos de ésos de cuento, auténticos paraísos de fantasía y estéticamente delirantes (Walt Disney le copió el diseño del castillo de Neuschwanstein para incluirlo en *La bella durmiente*). Al final le declararon incapaz para gobernar y le diagnosticaron una esquizofrenia paranoide. Un par de días después, apareció muerto. No se sabe si fue el

asesino o el asesinado; si se suicidó o si lo suicidaron.

Nunca se supo qué pasó en aquel lago entre el rey y su psiquiatra. Los descendientes se niegan a que se estudien los restos, y desde aquel 13 de junio de 1886 en que aparecieron muertos médico y paciente, historiadores e investigadores forenses intentan averiguar cuáles fueron las causas.

Unos dicen que el rey mató a su médico porque el psiquiatra quiso evitar que se suicidara; otros, que fue el médico el que mató al rey porque lo tenía de los nervios; y otros, que a los dos los mataron terceras personas. El historiador alemán Peter Glowasz, estudioso de la figura de Luis II desde hace treinta años, asegura que la única forma de averiguar la verdad es estudiando los restos, y así se lo propuso a los descendientes en el año 2007. Pero no se dejan.

La familia Wittelsbach, una dinastía muy relacionada con la historia de Baviera, no permite que se abra el sarcófago enterrado en la iglesia de Saint Michael, en Munich (Alemania), para hurgar en los huesos. Dicen que para satisfacer una curiosidad histórica no permitirán que anden moviendo a su antepasado ni que le cotilleen por dentro.

Pero lo cierto es que no es sólo una curiosidad histórica, porque no es lo mismo que las enciclopedias digan en las reseñas de Luis II de Baviera que apareció muerto, que especifiquen por qué apareció así.

El Instituto Forense de la Universidad de Berna (Suiza) inventó un método que se llama Virtopsy; traducido, «autopsia virtual». Es decir, se pueden estudiar los restos sin abrirlos. Se trata de recrear en tres dimensiones el cuerpo mediante imágenes de resonancia magnética y tomografías computerizadas. La imagen en 3D detecta, por ejemplo, si hay heridas de bala. El mismo sistema se utilizó con la momia de Tutankamón y los resultados fueron espectaculares. Y tan espectaculares: miles de años creyendo que fue asesinado y ahora resulta que el faraón se murió de una vulgar infección.

Pero al investigador que pretende estudiar a Luis II de Baviera le va a dar igual, porque como la familia no ha querido enseñarle ni el meñique del rey, no hay autopsia virtual que valga. Lo que se intenta poner en claro es por qué un pescador que estaba en el lago aquel 13 de junio aseguró haber oído disparos y por qué apareció la camisa que supuestamente llevaba puesta el

rey en el momento de su muerte con dos agujeros de bala.

Sí esto es así, el rey no se ahogó por voluntad propia en un lugar donde apenas cubre medio metro. Pero da lo mismo, si la familia no permite la investigación, Luis II de Baviera continuará siendo el rey que construyó castillos de cuento de hadas, que patrocinó a Wagner y que se murió vaya usted a saber de qué.

ENRIQUE IV DE CASTILLA, NO SIN MI MADRE

(1425-1474)



El escritor Juan Eslava Galán, un maestro del relato histórico que fabula de cine, tiene entre sus muchos libros uno titulado *En busca del unicornio*, del que algunos lectores han tomado como cierto un episodio en el que dice que en el sepulcro de Enrique IV de Castilla se depositó junto al cuerpo del rey un trozo de un cuerno de unicornio. El argumento gira en torno a la supuesta y nunca demostrada impotencia de Enrique IV y a cómo el rey envió a África un escuadrón de ballesteros para que cazaran un unicornio con cuyo cuerno pretendía recuperar su masculinidad.

En el libro, este escuadrón regresa cuando el rey ya ha muerto y no les queda otra que meter el cuerno en la tumba. Vale, pero no; esto forma parte de la trama, pero en la tumba de Enrique IV lo único que había era una

momia hecha polvo que llevaba en la misma postura casi cinco siglos. Ni cuernos, ni nada que se le pareciera.

Los cuernos dijeron que se los puso a él su mujer, la que se lió con el tal Beltrán de la Cueva y de donde se supone nació la famosa Juana La Beltraneja. Pero tampoco hay que creer este asunto. La revisión de la Historia parece demostrar que aquello de tachar al rey de impotente perdido, de señalar que su hija Juana no era suya y de marcarle con la infidelidad de su mujer fue una maniobra perfectamente orquestada para que Isabel la Católica se hiciera con el trono a base de participar en el desprestigio de su propio hermano.

A Enrique IV no le enterraron con cuerno de unicornio alguno, primero, porque los unicornios no existen, y segundo, porque él murió seguro de que su hija Juana, la que debió reinar en Castilla, era suya y más que legítima.

¿Y cómo estar tan seguros de que en la tumba no había un cuerno? Porque hay que fiarse de Gregorio Marañón. Fue él quien participó directamente en la exhumación de Enrique IV cuando se localizó su sepulcro en 1946, escondido detrás del retablo del monasterio de Guadalupe (Cáceres).

Durante muchos años se estuvo buscando el féretro del rey, porque se suponía que debía de estar allí, en Guadalupe. El traslado estaba documentado, pero, como antes tenían esa manía de no apuntar dónde dejaban a los muertos, el rey no aparecía por ninguna parte. Y además se sabía que tenía que estar debajo de su madre, la reina María de Portugal. Cuando se especifica «debajo», entiéndase literalmente: con el ataúd de su madre en contacto y encima del suyo.

Enrique IV no murió en su mejor momento político, y por eso, pobre, no le hicieron mucho caso. Falleció en diciembre de 1474 después de un intento de cabalgada a los montes de El Pardo. Ya estaba muy perjudicado, así que sin terminar aquel paseo a caballo, volvió a su casa de Madrid, se echó en la cama y se acabó. No hubo ceremonia, ni cortejos fúnebres, ni nobles agradecidos que acarrearán con su señor... ni siquiera una mínima preparación del cuerpo para que aguantara tiempo de buen ver. Tampoco hacía falta, porque estaba tan escuchimizado que se iba a convertir en momia a la velocidad del rayo.

Lo enterraron provisionalmente en el camino de El Pardo, en el convento

de San Jerónimo del Paso, pero su deseo era que lo sepultaran junto a su madre, la que nunca le falló, en Guadalupe. Y quiso estar tan cerca de ella que pidió que su féretro quedara colocado justo debajo y en contacto.

El traslado se hizo, pero ya estamos como siempre; ni se documentó la fecha, ni cómo ni en qué condiciones. Y si alguien lo hizo, algún torpe perdió la documentación.

Hay noticias del traslado a Guadalupe en 1618; es decir, ciento cuarenta y cuatro años después de la muerte del rey y aprovechando una remodelación del monasterio. A los lados de la capilla mayor, en alto, se colocaron las estatuas orantes de la reina María y de su hijo Enrique IV a modo de sepulcros, y la lógica decía que allí debían estar los restos. Pero de haberse hecho así no se habría cumplido el deseo del rey de estar sujetando con su ataúd el ataúd de su madre. Sea como fuere, el caso es que pasó el tiempo... mucho tiempo, más de tres siglos, y no había criatura capaz de encontrar a los reales muertos. Pero, caramba, si allí habían sido enterrados, en algún sitio tendrían que estar... que el monasterio de Guadalupe no es El Escorial. Pero no hubo forma.

Un día de 1946 hubo que arreglar algo detrás del retablo del altar, para lo cual descolgaron a un zagal con unas cuerdas. Y fue entonces cuando se oyó la voz del mozo diciendo algo así como: «¡¡Ehhhh!! ¡¡Que aquí hay dos muertos... uno encima del otro!!». Ya está... a que van a ser los que llevamos buscando cinco siglos...

El hallazgo se comunicó a la Real Academia de la Historia, y uno de los designados para el reconocimiento de restos fue Gregorio Marañón. Es decir, que los datos que siguen a continuación se conocen gracias a que él sí que lo apuntó todo, no como otros, y luego lo trasladó a su obra *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*.

El esqueleto de la reina medía 120 centímetros, y no porque fuera así de bajita, sino porque le faltaban huesos de rodilla para abajo. Al parecer, a la mujer la trasladaron a esta segunda caja tiempo después de la muerte, y dado que no acertaron con las medidas del ataúd, hicieron que entrara por las bravas. El rey estaba más entero, momificado, «apergaminado», tal como reflejó Marañón, pero vestido de forma muy desastrada, porque lo enterraron con la misma ropa con la que murió, sin amortajar. Al menos se libró de que

le cortaran nada.

Hasta aquí llegó el misterio, porque, una vez localizados y estudiados los cuerpos, volvieron al mismo sitio, detrás del retablo, pero con todos los datos en orden por si tenían que volver por ellos.

Y, por cierto, en la caja de la reina había un pergamino que documentaba el traslado y el lugar de enterramiento, pero hace falta ser bruto para dejar los datos de dónde están las cajas precisamente dentro de ellas. O sea, que para encontrar la documentación en la que se explicaba dónde estaban los enterramientos primero había que encontrar a los dos muertos. Unos genios.

EL PRORRATEADO MAHATMA GANDHI

(1869-1948)



El día 30 de enero está declarado Día Internacional de la Paz, y esta jornada tiene su origen en una muerte. El 30 de enero de 1948 un fanático asesinó al más destacado abanderado de la no violencia, Mahatma Gandhi. La mañana que precedió a su muerte, Gandhi pronunció unas proféticas palabras: «Si todos los que ahora me escucháis caminarais hacia la paz por el sendero de la no violencia, me iría de este mundo muy satisfecho, aunque muriera abatido por la violencia de los fusiles».

Sólo unas horas después, cuando Gandhi se dirigía a los rezos de la tarde, un hombre le descerrajó tres tiros en el pecho. Su muerte se consideró una catástrofe internacional y la condena fue unánime.

Dos millones de personas acudieron a los funerales del Mahatma. Una cifra tan desmesurada que, cuando Sir Richard Attenborough dirigió en 1982

la película *Gandhi*, para recrear la escena tuvo que reunir a trescientos mil extras para acercarse mínimamente a lo que en realidad se vivió. A la mañana siguiente del asesinato, el cadáver de Mahatma Gandhi fue cubierto de flores y colocado sobre un armón de artillería. Una salva de setenta y nueve cañonazos, uno por cada año de su vida, rompió el silencio de Delhi. A las 11 de la mañana arrancó la mayor marcha fúnebre que ha conocido la India. Se dirigía hacia el río Yamuna, donde ya estaba preparada una pira funeraria con madera de sándalo y adornada con guirnaldas y coronas empapadas en mantequilla clarificada e incienso.

Sus cenizas se repartieron en varias urnas y fueron depositadas en las aguas de los ríos sagrados en varios lugares de la India. Eso era lo previsto. Pero hubo una parte de las cenizas que, por razones que nunca se aclararon, no se lanzaron al agua. Una de las urnas fue a parar a una caja de seguridad de la oficina principal del Banco Central de India, en la ciudad oriental de Cuttak.

En la caja fuerte del banco permaneció una porción de las cenizas de Gandhi durante décadas, hasta 1997. Los descendientes del líder indio batallaron durante años en los tribunales hasta conseguir que les devolvieran las cenizas, y por fin lo consiguieron.

Exactamente cuarenta y nueve años después de su muerte, el día 30 de enero de 1997, miles de personas de todas las religiones volvieron a reunirse para despedir lo poquito que quedaba de Gandhi. Fue en la ciudad de Allahabad, desde donde una pequeña barca partió hasta el punto justo donde confluyen en una corriente única las aguas de los tres grandes ríos sagrados: el Ganges, el Yamuna y el mítico Sarasuati. Allí fueron depositadas las últimas cenizas de aquel hombre calvo y delgado, que logró la independencia de todo un país vestido sólo con un taparrabos.

¿Todo en orden? Noooooo...

Tras la cremación, parte de las cenizas se repartió en pequeñas urnas que se enviaron a infinidad de lugares de India. Todos los que pidieron cenizas de Gandhi las tuvieron, porque el compromiso era homenajearlas, venerarlas, realizar las ceremonias para las que fueron requeridas y luego esparcirlas en aguas de ríos o mares. Muchos cumplieron con el rito, porque ése era el acuerdo con la familia de Gandhi, pero otros se hicieron los longuis y se

quedaron con ellas. Una de aquellas porciones acabó en manos de un museo de Bombay, a donde llegaron porque un empresario hindú las había heredado de su padre.

El Museo Gandhi de Bombay propuso entonces a la familia del líder que las cenizas se expusieran en un monumento permanente en el centro de la ciudad, pero la familia dijo: «No». Pidieron a las autoridades del museo que esas cenizas se esparcieran en el mar Arábigo, el que baña Bombay, y que se hiciera precisamente el 30 de enero de 2008, sexagésimo aniversario de la muerte del gran Mahatma Gandhi.

¿Cuánto queda por ahí de Gandhi? Pues no se sabe. Sólo nos enteraremos de lo que vaya apareciendo, no de lo que falta por aparecer.

EL ESCONDIDO CONDE DE ARANDA

(1719-1798)



A todos nos ha tocado estudiar al conde de Aranda, porque fue una figura clave en la España ilustrada del siglo XVIII. Este aragonés que atendía por Pedro Pablo Abarca de Bolea fue militar, diplomático, político, presidente del Consejo de Castilla... Fue muchas cosas y muy relevantes, pero su actividad se acabó el día que murió, en 1798. Quiso ser enterrado en un lugar emblemático, en el monasterio antiguo de San Juan de la Peña, en Huesca, porque allí estaban sus antepasados nobles y porque el sitio, en mitad del Pirineo aragonés, es para verlo.

Es como si hubieran construido el monasterio con Exin castillos y luego lo hubieran empujado hasta encajarlo debajo de aquella gigantesca peña. Impresionante lugar. Al conde de Aranda le hicieron caso y lo enterraron en el sitio deseado, pero luego lo sacaron y se lo llevaron a Madrid. Y Madrid lo devolvió más tarde, pero los aragoneses quedaron más mosqueados que un

pavo oyendo una pandereta. ¿Les habían repuesto al mismo muerto que se llevaron?

El conde de Aranda estuvo enterrado en San Juan de la Peña poco más de medio siglo, hasta que al Gobierno español le surgió el capricho de crear un Panteón Nacional de Hombres Ilustres en Madrid. En la capital de España se habían perdido la mitad de los muertos, y no hubo otro remedio que buscar ilustres por todo el territorio nacional para birlárselos a otras provincias. A Aragón le tocó la china, entre otros ilustres, con el conde de Aranda. No les sentó nada bien, como tampoco le debió agrandar al conde. Él quería estar en Huesca, no en Madrid.

Aquel Panteón de Ilustres, un fiasco de panteón mal planteado y peor gestionado, fue un completo desastre. Los muertos acabaron regresando por donde habían venido y el conde de Aranda volvió a quedar instalado para su satisfacción en San Juan de la Peña. Fue un difunto de ida y vuelta.

Como en Madrid tuvieron cierto desbarajuste con la acumulación de muertos traídos de provincias, en Aragón no las tenían todas consigo de que les hubieran devuelto al mismo conde que se habían llevado. Para colmo, llegó la Guerra Civil y alguien dijo que la tumba del conde de Aranda había sido profanada y sus restos arrojados por un barranco. Pasada la contienda, se intentó comprobar si el muerto estaba en su sitio, al margen de que fuera o no él, pero no lo encontraron.

Hasta que llegó el año 1985 y en mitad de una sesión de las Cortes de Aragón se organizó un revuelo. Presidía la Comisión de Cultura Luis García-Nieto, que tuvo que interrumpir la asamblea y saltarse el orden del día tras recibir una importante llamada del consejero del ramo. Pedía permiso para intervenir e informar directamente a la Comisión de Cultura: el conde de Aranda había reaparecido.

Durante la rehabilitación de San Juan de la Peña y cerca de donde debía estar la tumba, apareció una caja en la que ponía: «Conde de Aranda». Dentro, una casaca, la espada, la peluca y unos restos bien conservados en los que hasta se detectaba una artrosis cervical, dato fundamental para identificar al conde.

Pero hay que ver cómo son los políticos. Hubo algún diputado de la oposición que medio regañó al consejero por haberse saltado el

procedimiento y haber dado de prisa y corriendo la noticia del hallazgo a la Comisión de Cultura antes que al presidente de las Cortes de Aragón. Algunos no pierden oportunidad de armar bulla, ni siquiera cuando se comunica la feliz noticia de haber recuperado a un muerto que llevaba un siglo en busca y captura.

RODOLFO DE HABSBURGO (1858-1889) Y MARÍA VETSERÁ (1871-1889): EL ENIGMA DE MAYERLING



Austria aún se emociona con dos muertes envueltas en el misterio. Un hecho que allí se conoce como el enigma de Mayerling y que implica directamente a una jovencita de 17 años que se llamaba María Vetsera y al archiduque Rodolfo, heredero del imperio austro-húngaro porque era el hijo de la anoréxica Sissí y de Francisco José I.

Lo cierto es que la maldición que persiguió a la familia imperial sólo es comparable a la que atosigó a los Kennedy, y el enigma de Mayerling fue sólo un episodio más del mal fario que tenían los Habsburgo: el cuñado de Sissí y hermano del emperador, Maximiliano, nombrado emperador de México por el artículo 33, fue ejecutado por Benito Juárez; al hijo, el archiduque Rodolfo, lo suicidaron; al sobrino, Francisco Fernando, lo mataron en Sarajevo en un atentado muy sonado porque fue el que metió de cabeza al mundo en la Primera Guerra Mundial; y la propia Sissí terminó sus

días a orillas de un lago de Ginebra (Suiza) por la lima que el anarquista Luigi Lucheni le clavó en el corazón. Un atentado que no estaba destinado a ella, puesto que el objetivo del magnicida era el duque de Orleans, pero, al no encontrarle en el lugar previsto y cruzarse con Sissí, dijo él... pues esta misma. Al fin y al cabo, tal y como declaró el anarquista, se trataba de salir en los periódicos por matar a todo lo que se meneara con corona puesta.

Pero de todas estas muertes, las que perduran por su fondo novelesco y por los chanchullos que las rodearon fueron la del hijo de Sissí y la de su amante, María Vetsera.

El heredero Rodolfo estaba casado con una princesa belga muy mona, pero dónde se ha visto un príncipe sin amante. El amor oculto del archiduque era la baronesa María Vetsera, también monísima porque no se debe ser de otra manera a los 17 años. Un día de 1889 los dos amantes fueron hallados muertos en Mayerling, el pabellón de caza de la familia imperial ubicado en las afueras de Viena y donde Rodolfo y María se citaban para darse sus revolcones. Mayerling ya no existe como tal, aunque los vieneses lo sigan conociendo con ese nombre. El emperador Francisco José ordenó derribarlo después del suceso y construyó en su lugar un convento de carmelitas a las que encargó rezar a perpetuidad por el alma de Rodolfo... no por la de María.

Cada uno presentaba un tiro en la cabeza, y el suicidio pactado parecía ser la causa lógica. El suceso provocó que la corte austro-húngara se pusiera patas arriba, porque, primero, se acababan de quedar sin heredero, y segundo, porque estaba con una mujer que no era la suya. Solución: había que hacer desaparecer cuanto antes a María Vetsera e inventarse una explicación oficial para la muerte de Rodolfo menos vergonzante que el suicidio. Se llamó a la familia de la baronesa, se le pidió que fueran a recoger el cuerpo por la noche, discretamente, y que se la llevaran sin que se notara que estaba muerta.

La maniobra de cinismo imperial no impidió que en todos los mentideros de Viena ya corriera la peripecia de boca a oreja pese a la creencia de Francisco José y Sissí de que el poder podría tapar todas sus miserias.

El cadáver de María Vetsera estuvo oculto dos días en Mayerling, y cuando acudieron a por él lo introdujeron en un carruaje de la siguiente guisa: vestido con un abrigo de piel y tocado con un gran sombrero. La joven

baronesa viajó sentada y erguida gracias a un palo de escoba que le colocaron en la espalda, entre la ropa, para que no se desmoronara durante el trayecto. El entierro se hizo en absoluto secreto bajo la vigilancia de la policía de Viena, y la pobre María Vetsera acabó sepultada en el cementerio de la abadía de Heiligenkreuz sin honras y con la prohibición de identificar la tumba. La baronesa María Vetsera fue, en el más estricto sentido del término, escondida.

La actuación funeraria con el archiduque Rodolfo fue bien distinta, pero igual de tramposa. El emperador Francisco José I ordenó que se retirara el informe de la autopsia de los archivos oficiales y conminó a todo aquél que estuviera en el ajo a que sólo distribuyera una versión: su hijo había muerto de un ataque de apoplejía... y punto. De suicidio, ni hablar.

Pero no coló, entre otras cosas porque hubo que pedir una dispensa papal a León XIII para poder enterrar al archiduque en sagrado. Los suicidas tenían (aún tienen) prohibido un enterramiento católico, pero el Vaticano sabe cuándo y con quién hacer la vista gorda. La gracia papal se emitió alegando locura transitoria del suicida, con lo cual el pecado quedó dispensado. El heredero, muy al contrario que su amante, disfrutó de capilla ardiente en palacio, aunque durante la exposición del cadáver se dio un hecho un tanto truculento: dado que la versión oficial decía que Rodolfo había muerto de apoplejía, se colocó una máscara de cera sobre el rostro del cadáver para ocultar la herida del disparo en la cabeza, pero la cera comenzó a derretirse con el calor de las velas y... en fin... la cara quedó hecha un pastiche, y el tiro, al descubierto.

La máscara de cera no pretendía sólo ocultar el disparo, sino también un sospechoso hundimiento en el cráneo. Con todos los anteriores datos, parece lícito sospechar que ni María ni Rodolfo se suicidaron. Rodolfo presentaba signos de lucha, y aunque no existiera CSI Viena, los forenses de finales del siglo XIX no eran bobos. Había heridas defensivas en las manos y varios golpes en el resto del cuerpo que pudieron encubrirse con el uniforme y con los guantes. A pesar del disimulo que empleó la familia imperial, todo el mundo sospechaba de qué iba la vaina. Los quitaron de en medio.

Solventada toda la farsa del funeral, el archiduque Rodolfo fue a dar con sus huesos a la cripta del convento de los capuchinos de Viena, con todos los

Habsburgo y ahora al lado de mamá Sissí y papá Francisco José.

A estas alturas de curso, parece estar clarísimo que María y Rodolfo fueron asesinados, y así lo afirmaron miembros de la propia casa imperial en el siglo XX. Zita de Borbón y Parma fue la última emperatriz de Austria y la misma que en el periódico *Kronen Zeitung* de Viena rompió en 1983 el pacto de silencio que ordenó Francisco José I en todo lo que concerniera a la muerte de los amantes. El compromiso era que quedaba terminantemente prohibido apearse de la postura oficial, que decía, una vez que quedó claro que lo de la apoplejía era una paparruchada, que el desequilibrio mental de Rodolfo le llevó a matar a su amante de un disparo y luego a quitarse la vida él.

Zita de Borbón reconoció que el archiduque Rodolfo fue asesinado por cuestiones puramente políticas que, muy resumidas, serían éstas: el imperio austro-húngaro andaba calentito en aquellos finales del siglo XIX, y Bismarck, el canciller alemán, se llevaba fatal con Rodolfo, porque el heredero se había arrimado peligrosamente a Francia para restar poder a Alemania... Líos políticos que se habrían enredado mucho más si el heredero hubiera llegado a ser emperador. Por eso se sospecha que lo asesinaron. María Vetsera fue un daño colateral.

La olla europea estaba en plena ebullición, porque se estaba cociendo la Primera Guerra Mundial, y el heredero Rodolfo tendría mucho que decir en un futuro. El emperador Francisco José I conocía el complot que amenazaba al imperio y, de rebote, a su hijo, pero se le juntaron el hambre con las ganas de comer. No podía acelerar la crisis política admitiendo el asesinato del heredero y a la vez hubo que ocultar un suicidio que no era suicidio y el hecho de que el archiduque apareciera muerto junto a su amante casi adolescente cuando en casa le esperaban su mujer y su hija. Las cosas no pudieron presentarse más enredadas.

De cualquier forma, al imperio austro-húngaro le quedaban dos telediaros.

Siete décadas tardó María Vetsera en salir de su escondite. Sus restos permanecen en el cementerio de la abadía de Heiligenkreuz, en la tumba original, pero ya identificada. En 1960 los descendientes obtuvieron el permiso para instalar una lápida y un epitafio aparentemente inocuo, pero que

guarda su retranca. Es una frase inspirada en otra del Libro de Job que habla sobre la brevedad de la vida: «Igual que una flor, el ser humano brota y es cortado». María Vetsera no se murió por su cuenta; fue sacada de la vida por las bravas, cortada, y ésta es la única reivindicación de la verdad que han permitido en su tumba.

Sólo en una ocasión la baronesa Vetsera ha sido removida, dado el interés que sigue teniendo el enigma de Mayerling entre los austriacos. A principios de los años noventa, un espontáneo robó los restos de María Vetsera para hacer una autopsia a escondidas y demostrar que fue vilmente asesinada. El profanador acabó detenido y los huesos recuperados y enviados al Instituto de Medicina Legal de Viena para realizar un estudio del que no trascendieron los resultados.

María Vetsera fue sepultada de nuevo bajo dos metros de tierra mezclada con chanchullos imperiales de la corte de los Habsburgo. El misterio continúa.

EVITA PERÓN, UN CADÁVER INCÓMODO

(1919-1952)



María Eva Duarte de Perón... qué mujer esta. Y qué muerte tan ajetreada. Veinticuatro años de acá para allá, primero insepulta en el edificio de la Confederación General del Trabajo de Buenos Aires, luego escondida en media docena de edificios oficiales, después en el piso de un militar, en unos almacenes de los servicios de inteligencia argentinos... embarcada luego hacia Italia, enterrada en Milán, exhumada dieciséis años después, transportada por carretera a Madrid vía La Junquera... otra vez insepulta durante tres años, trasladada a Buenos Aires, insepulta dos años más... hasta que, por fin, en 1976, la enterraron donde ahora está, en el cementerio de La Recoleta de Buenos Aires, en una tumba a cuatro metros y medio de profundidad que es, literalmente, una cámara acorazada. El ataúd está

cubierto por tres planchas de acero, y cada una de ellas cuenta con una combinación de caja fuerte para evitar visitas indeseables.

Evita tenía 33 años cuando murió. Ocurrió a las tres de la tarde del 26 de julio, pleno invierno argentino. A partir de aquí, se lió una buena, porque nadie podía sospechar que el cadáver de Evita iba a ser el más incómodo, indeseable y desestabilizador que había tenido Argentina. El único cadáver conocido que ha sufrido el exilio.

Todo comenzó con el embalsamamiento del cuerpo para su exposición durante diecisiete días. Los funerales se extendieron hasta el 11 de agosto para que los peronistas pudieran despedirla. Dos millones de personas desfilaron frente al féretro y se produjeron siete muertes en los tumultos durante aquellos días. Pero aquel primer embalsamamiento no era suficiente para lo que pretendía su viudo. El general Perón quería que Evita permaneciera por los siglos de los siglos con el mismo aspecto que tuvo en vida. El trabajo llevaría tiempo, al menos un año, justo lo que tardaría en construirse un mastodóntico mausoleo que nunca llegó a edificarse.

El forense encargado de preparar a Evita para la eternidad fue Pedro Ara, aragonés y el mismo que había embalsamado años antes a Manuel de Falla. Durante un año el médico trabajó con el cuerpo para mantenerlo incorruptible en la segunda planta del edificio de la Confederación General del Trabajo, la CGT. Y lo consiguió, le quedó un trabajo fetén, pero la situación política del país se fue complicando por momentos y Perón acabó en el exilio cuando los militares tomaron el poder. ¿Quién cargó con el muerto? El forense. Nadie quería hacerse cargo del cadáver, y Pedro Ara se convirtió en el custodio del cuerpo durante tres años.

Con los militares en el poder, el cadáver se convirtió en un grave problema para los señores de los galones, porque Evita llevaba muerta tres años, pero aún arrastraba masas. La primera intención fue destruir el cuerpo, pero las consecuencias populares si el hecho trascendía eran impredecibles. Mejor deshacerse de él, pero ¿cómo? Aquí empieza el lío, el gordo, porque la madeja ya llevaba liada treinta y seis meses.

Vaya de antemano que el periplo del cadáver de Evita se supo en gran medida gracias a las investigaciones que el escritor y periodista argentino Tomás Eloy Martínez, fallecido en 2010, volcó en su libro *Santa Evita* tras

reunir declaraciones de los militares que participaron en el absurdo que llega a continuación.

En diciembre de 1955, sin perder de vista que Evita había muerto en 1952, los militares retiraron el cadáver del edificio de la CGT, y aunque el forense protestó, lo hizo casi en un susurro, porque Pedro Ara en realidad acababa de quitarse el muerto de encima.

El destino del cuerpo se mantuvo oculto, pero la noticia del traslado trascendió. La que se formó en Argentina cuando se supo que los militares se habían llevado a Evita fue de órdago. Hubo manifestaciones, disturbios y pintadas por todo Buenos Aires pidiendo la devolución de santa Evita, elevada a los altares sin contar con el Vaticano.

Imposible que apareciera la primera dama, puesto que la mantuvieron oculta en un cajón de embalaje que cambiaban de sitio cada dos por tres hasta ocupar seis depósitos distintos en varios despachos oficiales de Buenos Aires. El último fue la buhardilla del lujoso apartamento del mayor Eduardo Arandía. Eso sí, Evita permanecía perfectamente embalsamada y con un cutis de lo más pulcro y terso. Sólo le faltaba hablar, soltar un improperio y pedir que la dejaran quieta en un sitio.

Hacían falta muchas ganas para guardar un cadáver en el piso donde vivías, mucho más cuando ese cuerpo era el más buscado por los agentes peronistas. Y fue precisamente el mayor Arandía el que acarreó con las consecuencias más trágicas. El militar mantenía escondido el cadáver de Evita por orden de sus superiores, y tan grave responsabilidad lo llevaba a vivir obsesionado y a dormir con su pistola. Una noche oyó ruidos en la buhardilla y pensó lo peor. Subió, vio un bulto que se movía en la oscuridad y disparó dos veces. La que hurgaba en la buhardilla era su esposa, intrigada por saber lo que su marido escondía con tanto celo y, para mayor desgracia, embarazada.

El suceso obligó a buscar un nuevo destino para Evita, y en esta ocasión acabó en el edificio de los servicios de inteligencia, donde fue de nuevo embalada en una caja identificada como «Equipos de radio» e idéntica a otras muchas, para que, si había un chivatazo, nadie supiera qué embalaje ocultaba el cuerpo.

El buen juicio acabó aconsejando que a Eva Perón había que enterrarla y,

a ser posible, lo más lejos posible de Argentina. Se encargó la construcción de varios féretros iguales; uno para acoger el cadáver y otros muchos para rellenarlos con lastre en una maniobra similar a la de los embalajes de «Equipos de radio». Todos los ataúdes salieron a la vez de Buenos Aires y todos con destinos distintos. El que guardaba el cadáver de Evita Perón fue embarcado en abril con destino a Génova en el buque de bandera italiana *Conte Biancamano*, porque en Milán la esperaba una tumba con nombre falso en la que descansaría durante los siguientes catorce años. La gestión de la sepultura tramposa se remató gracias a la ayuda del papa Pío XII.

En Milán fue sepultada aquel mismo mes, cinco años después de haber muerto. Evita descansó en una tumba bajo el nombre de María Maggi, viuda de Magistris, y hasta la fecha de defunción era simulada para no dar pistas. El ajeteo, sin embargo, no acaba aquí.

En 1971 Perón disfrutaba ya de su exilio en Madrid junto a su tercera esposa, María Estela Martínez, Isabelita, en la lujosa urbanización Puerta de Hierro. Fue entonces cuando los militares argentinos aceptaron devolverle el cadáver de su querida Evita, y el 1 de septiembre de aquel año, todavía con un aspecto inmejorable, la abanderada de los descamisados abandonaba su tumba italiana y viajaba por carretera pasando por Génova, Savona, Toulon, Montpellier y Perpignan.

El 3 de septiembre, con el beneplácito de Franco para que nadie abriera aquel paquete, Evita atravesó el paso de La Junquera en una camioneta rotulada con la inscripción «Chocolates». Diecinueve años después, Juan Domingo Perón había recuperado el cadáver de su segunda mujer para darle un destino igual de estrafalario que los anteriores: un sótano.

La presencia de Eva Perón en Madrid no pasó desapercibida, y hasta las monjas de clausura del convento de La Merced tuvieron un detalle con ella confeccionándole un sudario en finísima seda compuesto de tres paños blanco y celeste, los colores de la bandera argentina. Un sudario que ha protagonizado su propia historia, porque fue subastado en Roma en el año 2004 y adquirido por ciento noventa y seis mil euros. Los peronistas se pusieron de los nervios cuando supieron que aquella reliquia que estuvo en contacto con su venerada Evita iba a salir a la venta, pero respiraron aliviados tras comprobar que el comprador fue el presidente de Aerolíneas Argentinas,

Antonio Mata, con la única intención de donarlo al pueblo argentino.

En los sótanos de aquel chalé de la urbanización Puerta de Hierro permaneció Evita con paciencia de santa (va a ser cierto que lo fue) hasta 1974, cuando Perón e Isabelita volvieron a Argentina para que el general ejerciera de nuevo la presidencia de la República. La pareja retornó triunfalmente al país, pero Evita continuó en un sótano de Madrid soportando su sino insepulto.

Movidas políticas al margen, llegó el momento de la muerte de Juan Domingo Perón y el día en que lo sucedió en el cargo la inefable Isabelita. Sólo entonces, con Perón ya finado, la nueva presidenta ordenó el traslado de Evita a Buenos Aires y la reunión de los dos cuerpos en una cripta de la residencia presidencial de Los Olivos.

Como los militares argentinos tienen la fea costumbre de no estarse quietos, un nuevo golpe de Estado en 1976, el del nefasto Jorge Rafael Videla, derrocó a la presidenta Isabelita. Perón y Evita se quedaron a verlas venir hasta que el general Videla decidió quitárselos de encima definitivamente y ordenó los entierros por separado. El presidente fue a dar con sus huesos al cementerio de La Chacarita y Evita al de La Recoleta, un cementerio en el barrio porteño del mismo nombre que ella odiaba.

Lo que es la muerte... Evita, que soñó con la inmortalidad, con la admiración del mundo, con ocupar el mausoleo más grande jamás construido... recibió durante veinticuatro años el tratamiento de un paquete y fue pasando de mano en mano.

La muerte nunca sale como uno la planea.

EL REGRESO DE SALVADOR ALLENDE

(1908-1973)



Cada vez que se menciona el fatídico 11-S, viene de inmediato a la cabeza una imagen, un recuerdo y muchos datos: Nueva York, Al-Qaeda, Torres Gemelas, dos mil y pico muertos... Pero antes de que aquel atentado eclipsara todo lo demás, esa fecha del 11-S también iba unida a otras imágenes, otros recuerdos y datos más cruentos: Salvador Allende, Chile, Pinochet, dictadura, tres mil muertos.

Salvador Allende se pegó un tiro el 11 de septiembre de 1973. Esto es al menos lo mayoritariamente aceptado, aunque en enero de 2011 la Corte Suprema de Chile, argumentando «responsabilidad histórica», ordenó la revisión de la autopsia y la recopilación de más testimonios para corroborar que en su muerte no intervinieron segundas personas.

El presidente sabía lo que le esperaba a su país tras el golpe militar que terminó en Chile con la democracia y no quiso verlo. Su muerte fue, aparentemente, voluntaria, pero su primer funeral fue a traición. El segundo, en cambio, resarció con creces el ostracismo al que fue sometido en el primero, y para sí lo hubiera querido el funesto Augusto Pinochet, cuyas cenizas sólo han encontrado reposo en su finca privada de Valparaíso.

Ocultar el cadáver del legítimo presidente de la República de Chile se convirtió en una prioridad para la Junta Militar que presidía Augusto Pinochet. Temían, con razón, que el entierro de Salvador Allende pudiera convertirse en el foco de una revuelta popular y por ello planearon que tuviera lugar lejos de Santiago de Chile y de manera inmediata.

El 12 de septiembre, el féretro con los restos del presidente voló a Valparaíso para ser enterrado en el cementerio de Santa Inés. Cuatro familiares formaron aquel reducido cortejo fúnebre: la hermana de Allende, su mujer y dos sobrinos.

Tantas prisas hubo por deshacerse de Allende, que la junta Militar se olvidó de la señora burocracia y pasaron por alto inscribir su fallecimiento en el Registro Civil. La muerte de Salvador Allende fue registrada oficialmente el 7 de julio de 1975, veintidós meses después de su muerte. En el primer y clandestino entierro del presidente de Chile hubo, además de los cuatro familiares, seis sepultureros y un puñado de militares que querían asegurarse de que Allende, y con él la democracia, quedaban a dos metros bajo tierra.

Cuando el féretro quedó cubierto, la viuda del presidente, en medio de un completo silencio, puso sobre la tumba un ramillete de flores silvestres que había arrancado en el camino. Sus palabras quedaron para la Historia: «Que todos los que están presentes sepan que aquí se ha enterrado al presidente constitucional de Chile». En Valparaíso, en la oscuridad de una sepultura anónima, permaneció Salvador Allende enterrado durante los siguientes diecisiete años. Años en los que miles de personas mantuvieron repleta de flores rojas y frescas la tumba que no llevaba su nombre.

Allende fue enterrado de mala manera y, por supuesto, sin honor alguno, pero la figura del presidente chileno pasó a convertirse en un mito que aquel entierro escondido y secreto no logró apagar. Hoy, cuatro décadas después, más de cien calles y plazas repartidas por el mundo llevan el nombre de

«Presidente Allende». El nombre de Pinochet no se lo han puesto ni a un callejón.

Pese a todos los esfuerzos en contra que hizo gran parte de la cúpula militar chilena, Allende fue sepultado con honores de jefe de Estado en 1990, diecisiete años después de su primer entierro, cuando Chile recuperó la democracia. Fue exhumado en Valparaíso y trasladado a un magnífico mausoleo en el cementerio General de Santiago de Chile. Miles de personas y ciento veinte personalidades extranjeras acudieron al entierro del último presidente legítimo del país.

Adivinen cuántas fueron al de Pinochet.

HERNÁN CORTÉS, EL ZASCANDIL

(1485-1547)



Lo de Hernán Cortés es de traca. Casi se ha perdido la cuenta de sus ajeteos, y todo por morirse donde no debía y por pedir que lo enterraran en un lugar que aún no existía. Total, nueve entierros, dos en España y siete en México.

La prudencia aconseja no aventurar lo que a estas alturas pueda contener la actual tumba de Cortés, porque, dada esa arraigada costumbre humana que consiste en despistar o birlar algún huesecillo cada vez que se desentierra o se vuelve a sepultar a un ilustre, la pifia estaría asegurada. Y lo curioso es que Hernán Cortés fue de los poquísimos conquistadores que murieron en España. La mayoría de los célebres palmó en accidente laboral allende los mares, y para uno que se murió en su país —Colón también pasó por este trance—, va y pide que lo devuelvan a América. Y es que la cogió llorona con Nueva España. Como cabezón era un rato —Moctezuma tenía un par de

datos sobre ello—, acabó consiguiéndolo.

Hernán Cortés, extremeño de Medellín (Badajoz), tenía 63 años cuando andaba por Sevilla con intenciones de volver a Nueva España, actual México, para que allí le pillara la muerte. Pero no le dio tiempo, porque llegó antes. Dicen las crónicas que ya llevaba tiempo que «iba malo de flujo de vientre e indigestión», y en Sevilla empeoró la diarrea. Murió en Castilleja de la Cuesta el 2 de diciembre de 1547.

El siguiente paso era, evidentemente, enterrarlo, y, a ser posible, donde él quisiera. Tiraron de testamento y en él se especificaba que, de momento, lo sepultaran allá donde muriera, aunque no debían de pasar más de diez años sin que lo trasladaran a un monasterio que el propio Cortés había encargado construir con su propia financiación en Coyoacán, un lugar ahora engullido por Ciudad de México.

El primer enterramiento, pues, quedó perfectamente documentado en el monasterio de San Isidoro del Campo, en un mausoleo que le prestó el duque de Medina Sidonia y en el que, según recoge el historiador mexicano Xabier López Medellín, se inscribió el siguiente epitafio por indicación de Martín Cortés, segundo marqués del Valle e hijo del conquistador.

*Padre cuya suerte impropriamente
aqueste bajó inundo poseía
valor que nuestra edad enriquecía,
descansa aboca en paz, eternamente.*

¿En paz? ¿Eternamente? ¿Es que el hijo no sabía que su padre tenía otras disposiciones sobre la ubicación de su última morada?

El entierro en San Isidoro del Campo fue muy solemne... unos funerales muy cucos y muy de la talla conquistadora de Cortés. Acudieron al sepelio los hijos reconocidos y la viuda oficial; los otros que tenía al retortero no pudieron ir —no debían—, ni tampoco las amantes, porque entonces iban a ser muchas las damnificadas por un solo muerto.

Pasados sólo tres años desde el entierro de Cortés, el duque de Medina Sidonia se arrepintió del préstamo argumentando que necesitaba la tumba para difuntos más cercanos, así que se organizó el traslado de los restos del

conquistador a otra sepultura del mismo monasterio. Segunda tumba.

La tercera llegó doce años después —quince tras su muerte—, cuando alguien reparó en que las últimas voluntades del conquistador pedían que no pasara más de una década sin que enviaran sus restos a Nueva España. Pues vale... debió de contestar otro alguien, pero es que el monasterio que ordenó construir Cortés en Coyoacán para que le sirviera de enterramiento no está ni empezado. La decisión, sin embargo, fue facturar los huesos con la intención de que se apañaran como pudieran en Nuevo México. Hernán Cortés volvió a surcar el Atlántico, esta vez con los pies por delante, y hubo que buscarle un tercer enterramiento provisional.

Nunca se puso la primera piedra del monasterio financiado por Cortés, y el dinero destinado a su construcción fue a parar a otros fines. Un vulgar desvío de capitales. La tercera sepultura hubo que improvisarla en la iglesia de San Francisco de Texcoco, un lugar adecuado, puesto que ya estaba enterrada allí la madre del extremeño, Catalina Pizarro. Madre no hay más que una («... y me tuvo que tocar a mí», que cantaría Riki López), luego Hernán Cortés no encontraría mejor ni más acogedor reposo que junto a la suya; de este descanso disfrutó durante poco más de seis décadas, hasta 1629, momento en el que se produjo un nuevo traslado a otro convento franciscano de la capital de México.

Pero antes de proceder a este cuarto entierro, los huesos del conquistador que hizo la puñeta a los aztecas estuvieron expuestos nueve días para que le rindieran honores de hueso presente. Lo sepultaron después durante otro rato tras el Sagrario de la iglesia. Los muertos, al igual que los vivos, temen el momento fatídico de las obras, y los restos de Cortés incordiaban para acometer la remodelación. Vuelta a mover al extremeño para ubicarlo esta vez detrás del retablo mayor. Quinta tumba, para llegar de inmediato a la sexta.

Alguien sugirió que allí mismo, en Ciudad de México, a sólo tres calles de la actual plaza del Zócalo, estaba la iglesia del Hospital de Jesús, fundado por el propio Hernán Cortés, y pareció oportuno enviarlo entre sus muros. A estas alturas, el aventurero ya no sabía dónde tenía la mano derecha y dónde el fémur izquierdo. Vuelta a enterrarlo por sexta vez y repetición de honras fúnebres, ahora más sonadas que las anteriores. México engalanado, todas las

campanas de la ciudad sonando, inauguración de un sepulcro especial con busto incluido... Entierro a lo grande y al que siguió otra etapa de reposo, pero sin relajarnos mucho, porque en México empezaron a ponerse las cosas calentitas con los españoles y alguien dijo: «¡A por Cortés!». A este hombre, cuando no lo movían por culpa de los amigos, era por culpa de los enemigos. El caso era moverlo.

Y menos mal, porque, si no lo llegan a sacar de la tumba, todavía lo estábamos buscando. México, en aquel 1823, estaba en pleno proceso independentista, y Cortés no es que les cayera especialmente simpático. Se desmontó el sepulcro a toda prisa, se quitó el busto, la lápida... como si allí no hubiera pasado nada. Fue el duque de Terranova, descendiente de Cortés, el que salió por pies camino de Palermo (Italia), con todos los avíos de la tumba. ¿Qué pensó todo el mundo? Que también habían sacado de México los huesos de Cortés. Pero no. Cortés había sufrido su séptimo entierro a escondidas: bajo la tarima del altar, donde se mantuvo agazapado y calladito hasta que se calmaran los ánimos, y esperando que llegara su octavo entierro, porque ya le había cogido gustillo.

En 1836, trece años después, sufrió su octavo ajeteo. Lo exhumaron con mucho disimulo del suelo, abrieron un nicho pequeñito a la izquierda del altar, lo taparon, y otra vez dejaron escondido a Cortés. Puede que alguien preguntara: «Oigan... eso que han dado ahí de yeso... ¿qué es?». «Nada... un desconchón que había y lo hemos arreglado». Hernán Cortés quedó de nuevo lapidado.

Son simpáticas las crónicas que contaron todo este periplo y que usaban eufemismos del tipo «aquí reposó» o «aquí descansó». ¡Pero qué descanso ni qué reposo ni qué niño muerto! ¡Si le habían movido de tumba ocho veces! Al menos ésta fue la ocasión en que más tiempo estuvo quieto, porque, como nadie sabía dónde lo habían puesto, se olvidaron de él.

Cortés fue redescubierto en pleno siglo XX, cuando unos investigadores hallaron un documento en el que se indicaba que el extremeño estaba emparedado en un muro de la iglesia del Hospital de Jesús. Entonces fue cuando Hernán Cortés debió de vociferar: «¡No! ¡Otra vez no! ¡Que me tenéis los huesos molidos!». El 28 de noviembre de 1946 el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México se hizo custodio de los

huesos para comprobar si eran del extremeño. Los análisis dijeron que sí, que era él, y llegó el noveno y último entierro en el mismo nicho de donde lo habían sacado, pero esta vez con una lápida identificativa. Allí lleva quieto más de sesenta años, aunque, para no perder el ritmo, en diez o veinte toca moverlo.

Cuánto ha debido envidiar Hernán Cortés la tranquilidad de la que disfruta su caballo en la tumba.

Cortés nunca quiso separarse de su montura, porque el caballo *Cordobés* fue el que con su galopada salvó al conquistador en la famosa Noche Triste, cuando tuvo que salir huyendo de trepecientos mil aztecas enfurecidos. *Cordobés* se jubiló en Castilleja de la Cuesta, allí murió, allí lo enterraron y allí sigue. Bajo una piedra grabada con su nombre en el antiguo palacio de Hernán Cortés (hoy colegio). Ha gozado, sin ninguna duda, de mucha más tranquilidad que su jinete.

EL VELETA PRÍNCIPE INCA PAULLU

(1518?-1549)



Los historiadores y arqueólogos las pasan canutas para hallar las tumbas de reyes prehispánicos. Por poner sólo dos ejemplos famosos, ni aparece Atahualpa, el rey inca, ni aparece Moctezuma, el emperador azteca. Está claro que no encuentran sus tumbas porque nos las cargamos nosotros, los españoles, cuando nos pusimos a conquistar a lo loco. En cambio, sí están perfectamente localizados los restos de los que se cargaron directa o indirectamente a Moctezuma y Atahualpa; o sea, Hernán Cortés y Francisco Pizarro. Un perfecto ejemplo del quítate tú que me pongo yo. La tumba de Cortés, ya ha quedado dicho, está en una iglesia en pleno centro del Distrito Federal de México y la de Pizarro, en la catedral de Lima, justo en las dos ciudades donde deberían estar Atahualpa y Moctezuma, que por algo eran de allí.

Ninguno de los dos príncipes precolombinos ha asomado hueso alguno

por ningún sitio. Al único que han encontrado es al hermano de Atahualpa, el príncipe Huascar Túpac Paullu, si respetamos su nombre prehispánico, o Cristóbal Paullu si nos remitimos a su denominación cristiana.

El hallazgo de su enterramiento en 2007 dejó absolutamente descolocados a los arqueólogos, porque el príncipe Paullu apareció en una iglesia, y a ver qué pinta un inca en suelo cristiano si para ellos el Dios que les impusieron por las bravas era poco menos que un farsante. Es decir, que si el enterramiento estaba en una iglesia, una de dos, o Paullu murió siendo un convertido convencido, o lo enterraron allí a la fuerza.

Pues ni una cosa ni la otra. El príncipe Paullu, último gobernante inca pero sin voz ni voto, fue enterrado en lo que ahora es la iglesia de San Cristóbal de Cusco porque así lo quiso, pero no porque se creyera los preceptos cristianos.

Las claves para semejante deducción las dio la tumba, bien es cierto que porque historiadores como María del Carmen Martín Rubio supieron interpretarlas. Esta investigadora se basó en un documento que guarda el Archivo de Protocolo de Madrid rubricado por el nieto de Paullu, Carlos Melchor Inca, en el que pedía que cuando muriera se le enterrase en España, «pero cuando se pueda se le traslade al templo de San Cristóbal en Cusco, donde están enterrados su abuelo y sus antepasados».

El quid de la cuestión para entender la incongruencia está en el orden de los factores, porque una cosa es que hubiera una iglesia y allí enterraran a Paullu, y otra muy distinta que primero enterraran al inca y luego construyeran la iglesia.

El hermano de Atahualpa, efectivamente, se convirtió al cristianismo para salvar el cuello, pero no se creía una palabra. Para adornar esta conversión construyó una ermita en Cusco y allí fue enterrado por los suyos, pero siguiendo los ritos incas.

Medio siglo después del entierro, allá por 1600, esta ermita se derribó y en su lugar se edificó la actual iglesia de San Cristóbal. Como al muerto no lo movieron, porque no sabían ni que por allí estaba, el inca se quedó dentro de la iglesia —sagrada casualidad— al pie del altar mayor.

Cuando en 2007 los arqueólogos descubrieron el enterramiento, se quedaron a cuadros, sobre todo porque no tenía ningún sentido que Paullu

estuviera enterrado con sus dos concubinas, un jovencuelo, un niño y un perro. Está claro que todo este personal fue sacrificado para sepultarlo junto al príncipe, una actuación impropia si hubiera sido un cristiano convencido.

El despiste aumentó cuando comprobaron que los esqueletos estaban orientados hacia Coricancha, el templo del dios Sol en Cusco, pero las cabezas miraban hacia la imagen de Jesucristo en el altar. Pensaron al principio que este príncipe era un veleta y quizás pretendía tener contentos a todos los dioses por si acaso existía alguno.

Pero no, el inca Paullu no miraba al Jesucristo del altar. El altar lo pusieron después de enterrarlo a él.

LA REAL TESTA DE ENRIQUE IV DE FRANCIA

(1553-1610)



Los franceses, aunque sean felizmente republicanos, están contentos. Han recuperado la cabeza de Enrique IV, su primer Borbón, y para ellos el mejor rey que ha tenido Francia. Para explicar el periplo de la testa real y entender qué hacía dando tumbos por ahí, se impone conocer primero los avatares por los que pasaron las tumbas de los reyes galos.

A los revolucionarios se les fue la chaveta en 1793 y se lanzaron a destrozarse todos los sepulcros reales. Fue tal el desbarajuste que montaron, que el Gobierno francés decidió tomar las riendas de la profanación de forma oficial. Es decir, en lugar de dejar que el populacho arrasara con las tumbas y desperdigara los huesos, se contrató una cuadrilla de obreros para profanar los enterramientos ordenadamente y amontonar todos los restos en un

cementerio. Pero, para el caso, vino a ser lo mismo. El desastre estaba servido.

Conviene leerse el relato corto de Alejandro Dumas *La profanación de las tumbas de Saint-Denis* para hacerse perfecta idea de la locura desenterradora que se apropió de los franceses. Dumas le echó literatura al asunto, pero la esencia del hecho está perfectamente recogida. Los sepulcros fueron arrasados; los huesos, maltratados; las estatuas de reyes que presidían las tumbas, fundidas para hacer monedas... la chifladura se les fue de las manos, porque las entendederas no les daban de sí para pensar que los hombres, como bien escribió Dumas, pueden a veces cambiar el futuro, pero nunca el pasado. Destrozar doce siglos de historia monárquica enterrada no iba a mejorar en nada la recién estrenada República.

Entre las víctimas reales no hubo sólo franceses, porque también la emprendieron con las españolas que se habían casado con reyes. Isabel de Aragón, hija de Jaime I el Conquistador, fue una de las afectadas; y Constanza de Castilla, y María Teresa de Borbón, y Ana de Austria, la hija de Felipe III... Todos los reyes, reinas, infantes, consortes y príncipes dieron con sus huesos en una fosa común repleta de cal que, para mayor escarnio, se abrió justo al lado de la fosa de los pobres. Se trataba de degradar hasta límites extremos la figura de los monarcas.

El batiburrillo de huesos de reyes quedó olvidado por todos hasta que, después de que Napoleón mangoneara Francia, la monarquía recuperó el poder, sólo para un rato, en las manos de Luis XVIII.

El nuevo Borbón no se había olvidado de sus colegas reyes, e hizo abrir la fosa común para recuperar los huesos. Aunque intentó recolocarlos en las tumbas originales, es fácil imaginar la que había allí liada. Cincuenta y tantos cuerpos amontonados y los huesos de unos y otros confundidos. Era imposible saber a quién pertenecía tal fémur o cuál costilla. Sólo los cuerpos más enteros que aguantaron el tipo frente a la cal daban una ligera idea de quiénes podían ser.

Lo que sí se pudo comprobar es que a tres de los reyes les faltaba la cabeza, pero, sin más conjeturas, se pensó entonces que los revolucionarios fetichistas las habrían robado o la cal las habría deshecho. Una de las cabezas desaparecidas era la de Enrique IV, el primer Borbón de Francia y, a decir de

los propios galos, el mejor rey que pisó el país, famoso por esa frase que se le atribuye —no sin cierta discusión—, que dice: «París bien vale una misa». Se supone que se la oyeron cuando decidió cambiar su religión protestante por la católica con tal de pacificar Francia.

Cuando arrancaron de su tumba a Enrique IV, llamó la atención que, pese a llevar casi dos siglos enterrado, estuviera de muy buen ver y tan tieso que antes de arrojarlo a la fosa común se le dejó de pie apoyado en una columna para que los parisinos pudieran admirarlo. No todos se conformaron con observar su aspecto. Alguno lo agarró por las barbas y le arreó una bofetada. El pobre Enrique IV, precisamente el que menos se lo merecía, se llevó un guantazo de muerte.

Cuando Luis XVIII subió al trono, recuperó de la fosa común todos los restos que pudo, y, entre los que no pudo, estaba la cabeza de Enrique IV. Nadie dedicó un minuto más al asunto, porque todos los reyes estaban hechos polvo, así que ahí quedó la cosa.

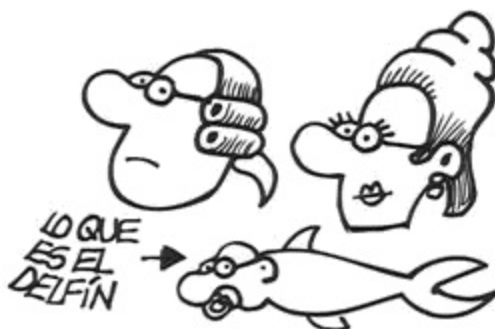
Pero a principios del siglo XX, en 1919, un anticuario compró en una casa de subastas por tres francos una cabeza acreditada como la de Enrique IV. El comprador la adquirió convencido de su autenticidad, aunque no se realizaron análisis que probaran tal convencimiento. El anticuario se dedicó a partir de entonces a presumir de que tenía la cabeza del rey, quizás para revenderla a mejor precio, pero no apareció nadie interesado en aquella cocorota. El coleccionista acabó muriéndose, evidentemente, y en la herencia que le pasó a su hermana iba la cabeza. La pariente tuvo más suerte a la hora de venderla y se la colocó en 1955 a un hombre llamado Jacques Bellanger, que es el que custodiaba la testa y el que la prestó en 2010 para analizarla y comprobar si de verdad llevó una corona puesta. Esta vez los análisis aseveraron lo que ya sospechaba el primer anticuario que la compró.

El semanario especializado *British Medical Journal* publicó los resultados con la confirmación, y como la cabeza tenía tan buen cutis y aún se puede ver en ella, entre otras muchas cosas, el lunar en la nariz y la cicatriz del labio, quedó claro que era la de Enrique IV. Respecto a la realización de análisis de ADN, ni hablar, porque sus descendientes directos están muy perjudicados, puesto que también fueron víctimas del expolio revolucionario en las tumbas reales de Saint-Denis y sería imposible dar con un hueso fiable.

El siguiente destinatario de la cabeza fue el que se supone es su descendiente lejanísimo, al menos por linaje, Luis Alfonso de Borbón, bisnieto de Franco, hijo de Carmen Martínez Bordiú, y considerado por los franceses el legítimo heredero de la corona de Francia si retornara la monarquía al país —lo tienen difícil, la verdad.

Es de suponer que Luis Alfonso sólo se quedó la cabeza momentáneamente, porque a ver qué se hace con una testa entre momificada y descompuesta en casa. Lo aconsejable sería que intentaran ponérsela a Enrique IV a continuación del cuello, pero ¿dónde está el cuello de Enrique IV? ¿En cuál de las numerosas tumbas lo recolocaron? ¿Y sí se la ponen por error a Catalina de Médici?

EL PARTICULAR PERIPLO DE LUIS XVI (1754-1793), MARÍA ANTONIETA (1755-1793) Y EL «PEQUEÑO CAPETO» (1785-1795)



Conocidas ya las circunstancias que afectaron a las tumbas reales de Saint-Denis, resulta paradójico que, por esos caprichos del destino, entre los escasísimos restos de reyes que aún conserva Francia estén los de Luis XVI y María Antonieta, precisamente los que tenían todas las papeletas para haberse perdido por haber sido ejecutados en plena Revolución Francesa. Mientras la turba asaltaba las tumbas reales de Saint-Denis, Luis XVI y María Antonieta se salvaban por haber permanecido alejados de recinto tan sagrado y exclusivo.

Cuando el rey fue decapitado, sus restos los trasladó el propio verdugo hasta el cementerio de la Madeleine. Se sabe que introdujeron el cuerpo en un ataúd muy cutre, con las manos todavía atadas y con la cabeza entre las

piernas. Que ya puestos, y aunque sólo fuera por estética, podrían habérsela colocado a continuación de los hombros. El rey fue a dar a una fosa, no común pero sí anónima, en la que esperó a que llegara su mujer. María Antonieta fue decapitada nueve meses después, y se decidió que acabara enterrada en la misma tumba que su marido. Allí quedó la pareja, en el anonimato, pero más o menos localizada.

Y mientras los revolucionarios acababan con sus últimos representantes reales vivos, los muertos fueron desahuciados de sus sepulcros. Cuando en el siglo XIX, tras la etapa del loco Napoleón, Luis XVIII intentó recuperar los huesos de sus antepasados para devolverlos a la basílica, resultó que los mejor localizados eran los de su hermano Luis XVI y su cuñada María Antonieta, ciertamente deteriorados, porque también fueron sepultados en cal, pero, al menos, por poco que quedara, identificados. La pareja descabezada fue trasladada a Saint-Denis para ocupar el sitio que se le negó en 1793.

Aún queda huella en París de la tumba original de María Antonieta y Luis XVI. Se la conoce como la Chapelle Expiatoire (capilla expiatoria) y es una preciosa construcción de estilo grecorromano edificada en lo que fue el antiguo cementerio de la Madeleine. Pero no es el único rastro que dejó el rey más allá de su tumba. En el año 2010 pareció confirmarse que aún pulula sangre de Luis XVI empapando un pañuelo que se conserva dentro de una calabaza que hacía las veces de relicario. Ésa era la costumbre durante algunos siglos, empapar pañuelos en la sangre de personajes principales que habían muerto de mala manera (con el emperador Maximiliano I de México también se cumplió el rito tras ser fusilado por Benito Juárez) para guardarla como reliquia y, si se terciaba, comerciar con ella.

Cuando guillotinaron a Luis XVI, muchos morbosos se acercaron a mojar los pañuelos sabiendo que probablemente guardaban un jugoso recuerdo del último rey de Francia. Ni se sabe dónde fue a parar la mayoría de aquellas reliquias sanguinolentas, pero una familia italiana quiso saber en 2010 si la calabaza que conservaba tras varias generaciones y en la que está inscrito quién recogió la sangre y cuándo se decoró el recipiente, guarda de verdad el vestigio real. El Instituto Biológico Evolutivo de Barcelona recibió el encargo de analizarlo, y ha llegado a alguna conclusión interesante, pero ni mucho

menos definitiva, porque para saber si la sangre es del rey habría que compararla con algún resto del propio rey o de algún familiar cercano. Por ejemplo, el corazón de su hijo, el «pequeño Capeto», el frustrado Luis XVII.

El 8 de junio de 2004, en la basílica de Saint-Denis, fue enterrado con honores de Estado un corazón. El órgano, bastante escuchimizado si se admite este adjetivo vital, llevaba dando tumbos de siglo en siglo desde 1795. Perteneció a quien, por derecho, debería haber reinado con el nombre de Luis XVII.

El corazón del príncipe Louis-Charles Capet ocupó por fin su lugar en el panteón donde descansan —es un decir— muchos de los monarcas que le precedieron, pero la mejor noticia fue que aquella víscera muscular hueca, que diría un especialista, pudo dar nombre a un chaval de 10 años que perdió su identidad hace dos siglos.

La historia tiene miga, pero miga tierna. El 8 de junio de 1795 murió en una celda de la prisión del Temple, en París, un crío de apenas 10 años. El chaval estuvo tres encerrado, y acabó muriendo de tuberculosis. El doctor Pelletan, uno de los cuatro médicos que realizaron la autopsia, robó el corazón del muchacho y lo conservó en un frasco con alcohol etílico escondido en su biblioteca. El frasco, con el corazón ya momificado porque el líquido se había evaporado, pasó después al Arzobispado de París, que acabó saqueado en 1830. El órgano fue rescatado de entre los escombros y pasó de mano en mano hasta que le fue entregado a Carlos de Borbón, duque de Madrid y pretendiente al trono de Francia.

El periplo del músculo cardiaco no finalizó aquí. Continuó formando parte de una y otra herencia, hasta que llegó el momento en que ya nadie estaba seguro de si en verdad había llegado a pertenecer a Luis XVII. Pero ahí estaba el impertinente y eficaz ácido desoxirribonucleico (ADN) para dar nombre al propietario del corazón.

Efectivamente, el niño que murió en aquella celda era el delfín de Francia y habría sido el futuro Luis XVII. Fue encarcelado junto a sus padres y les sobrevivió dos años, solito y en condiciones extremadamente duras.

Algunos monárquicos han pretendido a lo largo de la Historia convencer al mundo de que el delfín no murió, que había tenido descendencia y que aún hoy existía un legítimo heredero al inexistente trono francés. Pero el ADN

dictó sentencia y dio al traste con sus pretensiones.

Dos laboratorios independientes analizaron una muestra del corazón momificado y compararon los resultados con pelo de su madre, María Antonieta, y de dos hermanas de la reina. En una identificación facilita mucho las cosas el ADN mitocondrial, que es el que transmiten sólo las madres a cada uno de sus hijos e hijas y que se mantiene inalterable durante cientos, incluso miles de años.

De aquel chaval de 10 años sólo quedó un corazón, que conmovió a la Francia republicana. No se le escatimaron honores, porque lo cortés no quita lo valiente.

LOS CAÓTICOS FUNERALES DE YASIR ARAFAT

(1929-2004)



Difícil de olvidar el tumultuoso entierro del líder palestino Yasir Arafat. El mundo occidental se quedó ojiplático y boquiabierto frente al televisor por el caos que se apoderó de la Mukata de Ramala (Cisjordania). La Mukata, una palabreja que manejaba alegremente la prensa especializada como si todo el mundo la tuviera en su vocabulario, era un complejo de edificios que en su día fue prisión del imperio colonial británico y que ahora es la sede de la Autoridad Nacional Palestina.

Arafat murió en el año 2004 cristiano, que es el año 1425 islámico y el 5765 judío (¿cómo vamos a llegar a un acuerdo en asuntos serios si ni siquiera coincidimos en el año en que vivimos?). Durante sus funerales, todo acabó bocabajo. No se pudo cumplir con el protocolo, ni extender la alfombra

roja desde el helicóptero que trasladaba el cuerpo hasta la tumba. Las autoridades palestinas, que intentaron mantener la dignidad porque sabían que medio mundo observaba en directo por televisión el entierro de su líder, acabaron con las corbatas del revés.

Los musulmanes tienen por costumbre enterrar a sus difuntos en contacto directo con la tierra, pero el desbarajuste que se impuso durante los funerales de Arafat fue tal que hubo que sepultarlo con féretro... aunque por poco tiempo.

Efectivamente, la ley islámica exige que el cuerpo, únicamente envuelto en un sudario blanco de algodón sin costuras ni nudos, repose directamente sobre la tierra. En el caso de Arafat estaba previsto sacarle del ataúd cuando llegara a la fosa, pero el desorden y la exaltación reinantes hicieron temer que algún grupo pudiera apoderarse del cuerpo para, según la tradición en la muerte de líderes islámicos, pasarlo de mano en mano por encima de la multitud antes de darle sepultura.

El hecho de que Arafat fuera enterrado con el féretro puesto debido a las prisas puso furioso a Taissir Tamimi, la máxima autoridad religiosa palestina, de tal manera que aquel imprevisto acabó derivando en un aparente ultraje al contravenir los preceptos musulmanes. Dos meses después del entierro, sin embargo, el diario británico *The Guardian* facilitó una explicación al asunto: tras el entierro, sólo unas horas más tarde y en el más absoluto secreto, doce hombres rompieron el sepulcro de hormigón en cuyo interior habían clausurado a Yasir Arafat y exhumaron el pesado ataúd. Sacaron después el cuerpo, y otra vez, pero ahora cumpliendo con el rito islámico, le dieron sepultura y volvieron a cerrar el hormigón. El segundo entierro de Arafat, el que no se vio por televisión, fue a las dos de la madrugada del 12 de noviembre de 2004, doce horas después del primero. Quedó, pues, enderezado el entuerto.

La tumba que guarda a Arafat es sólo provisional, a la espera de cumplir con su deseo de ser enterrado en la Explanada de las Mezquitas, en Jerusalén, justo encima del Muro de las Lamentaciones. Por ello, el féretro de Arafat fue inicialmente introducido en una especie de sarcófago de hormigón que contenía tierra de Jerusalén. Dado que el Islam prohíbe la exhumación, la intención era —aún es— trasladar ese sarcófago de hormigón sin remover los

restos de Arafat cuando llegue el momento oportuno y la zona esté pacificada. Es fácil deducir que la cosa va para largo.

La improvisada tumba de Arafat sufrió con posterioridad una importante remodelación para ajustarse a la categoría del personaje. En 2007, y con un coste de 1,75 millones de dólares, se erigió un mausoleo sobre la sepultura del líder y una mezquita a continuación, lugar que ha acabado convirtiéndose en destino de peregrinación. El recinto que guarda el sarcófago tiene unas medidas simbólicas, once metros de alto por once de ancho (Arafat murió el día 11 del 11), y está realizado con piedra beige y vidrio de Jerusalén. Los palestinos mantienen la convicción de que la tumba es temporal y, a la espera de que llegue el momento del traslado, una luz láser que se proyecta desde lo más alto del minarete de la mezquita apunta directamente a la capital judeo-árabe-cristiana.

Arafat continúa y continuará durante mucho tiempo sin estar donde quería, en la Explanada de las Mezquitas de Jerusalén. Que la espera se le haga llevadera con las huríes del paraíso musulmán.

AJETREADO RUHOLLAH JOMEINI

(1900-1989)



Uno de los lugares más sagrados de los chiitas iraníes es el mastodóntico mausoleo del imán Jomeini, líder de larga barba y permanente cara de mala leche. Sus funerales fueron mucho más multitudinarios que los de Arafat, pero nada tienen que envidiarles en cuanto a la anarquía en que derivaron.

Para tener un elemento comparativo, conviene hacer memoria y recordar el entierro del ya beato Juan Pablo II. Se calificaron como las exequias más multitudinarias jamás conocidas, pero quienes afirmaron esto se habían olvidado de Jomeini. Lo que se pudo presenciar por televisión en el Vaticano fue una pantufla china comparado con lo que se vivió en Teherán en 1989. Las multitudes alcanzaron el paroxismo más exagerado. Tanto, que el entierro del imán Jomeini acabó con 30 muertos, 500 heridos graves, y 10.000 leves.

Para los iraníes, el imán Jomeini representaba al hombre y al dios; era el

líder político y espiritual que había convertido el reino de Persia en una República Islámica. Murió el 4 de junio de 1989, y su entierro, dos días después, fue uno de los más accidentados que se recuerdan.

Se decidió que Jomeini recibiría sepultura a las siete y media de la mañana del 6 de junio junto al cementerio de Teherán, en un paraje desértico, a temperaturas infernales. Se esperaban cientos de miles de personas, pero llegaron millones. Estaba prevista una breve ceremonia de quince minutos ante las delegaciones oficiales y los fieles, pero la demencia de la multitud fue tal que nada salió como estaba previsto. Las fuerzas de seguridad se vieron desbordadas; la gente moría aplastada, por infartos o por asfixia.

La avalancha humana se lanzó hacia el cuerpo de Jomeini para arrancarle el sudario, y ocurrió lo que se temía: el imán acabó por los suelos, mientras la multitud convertía en reliquias los jirones del sudario porque lo consideraban bendecido por Dios. Ahora es más fácil entender lo que se quiso evitar durante los funerales de Arafat.

Se rescató el cadáver como se pudo, se introdujo en un helicóptero y se evacuó el cuerpo. El entierro tuvo que suspenderse en mitad del desbarajuste y el cadáver estuvo varias horas escondido, hasta que la policía islámica logró abrir un espacio de seguridad en torno a la tumba donde el helicóptero pudiera aterrizar sin problemas. Finalmente, el imán Jomeini fue enterrado y su tumba cubierta con un contenedor de hierro para evitar profanaciones. Pero el duelo sólo acababa de empezar. Aún restaban treinta y ocho días de luto.

El ritual chiita obliga a unos segundos funerales el séptimo día después de la muerte y a un tercero a los cuarenta días, jornadas en las que se repitieron las mismas escenas que durante el entierro. El duelo terminó el 13 de julio, y hasta entonces duraron las peregrinaciones masivas. En la última jornada se intentó evitar más muertes y la Media Luna Roja se empleó a fondo en minimizar desmayos, deshidrataciones y asfixia regando a la multitud con agua de rosas que, de paso, apagaba el fuerte olor a humanidad. Ante lo inevitable, sin embargo, el Gobierno iraní preparó un plan de seguros de vida para los peregrinos: se pagaron trece mil quinientos dólares en caso de muerte o heridas graves.

Jomeini, dadas sus dimensiones religiosa y política, no fue enterrado en el

cementerio de Teherán, un recinto enorme que, de continuar las ampliaciones, se va a salir de Irán. Además de ser el único islámico de la ciudad, sólo puede crecer a lo ancho, puesto que el Islam prohíbe la exhumación para reaprovechar los enterramientos. Por supuesto, nada de nichos que ayudarían a economizar espacio, porque las inhumaciones tienen que hacerse con el cuerpo en directo contacto con la tierra. Y de incineración, ni hablamos.

La ciudad de Teherán está compuesta por muchos distritos que hace años eran en realidad pueblitos que la rodeaban. Pero ya se sabe lo que pasa... los pueblos se van juntando y acaban convertidos en parte de la metrópoli. Cada uno de esos distritos tenía su propio cementerio, hasta que en 1955 el alcalde de Teherán decidió que ya valía de tanto cementerio disperso y que mejor tener uno muy grande. Así se construyó El Paraíso de Zhara, que nada tiene que ver con el imperio textil de Amancio Ortega, porque Zhara era la hija del profeta Mahoma. El cementerio adquirió fama mundial, porque fue allí donde el imán Jomeini dio su discurso tras regresar del exilio en Francia. Se fue directamente al cementerio nada más aterrizar.

El Paraíso de Zhara es más que un cementerio. Es una ciudad. Hay varias líneas de autobuses, estación de Metro, biblioteca, comedores, columpios para niños, tiendas donde venden ropa negra por si has salido despistado de casa con una camisa amarillo chillón, mezquitas... Todo está muy bien cuidado, sobre todo la zona de los que llaman los mártires, pero falta la mala noticia. Cuando cualquier religión se apropia de la vida de un país, siempre hay alguien que sale perjudicado, porque todo acaba resumido en «conmigo o contra mí». En El Paraíso de Zhara, en un terreno apartado a pleno sol, sin árboles ni plantas, descuidado, anárquico, están enterrados los indeseables del régimen islámico de Irán. Hay miles, pero no tienen derecho a lápida y sus familias no los pueden visitar, porque si se dejan ver por allí se arriesgan a ser apedreados e insultados. Son muertos sin nombre, porque no pensaban como los que mandan, y puesto que los servicios funerarios están en manos de la religión, no hay forma de salirse de la fila.

Pese a la enorme extensión de este cementerio, el imán Jomeini no fue enterrado en él, porque lo suyo tenía que ser aún más grande. Y allí, pegado a El Paraíso de Zhara, se construyó el mausoleo de Jomeini, y en mitad de una

gran sala con ciento cuarenta y cuatro columnas donde recalán millones de peregrinos reposa él.

El mausoleo de Jomeini también es una ciudad. En el recinto hay un hotel, un edificio de apartamentos, un hospital, una escuela coránica, restaurantes, cafeterías, tiendas de regalos y comidas, peluquerías... Pero, todo sea dicho, el mausoleo es muy feo, porque parece diseñado con la idea de «burro grande, ande o no ande».

En Teherán, cuando se habla de muerte, todo es a lo grande menos para los disidentes. Ellos yacen arrumbados en un erial. Varios de los muertos en las revueltas de junio de 2009 fueron a parar a ese terreno maldito en donde, creen las autoridades, se les niega el paraíso. Lo que ellos no saben es que quien decide es Alá.

CRISTÓBAL COLÓN, CIEN GRAMOS DE DESCUBRIDOR

(1451?-1506)



Colón hizo a América cinco viajes de ida y vuelta. Cuatro de ellos, vivo y por propia voluntad, y un quinto del que ni siquiera se enteró. La genética, es cierto, ha confirmado que los restos que custodian en la catedral de Sevilla pertenecieron a Cristóbal Colón; pero, puestos a ser honestos y rigurosos, hay que decir toda la verdad: en Sevilla sólo hay cien gramos de Colón. Poco hueso para tanto almirante. No dan ni para un caldo.

Cuando Hernando Colón escribió que su padre «quiso que su patria y origen fuesen menos ciertos y conocidos», debió añadir: «Y su tumba, también». Prueba de ello es que aún hoy dos países, bien es cierto que España de forma menos furibunda que República Dominicana, se disputan la posesión de su tumba. Los dominicanos, mientras no se demuestre lo

contrario, aseguran seguir teniendo los huesos del auténtico Colón, y difícilmente puede demostrarse nada en contra, porque no dejan a nadie meter la nariz. Más que nada, por si les dicen algo que no quieren escuchar. Y lo que sería aún peor: ¿qué harían con el inmenso mausoleo que le construyeron a Colón si luego resulta que el almirante no está dentro?

Para entender la trifulca no queda más remedio que ir al principio, que para don Cristóbal resultó ser el final.

Aunque sólo sea por el protocolo de realizar las presentaciones, Cristóbal Colón fue aquél que descubrió América sin tener ni idea de lo que estaba descubriendo y que acabó muriéndose sin saberlo. El último aliento lo lanzó en Valladolid un 20 de mayo. Murió defenestrado por todos, olvidado por la Corona y con una depresión de caballo. Nadie, pues, reparó en el suceso, y Colón recibió un entierro humilde, con escasa asistencia y vestido con el hábito franciscano, tal y como pidió, porque ésa era la moda de entonces. Acabó enterrado en una tumba que le cedió una familia en el hoy desaparecido convento de San Francisco. Si pasó desapercibida su muerte, que hasta la crónica oficial de Valladolid omitió su nombre en el registro diario de las defunciones de gente importante. Sólo semanas después un documento oficial declaraba escuetamente que había fallecido el almirante Colón.

En Valladolid pasó el descubridor un par de años de reposo, si bien no era el lugar donde deseaba estar. Había pedido que lo llevaran a enterrar a Santo Domingo, pero en aquel momento nadie estaba por la labor.

Los hijos de Colón tardaron tres años en recuperar los restos para trasladarlos cerca de ellos, a Sevilla. En 1509 llegó el momento. Se produjo la primera exhumación y los restos fueron trasladados a la iglesia del monasterio cartujo de Santa María de las Cuevas (luego fábrica de la reconocida cerámica La Cartuja Pickman), a orillas del Guadalquivir. Fernando el Católico tuvo al menos el detalle, después de haberlo dejado morir en soledad, de ordenar la colocación de un epitafio que dijera, con rima facilona: «A Castilla y a León, nuevo mundo dio Colón».

En su nueva tumba sevillana Colón recibió una visita que llegó para quedarse. Su hermano Diego fue enterrado junto a él en 1515, y once años más tarde, en 1526, allí fue a parar también el hijo mayor del almirante,

Diego. El deseo de don Cristóbal de ser enterrado en la isla de La Española, sin embargo, continuaba sin cumplirse, y a ello decidió poner remedio la nuera del descubridor y viuda de Diego, el hijo.

María de Toledo y Rojas logró en 1537 una Real Cédula de Carlos I para trasladar a su marido y a su suegro a Santo Domingo para que fueran enterrados en la capilla mayor de la catedral de la Encarnación, la primera que se erigió en el Nuevo Mundo. Nunca quedó claro por qué María de Toledo sólo puso empeño en trasladar los restos de su marido y su suegro, Cristóbal, y decidió dejar enterrado en la más absoluta soledad en el monasterio cartujo al hermano del almirante, Diego Colón.

Dos veces más tuvo que ordenar Carlos V el traslado de los restos de padre e hijo, porque no le hacían puñetero caso. Resulta que el deán de la catedral de Santo Domingo se negaba a enterrar a Colón en un lugar reservado a reyes y obispos. Pero al final aceptó a regañadientes, porque donde hay emperador no manda deán. En algún momento entre 1541 y 1544, Colón y su hijo Diego atravesaron de nuevo el Atlántico camino de La Española.

Aquí comienzan las imprecisiones y las medias palabras en el periplo de los huesos colombinos. Nunca se documentó la fecha exacta de la segunda exhumación de Colón e incluso algunos estudiosos han puesto en duda que fuera don Cristóbal el exhumado. ¿Y si se equivocaron de tumba y al que trasladaron fue al hermano, a Diego? ¿Y si Colón nunca salió de su segunda tumba sevillana? Preguntas tan agoreras no han hecho mella en la historia oficialmente aceptada: el descubridor tocó tierra de nuevo en la cripta de la catedral de la Encarnación de la isla de La Española.

Por aquel entonces, la isla estaba bajo pleno dominio español, pero años después (1697) se asentaron los franceses en la zona occidental (actual Haití). En 1795, la guerra de los Pirineos entre España y Francia volvió a dejar mal parado a nuestro país, y España se vio obligada a ceder el resto de la isla a los galos tras la firma de la Paz de Basilea. Si algo tenían claro los españoles era que Colón no quedaría abandonado en Santo Domingo bajo custodia francesa. Nuevo viaje colombino con destino a una cuarta tumba.

El 15 de enero de 1796, el navío español *San Lorenzo* llegó a La Habana (Cuba) con los restos del primer almirante de las Indias, y en la catedral

recibieron, otra vez, cristiana sepultura. Los dominicanos estaban seguros de haber perdido a su muerto más ilustre, al descubridor de las Américas, y estuvieron resignados hasta 1877, cuando unas obras en la catedral de la Encarnación destaparon una falsa bóveda que dejó al descubierto una caja de restos en la que se leía: «Per. At. Illtre. Y Esdo. Varón Dn. Cristóval Colón» (Primer Almirante, Ilustre y Esclarecido Varón Don Cristóbal Colón).

Los isleños, en mitad de un ataque de risa nerviosa, no daban crédito. Estaba claro, los españoles se habían llevado a otro por error, seguramente al hijo, a Diego, o a cualquier otro miembro de la familia Colón que sucesivamente fueron enterrados en la catedral. Las autoridades dominicanas proclamaron a bombo y platillo el ridículo español, y para darle enjundia oficial al descubrimiento convocaron a las delegaciones diplomáticas presentes en la isla. Los cónsules de Alemania, Francia, Inglaterra, Holanda, Países Bajos, Estados Unidos y España (¡también España!) aceptaron que Colón no había abandonado Santo Domingo y que los restos que los españoles se habían llevado a Cuba eran de un impostor.

El representante del Gobierno español, el cónsul José Manuel Echeverri, cometió la osadía de reconocer el hecho, lo que le costó el cese fulminante por parte del Gobierno conservador de Cánovas del Castillo y la apertura de un expediente disciplinario. La Real Academia de la Historia, a instancias del presidente Cánovas, emitió su veredicto: «Los restos de Colón yacen en la catedral de La Habana, a la sombra de la gloriosa bandera de Castilla».

¿Cómo pudo cometer España semejante error al exhumar los huesos? Teorías hay muchas, y todas, lógicamente, dominicanas. Una de ellas la recoge Miguel Ruiz Montañez en su libro *La tumba de Colón*, cuando explica que el cacareado pirata inglés Francis Drake intentó atacar la isla en 1585. Las autoridades de entonces exhumaron a Colón para protegerlo de la ofensiva inglesa y lo movieron de su tumba original. Cuando pasó el peligro, no lo devolvieron a su primera sepultura, y por eso el almirante apareció años más tarde en una bóveda de la que nadie conocía la existencia.

Esos huesos que Santo Domingo proclamó como los auténticos de Cristóbal Colón en 1877 fueron los mismos que en 1992 se trasladaron solemnemente al Faro a Colón, mastodóntico mausoleo que el presidente Joaquín Balaguer (1906-2002) construyó al descubridor en la capital de

República Dominicana. Aquél fue para los dominicanos el cuarto y definitivo entierro del almirante. Pero al Colón «español» aún le quedaba un entierro más, el quinto.

Poco menos de cien años reposaron los vapuleados (y a partir de ahora presuntos) huesos de Colón en su cuarta sepultura. El desastre colonial español de 1898 tuvo entre sus consecuencias dejar en manos de Estados Unidos la isla de Cuba, y España, en mitad del disgusto, hizo las maletas y decidió que era hora de que Colón regresara a casa, a Sevilla, al mismo lugar de donde había salido hacía trescientos cincuenta años. Cada vez que el enemigo nos pisaba los talones, había que echarse al hombro al navegante y llevárselo a otro lado.

Los supuestos restos de Cristóbal Colón fueron embarcados en el crucero *Condesa de Venadito* y arribaron a Cádiz a principios de 1899. Remontaron el Guadalquivir a bordo del yate real *Giralda*, de Alfonso XIII, y el 12 de enero fueron recibidos con pompa por las autoridades sevillanas y depositados en la catedral.

Allí estuvo el presunto Colón sin moverse hasta principios del siglo XXI, cuando la catedral aceptó la apertura de la urna para realizar análisis de ADN y acabar con las diferencias que desde hacía siglo y medio mantenían enfrentados a España y República Dominicana por la posesión de la auténtica tumba de Cristóbal Colón. Fue entonces cuando se pudo comprobar lo que teníamos de Colón: 150 gramos escasos que se han quedado en 100 después de procesar algunos fragmentos para las pruebas de ADN. Santo Domingo, en cambio, presume de tener un fémur, un peroné, un radio, una clavícula, un cúbito, ocho costillas, el hueso sacro, el coxis... En total, 13 fragmentos pequeños, 28 grandes y otros reducidos a polvo.

Cristóbal Colón, un viajero incansable, tanto vivo como muerto, sigue contando con el dudoso honor de tener dos tumbas oficiales separadas por un océano.

Las teorías que intentan explicar los líos con la osamenta colombina son más extensas que la infancia de Heidi, e incluso algún estudioso dominicano se aventura a asegurar que Colón, seguro, no está en Santo Domingo. Es de suponer que a estas alturas se habrá exiliado.

Esta reciente hipótesis la mantiene el investigador y sociólogo Mario

Bonetti, catedrático de la Universidad Autónoma de Santo Domingo, y la comunicó públicamente en marzo de 2009 en Marbella, durante las Primeras jornadas Histórico-Científicas Colombinas. Según él, los únicos restos auténticos de Colón, aunque sean pocos y cobardes, están en Sevilla, y para ubicarnos en el tiempo hay que retrotraerse al momento en que el descubridor todavía estaba enterrado en la catedral de Santo Domingo.

El catedrático Mario Bonetti defiende que durante un reconocimiento de restos realizado en 1655, los religiosos dominicanos descubrieron que la urna que había llegado un siglo antes desde España con los restos de Colón y procedente de Sevilla estaba hecha polvo. Y no sólo la urna. Dentro, apenas quedaban unos míseros huesecillos del descubridor. Polvito y poco más. Los frailes, ante el deplorable estado del descubridor, recogieron los huesecillos y los guardaron, pero como no consideraron oportuno que la tumba de todo un descubridor de América contuviera sólo esquirlas, decidieron buscar un esqueleto de buen ver para colocarlo en su lugar.

Cuando los españoles se vieron obligados a entregar Santo Domingo a los franceses, y siempre según la conjetura del profesor Bonetti, los monjes entregaron los auténticos restos, los que habían guardado; una birria de huesos, pero de Colón al fin y al cabo. Y allí, en la catedral, quedó enterrado el otro esqueleto de buen ver con la identidad de Colón. Ése es el esqueleto que encuentran luego los dominicanos y que les lleva a pensar que los españoles se han llevado a otro.

El investigador dominicano asegura tener pruebas históricas, pero también se basa en que la urna donde estaba el esqueleto casi completo es del siglo XVII, con caracteres y escritura del siglo XVII, lo cual demuestra que hubo una manipulación de los restos. La urna original que salió de Sevilla y que fue enterrada en la catedral de Santo Domingo era del XVI.

De ser cierto, se admiten sugerencias para ver qué podría hacer República Dominicana con ese mastodóntico mausoleo, tan grande como siete campos de fútbol puestos en fila, y que construyeron para unos supuestos huesos de Colón que ahora podría demostrarse son de un muerto que se agenciaron los frailes en aquel momento y al que, por ponerle nombre, podemos llamar Pepe.

Quizás ya va siendo hora de que República Dominicana abandone ese

chovinismo exagerado en torno a Colón y permita el análisis de los restos. Al fin y al cabo, en Sevilla sólo hay 100 gramos.

Ya lo dice Serrat... nunca es triste la verdad, lo que no tiene es remedio.

EL BUEN CUTIS DEL CAMARADA LENIN

(1870-1924)



Vladímir Ílich Uliánov, el camarada Lenin para la historia, parece no haberse ido de este mundo. De hecho, no es que lo parezca, es que no se ha ido. Sigue ahí, en pleno centro de Moscú, con la misma cara, la misma postura y casi el mismo aspecto que tenía justo cuando murió, hace ya más de ocho décadas.

Dicen que los hombres mueren, pero que sus obras permanecen, salvo en el caso que nos ocupa, porque aquí la única que se ha muerto es la obra de Lenin, la Unión Soviética, y el que permanece es él. A Lenin no hay forma de echarlo de la plaza Roja de Moscú ni con agua caliente. Y mejor aclarar de entrada que el camarada Lenin está conservado como las sardinillas en lata, no momificado. Si estuviera momificado, estaría impresentable y con un cutis

espantoso.

Si conviene o no que Lenin siga de cuerpo presente, que lo decidan otros, pero no debería ser, puesto que él no lo quiso así. Pidió ser enterrado en San Petersburgo (Leningrado por aquel entonces), junto a su madre y su hermano, y la viuda de Lenin se negó en redondo a que su esposo fuera embalsamado y expuesto. Fue Stalin, aquel al que no había forma de llevarle la contraria sin ver peligrar el pescuezo, el que se apropió del cuerpo y decidió convertirlo en un icono permanente de la revolución bolchevique.

Ahora Lenin es mitad atracción turística, mitad reclamo publicitario del Centro de Tecnologías Biológicas y de Medicina, situado en los sótanos del mausoleo. Este laboratorio, encargado de mantener en perfecto estado de revista a Lenin, se mantenía con fondos estatales durante el periodo soviético, pero cuando se desmembró la URSS perdió las subvenciones. El cuerpo embalsamado, en el escaparate de su mausoleo, sirve de muestra para los ricachones del mundo que se quieran embalsamar. Quien quiera saber cómo va a quedar después de muerto si se pone en manos de ese centro tecnológico, sólo tiene que fijarse en Lenin.

Hasta ahora no les ha faltado clientela, porque hay muchos líderes y millonarios caprichosos por el mundo que no quieren irse de él, capaces de pagar cantidades astronómicas para que se les aplique la misma técnica secreta que a Lenin y no perder la lozanía. Entre los célebres que han requerido los servicios embalsamadores del laboratorio moscovita está el líder vietnamita Ho Chi Minh; el presidente checoslovaco Klement Gottwald, el búlgaro Dimítrov; el presidente de Angola Agostinho Neto; el presidente de Corea del Norte Kim Il-Sung... De todos ellos, los dos únicos que están expuestos son Ho Chi Minh, en Hanoi (Vietnam), y Kim Il-Sung, en Pyongyang (Corea).

Nadie eche de menos a Mao... ¿Tse-tung? ¿Zedong?... porque en la época en que murió este líder los soviéticos y los chinos andaban a la greña y el Partido Comunista dijo que ya se apañaban ellos con Mao. Que lo embalsamarían con sus propias técnicas. Así les quedó, claro, que se les descompone por momentos.

Stalin tuvo sus razones para tomar la decisión de mantener a Lenin de cuerpo presente. Se le ocurrió aquel enero de 1924, cuatro días después de

que se produjera la muerte y mientras el cuerpo aún estaba expuesto en el Salón de Columnas de la Casa de los Sindicatos. A Stalin se le encendió la bombilla. ¡Idea! Como la religión había sido abolida, el cuerpo de Lenin podría convertirse en una especie de icono objeto de veneración. Había que embalsamarlo y preservarlo durante un periodo de tiempo indefinido.

El primero que intentó embalsamar a Lenin fracasó estrepitosamente, aunque, al hacerlo en pleno invierno, aparentemente no sufrió gran perjuicio, debido a que las bajas temperaturas contribuyeron a la conservación. Pero en marzo, cuando comenzó a descender el frío, a Lenin se le empezó a poner mala cara. Fue entonces cuando les pasaron el muerto a dos científicos, el anatomista Vladímir Vorobiov y el bioquímico Boris Zvarski. Dos expertos a los que debió de temblarles las rodillas, porque el encarguito se las traía. Si Lenin no les quedaba como Stalin esperaba, sus cuellos no valdrían un rublo.

A la par que estos dos embalsamadores luchaban por dar con la técnica adecuada, una especie de plan Pons belleza en siete días, a Lenin había que construirle un mausoleo. El primero que se le hizo fue uno con troncos de madera de pino pegado a las murallas del Kremlin, pero aquello era demasiado modesto. Se convocó entonces un concurso de ideas para dar un digno envoltorio arquitectónico a Lenin. Lo ganó un ruso que tenía por nombre Alexei y por apellido Shchúsiev (más que un apellido, un estornudo). El proyecto que ganó es el que todavía hoy alberga a Lenin, construido con piedras traídas de todos los rincones de la Unión Soviética.

Lástima que no prosperara otro de los proyectos presentados, porque el pitorreo hoy estaría asegurado. Hubo uno que, en el colmo por intentar perpetuar la omnipresencia de Lenin, proponía que, junto al lugar donde se fuera a colocar el cuerpo del líder, apareciera en las horas en punto una especie de estatuilla del padre de la Unión Soviética. Algo parecido a un reloj de cuco, pero que en vez de decir «cu-cu», dijera alguna de sus frases más famosas: «¡Viva la revolución bolchevique!»... «¡Arriba el proletariado!»... «¡Muerte al capitalismo!». O algo así.

Mientras se construía el proyecto aprobado, los científicos continuaron con su lucha contra el tiempo. Al principio se pensó sólo en congelarlo y dejarlo expuesto, pero el aspecto que presentaría Lenin no era el que Stalin pretendía. Stalin lo quería como si no se hubiese muerto. El trabajo que

hicieron con el cuerpo fue como sigue: primero le extrajeron los pulmones, el hígado y el bazo y se lavó muy bien la caja torácica. Luego se le hicieron pequeñas incisiones por todo el cuerpo... piernas, brazos, palmas de las manos, espalda... porque se trataba de que cuando a Lenin lo sumergieran en la solución mágica, una mezcla que aún se guarda bajo el mayor de los secretos, se impregnara bien.

Pero ojo (y hablando de ojos, también se los quitaron; en su lugar colocaron dos bolitas de cristal), que todo se ensayó antes en cadáveres anónimos para dar con la fórmula más eficiente. Era, aún es, un mejunje antibacteriano que impide la descomposición y que mantiene el cutis en plan «Porque yo lo valgo». El cerebro también se lo extrajeron. Se empeñaron en estudiarlo para demostrar que la capacidad intelectual de Lenin era superior a la del resto de los humanos, pero a la única conclusión que llegaron es que estaba lleno de pliegues, como el de cualquiera. El cerebro de Lenin aún se conserva, convenientemente laminado e hidratado con alcohol y formol, en una caja fuerte en el Instituto de Investigación Cerebral.

Lenin tardó quince años en estrenar su mausoleo, y sólo en una ocasión sus cuidadores sufrieron un susto de muerte ante el temor de que todo el trabajo realizado se fuera al garete. Durante la Segunda Guerra Mundial, Lenin fue escondido en Siberia, en un pueblo llamado Tiumen, durante 1.360 días, casi cuatro años, porque los nazis lanzaron sobre Moscú una ofensiva y Stalin no quería que su icono se le desintegrara de un petardazo. En Siberia, aunque contaban con la ventaja del biruji que por allí campa, los embalsamadores se las vieron y se las desearon para mantener tieso al líder. Este asunto arrastró mucha polémica, porque el cadáver de Lenin estuvo muy bien cuidado, muy bien vigilado y protegido hasta 1945, mientras miles de soldados soviéticos caídos en la guerra quedaban sin enterrar en los campos de batalla.

Pasado el sobresalto, Lenin volvió a su sitio y continuó recibiendo mimos. Muchos y muy costosos mimos. Una vez cada, aproximadamente, año y medio se cierra el mausoleo durante unos días para realizar lo que sus cuidadores llaman «trabajos profilácticos rutinarios». Dicho menos finamente, chapa y pintura: lo desvisten, lo sumergen en la fórmula mágica y secreta que lo tiene conservado e inyectan donde consideran oportuno un

tratamiento antibacteriano. Además se ponen a punto los equipos que regulan la luz, la temperatura y la humedad tanto dentro del mausoleo como en la urna de cristal que lo acoge. Y también le cambian de ropita cual muñeca de Famosa.

En 2009, la recesión, la maldita crisis, alcanzó a la momia de Lenin. Dijeron sus cuidadores que no había fondos para andar cambiándolo de ropa, así que simplemente se envió al tinte el mismo traje que tuvo puesto durante todo el año anterior para que le dieran un agua y un buen planchado. Tampoco es que pase nada, porque resulta un dispendio que un muerto, y encima bolchevique, tenga que cambiar de traje una vez al año. Sobre todo, porque no lo gasta. Lo que ocurre es que se había vuelto tradición (y una magnífica excusa para acaparar titulares), la costumbre ésta de los últimos años de cambiarle de ropa cada doce meses.

No siempre había sido así. Antes, Lenin cambiaba de traje una vez cada cinco años, pero llegó un momento en que se creyó que mudarle de atuendo daría más publicidad. Hubo un año, incluso, en que Lenin vistió de Armani. Qué barbaridad, un marxista engalanado con moda capitalista. Y tampoco la vestimenta era civil durante sus primeros años de muerto. Lenin comenzó vistiendo de acuerdo a su estatus revolucionario: con guerrera militar. En 1961 se decidió suavizar su aspecto, porque si ya impresiona ver a un muerto, imaginen verlo vestido de uniforme. Fue entonces cuando la sastrería del Kremlin comenzó a confeccionar trajes a medida para la momia de Lenin. En 2009, sin embargo, los sastres del Kremlin dijeron que Lenin se apañara con el traje del año anterior, que estábamos en crisis.

Y entonces, coincidiendo con la moda de la momia, también se reactivó en la Cámara de Diputados de Rusia la habitual bronca sobre la conveniencia, o no, de enterrar a Lenin. Los del Partido Liberal Democrático de Rusia, vuelta otra vez a que enterraran la momia, porque para ellos el binomio democracia y bolchevismo no encaja. Pero ahí estaban los del Partido Comunista para acusarles de caníbales políticos por querer dismantelar el mausoleo y encerrar bajo tierra al padre de la Unión Soviética. Y los rusos... ¿qué dicen los rusos? Pues dos de cada tres, que lo entierren, y el resto amenaza con enterrar a quienes pretenden enterrarlo.

Fue a finales del siglo XX cuando ya se pudo alzar la voz para plantear

qué hacer con el líder. Más de la mitad de los ciudadanos rusos, casi todos los intelectuales e importantes líderes políticos, entre ellos Gorbachov, pidieron por activa y por pasiva que enterraran de una vez por todas a Lenin, que cumplieran con su deseo de ser sepultado en San Petersburgo. Hasta Boris Yeltsin, el ex presidente ruso que se había opuesto férreamente al entierro, dijo en su último año de vida que ya era hora de hacerlo. Es más, manifestó abiertamente su profundo arrepentimiento por no haber pasado esa página de la historia del país cuando pudo hacerlo.

Putin, mientras, calló como una Putin. Cada vez que alguien le pedía que diera la orden de enterrar a Lenin, él respondía: «Lenin... Lenin... ¿qué Lenin?». Putin en realidad supo nadar y guardar la ropa. En varias ocasiones dijo que el líder bolchevique sería enterrado cuando la mayoría de los rusos lo pidiera, pero, a pesar de que en una de las últimas encuestas que realiza periódicamente la prensa rusa casi un 70 por ciento se manifestó a favor del entierro, a lo que hay que añadir un 17 por ciento al que le traía al paio su destino, los datos no le parecieron suficientes.

Algún día ocurrirá, y seguramente todos estén de acuerdo en que el entierro definitivo sea en San Petersburgo, pese a las variadas reclamaciones que se han producido en los últimos años para exponer a Lenin en otros lugares.

Kirsán Byumzhínov, presidente de Kalmykia, una curiosa república rusa que se localiza en el mapa tras no pocos esfuerzos hasta que por fin aparece en mitad de la estepa siberiana, un territorio en donde el ajedrez es obligatorio en todas las escuelas primarias, hizo una solicitud pidiendo a Rusia que si de verdad había intención de desahuciar a Lenin de la plaza Roja, se lo dieran a él para acogerlo en Kalmykia dado que el bolchevique nació por allí cerca. Por supuesto, la petición no se consideró, de la misma forma que no se tuvo en cuenta la solicitud de dos espontáneos de Parla (Madrid) que también pidieron quedarse con Lenin en 1993, tal y como publicó el diario *El Mundo*. La intención era instalar a Lenin en Parla, con un par.

A principios de los años noventa había corrido el bulo de que iban a subastar la momia de Lenin, y dos parleños se plantaron en la embajada de Madrid. No pasaron de la sala de espera. Indicaron a la prensa que les movía

una doble intención. Por un lado, admiraban la figura de Lenin y cuando malinterpretaron que Rusia se iba a deshacer de él, dijeron, pues nos lo quedamos nosotros. El segundo propósito ya era económico. Planearon conseguir a Lenin, exponerlo en Parla y convertir su pueblo en un centro turístico de interés mundial.

Aquello no prosperó, aunque el funcionario de la embajada que los recibió prometió trasladar la petición al Gobierno ruso, cosa que se da por supuesto no haría si apreciaba en algo su puesto de trabajo.

Lenin es como el cariño verdadero, ni se compra ni se vende. Y su momia... o expuesta o enterrada. Ni vendida ni vendada.

LOS ESFUMADOS HUESOS DEL PRÍNCIPE DE VIANA (1421-1461) Y BLANCA DE NAVARRA (1386-1441)



Menudo chasco nos deparó 2008. Otro más y, encima, por partida doble. Se nos han esfumado otros dos ilustres. Carlos de Navarra, Príncipe de Viana, y su madre, Blanca de Navarra, no son los muertos que decían ser. Ni él está enterrado en el monasterio de Poblet (Tarragona), ni en Segovia la madre que lo parió. Los huesos son de otros, de unos impostores que han tenido locos perdidos a forenses, genetistas, antropólogos e historiadores.

Se emplearon muchos años y muchos recursos en averiguar si de verdad habíamos custodiado bien los restos de estos dos personajes de la Corona de Aragón, pero la ciencia acabó sentenciando que no. Una pifia más. Los restos de Carlos de Navarra están montados con los de tres muertos distintos, y los de su madre, Blanca, son de otra.

El Príncipe de Viana, según unos, se murió. Según otros, lo suicidaron. Acabó enterrado en Barcelona para luego ser trasladado a las tumbas reales

del monasterio de Poblet, cerquita de su padre, Juan II, el mismo padre de Fernando el Católico; téngase en cuenta el detalle de que Fernando y Carlos de Navarra eran hermanos por parte de papá Juan. Es importante tener situada a esta familia, porque algunos estudiosos aseguran que el Príncipe de Viana fue el padre de Cristóbal Colón (una de las teorías sobre la nacionalidad del descubridor mantiene que era mallorquín, hijo de una relación de Carlos de Navarra con una guapa isleña). El almirante, por tanto, sería sobrino de Fernando el Católico. A ver si va a resultar que acabó consiguiendo financiación para sus viajes americanos porque tenía enchufe.

Después de una serie de ajetreos casi de chiste, todos los restos del monasterio de Poblet acabaron primero por los suelos, luego escondidos, después trasladados y por último devueltos al monasterio. Dado que todos los huesos se reunieron en sacos, no hace falta mucho esfuerzo para imaginar cómo lo hicieron cuando los muertos fueron devueltos a sus tumbas. Este fémur para éste, esta costilla para este otro, esta tibia no me cuadra, este cráneo para Jaime I... ah no, que ya tiene uno. Un desastre.

Pero con anterioridad a este regreso masivo de huesos, en 1935, durante la Segunda República, el supuesto Príncipe de Viana, sólo él, regresó al monasterio. Pareció que era casi el único confirmado y no se consideró necesario retrasar su regreso hasta que se estudiara todo el batiburrillo de huesos de la Corona de Aragón. El resto de los huesos no serían devueltos hasta 1952.

En los años noventa del siglo pasado, un equipo de historiadores, antropólogos, genetistas y expertos en general decidieron meterse en un importante fregado: intentar poner nombre y apellidos a los restos de la desparramada Corona de Aragón. Y aún están en ello, porque si la Corona de Aragón tuvo un número considerable de reyes que hay que multiplicar por, más o menos, 206 huesos de cada uno, el remate de semejante trabajo se presenta a muy largo plazo.

Cuando todo este equipo multidisciplinar estaba sumergido de lleno en la faena, saltó una noticia que dio un giro a la investigación: en la iglesia de un pueblo de Segovia, en Santa María la Real de Nieva, reapareció la tumba de doña Blanca de Navarra después de quinientos treinta y tres años escondida. Genial noticia, porque, si habían sido hallados los huesos de la madre, ya

podría realizarse una comparativa con los del hijo y al menos el Príncipe de Viana quedaría identificado al cien por cien.

Blanca de Navarra fue la primera esposa de Juan II, y de esta relación nació el Príncipe de Viana. Doña Blanca murió en Santa María la Real de Nieva, y allí debió de ser enterrada, aunque, ya nos tienen acostumbrados, nadie apuntó el sitio. Su hija Leonor, hermana pequeña del Príncipe de Viana, dejó dispuesto en su testamento que los restos de su madre fueran trasladados a Tafalla (Navarra). Ni caso.

Ahí quedó el asunto, hasta que en 1994, durante unas obras en la iglesia, quitaron unos azulejos, detrás apareció una puerta, luego una escalera, después cuatro metros de escombros y, al final de todo, un muerto. Ya está, dijeron, ¿a que ésta va a ser Blanca de Navarra? Porque no sabemos nada de ella desde hace cinco siglos. Se exhumaron los huesos y se trasladaron a la Universidad Complutense de Madrid para que los estudiara el antropólogo forense José Manuel Reverte. El profesor los analizó y, dadas las características, concluyó que con mucha probabilidad pertenecían a Blanca de Navarra. Pero ya se sabe, si el ADN no pone la firma final, aquí no hay probabilidades que valgan.

Los restos regresaron a Segovia y fueron guardados en la caja de seguridad de un banco a la espera de hacerle un sepulcro adecuado en la misma iglesia de donde habían salido. Entraron entonces en contacto las comunidades de Castilla y León y Navarra y emergió el espíritu posesivo. Los del pueblo de Santa María la Real de Nieva dijeron que a Blanca no la soltaban, y los navarros, no es que porfiaran en exceso, pero, en fin, Blanca era suya, y la hija había dejado dicho que fuera devuelta a su tierra.

El sentido común sugería, empero, continuar los estudios para confirmar de forma indiscutible si Blanca era Blanca antes que seguir discutiendo por la posesión de los restos. Una muestra de los huesos viajó a Granada, a manos del genetista José Antonio Lorente, para que realizara la comparativa de ADN con el de su hijo Carlos, cuando aún se creía que él era él.

Se hicieron los análisis y, porca miseria, la genética de ambos no se parecía ni en el blanco de los ojos. Lo malo es que no se sabía por qué no coincidían. ¿Porque Blanca no era Blanca o porque el príncipe no era el príncipe? ¿Quizás Carlos de Navarra era adoptado y no se lo dijeron a nadie?

La historiadora Mariona Ibars se ha dejado la piel durante años en la consecución de permisos por media Europa para exhumar a parientes de Blanca de Navarra, comparar el ADN y confirmar o descartar su identidad. Se halló finalmente una difunta fiable: la reina de Hungría y Bohemia, Ana de Jagellón-Foix, su tataranieta por línea materna. El enterramiento de la reina Ana tenía la inestimable ventaja de estar muy bien documentado desde su muerte en el siglo XV, pero la conclusión no pudo ser más desalentadora: los restos de Segovia son de no se sabe quién, pero seguro que no los llevó puestos Blanca de Navarra.

El veredicto provocó un monumental cabreo en Santa María la Real de Nieva, porque la ciencia acababa de birlarle a una muerta ilustre. Especialmente molesto se mostró el cronista de la villa, Felipe Molinero, tal y como manifestó de propia pluma en un artículo en el diario *El Norte de Castilla*. El alcalde de la localidad segoviana también se enfadó, quizás porque desconocía el ingente trabajo que avalaba las conclusiones. Los científicos eran los, primeros interesados en que los huesos de Segovia fueran auténticos, porque si así fuera, los restos de Blanca de Navarra habrían servido para numerosas nuevas identificaciones.

Y ya aceptando que hemos perdido a la madre, volvamos a Poblet a por el hijo.

Antes del último y definitivo estudio de 2008, los investigadores ya habían verificado que de cintura para arriba los restos eran de un tipo, y de cintura para abajo, de otro. Al Príncipe de Viana lo habían recompuesto con dos esqueletos. Sospecharon que la parte superior, momificada, era la de Carlos de Navarra: cabeza, tórax, brazo, antebrazo y mano izquierda, y brazo derecho, pero sin el antebrazo. Y este detalle era clave, porque al Príncipe de Viana le cortaron el antebrazo derecho en 1541 para convertirlo en reliquia, aunque su dueño no fue santo ni de lejos. El caso era cortar algo a algún famoso, y total, para nada, porque acabó perdiéndose la pista de la extremidad durante la Semana Trágica de Barcelona, en 1909.

Las conclusiones definitivas sobre los presuntos restos del Príncipe de Viana llegaron en septiembre de 2008 gracias a las universidades autónomas de Barcelona y Granada, y las noticias acabaron liando más la madeja. Se supo entonces que el que montó el esqueleto del Príncipe de Viana, además

de emplear restos, no de dos, sino de tres muertos distintos, era un zote en anatomía humana o un rematado tramposo. Incluyó huesos de una señora, y a Carlos de Navarra le calzó ocho vértebras lumbares en vez de cinco, que son las que tenemos la plebe. Y una cosa es que los miembros de la realeza tengan muchos privilegios, pero entre ellos no está el de tener más lumbares.

Eduard Toda (1855-1941) fue el responsable del desaguisado. Era un destacado intelectual de su tiempo, diplomático, egiptólogo, arqueólogo... pero ni forense ni mucho menos visionario, porque no supo aventurar que la ciencia avanza que es una barbaridad y que nuevas técnicas permitirían descubrir su empeño tramposo de reconstruir a un rey.

No queda más remedio que seguir buscando, porque quizás en algún lugar de Poblet haya una costilla del Príncipe de Viana y puede que en algún lugar de Santa María de Nieva aún siga oculta Blanca de Navarra. Todo sea por recomponer esta familia desestructurada.



NIEVES CONCOSTRINA (Madrid, 1961 -). Periodista y escritora, empieza su carrera periodística en Diario 16 entre 1982 y 1997, y posteriormente en televisión en Antena 3 y Vía Digital, donde trabajó con Jesús Hermida, Mercedes Milá y Pepe Navarro. Actualmente, dirige el espacio sobre cementerios, epitafios de personajes famosos y todo aquello relacionado con la muerte denominado «*Polvo Eres*» en Radio 5. Además, colabora con temas parecidos en la sección «*El Acabose*» del programa del fin de semana *No es un día cualquiera* dirigido por Pepa Fernández en Radio 1, donde también colabora con «*Mentiras y patrañas de la Historia*» y, más recientemente, en el programa *En días como hoy* donde se encarga de la sección «*Efemérides*». También ha colaborado en RNE en el programa *Yo Dona*. Ha recibido numerosos premios, entre ellos el *Villa de Madrid* y el *Micrófono de Oro*. En 2009 publicó el libro «*Menudas historias de la historia*», un viaje por los hechos más curiosos que han acontecido a lo largo de la historia y su continuación «*Se armó la de San Quintín*». También ha publicado los libros «*Polvo Eres*» y su continuación «*Polvo Eres II: Muertes ilustradas de la humanidad*», así como el libro de fotografías de epitafios «*... Y en polvo te convertirás*».